

NIEVE VERDE

El primer caso de la detective Louise Rick

Sara Blædel

Siruela/ Policiaca



Sara Blædel

Nieve verde
El primer caso de la
detective Louise Rick

Traducción del danés de
Sofía Pascual Pape

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A Anne, Gitte, Kristina y Lone,
porque estáis allí*

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

NIEVE VERDE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Nota de la autora

Créditos

Nieve verde

El teléfono móvil vibraba en el alféizar de la ventana. Estaba puesto en modo silencio y así solo el vibrador revelaba con su insistencia que alguien estaba intentando llamar.

Louise Rick se había metido en la bañera. La espuma había desaparecido y cuando abrió los ojos se dio cuenta de que el agua estaba más fría que tibia.

Eran las nueve y media de la mañana. Afuera, en el patio, brillaba el fuerte sol del mes de marzo. Se había perdido en cavilaciones y no tenía ganas de abandonar el mundo en el que se había sumergido.

Por un instante consideró la posibilidad de vaciar la bañera, volver a llenarla de agua caliente y de cantidades ingentes de fragante espuma y darse otro baño, pero no sería lo mismo. La habían interrumpido y no volvería a aterrizar en el mismo lugar de sus ensoñaciones. Era como cuando te arrancan de un bello sueño. Pocas veces logras volver a adentrarte en él.

Al salir del agua, su codo se golpeó contra el grifo y Louise reaccionó instintivamente encogiéndolo el brazo.

Calculó que hacía cinco horas que se había acostado y que faltaban poco más de dos para que el equipo se reuniera en una breve sesión informativa en la sala de reuniones del departamento A de la jefatura de Policía. Ahora mismo daría lo que fuera por librarse.

Lanzó una muda súplica para que su ruego llegara al departamento de Homicidios y Suhr postergara la reunión, aunque solo fuera por unas horas.

Agarró la toalla de rizo azul marino antes de salir de la bañera, se envolvió el pelo en ella y alargó el brazo para coger el albornoz que estaba colgado detrás de la puerta. Se palpó el cuerpo: le escocían los ojos y estaba tan cansada que de haberse echado en el suelo en aquel momento se habría quedado dormida. Pero a su vez la conversación de la noche anterior seguía resonando en sus oídos.

El dolor continuaba instalado en su diafragma. No era un dolor personal, sino el dolor que le alcanza a uno al ser testigo de cómo la vida de alguien se hace añicos, lo que ocurre cuando la tragedia se ceba con una persona; cuando la muerte y el desastre dejan de ser algo que aparece en las noticias y se convierte en un estado en el que se está irremediabilmente inmerso.

Una vez en la cocina, Louise puso agua a hervir para el té y sacó un enorme vaso de café con leche de la vitrina. Había empezado a beber té en vasos grandes. Era la medida ideal, más que una taza y menos que una tetera.

Se quedó traspuesta mirando por la ventana que daba al patio. Se sentía vacía por dentro, pero sabía que se recuperaría y, como tantas otras veces cuando estaba de ese humor, pensó en el día en que la habían enviado al barrio de Østerbro en acto de

servicio.

Dos hombres de veintitantos años habían sido agredidos en Nordre Frihavnsgrade. Uno de ellos, un tipo que se llamaba Morten Seiersted-Wichman, fue arrojado brutalmente contra el escaparate de una tienda de ropa, pero antes los agresores lo tiraron al suelo, luego le patearon la cabeza unas seis o siete veces antes de recogerlo de la acera y empujarlo con tal fuerza contra el escaparate que quedó hecho añicos.

Más tarde, el médico forense diría que Morten no había estado consciente cuando el escaparate de cristal macizo le seccionó la carótida.

El segundo agredido fue el cuñado de Morten, Henrik Winther. Louise lo recordaba como un tipo alto y delgado. Tuvo más suerte. La policía estimó que los agresores se habían desahogado con Morten, y que posiblemente se habían asustado al ver la sangre que brotaba de su cuello. Henrik Winther se había librado con una nariz destrozada y una costilla hundida.

Entonces Louise trabajaba en la Brigada de Investigación Criminal. La muerte de Morten se instaló como un dolor permanente en su interior, no tanto la agresión en sí como lo que sucedió cuando tuvo que transmitir el mensaje a su pareja.

Media hora más tarde, después de que las ambulancias se hubieron llevado a los dos hombres, Louise llamó a la puerta de la novia de Morten, de veinticuatro años. Cuando la puerta se abrió, le dio tiempo a interpretar el rostro abierto y sorprendido de Charlotte Winther mientras decía: «Hola. Vaya, creía que eran Morten y Henrik. Se han dejado las llaves».

Louise ya no recordaba cuáles fueron las palabras exactas que utilizó para contarle a la chica lo sucedido. Pero lo que sí quedó grabado en su memoria fue la forma en que Charlotte Winther había ido cambiando de semblante, desde la ilusión porque su novio había vuelto, pasando por el desconcierto y el asombro porque la policía se hubiera presentado en su casa, hasta, finalmente, el derrumbe.

En el tiempo que tardó hasta que el mensaje de Louise caló, Charlotte Winther asintió con la cabeza varias veces y dijo que sentía profundamente lo que había sucedido. Era terrible, desde luego, pero era imposible que fuera Morten la víctima, porque él simplemente había ido al 7Eleven con su hermano.

Louise volvió a ver la mirada de Charlotte Winther en su cabeza mientras seguía sosteniendo que era imposible, que Morten y Henrik no habían tenido tiempo de ser agredidos. Además, nadie era agredido a plena luz en el barrio de Østerbro. Eso no pasa, repetía una y otra vez con la desesperación atrancada en el cuello. Sin embargo, en sus oscuros ojos Louise pudo leer que la verdad empezaba a penetrar poco a poco.

Louise había oído débilmente cómo sus colegas subían las escaleras a sus espaldas. Quiso introducirse en el pasillo y llevarse a Charlotte de vuelta al salón para que pudieran sentarse juntas a hablar. Pero de pronto ni siquiera pudo moverse. Se quedó mirando a la joven, asustada, mientras la parálisis se extendía por su cuerpo.

Entonces percibió un chasquido en el pecho de algo rompiéndose y a continuación una ola de desesperación que se abrió paso a través de su cuerpo. Su garganta se cerró y sintió cómo se bloqueaba su tráquea.

En la cocina, con el vaso de té en la mano, Louise todavía era capaz de evocar el sabor que llenó su boca cuando se volvió y vomitó sobre el felpudo del vecino. Recordó la humillación que le había supuesto saber que su rostro estaba estriado por las lágrimas y que olía a vómitos.

Levantó la vista y vio que su compañero la estaba mirando. Había cerrado la puerta principal para que nadie pudiera verla desde el pasillo. Louise se disponía a decir algo cuando sintió que le sobrevinía una nueva oleada de vómitos. La bilis brotó de sus entrañas y salió por su boca. Se secó con la manga del abrigo y descubrió que estaba temblando.

¿Qué le había ocurrido? Debería haberse ocupado de la mujer desdichada y resulta que ni siquiera era capaz de ocuparse de sí misma. Louise se sintió como si hubiera salido de su propio cuerpo y se hubiera metido en el de Charlotte Winther. Tenía ganas de volver a abrir la puerta que daba al pasillo y sentarse al lado de la joven y llorar con ella.

En vez de eso, advirtió que su compañero la llevaba un par de peldaños más arriba. Antes de que él empezara a sacudirla, Louise atrapó su mirada llena de ira y aversión hacia ella. Le hablaba en un tono de voz muy bajo para que sus palabras no llegaran hasta el interior del piso.

—¿Qué demonios te pasa? Si estás enferma, vete a casa. Y si no lo puedes soportar, vuelve al coche y termina de llorar allí. Lo último que necesitamos aquí es a una supuesta profesional que no sabe cómo hay que comportarse —bufó.

Louise se había sentido muy pequeña. Pequeña e insegura. La parálisis todavía atenazaba su cuerpo cuando llegó al coche. Temblaba, como si fuera ella a quien le acabaran de transmitir el terrible mensaje. Más tarde pensó que seguramente habría alguien en el mundo de las terapias alternativas capaz de explicarle por qué de pronto había adoptado los sentimientos de Charlotte Winther, como en una especie de experiencia extrasensorial.

Louise añadió azúcar y leche al té. Normalmente lo tomaba solo, pero cuando estaba falta de energía o tenía resaca le ponía de todo.

Entró en el dormitorio, se quitó el albornoz y se metió debajo del edredón. Por si acaso puso el despertador: tres cuartos de hora. Alargó la mano para coger el periódico del día que había dejado sobre la mesita al llegar a casa.

La experiencia en el barrio de Østerbro le había costado una semana en cama, una visita a Jakobsen, el psicólogo de cabecera del departamento A, en el Rigshospitalet, el hospital del reino, y la aceptación de la evidencia de que no era tan dura como había creído.

Jakobsen le había explicado que no había nada extraño en lo que había experimentado. Era un colapso psíquico en toda regla, provocado por los fuertes sentimientos que afloran precisamente en este tipo de trabajos. Le describió la forma en que ella se había puesto mentalmente en el lugar de Charlotte. Había abandonado su función de mensajera y se había colocado emocionalmente al lado del receptor, algo que, sin lugar a dudas, no era demasiado profesional. Entre sus compañeros de departamento se llegó a comentar que

era una clara señal de debilidad, esa aparente incapacidad de dejar a un lado sus sentimientos íntimos en el cumplimiento de sus obligaciones profesionales, en casos difíciles, como asesinatos, agresiones y abusos a menores.

Lo que había ocurrido era al mismo tiempo bueno y malo, le dijo Jakobsen, porque evidentemente no era bueno que fuera incapaz de mantener una actitud profesional en una situación apurada, pero a su vez era sano saber sentir lo que sufría la gente a la que había sido enviada en acto de servicio.

Tuvo que pasar un año para que Louise pusiera la suficiente distancia con el colapso que había sufrido y no temiera romper a llorar al sentarse frente a un familiar, pero el miedo a no dar la talla en esta clase de situaciones seguía latente.

Louise renunció a leer el diario porque le bailaban las letras. Lo acababa de soltar en el suelo cuando oyó el móvil vibrar en el baño. Le daba pereza cogerlo, se quedó echada un rato más y finalmente, a pesar de todo, decidió levantarse. Podía ser Suhr que había escuchado su plegaria y había pospuesto la reunión. Sacó las piernas de la cama y se fue al baño.

–Louise Rick –dijo.

–¿Has visto el periódico?

La voz de Camilla sonaba consternada.

Louise consideró por un instante decirle que estaba a punto de salir de casa, pero se conocían desde segundo de primaria y desde entonces Camilla era su mejor amiga. Por lo tanto, sabía que no le serviría como excusa para quitársela de encima.

Camilla Lind ya había declarado en la Facultad de Periodismo que pretendía convertirse en la primera periodista merecedora de al menos dos premios Cavling. Había soñado con llegar a ser algún día una afamada corresponsal de guerra. Se imaginaba a sí misma como la versión femenina del noruego Asne Seierstad, convertida en la joven del pelo largo y rubio que informaba desde el centro de la noticia, en Afganistán o en Bagdad. Sin embargo, siempre había algo con lo que Camilla se entusiasmaba y que se interponía en su camino hacia la fama y, así, todavía no había llegado a los focos de conflicto mundiales. En cambio, varios redactores y muchísimos lectores habían abierto los ojos a su manera de narrar historias humanas, y tal vez con eso hubiera podido conseguir el reconocimiento que tanto ansiaba, de no haber sido porque de pronto había cambiado de trayectoria y había decidido, en su lugar, cubrir sucesos de un modo serio y ecuánime, como solía denominarlo ella misma.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Camilla, esta vez con cierto tono de reproche en la voz–. He estado llamando sin parar a la comisaría, y también he llamado a tu móvil.

–Tengo el periódico aquí, pero no lo he leído. Y si no he contestado es porque estaba en el baño cuando llamaste –dijo Louise, dando por supuesto que había sido Camilla quien había perturbado su baño de espuma.

–Eso no suele impedirte hablar por teléfono –la pinchó Camilla, en clara referencia a todas las veces que Louise le había exigido que la pusiera al día de noticias y chismes mientras se repantingaba en la bañera.

–He pasado la noche en compañía de unos padres destrozados –se defendió Louise.

–¿Karoline Wissinge? Lo oí en las noticias de la mañana, en la radio.

–Me resulta casi insoportable. Tenía veintitrés años. Y el año pasado murió su hermano pequeño en un accidente de tráfico. Cuatro jóvenes que chocaron contra un árbol en la carretera de Amager. Tú misma escribiste acerca del suceso –recordó Louise de repente.

Todavía no se había acostumbrado a que su amiga de la infancia hubiera levantado el campamento y abandonado su puesto en el diario *Roskilde Dagblad* por un trabajo en la redacción de sucesos del *Morgenavisen*.

–Lo recuerdo. Era su hermano pequeño, ¿verdad? –preguntó Camilla con interés–. Dios mío, cuesta imaginarse que haya algo más duro para unos padres que eso.

Louise se dio cuenta de que su amiga estaba conmocionada. Ella también había tenido que recomponerse un poco cuando los padres le contaron, avanzada la noche, que apenas hacía un año que habían perdido a su hijo. La madre había llorado quedamente, mientras el padre le contaba a Louise todos los pormenores del accidente. Esta vez le había sobrevenido la conmoción de la misma manera, sin previo aviso.

El domingo por la tarde, un hombre que paseaba a su perro había encontrado el cadáver de una joven en el parque de Østre Anlæg. La lluvia llevaba cayendo insistentemente durante todo el día y, por lo tanto, había poca gente en el parque. Por eso el hombre no había dudado en soltar a su perro para que pudiera corretear libremente. Al principio no había reaccionado al oírlo ladrar con insistencia, pero finalmente le irritó tanto que el perro no obedeciera a su llamada que se acercó para ver qué pasaba. Detrás de uno de los bancos del parque descubrió un cuerpo. Estaba echado como si alguien hubiera intentado esconderlo debajo de los matorrales. Las ramas desnudas eran tan densas que resultaba imposible reparar a simple vista en el cuerpo que yacía en el suelo. A su vez, la fuerte lluvia había persuadido a muchos a quedarse en casa y los que, a pesar de todo, habían desafiado el mal tiempo y habían salido, avanzaban con paso firme y la mirada clavada en el sendero de gravilla para sortear los peores charcos.

–¿Qué es lo que ha sucedido, en realidad? –preguntó Camilla.

–La han estrangulado.

–¿Violada?

–No me lo preguntes. Ya sabes que no puedo hablar contigo de esto –contestó Louise, irritada porque Camilla, a pesar de todo, lo intentara.

–¿Quién de los cuatro era su hermano? –preguntó Camilla, refiriéndose al accidente de tráfico.

–Se llamaba Mikkel Wissinge. Él no conducía. Solo tenía diecisiete años.

Louise casi era capaz de oír cómo Camilla intentaba recrear los rostros de los cuatro muchachos.

–Creo que lo recuerdo. Un chico rubio, parecía muy atractivo en la foto que teníamos de él.

–Es posible. Iba en el asiento de atrás y no murió de sus lesiones hasta el día siguiente.

–Pues es una buena historia. ¿Crees que alguien le habrá echado mano?

–No, no lo creo. Ni tampoco lo habrá, si yo puedo evitarlo.

Louise atacó a su amiga al tiempo que se maldecía a sí misma por haberle hablado de la conexión entre los dos casos.

–¿Es que no aprenderé nunca a mantener la boca cerrada? Siempre olvido que tú eres uno de ellos. Prométeme que no harás nada. Los padres ya no pueden más. Karoline vivía con su novio y él está en shock. Ahora mismo ya tienen bastante con lo que les ha tocado. Solo les faltaba tener que enfrentarse de nuevo con la muerte de su hijo.

Camilla gruñó algo entre dientes.

Louise se dio cuenta de que su voz había sonado más lastimera e implorante de lo que le hubiera gustado. Solo esperaba que su amiga lo respetara porque no tenía fuerzas para discutir sobre ética profesional. Por otro lado, también era consciente de que si no era Camilla quien escribía la historia, lo haría otro. Así eran las cosas.

Sin embargo, más de una vez se había enfadado con su amiga cuando estaba trabajando en un caso que, a su vez, Camilla tenía que cubrir para el periódico. Louise sentía que su trabajo se convertía en puro entretenimiento y que los periodistas exponían a los familiares al gran público en medio de su dolor. Esto siempre le había irritado profundamente, y le parecía una provocación adicional si era el nombre de Camilla el que firmaba el artículo. Algo que ocurría con cierta frecuencia. Al mismo tiempo, Louise era completamente consciente de que podía suponer una ventaja tener un contacto entre la prensa en quien poder confiar. Este tipo de relaciones siempre eran recíprocas.

Miró su reloj con el rabillo del ojo y se dispuso a levantarse.

–Por cierto, ¿qué era lo que tenía que haber visto en el periódico? –preguntó.

–¿Te acuerdas de Frank Sørensen, que trabajaba en el *Roskilde Dagblad* cuando yo empecé allí? ¿El de la cabellera rizada que escribió un montón acerca de las bandas de moteros que en su día tomaron la ciudad? Apenas coincidí con él un par de meses porque aceptó un trabajo de reportero de sucesos en la capital.

–¿Qué pasa con él? –preguntó Louise, mientras intentaba evocar a ese tal Frank Sorensen. Tenía una cara bastante ajada, pero Louise recordaba su sonrisa juvenil, los profundos surcos alrededor de su boca, sus patas de gallo y su gran melena rizada y oscura. Lo había conocido un día que recogió a Camilla en la redacción del *Roskilde*. Aquella tarde fueron unos cuantos a tomar cervezas al Bryggerhesten, hasta que cerraron, y él había estado entre ellos.

–Ha muerto –dijo Camilla–. Lo encontraron en un cobertizo para bicicletas en el aparcamiento detrás del hotel SAS, frente a la estación de Vesterport.

–¿El Royal Hotel?

–Sí, en el patio, detrás de la casa de alquiler de coches Hertz. El periódico recoge la noticia del hallazgo de un cadáver, aunque no dice quién es. Me lo contaron cuando llegué a la redacción esta mañana. Es todo muy extraño –dijo Camilla.

Se hizo el silencio entre las dos amigas y Louise presintió que Camilla estaba a punto de echarse a llorar. Al tiempo descubrió que ella misma sentía cierto malestar, como una

presión en el estómago. Aunque no podía decirse que conociera realmente a Frank Sørensen, siempre resultaba triste enterarse de que alguien a quien conocías había muerto súbitamente. Era muy distinto conocer la muerte de alguien a través del trabajo. A eso era capaz de enfrentarse, aunque el dolor de los familiares siguiera afectándole.

–¿Cómo ha muerto? –preguntó en un tono demasiado desapasionado, con la esperanza de poder evitar así el llanto en el que estaba convencida que Camilla prorrumpiría.

–La verdad es que todavía no lo sé muy bien. Por eso he estado llamándote con tanta insistencia. Para preguntarte si tú sabías algo –contestó Camilla.

–Si no se trata de un homicidio, no suelo enterarme de estos casos.

Louise había logrado salir de la cama y estaba buscando unos tejanos y un jersey en el armario ropero.

–¿Quién lo encontró? –preguntó.

En su cabeza ya iba camino de la reunión. Decidió que tomaría el autobús hasta la Estación Central y desde allí iría a pie hasta la jefatura de Policía. No tenía ganas de coger la bici.

–Por lo que tengo entendido, fue uno de los camareros que tenía que entrar a trabajar el domingo por la mañana y que se acercó al cobertizo para dejar su bicicleta. Terkel Høyer, nuestro jefe de redacción, se pasó por allí de camino al trabajo. Ahora parte del patio está acordonado y vuestra gente está trabajando allí. Supongo que no lo haría si mi antiguo compañero sencillamente hubiese caído muerto, ¿verdad? –preguntó Camilla, y le contó que había llamado al agente que estaba de guardia en la comisaría de la City. Él le confirmó que, efectivamente, habían encontrado un cadáver en esa dirección, pero no quiso decirle nada más.

–Ahora tranquila –dijo Louise–. Ya sabes que solo porque el agente de guardia te haya confirmado que ha habido una muerte, no significa que lo hayan asesinado.

Sin duda, era un poco extraño que hubieran enviado al equipo de técnicos forenses hasta allí, pero podía haber varios motivos para que así fuera, pensó Louise, e intentó sonar despreocupada cuando añadió:

–¡Señorita reportera de sucesos! Siempre se levanta acta cuando encontramos a un hombre muerto en la calle. Ya lo sabes. Y ahora no tengo tiempo para seguir hablando contigo.

–Solo que no logro entenderlo. Un hombre de cuarenta y pocos años no se cae muerto así por las buenas –prosiguió Camilla, ignorando por completo el intento de Louise de dar por terminada la conversación–. O al menos no ocurre demasiado a menudo. Así que, ¿serías tan amable de informarme? –pidió–. En primera instancia, a título personal. No te preocupes, no haré nada hasta que no me des permiso para ello. Solo siento curiosidad por saber qué diablos ha pasado.

–Te lo contaré a ti a título personal, así que haz el favor de no pregonarlo por la redacción. No sé si me dará tiempo a averiguar gran cosa –dijo Louise, y miró su reloj. Ahora faltaba menos de media hora para que empezara la reunión y antes tenía que recoger sus documentos–. Camilla, tengo que dejarte. Voy a tener que pedir un taxi si quiero llegar a tiempo al trabajo. Pero no te preocupes, preguntaré por el caso. Hasta

luego –dijo, y colgó el teléfono.

Cuando Camilla colgó se dio cuenta de que alguien la estaba observando. Se dio la vuelta y en el mismo segundo en que se volvía en la silla le dio tiempo a repasar lo que le había dicho a Louise y lo que la persona que estaba en la puerta podía haber oído.

–Hola, Terkel. No sabía que estabas aquí –dijo en un tono de voz fingidamente alegre.

–¿Sabía algo? –preguntó el jefe de redacción, sin siquiera molestarse en ocultar que había estado escuchando.

Camilla estuvo a punto de saltarle al cuello, pero se dio cuenta a tiempo de lo triste y hundido que parecía su jefe. De pronto tuvo miedo de que se le ocurriera sentarse frente a ella y echarse a llorar.

–No –contestó–. Pero me ha prometido que intentará averiguar algo. Solo que no sé cuándo lo hará. Están trabajando veinticuatro horas al día en el caso de la chica que encontraron muerta ayer.

Era muy probable que Terkel Høyer no la estuviera escuchando. Se acercó a su escritorio y se sentó en la silla frente a ella con gesto desvalido. Parecía que lo hubieran desenchufado.

Camilla se levantó y fue a buscar dos cafés. No sabía muy bien cómo manejar el hecho de que, por lo visto, su jefe hubiera decidido desintegrarse en su despacho. No sentía que lo conocía lo suficiente para que así fuera.

–¿Lo tomas con algo? –preguntó cuando dejó la taza de café frente a él.

Él sacudió la cabeza.

Camilla se sentó en su silla y lo miró expectante, pero él se limitó a examinar las fotos que tenía sobre la mesa de su escritorio.

–¿Cuántos años tiene? –preguntó su jefe, y señaló la fotografía de Markus.

–Cumplirá seis años este verano.

Parecía que se había quedado mirando embobado al hijo de Camilla.

–Fue Frank quien me llamó para hablarme de ti cuando supo que Laugesen se jubilaba –dijo Terkel Hoyer, y desplazó la mirada de las fotos hacia ella–. Desde que empezaste en la redacción del *Roskilde* solía decirme que un día llegarías a ser una de esas reporteras de quien se hablaría mucho en el futuro.

Camilla no supo qué decir.

–En realidad, ¿cuánto tiempo llegasteis a trabajar juntos?

–Un par de meses.

–¿Qué te parecía?

–No lo conocí demasiado. Pero estaba muy metido en las historias sobre moteros. Una vez me preguntó si quería acompañarle a ver a un tipo que se había retirado del círculo

de los moteros. Estaba escondido, pero había accedido a contar su historia si podía hacerlo anónimamente.

–Estaba muy comprometido con todo lo que hacía –la interrumpió el redactor jefe, y se acomodó las gafas–. En un momento dado, la policía le ofreció darle una dirección secreta, pero él no la quiso. Si alguien quería algo de él tenía que poder ponerse en contacto con él sin problemas.

–Yo lo veía como alguien que siempre estaba trabajando. Ahora en serio, ¿tenía una vida al margen de su trabajo? –preguntó Camilla.

–Se casó hace tres años. Helle es la primera mujer con la que lo he visto, y eso que lo conozco desde los tiempos de la Facultad de Periodismo. Tuvieron a Liam hace dos años.

Alargó la mano para coger su café y luego volvió a hundirse en la silla.

–Había quedado con él anoche, pero cuando lo llamé para preguntarle dónde podíamos vernos fue Helle quien cogió el teléfono. Estaba llorando. Ayer por la mañana recibió la visita de dos agentes de policía que le contaron que Frank había muerto. Lo encontraron el domingo por la mañana temprano.

Camilla asintió con la cabeza y descubrió que estaba tirando de un uñero que había empezado a sangrar. Lo humedeció con un poco de saliva y se secó la sangre. Luego volvió la mirada hacia su jefe.

–Es que todo resulta muy extraño –dijo, y sintió una extraña presión en el pecho–. He quedado con Louise en que me llamará en cuanto se haya informado. Pero me imagino que ¿le habrán dicho algo a su mujer?

–No gran cosa. Estuvo en el Instituto Anatómico Forense ayer por la noche para identificarlo, pero no fue más que una formalidad. Frank llevaba encima su carné de conducir y el de prensa, ambos con nombre y fotografía.

–¡Vaya! –dijo Camilla.

Terkel Høyer se levantó, dispuesto a irse. Antes de que le hubiera dado tiempo de llegar a la puerta, Camilla le prometió que lo mantendría informado de cualquier cosa que Louise pudiera contarle.

–También iré llamando al agente de guardia y al departamento A –añadió.

Al llegar a la puerta, Terkel Høyer se volvió. Ahora su semblante había cambiado.

–También tendremos que investigar quién es la chica que encontraron en Østre Anlæg anoche. ¿Tu amiga sabe algo?

Hasta aquí, mi momento de debilidad, ahora vuelta a la normalidad, pensó Camilla.

–No, la verdad es que no –contestó–. Pero el agente que estaba de guardia me contó que el jefe de Homicidios emitirá un comunicado de prensa esta misma tarde.

Cuando su jefe se hubo marchado, Camilla se quedó con la sensación de que había estado escuchando desde la puerta lo suficiente para oírla hablar con Louise acerca del hermano de la chica.

Louise Rick le dio su tarjeta de crédito al taxista y esperó a que le devolviera el recibo

para firmarlo. Solo faltaban diez minutos para que empezara la reunión y antes tendría que pasar por su despacho para recoger su carpeta.

Firmó, arrugó el recibo y se lo metió en el bolso junto con el monedero, saltó del taxi y se dirigió a toda prisa hacia el gran portal. Subió las escaleras de dos en dos. Se había quedado absolutamente sin aliento cuando dejó el bolso y el abrigo en la silla de su despacho.

La carpeta estaba sobre el tablero de su escritorio. Se obligó a bajar el ritmo, no estaba dispuesta a llegar a la sala de reuniones al final del pasillo entre jadeos y completamente descontrolada. Nadie le reprocharía por llegar al galope en el último momento. Todos habían estado a la altura cuando los llamaron después de que hubieran encontrado a la chica asesinada en el parque.

Louise pasó por la cocina a por un café antes de meterse en la sala y sentarse a la mesa oval. Tenía un poco de frío.

–Hola, Louise. ¿Qué tal te fue con los padres? –preguntó Henny Heilmann, que ya estaba lista, con sus papeles sobre la mesa y una botella de agua mineral al lado.

–Muy bien, pero se hizo tarde. Es comprensible, no les cabe en la cabeza que pueda haber ocurrido algo así. Estuvieron con su hija y el novio de esta el sábado por la tarde, y al día siguiente, ella había muerto. Volveré a su casa cuando haya redactado el informe, para que puedan firmarlo.

Heilmann asintió con la cabeza. De acuerdo con el procedimiento habitual, los testigos eran interrogados en las dependencias de la comisaría central, pero si se trataba de familiares cercanos solían tener la deferencia de acercarse a su casa.

Louise sonrió a su jefa. No había tardado mucho en descubrir que tras la actitud arisca y reservada de Heilmann se escondía una persona muy afable. Le caía bien la jefa de investigación criminal, que tenía unos cincuenta años y había sido subcomisaria del departamento de Homicidios durante muchos años. Por lo que Louise sabía, Heilmann no tenía la más mínima intención de subir en el escalafón y se sentía cómoda como jefa del grupo de investigación 2. Dejaba a los comisarios y a los inspectores que se pelearan por los puestos de arriba.

Eran las doce y diez cuando empezaron, aunque todavía faltaba un detective por llegar.

Además de Louise, el grupo estaba formado por Thomas Toft, Michael Stig, Søren Velin, que era el compañero habitual de Louise, aunque lo habían obligado a tomarse dos meses y medio libres por acumulación de horas extraordinarias, y últimamente también por Lars Jørgensen, que era nuevo en el departamento y todavía no había aparecido. Junto con varios agentes del departamento de Criminalística de la Policía Nacional y de la Policía Judicial de la comisaría de la City formaban el equipo que investigaría el asesinato de Karoline Wissing. El jefe de Homicidios Hans Suhr no participaría en la reunión matinal.

–Empezamos con uno menos en el equipo –empezó diciendo Heilmann, y explicó que tendrían que prescindir de Lars Jørgensen porque Willumsen lo había acaparado para los próximos días debido a un nuevo asesinato. Nadie comentó nada, pero todos se sintieron

airados porque el comisario Willumsen, que además de comisario del departamento de Homicidios, ejercía ocasionalmente las funciones de jefe de investigación, en períodos vacacionales o por acumulación de horas extraordinarias, siempre se saliera con la suya. Cuando a él le faltaba gente cogía la de los demás, pero cuando los demás grupos de investigación necesitaban ampliar sus dotaciones, él se negaba a ceder a su gente. Sin embargo, nadie se atrevía a enfrentarse con él.

–Repasemos el desarrollo del caso hasta ahora –dijo Heilmann, y cogió el primer papel de su montón–. A las 16:10 horas del domingo, un hombre que paseaba a su perro encontró el cadáver de una mujer de veintitrés años debajo de unos matorrales en el parque de Østre Anlæg. Al principio, no sabíamos quién era la mujer. Su bolso había desaparecido y no llevaba nada encima que pudiera servir como identificación. El cadáver fue trasladado al Instituto Anatómico Forense más o menos al mismo tiempo que un hombre llamado Martin Dahl denunciaba la desaparición de su pareja de veintitrés años. La descripción que ofreció se correspondía con la chica encontrada en el parque, y una hora más tarde, alrededor de las 21:00 horas, acudió al instituto y la identificó como Karoline Wissinge.

A Louise le costaba concentrarse en las palabras de la jefa de investigación. Un insistente y monótono clic la distraía, y como de costumbre, provenía de Michael Stig, que había tomado asiento dos sillas más allá, a su derecha. Había echado la silla contra la pared y estaba sentado con los pies apoyados en el borde de la mesa. Sus brazos colgaban entre sus rodillas flexionadas y escondían el bolígrafo.

–De momento, todo lo que sabemos es que Karoline salió por ahí con dos amigas el sábado por la noche –prosiguió Heilmann–, y de acuerdo con las declaraciones de las amigas, abandonó el café, que se llama Baren, en compañía de un hombre –Heilmann sacó un nuevo papel–, un tal Lasse Møller, a eso de la una de la madrugada. A partir de ese momento, nadie la volvió a ver.

–Michael, ¿te importaría parar? –exclamó Louise, irritada.

Michael Stig soltó el bolígrafo con un gesto desdeñoso y sin mirarla.

Louise se relajó y volvió a centrarse en el caso. Conocía, a grandes rasgos, todos los pormenores, aunque anotó, a pesar de todo, las horas en su libreta.

–¿Estuviste en casa de Martin Dahl ayer?

Heilmann posó la mirada en Michael Stig.

–Sí –dijo, y bajó las piernas y acercó la silla a la mesa–. Me contó que había estado solo en casa todo el sábado por la noche. El informe ya está escrito.

Louise se había encontrado con Martin Dahl en casa de los padres de Karoline, adonde el joven había acudido en cuanto Michael Stig se fue, pero no le había dado tiempo a formarse una opinión de él. Martin Dahl se había quedado sentado en el sofá, encerrado en sí mismo, y Louise se había concentrado en los padres.

–Muy bien –Heilmann puso una cruz en su lista–. Coordinaré los interrogatorios a los posibles testigos del barrio con la Brigada Criminal. Karoline Wissinge y Martin Dahl vivían en la barriada de Kartoffelrskkerne. Habían alquilado la planta baja de una casa en Skovgårdsgade, que está justo enfrente de Lundsgade y que discurre hasta llegar al

parque de Østre Anlæg. Estamos buscando testigos en la zona, desde la plaza de Sølvtorvet, pasando por su casa, hasta el parque.

Heilmann dirigió la mirada hacia Toft.

–¿Qué te han dicho en el Instituto Anatómico Forense?

Toft hojeó el montón de documentos de color amarillo con el logo del departamento A en una esquina y sacó un papel.

–Fue Flemming quien acudió anoche –dijo.

Flemming Larsen era el médico forense con quien Louise prefería trabajar. Era muy profesional y de trato fácil.

–No estaba en disposición de precisar cuánto tiempo llevaba muerta. Hizo mucho frío la noche del sábado al domingo, así que resulta difícil determinarlo a partir de la temperatura corporal. Pero a juzgar por las livideces de las zonas de declive del cuerpo y por la rigidez del cadáver, que era total, podemos deducir que llevaba muerta entre doce y veinticuatro horas.

–¡Debería ser capaz de hacerlo mejor! –interrumpió Michael Stig.

Toft posó, paciente, una mano sobre el hombro de su compañero.

–¡Después de apretarlo mucho, Flemming Larsen nos dijo que la chica murió entre las nueve de la noche y las siete de la mañana!

–Y sabemos que estaba viva después de medianoche –añadió Louise.

Toft asintió con la cabeza y volvió a sus papeles.

–En cambio, su conclusión en el lugar de los hechos fue contundente. Tenía marcas evidentes en el cuello y visibles hemorragias puntuales en los ojos.

–¿Fue violada? –preguntó Louise.

–A simple vista no parece una violación. Pero naturalmente se examinará en el momento de la autopsia. Por cierto, os manda saludos. Se lo pasó muy bien el otro día –dijo Toft.

Louise esbozó una leve sonrisa por el absurdo pero delicioso cambio de tono.

El viernes habían jugado a los bolos con unos colegas del departamento de Criminalística, un par de médicos forenses y algunos miembros de la Brigada Criminal. Llevaban desde el verano hablando de organizar una salida así, pues aunque les parecía que a estas alturas se conocían bastante bien, nunca había tiempo para sentarse a charlar como Dios manda. Normalmente, Louise no era partidaria de frecuentar demasiado a sus colegas, no le apetecía romper el vínculo profesional que los unía, pero el viernes había resultado bastante divertido. La cosa había ido bien, lo cual demostraba que no tenía por qué haber sangre entremedias para que se entendieran.

Después de Toft le tocó a Louise contar lo que había sacado de su visita a los padres de Karoline la noche anterior.

–Son unas personas amables de unos cincuenta y pico años. Me contaron que Karoline y su novio llevaban un año viviendo juntos. Ella acababa de terminar la carrera de Enfermería y había conseguido una suplencia en el departamento de Neurocirugía del Rigshospitalet. También me contaron que perdieron a su hijo el año pasado, cuando el hermano pequeño de Karoline, Mikkel, sufrió un accidente de tráfico.

Heilmann asentía con la cabeza mientras Louise hablaba.

–No es de extrañar, pues, que les cueste entender que hayan vuelto a perder a un ser querido tan poco tiempo después. ¿Alguien les ha ofrecido hablar con Jakobsen? A lo mejor les vendría bien un psicólogo especializado en la resolución de crisis –dijo la jefa del grupo de investigación, y lo anotó en su libreta–. Tú seguirás con los padres y luego hay que citar al novio para el interrogatorio. ¿Podrías encargarte de él también?

Antes de que a Louise le hubiera dado tiempo a contestar, Heilmann prosiguió:

–Puedo intentar buscarte un nuevo compañero, hasta que vuelva Søren Velin. ¿Qué me dices?

Louise se apresuró a negar con la cabeza.

–Estoy bien así, puedo encargarme de los padres y del novio sola –dijo.

–Muy bien. Toft y Michael Stig, vosotros os concentraréis en Lasse Møller, que abandonó Baren junto con Karoline Wissinge, y en las amigas con las que salió aquella noche.

Se levantó la sesión, pero Louise se quedó sentada en su silla.

Heilmann la miró, recogió sus papeles y esperó a que Toft y Michael Stig hubieran salido por la puerta para preguntarle qué le pasaba.

–¿Qué es lo que ha ocurrido detrás del Royal Hotel?

–Lo que creíamos, en un primer momento, que era una muerte natural ha resultado ser, finalmente, un homicidio. Lo descubrimos durante el levantamiento del cadáver. Alguien clavó un cuchillo estrecho por debajo del cráneo de la víctima.

–Yo conocía a Frank Sørensen. Era reportero de sucesos.

Heilmann asintió con la cabeza.

–¿Cómo demonios se las arreglaron para no darse cuenta de que se trataba de un homicidio? –preguntó Louise.

–A primera vista, no había ninguna señal evidente de ello. Tenía algunas contusiones de haber rodado por el suelo y olía a alcohol. Por eso no nos convocaron en un primer momento.

Louise suspiró. Era sabido que las personas con un consumo importante de alcohol solían sufrir contusiones de este tipo.

–Tenía excoriaciones dispersas, morados provocados por una caída y una herida en la parte posterior de la cabeza –prosiguió Heilmann–. El médico que acudió al lugar dio por supuesto que se trataba de un borracho que había bebido demasiado y estableció que esa había sido la causa de la muerte. Supuso que Frank Sorensen había ido dando tumbos y había chocado con los postes que sostienen el cobertizo de bicicletas.

–Así pues, ¿no pidió refuerzos? –preguntó Louise, asombrada.

–No, enviaron el cadáver a autopsias. Es lo que se suele hacer en estos casos.

Louise sintió cómo la ira empezaba a bullir en su interior. ¿Qué demonios se había creído ese médico? Porque un hombre tenga un aspecto un poco ajado y huela a alcohol no tiene necesariamente que haber muerto por causas derivadas de un presunto problema de alcoholismo.

–Ahora mismo, hay un equipo de técnicos allí para ver lo que encuentran –Henny Heilmann interrumpió sus pensamientos sombríos–. Pero hace más de veinticuatro horas que encontraron su cadáver, así que probablemente no quede gran cosa.

El silencio se instaló entre las dos mujeres.

–Parecía un paro cardíaco –dijo Heilmann–. Tenía la llave de una bicicleta en la mano que se correspondía con la bicicleta junto a la que se derrumbó.

Louise se dio cuenta de que no lo había dicho para justificar al médico, sino para ponerla al corriente de cómo lo habían encontrado.

Louise se estremeció y sintió cómo el frío se colaba por debajo de su piel.

–Su mujer sostuvo desde el primer momento que lo habían asesinado y se negó a aceptar que la causa de la muerte pudiera ser el alcohol.

Louise ya se imaginaba cómo se lo tomaría Camilla. Le daba pena, pero lo mejor sería que llamara antes a Willumsen, que era el responsable del caso, para preguntarle si podía hablarle a su amiga del asesinato.

Louise recogió sus cosas y volvió a su despacho. Quería intentar dar con Peter antes de elaborar el informe sobre la charla que había mantenido con los padres la noche anterior. No se veían mucho, y aunque llevaban saliendo cinco años, apenas hacía dos que habían empezado a hablar de vivir juntos, para que al menos pudieran dormir juntos en los períodos en que no conseguían verse durante las horas diurnas. Su plan todavía no se había hecho realidad.

Sacó el móvil del bolso. Seguía puesto en el modo silencio y lo cambió a normal antes de enviarle un SMS a Peter en el que le pedía que la llamara cuando tuviera tiempo.

Encendió el ordenador, pero no había empezado a teclear su contraseña cuando de pronto sonó su móvil.

–Louise Rick.

–Hola, cariño. Qué bien saber que sigues viva. ¿Cómo estás? –dijo la voz serena y profunda de Peter.

A Louise se le avivó el corazón y se dio cuenta de que lo echaba de menos. Peter era jefe de producto para Europa en una gran compañía farmacéutica y a veces estaba fuera dos de cuatro semanas, incluso más.

–No llegué a casa hasta esta mañana –Louise le habló brevemente del caso de Karoline Wissinge y de la conversación que había mantenido con sus padres–. ¿Has podido trabajar?

–Pues no sé qué decirte –dijo Peter, y se rio–. Tuve el placer de disfrutar de la compañía de Thora ayer por la noche. ¿Te acuerdas de la finlandesa con la que estuvimos cenando? Insistió en que la acompañara a un bufé con todos sus colegas finlandeses.

Louise visualizó a la gran dama de la risa contagiosa.

–¿Vuelves el miércoles?

–Sí, estaré en casa a última hora de la tarde. ¿Quieres que compre algo para cenar?

–Todavía no sé cómo tendré las cosas aquí. Al fin y al cabo, apenas hemos empezado

con la investigación, así que supongo que tendré que hacer bastantes horas extraordinarias hasta que encontremos al autor del crimen.

Louise se dio cuenta de que necesitaba charlar con él y prosiguió:

–Acaba de entrar otro homicidio. Uno de los antiguos compañeros de trabajo de Camilla ha sido asesinado. Todavía no se lo he contado. Ella cree que murió por causas naturales.

Se produjo una breve pausa.

–Podríamos invitar a Camilla y a Markus a cenar el miércoles. Yo cocinaré para todos y si no te da tiempo a llegar, te guardaremos algo.

–Buena idea. Creo que es el día en que viene su madre a la ciudad, pero me parece que tiene un seminario espiritual con sus amigas espirituales, así que no importa.

Peter nunca había intentado interponerse entre Louise y Camilla, y estaba loco por Markus. Camilla y el padre del niño, Tobias, se habían separado hacía ya unos cuantos años y el niño solo veía a su padre cada dos fines de semana. La madre de Camilla vivía sola en Skanderborg y su padre no era precisamente la persona a la que acudir si no podías recoger a Markus a tiempo, así que Peter lo había recogido varias veces en la guardería.

–Será mejor que la llame –dijo Louise.

–Salúdala de mi parte. Te llamaré esta noche para desearte felices sueños.

Louise se quedó sentada con el móvil en la mano después de que Peter colgara.

Introdujo su contraseña en el ordenador y mientras este arrancaba entre zumbidos marcó la extensión de Willumsen.

–Comisario Willumsen –dijo una voz hosca.

–Hola, Willumsen, aquí Rick.

–Estoy algo ocupado –dijo, invitándola así a que fuera breve.

Louise había tardado lo suyo en encontrar la jerga que debía utilizar para hablar con Willumsen. El tono tenía que ser una mezcla entre desenfadado y duro. No debía ser ni vago ni dubitativo y desde luego nunca dicharachero o de chiquilla. Así no se conseguía hablar con él.

–Tengo entendido que eres tú quien se ocupa del caso Frank Sorensen –dijo.

–Es correcto.

–¿Cuándo pensáis contar que fue asesinado?

–En realidad no es ningún secreto. Sus familiares ya han sido informados. Pero antes teníamos que descubrirlo, claro –dijo Willumsen, en un tono de voz lo más cercano en él a la jovialidad.

Louise se había oído que Willumsen estaba de buen humor. Había días en los que era mejor mantenerse alejada de él, y luego había otros, como el de hoy, en que se mostraba simpático y agradable; aunque era imposible conocer su estado de ánimo de antemano y, además, este podía cambiar en menos de una décima de segundo.

–Camilla Lind del *Morgenavisen* ha preguntado por el asunto, pero entonces yo no sabía que se trataba de un homicidio. ¿Qué puedo contarle? –preguntó Louise.

–No puedes contarle una mierda –tronó de pronto Willumsen–. También nos ha estado llamando sin cesar a mí y al agente de guardia. Es tremendamente irritante.

Louise contuvo la respiración y esperó.

Durante unos instantes se instaló el silencio en la línea, hasta que Willumsen retomó la conversación en un tono más afable.

–¿Es esa Camilla? ¿La del hijo rubio? –preguntó.

Había conocido a Camilla y a Markus un día en que Louise había prometido al niño llevarlo al garaje de la jefatura para que pudiera montarse sobre una moto de la policía.

Cuando se dirigían al enorme garaje se encontraron con Willumsen de frente. Fue en uno de sus días buenos, así que se detuvo y saludó. Para gran sorpresa de Louise, le había dado una palmadita en la cabeza a Markus y había propuesto que se lo llevara a dar una vueltecita en uno de los coches patrulla.

–Cuéntale que alguien hundió un cuchillo largo y afilado en la nuca de la víctima, que entró de tal manera que seccionó la médula espinal. Eso provoca que el nervio central se paralice. Sin embargo, fueron lo suficientemente considerados para procurar que estuviera más o menos sedado cuando le clavaron el arma.

Louise se mordió el interior de la mejilla mientras intentaba asimilar lo que estaba oyendo. Cuando se secciona el nervio central te mueres rápido, pensó juiciosamente.

–De acuerdo.

Louise se vio en cierta manera obligada a explicarle a su jefe que el interés de su amiga por el asesinato se debía a que había trabajado con Frank Sørensen en Roskilde.

–Muy bien. Es posible que tengamos que hablar con ella. Adiós –dijo Willumsen, y colgó antes de que Louise pudiera darle las gracias.

Debería ponerse con el informe si quería que le diera tiempo tanto a que se lo firmaran los padres como a recoger al novio de Karoline para interrogarlo. Sin embargo, acabó levantando el auricular y marcando el número de teléfono directo de Camilla.

–*Morgenavisen*, aquí Camilla Lind.

–Hola –dijo Louise.

–Aquí pasa algo. He tenido el gran placer de disfrutar del malhumorado Willumsen todo el día. Siempre es un horror tener que llamarlo –se quejó irritada–. ¿Qué es lo que está pasando?

–Frank ha sido asesinado. Eso es lo que pasa. Se hará público esta misma tarde en una conferencia de prensa.

–¡Lo sabía! –exclamó Camilla–. No soy tan tonta para no darme cuenta de que no se desplomó así como así, teniendo en cuenta la manera en que los técnicos rondaban el lugar y que habían acordonado la zona.

–De hecho, al principio creyeron que había muerto por causas naturales, pero durante el levantamiento del cadáver el médico forense descubrió una herida de arma blanca en la nuca que seccionó la médula espinal. Si te consuela, parece ser que antes lo sedaron.

–¡Joder, qué horror! ¿A quién se le puede haber ocurrido matarlo?

–Bueno, esa misma pregunta podríamos hacernos en el caso de Karoline Wissing –

contestó Louise, en un intento de mostrarse ligeramente sarcástica.

–Por cierto, ¿cómo va eso? Acaban de encargarme escribir sobre el caso, pero de momento apenas ha salido nada. ¿Decías que estuviste con sus padres toda la noche?

–Sí.

–¿Se os ocurre quién pudo matarla?

–Pues no, todavía no.

Louise no pudo evitar reírse un poco del optimismo de Camilla, mientras pensaba en las muchas horas de trabajo que tenía por delante. De pronto, en ese mismo instante, le sobrevino. Durante toda la mañana había temido que no fuera a aparecer nunca.

El impulso.

Las fuerzas llegaron como una oleada. La sensación le resultaba familiar, pero solía aparecer antes, en el escenario del crimen. Era como una inyección cuyos efectos fluían a través de su cuerpo, golpeaban como olas contra su pecho y acababan como pequeñas punzadas en el cuero cabelludo. Estaba lista. Siempre era así. Dudaba de su talento y bajo la superficie de aparente tranquilidad, el nerviosismo estaba al acecho hasta que notaba ese soplo especial. Peter solía decir que se transformaba y que de Louise pasaba a convertirse en la detective Rick, departamento de Homicidios, Policía de Copenhague.

Camilla vaciló brevemente antes de llamar a la puerta cerrada de Terkel Høyer. Solía mantenerla abierta de par en par y tan solo la cerraba cuando no quería, de ninguna de las maneras, que lo molestaran. Volvió a llamar.

–Adelante –dijo él.

Camilla abrió la puerta, se quedó mirándolo expectante hasta que él finalmente le hizo un gesto con la mano para que entrara. Entonces se acercó al escritorio y tomó asiento en la silla frente a él.

–Acabo de hablar con Louise Rick –dijo, e inspiró aire antes de proseguir–: Frank Sørensen fue asesinado.

–¡Oh, maldita sea!

Terkel Høyer se había quedado helado.

–Me lo temía.

Se revolvió el pelo rubio hasta dejarlo en punta mientras Camilla observaba cómo sus pensamientos luchaban por aflorar, esos pensamientos racionales capaces de contener los sentimientos íntimos.

–Tenemos que averiguar lo que ha pasado y luego pondremos toda la carne en el asador. ¿Qué te han contado? –preguntó, y la miró, expectante.

–Por lo que pude entender lo sedaron antes de pincharle en la nuca con un cuchillo – Camilla se interrumpió a sí misma antes de proseguir–: Y luego le seccionaron el nervio central.

Ella misma se percató de lo brusco que había sonado y fue entonces cuando finalmente cayó en la cuenta de que se pasaban las reuniones de la redacción hablando de este tipo de cosas. Sin embargo, esta vez las palabras se le hicieron extrañas en la boca.

–No me sorprende que tuvieran que sedarlo antes –dijo Terkel con un tono de voz que denotaba un gran respeto.

–¿Tuvieran?

–Sí, o tuviera, o quien demonios haya sido el que lo ha hecho. ¿Le dio tiempo a Frank a darse cuenta de lo que estaba pasando? –prosiguió.

Camilla era consciente de que Terkel Høyer intentaba hacerse una idea de lo sucedido y casi pudo percibir físicamente su deseo de que contestara que Frank estaba inconsciente cuando el autor del crimen terminó su trabajo.

–La verdad es que no lo sé –admitió Camilla–. Van a celebrar una rueda de prensa después, esta misma tarde, y si quieres puedo asistir yo.

–No, tú concéntrate mejor en la chica del parque de Østre Anlæg y yo ya me ocuparé de la conferencia junto con Søren Holm.

–Creía que ya tenía bastante con el caso ese de las drogas.

–Y así es. Anoche la policía desalojó un piso en el barrio de Østerbro y encontró casi un kilo de heroína. Pero si conozco bien a Søren me arrancará la cabeza si no le permito cubrir este caso. Él y Frank se conocían desde hace años y siempre han trabajado en historias de la misma índole. Puede incluso que sea una ventaja. A lo mejor Søren sabe algo que podamos utilizar.

Camilla sintió que la habían dejado tirada en la cuneta.

–Pero no te preocupes, habrá para todos, porque Søren seguirá trabajando en lo del tráfico de drogas. Le han dado un soplo y parece ser que la policía volverá a actuar el miércoles y él intentará que le permitan acompañarlos y hacer un reportaje de la acción en sí. Si no, seguirá la estela de la policía.

Camilla asintió con la cabeza. Søren Holm llevaba diecisiete años en el periódico. Le echaba unos cuarenta y pico años, como Frank. Tenía una mujer muy simpática y dos hijas adolescentes. Era un retrato familiar que no casaba del todo con su conocimiento del mundo del hampa de Copenhague, comparable con el de un agente de estupefacientes más bragado; y, sin embargo, Søren Holm siempre había logrado mantener separados el trabajo y la vida privada y él mismo afirmaba que gracias a eso seguía casado.

Era una de las cosas por las que Camilla lo respetaba. Cuando tenía unos días libres, no podías ni considerar siquiera la posibilidad de llamarlo. Todos lo habían experimentado en sus carnes. En cambio, su dedicación era total cuando no estaba de vacaciones, incluso durante muchas horas seguidas.

Camilla se había quedado en la puerta, impaciente por salir, pero el redactor jefe optó a todas luces por ignorar el ambiente tenso.

–Kvist vendrá más tarde. Se ocupará de hacer las llamadas. Jakob no estará en toda la semana –dijo.

Normalmente era el estudiante de periodismo en prácticas quien se encargaba de hacer las llamadas pertinentes a las comisarías más importantes del país para chequear los informes diarios. En este caso sería Ole Kvist quien tendría que hacerlo y a Camilla le venía de perilla. Odiaba llamar al agente de guardia para repasar los sucesos del día en los distintos distritos policiales, aunque se había dado cuenta de que era una buena manera de cazar las últimas noticias.

–A lo mejor deberíamos reunir a la tropa en la sala de reuniones cuando volvamos de la jefatura de Policía –dijo el jefe de redacción.

–Me parece bien.

La sonrisa de Camilla era un poco tensa cuando salió y cerró la puerta detrás de sí.

¡De qué demonios va esto!, pensó, y volvió a su despacho a paso tan fuerte que sus tacones altos retumbaron por todo el pasillo. Me han echado del caso. Se colocó frente a la ventana.

Por lo visto, el caso era tan importante que había que emplazar a Søren Holm para asegurarse de que las cosas se hicieran bien. ¡Qué demonios se había creído! Camilla giró sobre sus tacones y volvió al escritorio, se sentó y subió los pies. No cree que sea capaz

de manejar el asunto. Los pensamientos daban vueltas en su cabeza como abejas coléricas cuya colmena alguien intentaba vaciar. Se daba cuenta de que estaba al límite, a punto de sacar las cosas de quicio.

–¿A qué hora es la conferencia de prensa?

Camilla dio un respingo cuando Terkel Høyer abrió la puerta de par en par.

–A las tres –contestó.

–Creo que es la primera vez que oigo hablar de un periodista danés asesinado, al menos de esta manera. Es evidente que puede haber una conexión entre el asesinato y su trabajo. Claro que también podría tratarse de un psicópata que casualmente eligió a Frank como víctima, pero no me sorprendería nada si alguien finalmente ha hecho realidad sus amenazas y ha querido cerrarle la boca.

–Es tan evidente que es imposible que crean que se van a poder ir de rositas –dijo Camilla, y pensó que sin duda la policía también habría caído en la cuenta.

–Hazme el favor y habla con Søren Holm, él seguramente sabrá a quién se le podría ocurrir algo así –dijo Terkel, antes de darse la vuelta y volver a su despacho.

Sorprendida, Camilla lo siguió con la mirada mientras él se alejaba. ¿No acababa de decirle que no se metiera en este asunto? Sacudió la cabeza y cogió su libreta cuando él ya estaba saliendo por la puerta. Pasó junto al despacho del becario y se detuvo frente al primer despacho de la redacción de sucesos. La puerta estaba entornada y Camilla oyó que Soren estaba hablando por teléfono, pero cuando este la vio en el resquicio le hizo un gesto para que entrara.

–Hola –dijo Camilla en un susurro.

–Hola –respondió él con gestos, y siguió escuchando concentrado.

Camilla se sentó en el sofá rojo de dos plazas que había en la pared contraria. Un cigarrillo humeaba en un cenicero sobre el escritorio. El humo azul serpenteaba perezoso hacia el techo.

–Hola, Camilla. ¿Qué demonios será lo siguiente? Ahora resulta que te matan a navajazos porque haces bien tu trabajo.

El tono era alegre, pero la desesperación latía justo por debajo de la superficie. Søren Holm dio una calada tan profunda a su cigarrillo que el ascua se hizo más larga que la boquilla.

–¿Quién crees que ha podido ser? –preguntó Camilla.

–No lo sé –apagó la colilla–. Me imagino que Frank habrá metido las narices donde no debía, y teniendo en cuenta que estaba trabajando en un asunto de narcotráfico, supongo que lo más plausible es que sea alguien que esté involucrado en el caso que investigaba.

–Es enfermizo.

Søren Holm sonrió y asintió con la cabeza.

–Tienes razón, pero hay mucho en juego para los que están detrás de todo esto, y estoy convencido de que están dispuestos a llegar muy lejos para protegerse.

–¿No crees que te arriesgas mucho si empiezas a fisgonear ahora mismo?

Camilla se dio cuenta del tono maternal con el que había hecho la pregunta e hizo una mueca, como disculpándose.

–Bueno, sí, supongo que no hay que apretar demasiado. Pero si está relacionado con el caso de narcotráfico, Frank debió de enterarse de algo y me gustaría saber de qué.

–No tiene necesariamente que estar relacionado con el caso de narcotráfico. Supongo que también podría remontarse a los moteros y a todos los artículos que escribió entonces. Pueden perfectamente haber esperado a cobrarse su venganza hasta que la culpa pudiera recaer sobre alguien más obvio.

Søren Holm la estudió detenidamente mientras reflexionaba. Se encogió de hombros y sacó un nuevo cigarrillo del paquete.

–¡Puede ser! –fijó la mirada en un punto del techo mientras consideraba la posibilidad–. No es impensable. Pero supongo que sabré algo más en el transcurso de la noche.

–Cúidate –le sermoneó ella.

–Tranquila, no pienso ir a la caza del asesino; pero hay unos tipos que suelen estar bastante bien informados y voy a intentar encontrarlos. La policía tendrá que encargarse del resto. Supongo que para eso les pagan.

La silla de oficina cedió cuando Louise se dejó caer en ella. Repasó en la cabeza la lista de cosas que debía hacer. Había imprimido el informe del interrogatorio de la noche y el original estaba metido en una carpeta de plástico. Los padres de Karoline tendrían que releerlo y firmarlo antes de hacer copias y meterlas en carpetas. Y luego tendría que ponerse en contacto con Martin Dahl. Lo más lógico sería ir a su casa para que pudieran hablar allí. Así también podría hacerse una idea de cómo eran él y su novia. Le resultaría más fácil si conocía el ambiente en el que vivían.

El teléfono sonó cinco veces hasta que se puso en marcha el contestador.

–Habéis llamado a Martin y Karoline. Ahora mismo no podemos coger el teléfono, pero te llamaremos si nos dejás un mensaje. Hasta luego –pio la voz alegre de una muchacha.

Louise colgó antes de que se extinguiera la voz alborozada de Karoline en el auricular. Consideró si debería pasarse por allí de camino a la casa de los padres.

Se puso el abrigo y en mitad del pasillo oyó que empezaba a sonar su teléfono. Resopló para sus adentros, ¡maldita sea!, pero volvió sobre sus pasos.

–Departamento A, Louise Rick.

–¡Y ahora, por si fuera poco, me toca hablar con la mujer de Frank Sørensen! –chilló la voz de Camilla.

–¿Y?

–Que es una locura. No quiere hablar con nadie del periódico de su marido, pero sí conmigo.

Louise no dudaba de que a su amiga le costaría rebajar la alegría durante un buen rato. No se le escapaba que lo que acababa de ocurrir significaba un gran triunfo para una periodista de la competencia. Era precisamente en estas situaciones cuando dudaba de la integridad y de los nobles motivos de Camilla, sobre todo cuando subrayaba que no lo hacía por fisgonear, sino para darles a sus entrevistados la oportunidad de explicarse.

¿Dónde demonios estaba la diferencia? Su comportamiento no era mejor que el de los demás cuando vislumbraba la posibilidad de abrir una puerta de una patada. Louise sospechaba que su amiga perseguía con todas sus fuerzas convertirse en la reportera de sucesos más dura de todos los tiempos, ¡la que era capaz de entrar allá donde quisiera!

–Estás pirada. *Get a life!*

–Pero esta es precisamente mi vida. Yo al menos vislumbro una diferencia cuando una mujer que acaba de perder a su marido prefiere hablar conmigo que con cualquier otro – dijo.

Camilla parecía ofendida.

A la postre, Louise tuvo que darle la razón, naturalmente.

–Bueno, pues entonces te felicito. Tengo ganas de leer qué sacas en claro de todo ello. Yo ya me iba. Hablamos más tarde.

Colgó y pensó que, en realidad, era muy raro que hablara diez veces más con Camilla que con Peter. Pero era distinto cuando se trataba de una amiga, resultaba más fácil compartir frustraciones y alegrías momentáneas con ella. Nunca se le ocurriría llamar a Peter para contarle que había vuelto a soltarle un bufido a Michael Stig.

Sacudió levemente la cabeza, alejando así sus propios razonamientos. Las tres y media, hora de salir pitando.

Louise saltó escaleras abajo y atravesó el patio al trote, decidida a no dejarse perturbar si se encontraba a alguien por el camino. De todos modos, cuando lucía ese semblante pocas veces se atrevía alguien a dirigirse a ella.

Encontró a Svendsen en el garaje.

–Necesitaré un coche en algún momento de la tarde –dijo.

Svendsen gestionaba el parque móvil de la policía. Heilmann ya había reservado dos coches civiles para el grupo, pero cuando Louise quiso ir a recoger la llave de uno de ellos ya habían volado.

Svendsen se ocupaba de que los coches tuvieran el depósito lleno y estuvieran en buenas condiciones para que la gente de la jefatura no tuviera que preocuparse de estas cosas, pero no siempre resultaba fácil sacarle un coche si de algún modo se sobrepasaba lo acordado.

¡Venga, venga!, pensó Louise, y cruzó los dedos en el bolsillo. Ahora mismo, no tenía fuerzas para pelearse por un coche.

–Coges este y ya está –dijo Svendsen, y le dio la llave de un Focus blanco.

–¡Oh, gracias!

Louise le lanzó sorprendida una amplia sonrisa y se metió en el vehículo.

Antes de ponerlo en marcha, introdujo los auriculares en el teléfono móvil.

Pasó por delante de la Estación Central y cruzó para así bordear los cines Palads. Consideró la posibilidad de pasar por la estación de Nørreport para pillar un *hot-dog*, pero llegó a la conclusión de que seguramente sería difícil dejar el coche allí. En su lugar siguió adelante hasta Øster Farimagsgade y decidió que buscaría algo de comer allí antes de dirigirse a Skovgårdsgade para ver si el novio de Karoline estaba en casa. Aparcó,

cruzó la calle y se acercó a la verdulería donde compró cuatro plátanos y un paquete grande de pasas. En el camino de vuelta al coche pasó por el quiosco y compró una cola *light*.

Echó el asiento hacia atrás para tener más espacio a su alrededor antes de empezar a comer. Después de dos plátanos y un par de puñados de pasas se limpió los dedos y sacó el móvil del bolsillo. Encontró el número de teléfono de Martin y de Karoline en el bolso y llamó, pero volvió a saltar el contestador.

Las cortinas estaban echadas en la planta baja. Llamó al timbre y oyó su agudo sonido, volvió a llamar y mantuvo el timbre pulsado unos cinco segundos antes de soltarlo. Tras un par de minutos se rindió.

Los padres de Karoline vivían en el mismo barrio de Østerbro, aunque en una casa un poco más céntrica. Había tres coches aparcados frente a la casona. Antes de dejar su coche detrás del último intentó evaluar si se trataba de prensa o de familia y amigos que habían acudido para ofrecer su apoyo a los padres. No había nadie sentado en los coches, y tampoco había nadie en la calle, así que supuso que pertenecían a amigos de la familia.

Antes de que le diera tiempo a llegar a la cancela, la puerta se abrió. La madre de Karoline, Lise Wissinge, debió de verla subir por el sendero del jardín.

–Entra. Y muchas gracias por todo. Fue muy amable por tu parte renunciar a dormir para hablar con nosotros –dijo cuando Louise le hubo dado la mano.

El cansancio se había instalado pesadamente en los ojos de la madre, hinchados de tanto llorar. En la mano estrujaba un pañuelo blanco.

–Gracias a ti. Me alegro de haber hablado con vosotros.

–Mi hermana ha venido, y también los abuelos de Karoline. Pero entra.

Se adelantó a Louise hasta llegar a la gran cocina. La noche anterior se habían sentado en el salón y a Louise le había dado la impresión de que se trataba de una familia muy burguesa y decente, tal vez un poco rígida y anticuada; sin embargo, esa impresión no tenía nada que ver con el ambiente que ahora se respiraba en la gran y acogedora cocina. El padre de Karoline, Hans Wissinge, llevaba unos tejanos y un jersey de lana oscuro con cuello de cisne, y su madre un vestido de andar por casa, aunque Louise no reparó en ello hasta que entraron en la cocina. Se dio cuenta de que la rigidez y la formalidad que había detectado la noche anterior no habían sido más que una especie de escudo entre ellos y la realidad, un parachoques que los había ayudado a distanciarse de lo sucedido. Hoy, esa distancia había desaparecido.

En medio de la mesa había varias cafeteras y una enorme tetera. Habían encendido velas por toda la estancia y reinaba una paz que no suele producirse hasta que el llanto se serena. En el banco estaba sentada una versión más joven de la madre de Karoline. Estaba hojeando un gran álbum de fotos junto con los abuelos, y el padre de Karoline las comentaba cuando pasaban a una página nueva. Martin, el novio de Karoline, estaba sentado a la cabecera de la mesa. Saludó educadamente con un gesto de la cabeza al ver entrar a Louise.

–Hola.

–Hola, Martin.

Louise se acercó a él y le tendió la mano. Cayó en la cuenta de que apenas había reparado en él la noche anterior, cuando estuvo sentado en el sofá, completamente encogido. Ahora vio que era más alto y más hombre de lo que recordaba.

Sacó el informe de su bolso y pidió a los padres que lo releyeran. Luego se sentó al lado de Martin.

–Había pensado que tú y yo podríamos charlar un poco –dijo, y asintió con la cabeza cuando Lise le ofreció una taza de café. Martin se puso tenso. Louise esperaba poderse llevar sin demasiados aspavientos. Resultaría un poco violento si se veía obligada a ordenarle que la acompañara para someterla a un interrogatorio en medio de aquella atmósfera relativamente relajada que reinaba en casa de la familia de Karoline. Sabía que esta se esfumaría en el mismo instante en que los padres se vieran forzados a pensar que durante la investigación podía aparecer algo acerca del yerno que tal vez hubieran preferido no saber.

Louise no conseguía seguir la conversación alrededor de la mesa. Solo atrapaba fragmentos de las historias que contaban acerca de Karoline y su hermano pequeño cuando eran más jóvenes, acerca de las vacaciones familiares y Nochebuena. En su lugar, se dedicó a observar a Martin mientras intentaba formarse una idea de él. Le gustaría saber más de él antes de llegar al momento en que, tal vez, aparecería en la lista de sospechosos. Louise se echó un poco hacia atrás en la silla y suspiró. Era evidente que esa posibilidad ni siquiera había rozado a los padres de Karoline.

–¿Te parece bien que pasemos por la jefatura de Policía? –preguntó, y se inclinó hacia él.

–¿Me vais a interrogar?

–No nos queda más remedio que hablar contigo.

Louise se puso en pie con la esperanza de que él la siguiera sin más.

–Pero si ya ha hablado con uno de vosotros –exclamó la madre de Karoline.

–Necesitamos que nos cuente unas cuantas cosas más –contestó Louise, e intentó que sonara como un mero trámite burocrático.

Hans Wissinge estaba sentado, inclinado sobre un folio A4 que Louise había traído consigo. Mientras lo leía, asintió varias veces con la cabeza. Cuando hubo terminado, estampó una elegante firma sobre la línea punteada, luego se levantó, se acercó al yerno y posó una mano sobre su hombro.

–Alégrate de que sea Louise Rick quien se encarga de ti. Será mejor que aproveches la ocasión, no vaya a ser que envíen a otro.

Con un gesto le indicó a Martin que se levantara y los dos se dirigieron hacia el pasillo. La madre de Karoline estaba leyendo el informe, pero interrumpió la lectura y alzó la mirada.

–Solo tiene a su madre, y vive en Frederikshavn. Por eso le hemos propuesto que se quede con nosotros el tiempo que crea necesario –le dijo a modo explicativo a Louise, como para asegurarse de que ella entendía que era importante para ellos cuidar de él.

–Por supuesto –contestó Louise.

La madre de Karoline leyó el resto del informe por encima y escribió su nombre al lado del de su esposo. Luego los acompañó hasta el recibidor y se quedó en la puerta mientras Martin y Louise entraban en el coche.

–¿Debería llamar a un abogado? –preguntó Martin, de camino a la jefatura de Policía.

–En realidad no estás inculpado, así que no debería ser necesario. Solo quiero hablar contigo de Karoline y repasar el sábado.

Louise le sonrió.

–De momento, no es más que una formalidad.

Martin se volvió hacia ella para tenerla de frente.

–¿De momento? ¿Qué quieres decir con eso?

–Nada, sencillamente intentaba ser graciosa.

El tipo la irritaba. Tenía veintisiete años y a Louise no le parecía que tuviera que sorprenderle tanto que jugara un papel central como testigo en la investigación.

Aparcó pegada a la acera de Otto Mønstedsgade. Sus pasos retumbaron en el hueco de la escalera mientras subían. Él la seguía unos cuatro o cinco peldaños por debajo y Louise notó que sus pasos se tornaban cada vez más pesados. Decidió intentar mantener un ambiente distendido para que así él se pudiera relajar un poco.

–¿Quieres un café o prefieres un refresco? –preguntó Louise, una vez hubieron colgado los abrigos. Él se quedó en medio del despacho, un poco desmañado, mirando a su alrededor.

–Está bien con un poco de agua. Llevamos tomando café casi todo el día.

Se acercó a la silla que había en uno de los extremos del escritorio. Era un hombre alto, de espaldas anchas, aunque andaba un poco encorvado. Louise cerró la puerta cuando se dirigió a la cocina. Le sentaría bien quedarse solo un rato, pensando en lo que iba a contarle.

El comedor estaba vacío. Llenó una jarra de agua y se sirvió una taza de café. Al llegar al pasillo se detuvo un instante para escuchar, pero no oyó nada. Louise se acercó al despacho de Toft y Michael Stig. En el coche, en el camino de vuelta, había pensado que tal vez no estaría de más hablar un momento con Michael Stig. Él fue quien primero habló con Martin Dahl después de que encontraran a Karoline. La puerta de su despacho estaba cerrada. Dejó la jarra de agua en el suelo, llamó a la puerta y agarró el pomo. Estaba cerrada con llave. Se lamentó un poco en voz baja mientras volvía a su despacho.

–Aquí tienes –dijo, y dejó un vaso y la jarra frente a él. Ella también se sirvió un vaso antes de sentarse delante del ordenador.

–¿Podrías hablarme un poco de ti y de Karoline?

Por un instante, el chico pareció que iba a protestar, pero finalmente se contuvo. En vez de eso, se reclinó en la silla con los brazos cruzados y la cabeza ligeramente ladeada.

–Muy bien, ¿qué quieres saber?

Louise suspiró hondo. El tipo mostraba una actitud arrogante, y también cierta animadversión que así, a bote pronto, ella no era capaz de interpretar. ¿Sería porque se resistía a hablar de lo que había sucedido, o estaba dirigida contra la policía en general? Louise decidió que lo mejor sería coger el toro por los cuernos y se enderezó ligeramente en la silla.

–Quiero saber todo lo que me puedas decir acerca de ti y de tu novia. Era una chica dulce y sensata. Y sin embargo la encontraron asesinada en un parque hace menos de veinticuatro horas. Eso no está bien y, seamos sinceros, no pinta bien para ti, porque no tienes ninguna coartada para la hora en que fue asesinada.

Louise se dio cuenta de que se estaba acelerando. Soltó aire y se encogió un poco. Ahora ya lo había dicho y el efecto era evidente. Martin Dahl se había quedado blanco como una sábana. La miraba fijamente.

–Lo sabía –susurró él.

Louise levantó una ceja.

–¿Qué es lo que sabías?

–Sabía que me echaríais la culpa a mí.

Louise sintió que volvía a acelerarse y rodó con su silla hasta la otra punta de la mesa, hasta que apenas les separaron quince centímetros.

–No se trata de que alguien tenga la culpa o no. Se trata de que hay que juzgar a alguien por el asesinato que se ha cometido y tú te estás arriesgando a que te toque a ti, si sigues comportándote como si solo estuviera en juego una moto robada.

Martin Dahl se incorporó en la silla mientras las palabras de Louise se asentaban y la miró.

–Disculpa, estoy más que dispuesto a ayudar. Pero sea cual sea la conclusión a la que lleguéis, tienes que saber que no fui yo quien asesinó a Karoline. Yo la amaba y mi sueño era formar una familia con ella. El plan era que yo dejaría de trabajar tanto en la tienda y con el tiempo...

Las palabras se diluyeron.

Louise carraspeó y lo interrumpió.

–¿Cómo os conocisteis?

–Un día de marcha hace cuatro años, ella acababa de cumplir los diecinueve. Yo tenía un pequeño apartamento y ella todavía vivía en casa de sus padres. Tengo una tienda de ropa en Nørrebrogade, por entonces acababa casi de abrirla. Al principio no hubo nada serio entre nosotros. Ella me echaba una mano en la tienda los sábados, cuando estaba disponible. Entonces estudiaba en la Escuela de Enfermería.

Louise había empezado a tomar notas. El sonido del teclado acompañaba sus frases.

–Seis meses más tarde supe que ella era la mujer con la que quería tener hijos. Siempre estábamos juntos, o bien en mi casa, o bien en casa de sus padres.

–¿Nunca os habéis tomado una pausa? Al fin y al cabo, ella era muy joven, así que no hubiera sido tan raro.

–Una vez.

Martin se mordió el labio.

–Ella rompió porque yo me metí en un lío.

Louise no movió ni un músculo. Sabía que si esperaba el tiempo suficiente llegaría una continuación a esas primeras palabras.

–De hecho no fui yo, sino uno de mis amigos quien se metió en un lío, pero yo lo ayudé y Karoline me reprochó que me hubiera visto envuelto aunque solo fuera de refilón en algo así.

Louise seguía sin decir nada, simplemente se limitaba a esperar.

Martin Dahl se retorció un poco en la silla, hasta que finalmente abrió los brazos en un gesto de desesperación.

–Uno de mis viejos amigos de Frederikshavn suele vender un poco en Østerbro, sobre todo éxtasis, o eso creo, pero de vez en cuando se olvida de pagar por la mercancía que revende. Hace un año, la cosa se puso muy fea. Fue poco después de que Karoline y yo nos fuéramos a vivir juntos. Le presté el dinero que debía. Eso fue todo –dijo, como si esperara que Louise fuera a reclamarle todos los detalles.

–¿Y tú tomas esas cosas?

–Había tomado antes, alguna que otra vez, pero de eso hace mucho tiempo. Karoline no aceptaba las drogas. Por eso se puso furiosa cuando se enteró de que había ayudado a mi amigo.

–¿Cuánto dinero le prestaste?

–Cincuenta mil coronas.

–¿Te las devolvió?

Martin Dahl sonrió y asintió con la cabeza.

–Dos meses después, y ni siquiera tuve que reclamarle la pasta. Es un buen tipo. Fui al colegio con él, desde segundo de primaria, y he intentado convencerle mil veces para que lo deje, pero parece que no funciona.

Louise comparó esta amistad con la que tenían Camilla y ella. Seguramente ella también le habría prestado las cincuenta mil coronas si Camilla realmente las necesitara, pensó, a sabiendas de que resulta más fácil decirlo que cortar realmente una amistad solo porque una de las partes ha empezado a frecuentar ambientes que a la otra parte no le gustan, o porque se dedique a asuntos manifiestamente contrarios a su código moral. Carraspeó y volvió a mirar a Martin Dahl.

–¿Se ha vuelto a repetir alguna vez?

Martin Dahl vaciló lo suficiente para que Louise lo registrara.

–No, solo fue esa vez.

Tras hora y media de interrogatorio, Louise sintió que sabía más o menos cómo era Karoline, y su relación con Martin. Conocía prácticamente todas sus costumbres y había conseguido sacarle que él era el más inquieto de los dos y que le había costado un poco abandonar la vida de soltero, y que todavía le gustaba dárseles de gallito cuando salía por ahí con los chicos y Karoline se iba a dormir temprano porque tenía turno de mañana.

El viernes, Martin Dahl había salido con dos amigos, uno de ellos vendía ropa y el otro era el amigo de Frederikshavn. Habían estado en el Konrad hasta las cuatro de la mañana

y Martin estaba bastante ebrio cuando volvió a casa. Así pues, para él había supuesto un gran esfuerzo pensar siquiera en tener que reunirse con los padres de Karoline el sábado por la tarde.

–Pero todo fue bien, y no estábamos enfadados ni nada por el estilo porque yo hubiera llegado tarde a casa –le aseguró a Louise–. A veces algo así desencadenaba una crisis, pero el sábado no pareció que Karoline se diera demasiada cuenta de lo perjudicado que estaba yo en realidad. Me tomé el día libre en la tienda y ella parecía tener muchas ganas de que nos reuniéramos con sus padres en el centro.

Martin Dahl se hundió un poco en la silla, parecía perdido en cavilaciones.

Louise lo compadecía. La fría y arrogante superficie se había resquebrajado durante la última hora. Y había aparecido la persona que se ocultaba detrás, dejando al descubierto a un tipo dulce y un poco pueblerino que había aterrizado en la gran ciudad. Un chulito que, en el fondo, no era tan guay, que de puertas para afuera parecía estar a gusto en el distrito de Copenhague K, pero que tras la fachada soñaba con tener mujer e hijos y vivir en el campo. Un poco torpe, pensó Louise, y rebuscó en su bolso. Encontró un paquete de pañuelos de papel y se los ofreció por encima de la mesa.

–Gracias.

–De nada.

El muchacho se sonó la nariz y dio un sorbo al agua.

–¿La violaron?

Louise lo pensó bien antes de contestar. Tal vez no debería hablar con él de los datos concretos del caso antes de conocer todos sus movimientos el sábado por la noche. Por otro lado, le resultaba poco natural negarse a hablar de ello. Si finalmente resultaba ser el autor del crimen, difícilmente podía tratarse de una novedad para él y, por otro lado, no había gran cosa que desvelar hasta que no tuvieran el informe definitivo del Instituto Anatómico Forense.

–Se ha realizado el levantamiento del cadáver, pero la autopsia todavía no se ha practicado. A simple vista no parece que haya indicios de que así fuese, pero no podemos descartarlo por completo hasta que exista un informe definitivo. ¿Seguimos?

Martin Dahl asintió con la cabeza.

–Estuvisteis con Lise y Hans Wissinge el sábado por la tarde. ¿Hasta qué hora?

–Ellos se fueron a casa a eso de las cuatro y media. Faltaba un par de horas para que Karoline se reuniera con sus amigas. Suelen celebrar una especie de cena de chicas un par de veces al año. La verdad es que a Karoline no le gusta demasiado salir por ahí.

Martin Dahl se detuvo, cerró los ojos. El presente le había alcanzado de pleno.

–Tenía muchas ganas de ver a sus amigas. Cocinarían y disfrutarían estando juntas. A veces salían a tomar algo después de cenar, otras, Karoline volvía a casa y las demás se iban por ahí.

–¿Tú qué hiciste?

–Estuve echado en el sofá. Creo que estaba muy borracho cuando volví a casa la noche anterior, porque estaba hecho polvo. Luego pedí una pizza. Tenía un par de DVD y los vi.

Se lo pensó un rato hasta llegar a la conclusión de que al final habían sido tres las películas.

–Me desperté a eso de las tres de la mañana y me fui a la cama. Seguí durmiendo hasta las diez. Fue entonces cuando me di cuenta de que Karoline no había vuelto a casa.

–Entonces, ¿qué hiciste?

–La estuve esperando. Al fin y al cabo contaba con que aparecería por la puerta antes o después. Intenté llamarla al móvil, pero estaba apagado. También llamé a Trine y a Heidi, las dos amigas con las que estuvo cenando, pero tampoco me contestaron.

–¿Te había pasado antes que no volviera a casa?

–No, la verdad es que no, pero esas cosas pasan...

Se instaló un incómodo silencio entre los dos que le dejó bien claro a Louise que tal vez no le resultase raro a Karoline que Martin no volviera a casa después de una salida con los chicos.

–¿Habíais acordado que tal vez ella dormiría fuera de casa?

–No, pero supuse que se había quedado a dormir en casa de una amiga o que...

¡Joder!, pensó Louise, y volvió a compadecerse un poco de Martin Dahl. Gracias a Dios, esa manera de pensar era inconcebible en su relación de pareja.

–¿Cuándo empezó a extrañarte que no hubiera aparecido todavía?

–A eso de las tres di por fin con Heidi. Ella no entendía de lo que le estaba hablando y me dijo que Karoline se había ido a casa mucho más temprano que ella. Hasta que la presioné de verdad no me reconoció que Karoline había salido con un chico. Y se esforzó mucho en convencerme de que Karoline no se había ido con él –dijo Martin, aunque no parecía que la amiga de su novia hubiera logrado convencerlo.

–¿No te preocupaste?

Louise se sentía completamente despejada. Había llegado el momento de registrar las reacciones, todos los detalles. ¿Cómo es posible que alguien no reaccione cuando su novia no vuelve a casa? O bien porque es algo que ocurre con cierta frecuencia, o bien porque uno sabe por qué no aparece. Louise pensó rápido, repasó las diferentes posibilidades y las guardó en su memoria. La ayudarían a reforzar su intuición cuando, más tarde, repasara la declaración. ¿Qué puntos de la conversación lo llevaban a reaccionar negativamente y por qué dejó pasar tanto tiempo antes de ponerse en contacto con la policía, cuando era evidente que Karoline no acostumbraba a estar fuera toda la noche? Tomó algunas notas para sí en la libreta que tenía al lado del ordenador.

–Un poco antes de las ocho de la tarde llamaste al Rigshospitalet para preguntar si estaba ingresada allí. ¿Por qué lo hiciste?

Martin Dahl la miró, un poco confuso.

–Bueno, pues porque no había vuelto a casa.

–¡No! Pero ¿por qué de pronto te preocupaste de que no hubiese vuelto, si durante todo el día te habías mostrado relajado al respecto?

–Es que se había hecho muy tarde, sus padres habían llamado un par de veces y no podía decirles que simplemente no había vuelto a casa.

–Es decir, ¿supusiste que se había ido a casa de otro tío y por eso pasó tanto tiempo

hasta que denunciaste su desaparición?

Louise se contuvo. No le competía a ella juzgar, pero se sentía provocada por el hecho de que el tipo fuera capaz de dar una imagen de su novia como de una persona infiel y una buscona cuando era evidente que no era ni lo uno ni lo otro.

Martin Dahl se la había quedado mirando como si Louise lo hubiese abofeteado.

–Sí –dijo–, supongo que en realidad fue por eso. ¿En qué demonios estaría yo pensando?

Empezó a sollozar.

Eran las seis y media de la tarde cuando Louise lo llevó a su casa en la barriada de Kartoffelrskkerne. Ya le había advertido que le gustaría que le permitiera echar un vistazo, pero había dejado bien claro que no se trataba de un registro propiamente dicho. Él se había limitado a asentir con la cabeza y había dicho que de acuerdo.

El apartamento no era muy grande, unos cuarenta y cinco metros cuadrados, y daba la sensación de estar abarrotado. Había cosas por todos lados, objetos de decoración muy monos que impedían que entrara la luz por las ventanas, además de unas estanterías decaídas, una consola y un aparador apretujado en el salón junto con un sofá profundo de cuero y un enorme televisor con DVD incorporado.

A Louise no le costó mucho adivinar que estos dos últimos objetos eran cosa de Martin. Cayó en la cuenta de que debía de ser lo que llamaban un cine doméstico. Luego todo lo blanco y decaído debía de ser lo que Karoline había aportado al hogar. Sabía que los técnicos de Criminalística habían estado allí antes, así que podía moverse tranquilamente sin miedo a meter la pata. No tenía ninguna orden de registro, así que no se atrevió a hurgar en los armarios y cajones, pero sí recorrió ligeramente la puerta del ropero y echó un vistazo a su interior. La ropa de Karoline estaba doblada y apilada en pulcros montones, gran parte era de color negro o gris, muy clásica y decente. No cabía la menor duda de que la chica asesinada era alguien a quien le gustaba tener sus cosas bien ordenadas. En el fondo del armario había ocho carpetas de anillas, una al lado de la otra, y cuando Louise echó una mirada a su alrededor descubrió que no había nada tirado por ahí, aparte de la ropa de Martin y dos cajas que habían contenido pizzas. Ni rastro de la clase de cosas que se amontonaban en casa de Louise, que probablemente estarían metidas en las carpetas de anillas del armario.

Sobre el aparador decaído había un montón de fotografías, una mezcla variopinta de marcos antiguos y nuevos, pero todas de la familia. Louise reconoció a los abuelos y a la tía, y luego había unas cuantas de Martin y de un joven que Louise reconoció. Era el hermano pequeño de Karoline que había fallecido. Lucía una media melena rubia y una amplia sonrisa.

Tendió la mano a Martin al despedirse y le advirtió que probablemente tendrían que volver a hablar con él. Era muy normal que volvieran a citar a la gente en esta clase de investigaciones.

Él asintió con la cabeza y cogió su mano.

–Lo comprendo.

Esbozó una débil sonrisa y le dio una tarjeta de visita en la que aparecía el número de su teléfono móvil y el de la tienda.

A Louise le fastidiaba que todavía no fuera capaz de calarlo del todo.

Miró su reloj y constató que hacía tiempo que había terminado la reunión informativa de las siete. Sería mejor que llamara a Heilmann para enterarse de si había algo que debiera saber.

Se dirigió hacia el coche mientras consideraba si sería demasiado optimista por su parte acercarse al Sticks N'Sushi y comprar algo para cenar. Llegó a la conclusión de que, de todos modos, tendría que comer algo, aunque luego se viera obligada a volver a la jefatura. Pero entonces tendría que cenar en el despacho y exponerse a que los demás le reprocharan que solo hubiera comprado comida para ella.

Louise esperó pacientemente durante casi media hora mientras le preparaban el sushi. Cuando llegó al coche llamó a Henny Heilmann.

–Acabo de salir de casa de Karoline y de su novio. ¿Ha pasado algo mientras he estado fuera?

–Tenemos algunos nombres de gente que hay que citar para un interrogatorio.

–Interesante –contestó Louise. Le costaba reunir el entusiasmo que se esperaba de ella y se arrepintió inmediatamente de la bandeja de sushi que había dejado en su bolsa de papel sobre el asiento del copiloto.

–El jefe acaba de pasar por aquí. Quiere que llevemos a cabo los interrogatorios esta misma noche. Por lo demás está bastante seguro de que volverás con algo bastante sólido para que podamos inculpar al novio.

–Pues que se tranquilice un poco. ¿Por qué cuenta con ello?

–Creo que sobre todo intentaba dar a entender a todo el mundo que espera un rápido desenlace del caso. El asesinato del periodista está copando fuertemente la atención de los medios. Supongo que preferiría que todos nos concentráramos en resolver ese caso.

–Bueno, pues entonces suspendemos la investigación del asesinato de Karoline Wissinge. Al fin y al cabo, lleva muerta poco más de veinticuatro horas.

Louise no pudo reprimir la irritación y escupió las palabras que había pretendido que sonaran graciosas. Estaba harta de que algunos asesinatos fueran más importantes que otros. Ya había discutido el tema con su jefa de investigación antes, pero Heilmann siempre había defendido pacientemente al jefe de Homicidios, aduciendo que mientras el gran público siguiera el trabajo de la policía con interés no les quedaba más remedio que dedicar recursos adicionales a los asesinatos hinchados por los medios de comunicación y, por lo tanto, menos gente a trabajar en los demás casos.

–¡Dios mío! –suspiró Louise. Era consciente de que un reportero de sucesos asesinado resultaba más interesante que una enfermera de veintitrés años estrangulada en un parque. Si Karoline hubiera sido una colegiala de quince, seguramente el jefe de Homicidios le hubiera concedido más prioridad.

–¿Sacaste algo en claro del interrogatorio de Martin Dahl? –preguntó la jefa del grupo de investigación, e interrumpió así sus pensamientos.

–En realidad, no. Él sostiene que estaba en casa en el espacio de tiempo en que Karoline pudo ser asesinada. Y luego dijo que ella era la mujer con la que quería casarse y tener hijos. Que la amaba por encima de todo en este mundo, etcétera, etcétera. Aunque hubo algo que me llevó a pensar que no era verdad y que había problemas entre ellos.

Consideró la posibilidad de indagar algo más en el comportamiento algo extraño de Martin Dahl al ver que su novia no volvía a casa el domingo. Pero, por otro lado, no aportaría nada nuevo al caso y podía esperar para comentarlo hasta mañana por la mañana.

–¿A quién tenemos que llevar a interrogar a jefatura esta noche? –preguntó en su lugar.

–Hemos citado a algunas amigas de Karoline. Toft y Michael Stig ya han empezado. Creo que deberías irte a casa y dormir, pasaste una noche muy larga ayer.

–¿Estás segura?

–Mañana podrías averiguar con cuáles de sus compañeros del hospital deberíamos hablar: hay un par que ya se ha puesto en contacto con nosotros. Pero estaría bien que hablaras con la enfermera jefe.

–De acuerdo. Entonces nos vemos en la reunión matinal.

Louise se reclinó en el asiento del coche y suspiró aliviada. No le quedaba más remedio que entregarle el coche a Svendsen, pero se concedió en el acto un taxi a casa. Arrancó y se dirigió a la jefatura.

Consiguió un taxi frente a la gran oficina de correos de Copenhague.

–Hollsnervedej, en el barrio de Frederiksberg –le dijo al taxista, y dejó con mucho cuidado la bolsa de sushi en el asiento de atrás. Había sido un día extraño. Teniendo en cuenta el número de casos que el departamento A asumía que no tenían nada que ver con asesinatos, también era mala suerte que les cayeran dos al mismo tiempo. Y además, la gran mayoría de los homicidios se podían clasificar como homicidios por razón de parentesco, en los que el autor del crimen y la víctima se conocían, tal vez motivados por una riña matrimonial o una disputa entre amigos. Resultaba bastante más sencillo abordarlos. Cuando sabías desde un principio quién era el autor del crimen, tenías que concentrarte en recoger pruebas que apoyaran una posible confesión. Sin embargo, en este caso se trataba aparentemente de homicidios cometidos por extraños y encima se veían inmersos en dos grandes investigaciones de ese tipo al mismo tiempo. Esto ya era demasiado.

Louise se dio cuenta de que estaba sentada con los hombros subidos hasta las orejas. Corrigió la postura bajando los hombros a su posición natural. Era curioso que aunque todo el trabajo que tenía por delante pudiera resultarle inabarcable, le seguía encantando.

Le gustaba trabajar bajo presión, y se sentía cómoda concentrándose en un asunto. También podía vivir sin dormir demasiado, siempre y cuando fuera por un período limitado. Lo que peor llevaba era que acababa alimentándose a base de comida basura, aunque últimamente procuraba que la comida del departamento no siempre se comprara en el McDonald's.

Cuando el taxi estaba a medio camino de Gammel Konge-vej, empezó a rebuscar en su bolso. Por un instante fue presa del pánico, estaba convencida de que había olvidado su monedero al comprar el sushi, pero entonces lo encontró en el bolsillo exterior y respiró aliviada.

–Hasta luego –gritó una vez hubo pagado, y cerró la puerta del taxi de un portazo.

Cuando llegó a la cuarta planta, metió la llave en la cerradura y empujó la puerta. Una vez dentro, se quedó petrificada. Sabía, instintivamente, que había algo raro. Se quedó inmóvil y escuchó, salió al hueco de la escalera y dejó su bolso y la bolsa de sushi en el suelo. Esperó un momento.

No oyó nada mientras esperaba, tensa, y estuvo dudando si bajar y llamar a un coche patrulla o entrar. De haber sido como en las películas americanas habría sacado su revólver de servicio, pero su realidad no era esa.

Dio un paso adelante y decidió que lo mejor sería pasar el mal trago cuanto antes.

–¡Hola! ¿Hay alguien? –gritó, y entró con decisión en el estrecho pasillo. Se detuvo expectante y dio un respingo cuando oyó golpear una puerta. Al ver que la puerta de servicio estaba abierta, corrió hacia ella y la abrió de par en par. Oyó pasos en la escalera, no eran pasos rápidos que bajaban, sino pasos lentos y pesados que subían. Eso la confundió, así que se echó un poco hacia atrás y cerró la puerta.

Luchó por controlar la respiración.

Los pasos se acercaban. Calculó que debían provenir de la planta inferior. Estaban subiendo. Agarró rápidamente uno de los grandes cuchillos que colgaban del imán sobre la mesa de la cocina, se acercó a la puerta de servicio y la abrió de golpe.

Estaba dispuesta para el combate, lista para recibir al intruso.

–¿Qué demonios haces aquí? –gritó encolerizada al ver a Peter.

–He bajado la basura.

–Ya, pero ¿qué haces aquí?

Seguía señalándolo con el cuchillo. Peter estaba un poco atontado, pero pronto su sonrisa tomó el relevo al pasmo.

–¿Estás considerando atacarme? –preguntó, y señaló el cuchillo con la cabeza.

–Sí, puedes estar seguro de que sí.

Louise se dio cuenta de que estaba temblando, aunque sintió que el alivio empezaba a hacer acto de presencia. Bajó el cuchillo y rompió a reír.

–¡Joder, cariño, me has dado un buen susto! ¿Cuándo has vuelto?

Peter había subido los últimos escalones y había cerrado la puerta tras de sí.

–Me fui un par de horas después de que habláramos por teléfono. Convocaron a los encargados de compra alemanes a una reunión de crisis en la sede central y entonces no había ninguna razón para quedarse.

Louise se había sentado en una silla al lado de la mesa de comedor redonda de la cocina.

–Te llamé y te dejé un mensaje en el móvil al ver que no respondías en el despacho. Hablé con alguien que me dijo que seguramente volverías tarde a casa.

–¡Maldita sea, qué susto me he llevado!

Louise no acababa de sacudirse la sensación de pánico.

Peter se acercó a ella y la rodeó con el brazo. Así se quedaron un rato, Louise con la cabeza escondida contra su abdomen.

–Perdóname, no lo había pensado.

Le pasó la mano por el pelo.

–¿Has cenado? –preguntó Peter, y se acercó a la nevera.

–He comprado algo de sushi. ¿Y tú?

–He hecho unas cuantas compras. Hay una botella de vino en el salón, por si te apetece.

Louise se levantó y decidió darse una ducha caliente antes de sentarse a cenar. Fue a buscar la botella de vino y sirvió dos copas, se llevó una, mientras Peter se concentraba en la cena.

A esto se refería Camilla cuando se quejaba de que echaba de menos a un hombre por el que volver a casa; pero seguramente no a uno que le diera un susto de muerte. Louise sonrió y se metió en la bañera. Dejó correr el agua caliente con generosidad y subió el pequeño pomo del grifo para que el agua empezara a brotar a chorros por la alcachofa de ducha en la pared.

Se quedó un buen rato disfrutando del chorro de agua caliente que golpeaba contra sus hombros y corría por su espalda. Se sorprendió a sí misma pensando que, en realidad, le habría hecho ilusión poder disponer de una noche a solas. Echaba de menos a Peter cuando no estaba, pero al mismo tiempo sabía valorar la soledad. Cuando él estaba de viaje no podía esperar a quedarse sola para escuchar música o irse temprano a la cama y leer. Nada más pensarlo, se sintió ingrata y se apresuró a alejar su fastidio.

Había olvidado recoger el albornoz en el dormitorio y la toalla de la mañana seguía en el suelo.

–Peter –llamó cuando hubo cerrado el agua.

Tardó un rato en oír sus pasos. Tenía la piel de gallina y sus pezones estaban duros. Ojalá Peter no se lo tomara como una invitación. No estaba de humor para eso ahora mismo. Se tapó con la cortina de baño cuando entró Peter.

–¡Uh, así que de pronto eres vergonzosa! –se rio él, en un tono algo burlón.

–¿Podrías traerme el albornoz que está en el dormitorio? ¿Y una toalla limpia del cajón, por favor? –pidió Louise.

Peter volvió, y le dio la toalla y le sostuvo el albornoz. Louise se envolvió rápidamente en él y se lo ató concienzudamente.

–He puesto la mesa en el salón, delante del sofá –dijo Peter, y le dio un beso en la mejilla.

–Gracias. ¿Has tenido un buen viaje, aparte de la interrupción? –preguntó Louise por encima del hombro.

–Sí, todo ha ido muy bien. Recibí una petición bastante interesante de nuestra delegación en Escocia. Quieren que les ayude a introducir uno de sus nuevos e importantes productos en el mercado.

–Qué bien. ¿De qué se trata?

–No me han dicho nada más, pero se pondrán en contacto conmigo cuando vuelva a la oficina.

El vino era precisamente lo que necesitaba Louise. La somnolencia se apoderó de ella.

–¿No fue cuando estuviste en Escocia cuando no paró de llover de la mañana a la noche?

Peter asintió con la cabeza, pensativo.

–Pero es muy bonito –dijo, después de rebuscar en la memoria.

–Gris contra gris, dijiste entonces –le recordó Louise.

–La naturaleza era absolutamente fantástica. El paisaje era magnífico.

Lo describió abriendo los brazos, para transmitirle de qué amplitud le estaba hablando.

–¿Eso era lo que ponía en el folleto turístico?

Peter sacudió la cabeza.

–Es muy bello. Incluso cuando el tiempo es gris y triste.

Louise le sonrió.

–Tú también debiste impresionarlos un poco si resulta que ahora te reclaman.

Se levantaron y empezaron a recoger. Louise había comido demasiado, estaba ahíta y se sentía pesada. Peter no podía entrar en la tienda de *delicatessen* de Gammel Kongevej sin salir con un poco de todo. Eso sin contar el sushi que ella misma había comprado. Empezó a bostezar incluso antes de meterse debajo del edredón.

A las ocho de la mañana, el departamento A estaba reunido en el comedor para la sesión habitual y un café. Además de la plantilla de siempre habían convocado a unos diez o quince agentes de la Brigada Criminal de las comisarías de Bellahøj y la City que los asistirían en los primeros días.

Louise encontró una silla libre y se la llevó hasta una de las esquinas de la mesa. Cuando el ambiente se hubo calmado, el jefe de Homicidios se levantó del asiento que presidía la mesa.

–No creo que haga falta que os diga que tenemos visita –dijo, e hizo un gesto con la mano en dirección a las dos mesas largas que había en medio del comedor–. Nos alegramos mucho –añadió, y sonrió–. Hay mucho que hacer. Porque tal como pintan las cosas ahora mismo, no tenemos demasiadas pistas que seguir, ni en el asesinato de Karoline Wissinge ni en el del periodista Frank Sorensen. En cualquier caso, estamos seguros de que ambas víctimas fueron asesinadas en el lugar donde fueron halladas. Frank Sorensen en el patio que hay detrás del Royal Hotel. Estaba echado bajo el cobertizo donde el personal del hotel aparca sus bicicletas. Karoline fue estrangulada y escondida detrás de un banco en el parque de Østre Anlæg.

El jefe de Homicidios se paseaba de un lado a otro frente a la pared del fondo con la gran pizarra blanca.

–No ocurre muy a menudo que nos encontremos con dos casos entre manos a la vez.

Louise se había quedado perpleja. Exactamente lo que ella había pensado, pero ¿cómo pensaba solucionarlo?

–Nos organizaremos de tal manera que el grupo de investigación que trabaja en el esclarecimiento del asesinato de Karoline Wissinge podrá contar con Lars Jørgensen. Willumsen seguirá trabajando en el caso de Frank Sørensen junto con su equipo.

Hans Suhr se enderezó y se colocó de espaldas a la pared.

–Aprovecho para subrayar que quedan revocados todos los permisos y días de vacaciones, también los compensatorios por horas extraordinarias, hasta que hayamos resuelto los casos. Tienen prioridad, y me encargaré de anular vuestras guardias hasta nuevo aviso.

Louise se alegró. Detestaba las guardias en la comisaría de la City. Tenía una guardia de noche al mes y un fin de semana de cada seis, y cada vez que le tocaba maldecía su mala suerte.

–Dicho esto, creo que os deberíais organizar para trabajar en dos turnos, al menos en cuanto al asesinato del periodista. Los medios de comunicación nos están presionando mucho y tenemos que encontrar algo que darles.

El jefe de Homicidios había alzado la voz como para recalcar que si no lo hacían sería su cabeza la que iban a rifarse. Se acercó a su silla dispuesto a sentarse, pero de pronto cayó en la cuenta de que se le había olvidado algo.

–Se celebrarán reuniones internas en los dos grupos de investigación. Se mantendrán separadas y yo me encargaré de dirigir las –dijo, y añadió–: En la medida de lo posible.

–Fantástico –dijo Toft–. Podría llegar a ser demasiado estar involucrado en los dos casos a la vez. Creo que tendremos más que suficiente manejando nuestro propio caso.

El jefe de Homicidios asintió con la cabeza.

–Seguiremos celebrando una reunión conjunta aquí por la mañana, pero serán, sobre todo, breves actualizaciones.

Louise miró el reloj: eran las ocho y media. Antes de llamar al Rigshospitalet debía formarse una idea general de cómo se presentaba el día.

Cuando volvió a su despacho reconoció el abrigo que su compañero Lars Jorgensen había dejado de cualquier manera sobre la silla, al otro lado de las mesas de escritorio.

No me apetece nada, pensó, y deseó para sus adentros que Suhr decidiera retirarle los días de fiesta a Soren y ella pudiera así librarse de un nuevo compañero. Sin embargo, sabía perfectamente que aquella era una actitud de niña consentida.

Acababa de sentarse cuando Lars Jørgensen entró por la puerta.

–Hola, Lars, supuse que sería tu abrigo –dijo, en un intento de parecer simpática.

–Hola, Rick. Pues sí, ahora somos tú y yo, y tendremos que procurar que todo vaya bien –dijo, y sonrió mientras se desplazaba hasta el otro lado de los escritorios, que estaban colocados en fila.

–Bienvenido –dijo Louise–. Cuento con que tendré que realizar bastantes interrogatorios hoy, así que me imagino que habrá mucho tráfico entrando y saliendo del despacho. ¿Tú cómo lo tienes?

–Tengo que hablar con Heilmann. Debo familiarizarme aún con el caso, no sé muy bien qué habéis hecho hasta ahora.

–Estuve en casa de los padres. Pero he de hablar todavía con sus compañeros de trabajo en el hospital.

Louise acababa de marcar el número del departamento de Neurocirugía cuando llamaron a la puerta. Heilmann entró y se dirigió directamente a Lars Jørgensen.

–¿Puede ponerme con Anna Wallentin? –dijo Louise, una vez se hubo presentado a la enfermera que había cogido el teléfono. Estuvo golpeando la mesa con el bolígrafo mientras la enfermera buscaba a su jefa.

–Está pasando visita. ¿Podría llamar dentro de una hora? Supongo que para entonces ya habrá acabado.

–La verdad es que querría hablar con Anna Wallentin ahora mismo. ¿Sería tan amable de pedirle que llame al departamento de Homicidios dentro de los próximos diez minutos?

Louise esperaba haberse expresado de forma suficientemente dramática para que la chica al otro lado de la línea se diera cuenta de la gravedad del asunto.

–Naturalmente –contestó, asustada.

Louise colgó y miró de reojo a Heilmann y a Lars Jørgensen. Estaba un poco avergonzada porque todavía le complaciera enormemente pronunciar las palabras mágicas «departamento de Homicidios» y sentir el respeto que provocaban en la gente.

–Acabo de explicarle a Lars lo que tendréis que hacer a partir de ahora –dijo Heilmann.

–No necesito ayuda. Puedo encargarme perfectamente de los interrogatorios yo sola.

Louise era consciente del rechazo que rezumaban sus palabras.

–Vosotros dos trabajaréis como compañeros hasta que Velin vuelva –Heilmann empezó a caminar hacia la puerta–. Y por lo que tengo entendido, eso no ocurrirá hasta dentro de dos meses y medio.

Antes de que la puerta se cerrara detrás de Heilmann sonó el teléfono de Louise.

–Departamento A, Louise Rick.

Era Anna Wallentin. Louise le preguntó por los compañeros de trabajo de Karoline. Si había alguien con quien hubiera mantenido una relación más estrecha que con los demás. Apuntó nombres y números de teléfono mientras hablaban. Tres chicas y un chico. Karoline solo llevaba dos meses en el departamento cuando fue asesinada, así que la mayoría la conocía sobre todo por las breves pausas del café.

Cuando colgó, miró a Lars Jørgensen.

–Solo hay cuatro, así que será fácil –dijo, y le lanzó una pequeña sonrisa.

–Tengo la sensación de que te resulta irritante que te impongan un nuevo compañero. No te preocupes, lo comprendo. A mí también me cae bien Velin, jugamos juntos en el equipo de balonmano de la policía.

Louise sintió cómo se le encendían las mejillas.

–Si por mí fuera, me habría quedado en la Brigada de Estupefacientes, pero las cosas no funcionan así. Mi rotación establece que debo pasar medio año con vosotros antes de que me permitan volver. Tu compañero está de vacaciones compensatorias y a mí me tienen que asignar algún puesto. ¿No crees que será mejor que intentemos sacarle el mejor partido posible a la nueva situación?

Lars Jørgensen se reclinó en la silla y la contempló después de soltarle su arenga.

–Tienes razón. ¿Tomas algo con el café?

–Azúcar, dos cucharadas, pero leche no.

Los ojos de su nuevo compañero la siguieron cuando se levantó y se dirigió hacia la puerta.

Cuando volvió, el jefe de Homicidios y Willumsen estaban sentados en el despacho hablando con Lars Jørgensen acerca del asesinato del periodista. Louise se acercó y dejó dos tazas sobre la mesa, pero al ver que nadie alzaba la mirada sintió que les estaba importunando y cogió su teléfono móvil y se fue.

–Camilla Lind.

Louise se dio cuenta inmediatamente de que molestaba.

–Hola, ¿quieres que te llame más tarde?

–No, no importa. No consigo encontrar la maldita calle de Spurvevej. Llevo dando vueltas por Svogerslev más de veinte minutos.

–¿Y si preguntaras a alguien? –propuso Louise.

–¡Ya lo he hecho, joder! Pero me han insultado y me han acusado de ser una maldita periodista que haría bien en meterme en mis propios asuntos.

–Y es lo que eres –se rio Louise–. No sueles molestarte por estas cosas.

Resultó muy liberador que su amiga le levantara los ánimos de esta manera. Camilla siempre despotricaba sin freno, mientras que Louise solía encerrarse en sí misma cuando algo se le resistía.

–Tampoco me lo tomo en serio, pero se respira una atmósfera bastante enrarecida por aquí. Es como si de pronto Frank Sorensen se hubiera convertido en el héroe de la comarca y los lugareños hubieran asumido la responsabilidad de proteger a sus familiares y amigos.

–¿No será toda Svogerslev? –dijo Louise en un tono irónico.

–Pues la verdad, lo parece –soltó Camilla, malhumorada–. ¡Drosselvej! Entonces debo de estar cerca.

–Solo quería saber cómo te va. En realidad creí que tenías una entrevista ayer.

–Ayer tuvisteis secuestrada a toda la familia, así que no pudo ser. Estuve esperando hasta las nueve de la noche, hasta que finalmente le dijeron a Terkel que tendríamos que posponerlo hasta hoy. También le soltaron que deberíamos respetar el trabajo de la policía y dejar de imponernos. ¿De qué coño van? Es nuestro trabajo, ¡joder!

Louise se daba cuenta de que Camilla estaba en su elemento. Estaba inspirada, dispuesta a la lucha. Nada ni nadie le impediría hacer su entrevista con la viuda llorosa.

–¡Ahí va, Spurvevej! ¡Es aquí! Hablamos más tarde –dijo Camilla, y colgó antes de que Louise pudiera decirle que, de hecho, la había llamado para poder lamentarse de que le hubieran impuesto un nuevo compañero.

A las doce el grupo de investigación se reunió alrededor de la mesa de Heilmann. Suhr había convocado la reunión, pero no tenía tiempo de participar en ella personalmente porque tenía que hacer unas declaraciones para las noticias del mediodía acerca del asesinato del periodista.

Por la mañana había presenciado la autopsia de Karoline Wissinge. Como era de esperar, había muerto debido a las lesiones que había sufrido en el cuello. Además, se confirmó que no había sido violada; aunque el examen demostró que estaba embarazada.

–De unas ocho semanas –dijo Heilmann, antes de que le diera tiempo a nadie a preguntar–. Supongo que lo habrías mencionado si su novio te lo hubiera comentado ayer, ¿verdad?

Louise se apresuró a asentir con la cabeza, un poco ofuscada.

–Naturalmente. Ni Martin Dahl ni sus padres me hablaron de que Karoline estaba esperando un niño. No creo que lo supieran.

–Bien, entonces tendremos que ver si ellos mismos abordan el tema, si no, tendremos que hacerlo nosotros.

Varios testigos habían confirmado que Karoline abandonó Baren junto con un hombre que coincidía con la descripción de Lasse Møller, por lo que se decidió volver a convocarle para un segundo interrogatorio.

–Tendréis que apretarlo –dijo Heilmann, y se volvió hacia Toft.

–Ya, no es nada nuevo. Él mismo contó que se fueron juntos. No la conocía de antes y se separaron al llegar a la plaza de Sølvtorvet. Pasó por la plaza de Sankt Hans Torv de camino a casa y se metió en la cama a las dos y media. Pero si queréis, podemos hacer que lo repita; si te refieres a eso.

Toft lo dijo sin ninguna intención oculta. Siempre seguía las órdenes que le daban.

–¿Hay algún testigo que pueda confirmar su declaración?

–Lo vieron en el Pussy Galore, la cuestión es cuándo. Lasse Møller afirma que utilizó su tarjeta de crédito en el bar, pero cuando repasé la liquidación con el jefe del bar no encontramos ningún recibo con su nombre y él tampoco fue capaz de mostrarnos su copia.

–¿Qué tal van vuestros interrogatorios? –preguntó Heilmann, y miró a Louise y a Lars Jørgensen.

Louise se volvió hacia su nuevo compañero, pero él le hizo un gesto con la cabeza y ella contó que habían hablado con dos de los colegas de Karoline que la conocían desde la Escuela de Enfermería.

–No tengo la impresión de que frecuntaran a Karoline en privado. Solo se veían en el trabajo, así que no sé hasta qué punto podemos fiarnos de que sepan algo de ella –explicó Louise–. Pero antes de conocer a Martin Dahl estuvo saliendo con un estudiante de enfermería.

–Hablabamos con él y con otro más hoy mismo, los hemos citado para las tres –añadió Lars Jørgensen.

Louise parecía estar en Babia, mientras los demás contaban cuáles serían los próximos pasos a dar. Dos de los miembros de la Brigada Criminal darían otra vuelta por la zona alrededor de Sølvtorvet y llamarían a las puertas en busca de nuevos testigos.

–Estamos apretando al círculo más íntimo de amistades de Lasse Møller y hemos empezado a investigar su pasado a fondo –dijo Michael Stig, e hizo un gesto con la cabeza hacia un agente de la Policía Judicial que por lo visto lo estaba ayudando.

–Ahora que estáis hurgando en el pasado de la gente, podríais aprovechar para investigar una cosa más –dijo Louise, y se inclinó sobre la mesa–. El novio de Karoline, Martin Dahl, tiene un viejo amigo de la infancia de Frederikshavn que trapichea con drogas y que de vez en cuando se olvida de pagar por el material que revende.

Michael Stig alzó la ceja levemente.

–¿Y qué te lleva a pensar que este amigo de la infancia tenga algo que ver con el asesinato?

Ladeó ligeramente la cabeza y la miró.

–En su día, Martin Dahl le prestó una cantidad considerable de dinero que ciertamente recuperó. Solo pensé que deberíamos investigar si se esconde algo más detrás de esta historia –Louise hizo una breve pausa–. No tiene necesariamente que estar relacionado con el asesinato en sí, pero nunca está de más anticiparse a los acontecimientos.

–De acuerdo, interesante –dijo Michael Stig–. ¿Karoline también estuvo involucrada en este tipo de asuntos?

–En absoluto. Estaba furiosa porque Martin le hubiera prestado dinero a su amigo.

–Es evidente que debemos estar al corriente de si este tipo de delincuencia es habitual en su círculo de amigos –deslizó Heilmann, y miró a Michael Stig–. Os ocuparéis vosotros. Bueno, pues creo que ya estamos. ¿Nos ponemos manos a la obra?

Su mirada se movió de uno a otro, luego se levantó, recogió sus papeles y salió de la sala.

Los demás se quedaron sentados y la siguieron con la mirada.

–Es increíble la energía que tiene esta mujer –dijo Toft con tono de respeto–. No se le nota nada que tiene un marido enfermo del que ha de cuidar cuando está en casa.

–¿A qué te refieres? ¿Su marido se ha puesto enfermo? –exclamó Louise. Había coincidido con Viktor Lau varias veces. Era un hombre atractivo de unos sesenta años, un deportista que tenía la piel bronceada prácticamente todo el año, como ocurre a menudo con los apasionados de la vela.

–Le encontraron un tumor en el cerebro hará cosa de medio año. Lo operaron hace dos meses. Por eso Heilmann estuvo fuera durante un tiempo, concretamente por Navidad.

–¿Y ahora qué tal está?

–Pues la verdad es que creo que le va bastante bien. La última vez que pregunté por él fue hace un par de semanas y Heilmann me contó que se había recuperado de la operación y que están muy esperanzados.

Louise asintió con la cabeza en un gesto de conmiseración y consideró si podía permitirse decirle algo a su jefa para animarla o si debería fingir no saber nada.

–No entiendo cómo he podido pasar algo así por alto –dijo, tras una breve pausa.

–Tranquila. No ha sido un tema de conversación en el departamento. No creo que haya mucha gente que lo sepa y a ella no le gusta que se compadezcan –la consoló Toft, antes de recoger sus papeles e irse.

Pero era evidente que él lo sabía, pensó Louise.

–Voy a probar una vez más con los dos últimos. Si no conseguimos dar con ellos tendremos que acercarnos al hospital –dijo Louise cuando ella y Lars Jorgensen estuvieron sentados frente a frente en el despacho.

Ni Signe Jensen ni Jesper Mørk contestaron, así que Louise hojeó los informes de los interrogatorios de la mañana, antes de meterlos en las carpetas que guardaba en la estantería.

Louise había preparado las tres carpetas el lunes por la mañana. La roja que habría de enviar al abogado de la defensa, la azul con los originales que cuando llegara el momento tendrían que entregar al juez, y la verde que era para la acusación. Todavía estaban nuevas y finas, pero seguramente antes de que concluyera el caso no cabría ni un solo papel en ellas y los bordes estarían raídos y doblados. Cayó en la cuenta de que resultaba aterrador, aunque al mismo tiempo sentía mucha emoción cuando archivaba los primeros informes.

Solía elaborar los informes mientras la gente que iba a interrogar estaban en comisaría,

porque así podía pedirles que los releyeran y firmaran enseguida, aunque no siempre le daba tiempo a hacer copias de los informes y archivarlos en sus carpetas correspondientes. Por regla general, acababan amontonados sobre su escritorio.

Lars Jørgensen acababa de salir por la puerta cuando Jesper Mørk llamó.

–Departamento A, Louise Rick.

–He oído tu mensaje –dijo una vez se hubieron saludado. Sonaba cansado, y Louise supuso que había tenido turno aquella noche y que acababa de despertarse.

–Qué bien que hayas llamado. Me gustaría hablar contigo del asesinato de Karoline Wissinge. Sé que hacía tiempo que la conocías.

Louise presintió que Jesper Mørk se había quedado helado y oyó que encendía un cigarrillo.

–Tengo que ir a trabajar –contestó, con una voz algo menos cansada.

–Perfecto, entonces nos veremos allí.

Louise lo dijo en un tono que no invitaba a contradecirla.

Se produjo una pausa prolongada.

–Empiezo el turno a las tres –logró decir Jesper Mørk finalmente.

–Estaremos allí a las tres y pico. También queremos hablar con Signe Jensen.

–¿Cuánto dura un interrogatorio?

–Eso depende de lo que tengas que contarnos.

–¿Qué es lo que tengo que contar?

Parecía sorprendido.

¿Por qué la gente no se limitaba a aceptar que cuando la policía quería hablar con ella simplemente se esperaba que contara lo que sabía?

–Solo tienes que hablarnos un poco de Karoline, y si sabes algo que nos pueda ayudar con respecto a lo sucedido el sábado, te agradecería mucho que nos hicieras partícipe de ello, naturalmente.

–Nos vemos –dijo él, y colgó.

–¿Con quién de ellos estabas hablando? –preguntó Lars Jørgensen, que había vuelto al despacho.

–Con Jesper Mørk, que entra a trabajar a las tres. He quedado con él en que estaríamos allí a las tres y pico.

–Así también tendremos ocasión de hablar con los demás compañeros de trabajo del departamento. ¿Quieres que volvamos a intentarlo con Signe Jensen, para prevenirla de nuestra visita?

Louise asintió con la cabeza y alargó la mano para llamar por teléfono, pero en ese mismo instante empezó a sonar su móvil. Era Camilla. Absolutamente flipada y extática.

«Ya llamo yo», le indicó Lars Jørgensen con gestos desde el otro lado de la mesa, y alargó la mano para coger el papel donde estaba anotado el número de teléfono de Signe Jensen.

–Es fantástica. Te encantaría esa mujer. Es precisamente el tipo de tía de la que te gustaría ser amiga.

–¿Quién? –preguntó Louise en un tono comedido. Esperaba que Camilla captara la

señal sin necesidad de decir nada más.

–Helle Sørensen, la mujer de Frank.

Louise ya había olvidado la entrevista.

–Es más joven que nosotras. No se me había ocurrido. ¿Te molesto?

–Estoy a punto de salir.

Camilla no se lo tomó como un rechazo.

–Desgraciadamente, el niño no estaba. No veas cómo se puso el fotógrafo. Había puesto todas sus esperanzas en una fotografía de la viuda doliente con el pequeño Liam.

–Muy bien –dijo Louise, sobre todo para mostrar que la escuchaba.

–Pero la historia de Helle es tan fuerte de por sí que no hace falta verla llorar con su hijo en el regazo para que te intereses por ella.

A Louise le pareció de mal gusto que una historia pudiera perder interés porque no hubiera fotos de familiares afligidos. Se suponía que el relato era el mismo, con o sin lágrimas en la portada.

–Tiene las ideas muy claras en cuanto a exponer a Liam en los periódicos. Ella solo ha accedido a duras penas a pronunciarse.

–Pues que no lo haga –comentó Louise.

–Sí, tienes razón, pero siente que está obligada a hacerlo por Frank. Por lo visto es algo que hablaron con cierta asiduidad.

Llegados a este punto, Louise se apeó. No estaba dispuesta a aceptar que alguien decidiera de antemano una aparición pública en los periódicos de ámbito nacional en caso de convertirse en el núcleo central de un caso de asesinato.

–Es enfermizo –objetó Louise en mitad del torrente de palabras de su amiga.

–Frank trabajó en un montón de historias de este tipo a lo largo de los años, y solía decir que si alguna vez pasaba algo en su casa que fuera suficientemente trágico para despertar el interés de los medios de comunicación, él también daría un paso adelante. Se sentía obligado, pues de no hacerlo se le caería la cara de vergüenza.

–¿Porque en el pasado les pidió a otros que hablaran?

Louise seguía intentando fingir que participaba en la conversación.

–Sí, y ahora Helle siente que le debe a Frank hacer lo mismo. Sería muy propio de él, dice ella. No estoy tan segura de que yo, personalmente, pudiera hacerlo de estar en su misma situación.

–No, y por eso tal vez deberías considerar trabajar en otra sección. Estilo de vida o moda. Supongo que allí no tendrías que presionar a nadie para que haga algo que tú misma no harías jamás.

Louise sabía perfectamente que Camilla era inmune a sus objeciones cuando estaba de ese humor, pero aun así lo intentó. La hipocresía y la doble moral eran conceptos que siempre aparecían cuando sus conversaciones llegaban a este punto.

–¿Hay algo más que quieras decirme?

–No, simplemente tenía ganas de compartir mi entusiasmo contigo. Pero hablamos más tarde.

–¿Conseguiste dar con Signe Jensen?

Lars Jørgensen sacudió la cabeza.

–He dejado un mensaje. Tendremos que hablar con ella en el hospital.

Louise se levantó y se dirigió hacia la puerta.

–Voy a ver si hay un coche libre.

–Nos he apuntado –dijo Lars Jørgensen, y sacó la llave de un coche de su bolsillo–. Si salimos ahora mismo nos dará tiempo a preparar a la enfermera jefe antes de que los demás fichen.

Louise alargó la mano para coger su abrigo y vio un periódico sobre la mesa de Lars Jørgensen.

–¿Puedo llevármelo?

Lars Jørgensen se lo lanzó y ella se lo metió debajo del brazo antes de salir al pasillo con su compañero.

Ella y Søren Velin solían alternarse al volante, pero en ese momento parecía más natural que Lars Jørgensen condujera, puesto que había conseguido la llave del vehículo.

Una vez en el coche, Louise abrió el periódico: «Periodista brutalmente asesinado», decía el titular que compartía la portada con una fotografía de Frank Sørensen. También había una pequeña referencia al asesinato de Karoline Wissinge. Si la hubieran violado y asesinado, sin duda habría aparecido una fotografía más grande en la portada, pensó Louise, antes de pasar las páginas y leer la media plana en el interior del periódico que le habían concedido al artículo de Camilla.

–Tal vez deberíamos echar un vistazo a los casos de violación sin resolver que tenemos. Aquellos en los que la víctima mostraba las mismas marcas de asfixia en el cuello que las que Flemming encontró en el de Karoline –dijo Louise, y miró a Lars Jørgensen. Era muy consciente de que se trataba de un tiro a ciegas.

Pasó un rato hasta que su compañero asintió con la cabeza.

–Es una idea –dijo, y se volvió brevemente hacia Louise–. Cuando volvamos también podríamos intentar repasar los casos de citas por Internet que han acabado en una denuncia por violación.

Los casos de violación también acababan en el departamento A. Homicidios, agresiones y delitos contra la moral. O como solían decir: sangre, saliva y esperma. Varias de las denuncias por violación que recibían eran de mujeres que habían conocido a un hombre a través de la red. Se habían dado algunos casos muy feos en los últimos años y resultaban difíciles de manejar porque era un tipo de violación distinta de la que tenía lugar en la calle. También era bastante común que durante los interrogatorios saliera a la luz que ambas partes habían estado de acuerdo en mantener relaciones sexuales. Era cuando no estaban de acuerdo en qué momento parar cuando las cosas se ponían realmente feas. A lo mejor era un tipo de estos el que había abordado a Karoline. Uno que quería algo más que sencillamente acompañarla un trecho.

Louise se acordó de una mujer que había estado saliendo durante un mes con un tipo que se llamaba Kim Jensen. Se habían conocido en la red y habían salido unas cuatro o cinco veces, hasta que finalmente ella lo invitó a su casa. Ella vivía en Rødovre y él en

Hørsholm. Louise recordaba perfectamente a aquella mujer delgada. Tenía unos veintitantos años y estaba sola con una hija de corta edad. Aquella noche fue agredida de forma tan brutal que los médicos del Centro para Víctimas de Violación del Rigshospitalet estaban profundamente conmocionados cuando llamaron a la policía. Quisieron ir a por el tipo, pero resultó que Kim Jensen había desaparecido como por arte de magia. Había borrado su perfil en la red. El número de teléfono móvil que había facilitado ya no existía y probablemente ni siquiera se llamaba Kim Jensen. Además de la violenta agresión que había sufrido, la mujer estaba consumida por la vergüenza que le producía haber estado con un hombre que, en realidad, no sabía quién era. La humillación ocupaba casi tanto espacio como el dolor físico.

Louise se sacudió el recuerdo de encima. Se alegraba de que Lars Jørgensen hubiera recogido el testigo, aunque era poco probable que diera algún resultado. Pero no había rechazado su propuesta de investigarlo. Le concedió un punto por ello.

–¿Qué tal va?

Terkel Høyer había aparecido en la puerta.

–Bien. Ahora mismo te lo envío –contestó Camilla con una sonrisa.

–¿Y las fotos?

–Supongo que Christian debe de estar a punto de acabarlas. Está sentado con ellas frente a la pantalla y he visto los retratos que hizo, están muy bien.

–Envíame el artículo y lo leeré mientras él acaba.

Terkel Høyer se fue y Camilla leyó lo que había escrito una última vez antes de darle al «enviar». A veces, las palabras fluían de tal manera que después se sorprendía de que hubieran podido salir de ella. Este era el tipo de textos que mejor se le daba. Otras veces, las cosas sobre las que le costaba escribir se tornaban un tanto artificiales una vez plasmadas en el ordenador.

Miró por la ventana. Estaba escampando. La lluvia del día anterior había arreciado y había amenazado con convertirse en una lluvia constante, pero ahora empezaba a amainar. El parque de Kongens Have tenía un aspecto triste, no quedaba ni rastro de primavera incipiente. Decidió subir a la cantina. Se había saltado el almuerzo, pero aún le daba tiempo a coger algo de comer antes de ponerse con los pies de foto.

–¡De puta madre! –dijo Terkel cuando volvió–. Es tal como debe ser. Eres un as, pintas el retrato apropiado de ellos. Es simpática, ¿verdad?

–Mucho. Tuve la sensación de que hacía tiempo que la conocía. Muy simpática –concedió Camilla.

En ese mismo instante se cerró una puerta de golpe y se oyeron pasos en el pasillo.

–¿Qué demonios es esta mierda? ¿Cómo es posible que no hayamos conseguido una fotografía de la criatura?

El responsable de grafismo irrumpió en la sala completamente fuera de sí.

Al principio Camilla no entendió lo que estaba diciendo.

–¿Quién coño te has creído que eres para meterte en el trabajo del fotógrafo?

Parecía estar a punto de saltar sobre ella.

–¿A qué te refieres?

Camilla no entendía nada.

–¿Qué pasa aquí? –preguntó Terkel Høyer, sorprendido.

Holck llevaba como responsable de grafismo del periódico más tiempo del que nadie era capaz de recordar. Era muy bueno en su trabajo, pero tenía un temperamento un tanto extravagante que desplegaba con todo su vigor cuando sentía que alguien le pisaba el terreno.

–La señorita Lind aceptó que no pudiéramos hacerle una foto a la viuda con el niño. ¡Es inaudito! Pero saldrá esa foto, lo quieras o no. Afortunadamente existen archivos, así que tendremos que vivir con que no sea una fotografía reciente.

Camilla resolló.

–¡No lo harás! –gritó, y se levantó airada, con tal fuerza que la silla de oficina se fue hacia atrás y chocó contra la pared–. Helle no quiere que saquemos una fotografía del niño y yo le he prometido que no lo haríamos.

–¿Desde cuándo eres tú la responsable de redacción? –gruñó el responsable de grafismo–. No estás en posición de prometer nada. Tu misión es escribir y todos te agradeceríamos que te concentrases en ello. Así los demás nos encargaremos de hacer lo que nos toca.

La saliva salió despedida de su boca cuando dio media vuelta para regresar a su despacho con paso firme.

–Explicame qué es lo que ha pasado –dijo el jefe de redacción.

–Helle me pidió que mantuviéramos a Liam fuera de todo esto. Por eso no estaba en casa cuando llegué. Tampoco quiso que fotografiáramos una foto de las suyas y la reprodujéramos. ¡No nos queda más remedio que respetarlo, maldita sea!

Terkel Høyer se quedó mirándola un buen rato.

–La historia siempre mejora cuando tenemos una foto de los protagonistas de la noticia. Ya lo sabes. ¿No podrías explicárselo?

Camilla sintió cómo las lágrimas inundaban sus ojos. ¿De qué iban? Les regalaba una entrevista buenísima y de pronto parecía que no valía nada si no incluía una foto de la madre y del hijo. Consideró por un momento dar rienda suelta a su malestar, pero se contuvo.

–Bueno, entonces no sé qué piensas hacer. Ella no quiere que hagamos esa foto.

–¿La presionaste? –preguntó Terkel Høyer.

Camilla no entendía nada. Tampoco creía que él, de estar en su situación, hubiera sido capaz de hacerlo. Al fin y al cabo, la conocía mucho mejor que la propia Camilla, que solo había visto a Helle esa única vez.

–Ella no quiere –contestó sucintamente.

–¿Intentaste convencerla? ¿Le explicaste por qué es tan importante una foto?

Camilla se quedó un rato sin decir nada.

–Terkel, Helle está destrozada. No tenía el más mínimo interés en salir en portada con su hijo y exponer ante todo el mundo lo mucho que Liam echa de menos a su padre. Solo accedió a la entrevista porque piensa que honraría el espíritu de Frank.

–Precisamente por eso tampoco debería ser tan difícil explicarle que necesitamos una foto de madre e hijo juntos.

–¿Cómo puedes decir eso? No podemos presionarla de esta manera.

–Tenemos que hacer algo –dijo él, y salió del despacho.

¡Esto no podía estar ocurriendo! ¿Qué había sido de la buena historia? ¡Qué demonios se habrán creído! Lo suyo era una hazaña. Ningún otro periódico había conseguido siquiera traspasar el umbral de su casa y ahora le venían con que no bastaba porque los fotógrafos pensaban que faltaba una fotografía capaz de provocar el llanto. La historia era lo más importante.

De pronto Terkel volvió a aparecer en la puerta.

–Vamos a volver a repasar el archivo una vez más. Estoy bastante seguro de que hay una fotografía de Helle y Frank con Liam. Los sacamos en una página de celebridades el año pasado, con motivo de una recepción, ¿te acuerdas?

Camilla no lo recordaba.

–Si no, tendrás que ir a ver a Helle y convencerla –prosiguió.

Camilla se quedó pensativa.

–No pienso hacerlo –dijo, y miró al frente.

Él la miró.

–Desde luego que lo harás. ¡Es tu trabajo!

Mientras Camilla todavía se estaba recuperando, Holck dobló la esquina. No se dignó ni siquiera a mirarla, pero le dijo a Terkel que solo tenían una foto en la que Frank llevaba a Liam en brazos cuando todavía era un bebé.

–Necesitamos una más reciente.

Terkel le dio la razón.

–Chequearemos con las agencias de fotos y si no encontramos nada, seguiremos por aquí.

–Enviaré a Christian para que encuentre a los padres de Helle. ¿Sabes dónde viven?

Se dirigía a Terkel, como si Camilla no existiera.

–Creo que viven en Viby o Borup, pero no debería ser complicado averiguarlo.

Camilla se levantó y los encaró.

–Será mejor que lo dejéis.

Se volvió directamente hacia Terkel Høyer.

–Querría hablar contigo a solas.

Se acercó a la puerta y se la cerró en los morros a Holck, a quien apenas le dio tiempo a dar un paso atrás antes de que lo enganchase.

–No puedes hacerlo. Retiraré mi entrevista si piensas que no es lo bastante buena sin esa foto.

–Camilla, deja de hacer el tonto, no te sienta bien.

Su voz no denotaba demasiada simpatía.

–No puedes tratar a Helle de esta manera. No puedes faltar a tu palabra.

–Yo no le he prometido nada, y es mi palabra la que vale en esta redacción. Si has cerrado un trato tendrás que hacerte responsable tú. Ya conoces el procedimiento. Si

podemos conseguir esa foto, hemos de hacerlo. No nos rendiremos hasta que lo hayamos probado todo. Esa suele ser tu postura también.

Camilla tuvo que tragárselo. Más de una vez se había visto en la situación de buscar fotografías de colegio si querían incluir la de un niño y resultaba que sus familiares no se la querían entregar. La agencia Fotografías de Colegio Danesas trabajaba prácticamente por todo el país y disponía de una gran base de fotos. A menudo les solucionaba la papeleta si no conseguían dar con algún compañero de clase o algún amigo dispuesto a entregar la foto en cuestión.

–Se lo he prometido. Confío en mí y por eso la entrevista es tan buena, ¿no lo entiendes? Nunca me la habría concedido si no le hubiera prometido que no presionaríamos para tener la foto.

–Quiero mucho a Helle y a Liam –la interrumpió Terkel–. Pero eso no me impide hacer mi trabajo. Veamos si la podemos conseguir por otro lado, si no, tendrás que volver a su casa.

–No lo pienso hacer. Y no te atrevas a publicar mi entrevista si adjuntáis una foto de archivo de los dos.

–Déjalo ya, Camilla.

Camilla se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar, así que se levantó, cogió su bolso y salió escopetada del despacho. En el pasillo se encontró con Holck y estuvo a punto de darle un puñetazo en el abdomen, pero se contuvo. Cuando llegó a la calle decidió entrar en una cafetería y tomarse una taza de chocolate caliente con nata.

En St. Regnegade divisó a Søren Holm. Nerviosa, miró a su alrededor, buscando dónde esconderse: ahora mismo no tenía ganas de hablar con un compañero de trabajo; pero él parecía exhausto y andaba sumido en sus propios pensamientos, así que Camilla pensó que tal vez a él también le sentaría bien una taza de algo caliente.

–Hola.

Søren Holm pareció asustarse cuando Camilla lo cogió del brazo.

–¿Qué tal?

–Estoy un poco cascado, no he pasado por casa desde ayer –explicó–. ¿Vas a la redacción?

Camilla sacudió la cabeza y le contó que había salido para tomarse una taza de chocolate caliente porque estaba de muy mal humor.

Søren Holm lo rumió un rato.

–Vale, te acompaño.

Se sentaron en un rincón y antes de que las tazas llegaran a la mesa, Camilla le había contado lo sucedido.

Søren posó su mano sobre la de ella y dijo:

–Es una situación de mierda. Pero no hay nada que hacer. El jefe de grafismo es quien decide qué fotografías van, ninguno de nosotros puede hacer nada al respecto.

Camilla no tenía fuerzas para decir nada más y se inclinó hacia delante para coger la taza cuando el camarero se la trajo. Se alegró al ver que había traído una fuente entera de nata montada. Curiosamente, las calorías de más solían levantarle el ánimo.

–¿Y tú qué tal? –preguntó–. Parece que has estado muy ocupado; o eso dicen en la redacción.

–Sí, teníamos que incluirlo todo antes del cierre, así que tuvimos que hacer un seguimiento de todo lo que soltaron sobre el caso de Frank en la conferencia de prensa. Pero la verdad es que no tengo ni idea de lo que está pasando. He estado dando vueltas toda la noche para encontrar a alguien que supiera algo, pero no he tenido mucha suerte. Creo que ha sido un trabajo por encargo. Nadie ha visto ni oído nada, y eso es un poco raro.

Camilla asintió con la cabeza. No conocía demasiado bien ese ambiente.

–El caso de narcotráfico empezará a rodar en un par de días. Frank llevaba mucho tiempo trabajando en él y sigo pensando que desenterró algo que alguien no quería que saliera a la luz cuando empezara el juicio. Pero no lo sé, no son más que conjeturas. Tengo que encontrarme con una fuente más tarde, esta noche. Es posible que él pueda contribuir con algo.

–¿Tienes que escribir algo para mañana?

Søren sacudió la cabeza.

–Sacarán tu gran entrevista, así que no necesito tener nada listo hasta finales de semana. Pero debemos mantenernos informados, naturalmente. A lo mejor la policía puede decirnos algo nuevo.

Camilla no dijo nada. Ya sabía a quién le tocaría informarse.

Signe Jensen solo tenía cosas buenas que decir de Karoline Wissinge. Nunca había coincidido con el novio de Karoline, no conocía a ninguna de sus amigas y estuvo llorando durante todo el interrogatorio.

Estaban sentados en la pequeña sala de reuniones del personal. Sobre la mesa había un termo y una pila de las pequeñas tazas de café blancas del Rigshospitalet, un azucarero y una jarrita para la leche.

–Lo siento, pero no me queda más remedio que preguntártelo –decía Louise cada vez que le formulaba una nueva pregunta. Al final se dio cuenta de lo irritante que podía resultar, pero le costaba concentrarse en el interrogatorio cuando la muchacha sollozaba con tanta vehemencia y, además, era un modo de intentar consolarla.

Louise fijó la mirada en la gran pizarra blanca que colgaba de la pared al otro extremo de la sala. Debajo de cada uno de los números de habitación aparecían dos nombres de pacientes y en el lado izquierdo estaban anotados los días de la semana. Marie Larsen tendría que acudir a fisioterapia el miércoles y el viernes. Se perdió un poco en cavilaciones mientras repasaba todas aquellas cuadrículas y los nombres. Signe Jensen seguía llorando y Louise respiró hondo, dispuesta a volver a intentarlo, cuando Lars Jorgensen la interrumpió.

–Escúchame. Habremos acabado en un momento. Sería de gran ayuda si fueras tan amable de espabilar y comportarte como una persona adulta durante los próximos cinco minutos.

La muchacha se enderezó y miró sorprendida a Lars Jørgensen, como si no hubiera reparado en su presencia hasta que él le habló.

–Por supuesto, disculpadme –dijo, y esperó a que él prosiguiera.

Louise sintió una pequeña punzada de irritación, pero decidió ignorarla y sonrió a Lars antes de finalizar aquel interrogatorio que no había aportado absolutamente nada a la investigación.

–A veces ayuda una pequeña bofetada verbal de fuera –dijo Lars Jørgensen cuando Signe hubo cerrado la puerta detrás de ella.

Louise asintió con la cabeza.

–Tal vez debería haber levantado la voz también.

–No, precisamente tú no, porque de haberlo hecho habrías perdido su confianza. Eres buenísima a la hora de hacer que la gente hable.

Louise lo miró desorientada.

–No hablaba, solo lloraba.

–En los últimos treinta minutos te ha contado prácticamente todo lo que vale la pena

saber sobre sus sentimientos; bueno, incluso diría que sobre su vida en general.

Louise sonrió.

–Tienes razón. Pero estaba pescando para que me hablara sobre la vida y los sentimientos de Karoline.

–Puedes estar segura de que si hubiera sabido algo te lo habría contado. Ahora puedes decir, con la conciencia tranquila, que no hay nada que rascar con Signe Jensen. No sabe nada que nos pueda servir.

–Gracias, me lo tomaré como un cumplido.

Louise se sorprendió al descubrir que Jesper Mørk era mayor que Karoline. Había dado por supuesto que el compañero de trabajo de la enfermera asesinada tendría la edad de los demás de su promoción de la Escuela de Enfermería, pero cuando entró en el despacho con su bata blanca, Louise se encontró con un hombre al que calculó alrededor de treinta años.

–Treinta y dos –contestó él cuando ella se lo preguntó.

Tenía la voz un poco ronca y llevaba el pelo del color del paté retirado detrás de las orejas.

–¿Quieres un café? –dijo Louise, y señaló las tazas sobre la mesa al tiempo que le acercaba el termo.

Nueve años de diferencia son muchos a esa edad, pensó Louise. Karoline tenía dieciocho cuando estuvo saliendo con Jesper Mørk, así que él debía de tener veintisiete entonces. No había caído en la cuenta, ni por asomo, de que el exnovio podría perfectamente tener mujer e hijos.

–¿Cuándo empezasteis a salir, tú y Karoline?

Louise le sostuvo la mirada para intentar captar si todavía sentía algo por Karoline, pero lo único que fue capaz de percibir fue una nebulosa de desconsuelo. Ningún dolor, ninguna reacción emocional.

–Salimos durante apenas un año. Empezamos justo antes de que ella cumpliera los dieciocho.

Louise tenía una libreta abierta sobre la mesa y tomaba notas mientras él hablaba.

–¿Cómo empezasteis a salir? Al fin y al cabo, había cierta diferencia de edad entre los dos.

Jesper Mørk soltó una breve y seca risotada.

–Sí, sobre todo en ese momento de la vida de una chica, nueve años son muchos. Cuando estás al otro lado de los treinta nadie se para a pensar en si un hombre tiene o no nueve años más que su mujer.

–Así es –dijo Louise, e intentó asimilar que no sería un interrogatorio en el que el interrogado le fuera a regalar nada. Tendría que arrancarle todo lo que pudiera–. Cuéntame –le invitó, y se reclinó en la silla.

–Ella se enamoró, eso es todo en realidad. Íbamos a la misma clase. Originalmente, me formé como herrero, pero me arrepentí después de sacarme el título de oficial y actué en consecuencia.

–Un buen salto, desde luego –deslizó Louise, con la esperanza de que Jesper Mørk se mantuviera sobre esa misma pista.

–Yo diría que desarrollo.

Louise asintió con la cabeza y se dio cuenta de que le costaba concentrarse. Se inclinó hacia él, irritada consigo misma porque algunos interrogatorios parecían tener que ir irremediablemente mal desde un principio. Empezaban torcidos y resultaba difícil enderezarlos.

–¿Serías tan amable de explicarme cómo empezasteis vuestra relación? –pidió.

Su tono de voz era cortante.

Louise se revolvió en la silla, un poco incómoda.

–Me tiró los trastos. Yo entonces estaba con una chica con la que además convivía.

Hizo una pausa, se quedó mirándose las manos.

–Supongo que me sentí adulado porque alguien quisiera seducirme –dijo, y lanzó una mirada provocadora a Louise.

–Entonces, ¿tú no te enamoraste de ella?

–Sí, pero fue más tarde. Al principio estaba enamorado de la aventura, del juego y del flirteo.

–¿De echar una cana al aire? –preguntó Louise, sin ambages.

Le salió así, sin querer, y, en realidad, no se trataba de una reprimenda moral. Simplemente necesitaba lanzarle una grosería a la cara para sacarlo de esa versión romántica y presuntuosa que, por lo visto, tenía pensado servirle.

A veces a una no le queda más remedio que gritar «coño» a la cara de la gente para conseguir una reacción, le había aleccionado Camilla en una ocasión, y no iba del todo mal encaminada.

–Bien, sí, es posible.

–Explícamelo bien. ¿Tuvisteis una aventura mientras tú todavía vivías con tu pareja, o dejaste a tu pareja y empezaste a salir con Karoline?

Jesper Mørk se quedó pensándolo un rato.

–Poco después empezamos a salir –contestó. Alargó la mano para coger la taza que había dejado sobre la mesa y bebió un poco de café.

No encajaba con la imagen que Louise tenía de Karoline. Una chica de buena familia, burguesa, con mesa de consola blanca y un claro dominio del interiorismo no era la clase de mujer que perdía la cabeza y perseguía a un hombre que ya estaba ocupado. Pero por lo visto estaba equivocada.

–Tuvisteis una aventura que acabó cuando empezasteis a salir formalmente, ¿es eso correcto?

–Sí.

–La relación duró...

Louise hizo una pausa y miró su libreta de reojo.

–Once meses y medio –la ayudó él.

–Sí.

Ya lo había apuntado, pero tomó buena nota de que Jesper Mørk lo tenía contabilizado

con exactitud.

–¿Por qué se terminó?

Jesper Mørk volvió a encogerse levemente en la silla y se miró las manos.

–Conoció a otro –dijo finalmente.

Louise suspiró pesadamente. Menos mal que Lars Jørgensen no estaba sentado enfrente, estaría disfrutando de la escena. Sin duda le habría podido sacar bastante jugo, y Louise estaba convencida de que esta vez no habría sido en su favor.

–Debes de referirte a Martin Dahl –concluyó Louise sin mirarlo.

–No recuerdo cómo se llamaba.

Louise se enderezó y lo miró sorprendida.

–Pero ¿me estás diciendo que le dio tiempo a salir con alguien después de ti y antes de conocer al chico con el que finalmente se fue a vivir?

Jesper Mørk se encogió de hombros.

Louise se inclinó hacia delante.

–¿Por qué te cuesta tanto hablar de esto?

–No me cuesta. Solo que no hay nada más que contar.

–¿Mataste tú a Karoline Wissinge?

La pregunta cortó el aire entre los dos.

Llegó la reacción, tal como Louise había esperado. Inmediatamente.

–¡Dios mío, desde luego que no! Por supuesto que no la maté.

Parecía un pajarito contrahecho y hablaba como la tía de Louise y sus amigas cuando, con su acostumbrada previsibilidad, se metían en jardines que realmente las escandalizaban. Con el mismo tono de indignación.

–Volveremos a ello más tarde –lo interrumpió Louise–. Ahora quiero que dejes bien claro cómo iniciasteis y terminasteis la relación que duró once meses y medio. ¿Serías tan amable de contármelo? Soy toda oídos.

Jesper Mørk había palidecido, descubrió Louise, satisfecha.

–La chica con la que vivía nos vio juntos en una cafetería, así que no hubo motivo alguno para negarlo cuando puso sus acusaciones sobre la mesa. Quería habérselo contado yo mismo, pero no tuve tiempo.

Louise escribía sin mirarlo.

–Teníamos planes de irnos a vivir juntos...

Jesper Mørk enmudeció.

–Sigue –dijo Louise, en un tono de voz neutral.

–De pronto dejé de parecerle interesante. Me abandonó. Me desechó.

–¿Fue cuando conoció al otro?

Louise se apresuró a interrumpirle, antes de que el tipo se metiera en serio por la vereda que ya había tomado.

Jesper Mørk asintió con la cabeza, lentamente y repetidas veces.

–Gracias –dijo Louise, y se levantó–. Es posible que tengamos que volver a hablar contigo, pero de momento tengo todo lo que necesito.

Jesper Mørk no levantó la vista mientras Louise hablaba, mantuvo la mirada fija en la

mesa. Louise había empezado a recoger sus cosas cuando él finalmente pareció volver a la vida. Se quedó un rato indeciso, como si no supiera si habían acabado o no.

Louise pasó por delante de él y abrió la puerta.

–Adiós –dijo, sin darle la mano. Miró a su alrededor, buscando a la enfermera jefe, Anna Wallentin, pero al no verla empezó a caminar pasillo abajo, en dirección a los grandes ascensores.

Lars Jørgensen estaba al lado del coche cuando salió.

–Qué tipo más raro –dijo Louise, antes de llegar a su lado.

–¿Cómo raro?

–No sé si había algo que no quería contarme, pero he tenido que arrancarle las respuestas.

–¿Te ha mentido?

–No, no creo. Sencillamente estuvo divagando un poco cuando le pregunté cómo empezaron a salir, pero en realidad era porque él tenía otra novia cuando se conocieron y luego Karoline rompió con él cuando ella conoció a otro que casi diría que tiene que ser Martin Dahl.

–Pero ¿no se suponía que eran amigos?

Estaban parados en el semáforo y Lars Jørgensen la miró, sorprendido.

–Sí, las cuatro chicas y Jesper Mørk solían almorzar juntos. Creo que Karoline solo se juntaba con sus antiguos compañeros de estudios, pero tampoco llevaba demasiado tiempo en el hospital, así que supongo que es muy normal.

–A lo mejor él seguía enamorado de ella.

–La verdad es que no me lo pareció. Sencillamente creo que es un poco raro.

Hacía frío en el despacho cuando volvieron. La ventana estaba abierta y olía a humo de cigarrillo. Louise supuso que alguien lo había utilizado para un interrogatorio mientras estaban fuera. Dejó la ventana como estaba y empezó a recoger sus cosas. Tenía que coger el autobús porque Peter la había llevado al trabajo por la mañana. Ahora le fastidiaba un poco. Hubiera estado bien poder volver en bicicleta.

Subió hasta la Estación Central y fue a esperar el autobús número quince. De pronto se arrepintió de haber acordado que cenarían juntos en casa. Irían apurados de tiempo, teniendo en cuenta que Peter había quedado para jugar al bádminton a las siete. Metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono, quería saber si los preparativos de la cena estaban muy adelantados o si tal vez deberían encontrarse en algún restaurante.

Estaba a punto de marcar su número cuando sonó el teléfono. Louise se asustó tanto que casi se le cayó el aparato al suelo.

–Soy yo, disculpa que te vuelva a molestar –dijo Camilla con una voz muy distinta a la eufórica que Louise había oído unas horas antes.

–Está bien. ¿Qué pasa?

–Me temo que voy a tener que dimitir.

–¿Qué quieres decir? ¿Qué ha pasado?

Louise vio que el autobús se acercaba, pero dio un paso atrás. Tenía que saber qué era lo que estaba pasando.

–Están locos. Me niego en redondo a participar en esto.

Camilla la puso al corriente rápidamente de lo ocurrido y por qué estaba dispuesta a dejar su trabajo.

–Es una cuestión de credibilidad –terminó diciendo.

Louise tuvo que darle la razón. Pero ¿realmente era necesario dimitir? Era un poco exagerado.

–Todo tiene un límite, hay cosas que no estoy dispuesta a soportar. Y no entiendo a Terkel, ¡está pirado!

–Tranquilízate un poco. No hay ningún motivo para sacar las cosas de quicio.

Louise se dio cuenta enseguida de que probablemente no era lo más adecuado que podía haberle dicho, pero ya estaba hecho.

–Tengo todos los motivos del mundo –le respondió Camilla, furiosa.

Y en cierto modo tenía razón. A Louise no le gustaría estar en su situación. Su experiencia simplemente le decía que siempre resulta más sensato guardar la calma que dejarse llevar por la ira. Corría el riesgo de que la tacharan de histérica. Sus palabras no tenían el mismo peso si gritaba y se revolvía. Había intentado explicárselo a Camilla muchas veces antes.

Reflexionó un momento.

–¿Realmente estás dispuesta a dimitir si publican esa foto?

–Es lo que no sé, ¡maldita sea! –por un momento, Camilla pareció desdecirse de sus palabras–. ¡Sí, sí lo estoy! Siempre puedo hacerme *freelance* –dijo, con renovadas fuerzas.

–Bueno, pues ya está decidido, con esa actitud te resultará más fácil hacer valer tus derechos.

El siguiente autobús se acercaba y Louise se dio cuenta de que Camilla había recobrado el ánimo. Cruzaría los dedos para que todo acabara bien.

Camilla respiró hondo y enfiló el pasillo. Lo mejor sería coger el toro por los cuernos cuanto antes. La puerta de Terkel Hoyer estaba cerrada. Sin dejarse asustar, llamó a la puerta y entró.

–¿A qué conclusión habéis llegado? –preguntó, antes de darle tiempo a decir nada.

Terkel la miró, visiblemente irritado.

–¿Habéis encontrado una foto?

–Sí, tenemos una, así que no tendrás que volver a casa de Helle.

Camilla se acercó a su escritorio y tomó asiento frente a él.

–¿Realmente crees que me habrías convencido para que volviera a su casa?

Terkel Hoyer examinó su semblante.

–No, no contaba con ello. Pero deberías quitarte de encima estas manías.

–Yo no tengo manías. Simplemente me comporto decentemente con la gente. Y es

curioso, porque creí que tú también lo hacías.

Se recordó a sí misma que debía mantener la calma y controlar la voz, pero no pudo evitar que subiera una octava en la última frase. Respiró hondo hasta que el aire llegó al abdomen. Entonces lanzó una mirada a su reloj y dijo:

–Son las 17.58 horas y dimito.

Terkel Høyer se quedó mirándola, incrédulo.

–No te lo permito –se incorporó en la silla–. Tengo un poco de prisa. ¿Podríamos hablarlo más tarde? Hay un mensaje para ti, tienes que llamar al comisario Willumsen, del departamento de Homicidios.

Terkel Hoyer le señaló la puerta y se volvió hacia su pantalla de ordenador.

–Lo digo en serio –dijo Camilla, pero él se limitó a señalar la puerta con el dedo.

¿Qué demonios estaba ocurriendo? Volvió a su despacho. Que lo llame él, pensó cuando vio el mensaje, ahora mismo no tenía ganas de hablar con el malhumorado Willumsen.

Antes de que le diera tiempo a sentarse sonó su teléfono.

–Camilla Lind.

–¿Es la estrella del *Morgenavisen*? –preguntó una voz profunda.

Camilla frunció la frente.

–Aquí Willumsen –dijo, y Camilla se aturrulló. El comisario no acostumbraba a llamarla.

–Buenos días, Willumsen. Acabo de ver que me has dejado un mensaje para que te llamara.

–Sí, pero no lo has hecho, así que ahora te llamo yo a ti –gruñó él.

Camilla estaba desconcertada.

–Estamos reconstruyendo los pasos de Frank Sørensen el sábado por la noche y pensé que, si yo te cuento dónde creemos que estuvo, tal vez tú podrías echarnos una mano preguntando a vuestros lectores si alguien lo vio.

–Creo que sería mejor que hablaras con Søren Holm –deslizó Camilla, aunque sin sonar demasiado esquiva. No había ningún motivo para meterse en el caso si de todos modos había dimitido.

–Tu jefe acaba de decirme que hable contigo. ¿Tienes algo con lo que tomar nota? –preguntó Willumsen, ignorando así sus objeciones.

Camilla suspiró, encontró su libreta entre los demás papeles de su escritorio y buscó un bolígrafo en el cajón.

–Estoy lista.

–Sabemos que estuvo aquí, en la jefatura de Policía, el sábado por la noche, y creemos que de aquí se fue al Royal Hotel. Pero lo que no sabemos es si por el camino estuvo en otro lugar.

–¿Qué estaba haciendo en la jefatura un sábado por la noche? –preguntó Camilla, sorprendida.

–Ahora te lo cuento. Nos gustaría contactar con personas que lo hayan visto el sábado por la noche. El personal del hotel no se fijó en él, pero eso no excluye que haya estado

allí. Y estamos buscando a personas que tal vez hayan reconocido a Frank Sørensen por la foto y que lo vieran montado en su bicicleta durante el trayecto entre la jefatura de Policía y el hotel, a eso de las 22:00 horas

Camilla tomaba nota.

–¿Lo tienes todo? Para empezar, sería de gran ayuda poner esto en marcha.

–¿Qué hacía en la jefatura? –volvió a preguntar Camilla.

Se hizo el silencio un momento.

–Hablar con Birte Jensen; pero que quede entre nosotros. Aunque puedes llamarla para charlar con ella.

–¿Quién es Birte Jensen?

Camilla se sentía como una novicia.

–Birte es subinspectora de la Brigada Criminal y dirige la investigación del caso de tráfico de estupefacientes en el que trabajaba Frank Sørensen –explicó Willumsen.

–De acuerdo. Pero ¿querrá ella hablar conmigo? –preguntó Camilla, con la esperanza de no haber sonado demasiado sorprendida. No estaba acostumbrada a que resultara tan fácil que los jefes del departamento A o de Estupefacientes se avinieran a concederle una audiencia.

–Me ha comentado que se pondrá en contacto contigo, y al fin y al cabo, ella decidirá qué piensa contarte y qué no. No es ningún secreto que probablemente el caso de estupefacientes y la muerte de Frank Sørensen estén relacionados. Pero llámala. Es muy maja –dijo Willumsen, y colgó.

Camilla tenía la mano sobre el auricular cuando alguien llamó a la puerta. Terkel Høyer entró.

–¡Hazme el favor de parar ya! –dijo él, sin pestañear.

–¡Desde luego que no! –gruñó Camilla, y se quedó rumiando un instante lo que acababa de contarle Willumsen. Luego volvió a la realidad.

–Sí, pero –dijo, y lo miró. Terkel Høyer se había sentado frente a ella–. No pienso tolerarlo. No puede ser que una historia no sea lo bastante buena para el diario solo porque no lo saque todo a relucir. Estamos hablando de su vida, de su vida y de la de su hijo.

–No incluiremos la foto. He hablado con Holck. No está muy contento y solo lo ha aceptado porque las fotografías que nos han llegado son bastante malas.

Camilla suspiró. Era un argumento un tanto débil para darle la razón. Fotografías malas. Y los aspectos morales, ¿qué?

–Entonces, ¿qué haréis?

–Utilizaremos las fotos que sacó Christian. Son buenas.

–¿Qué dice Holck?

–Que eres una bruja que merece una reprimenda porque te has comportado como una pava entrometida.

Terkel Høyer le guiñó el ojo.

–¡Qué gracioso! –dijo Camilla, malhumorada.

–Tal vez deberíais sentaros a charlar.

–Ni lo sueñes. Y en todo caso, tendrá que venir él a mí. Él no está ahí fuera. Es muy fácil para él exigir. Todo siempre es más fácil si estás aquí con el culo bien sentado en la silla. Él no arriesga nada.

Camilla se estaba calentando.

–Lo estuvo. Estuvo ahí fuera. Pero tienes razón, todo es más fácil desde aquí.

Camilla tenía la sensación de que solo habían abandonado la idea de la foto de la madre y el hijo porque habían llegado a un punto en el que Terkel tendría que llamar personalmente a Helle para presionarla. En estas circunstancias, de pronto, ya no era tan importante. Camilla resopló.

–¿Le has podido sacar algo a Willumsen?

–Quiere que tracemos un mapa de los movimientos de Frank Sørensen el sábado por la noche. Esperan que alguien haya visto algo.

Camilla seguía sintiéndose ultrajada y decidió no contarle que Willumsen la había animado a hablar con la jefa de la gran investigación por narcotráfico. No había ningún motivo para airear algo que tal vez no pasara de una charla informal. Después de lo que acababa de experimentar, era evidente que podían decidir pasarse por el forro lo que fuera y presionarla para que escribiera algo que había prometido silenciar. Ni hablar. Una vez que supiera qué podía sacar en limpio, decidiría qué ofrecerle al redactor jefe.

Camilla consideró si podía permitirse no decirle nada a Søren Holm. A fin de cuentas era su caso. Decidió que él también podía esperar, hasta que supiera qué había sacado en claro de la charla.

–¿Cuánto espacio puede ocupar el artículo? –preguntó.

De pronto Camilla se sentía cansada. Christina estaba en casa con Markus. Habían acordado hacer panqueques. La joven había sido auxiliar en la guardería de Markus durante el primer año, hasta que lo dejó para empezar sus estudios.

Al principio, Camilla no había sido consciente del chollo de contar con los servicios de Christina, pero después de estos dos años, la canguro se había convertido casi en parte de la familia, o al menos en su tabla de salvación, como solía llamarla Camilla. Al principio, Christina había preguntado con cautela si le parecía bien que se llevara a Markus al museo marítimo para ver el submarino o al parque de bomberos. Camilla apenas había podido ocultar su entusiasmo. Nunca había llevado a su hijo al museo marítimo, de hecho ni siquiera sabía que existía.

–Escribe media pantalla.

–¿Has tenido noticias de Søren? –preguntó Camilla.

–Está echado en su despacho, descansando. Tiene un par de citas más tarde. Por lo visto, solo se puede dar con esta gente cuando los demás dormimos. Calculo que encontrará algo con lo que podamos seguir trabajando. Pero eres tú quien pondrá el entretenimiento en el diario de hoy –dijo Terkel, y le sonrió.

Camilla alzó las cejas. ¡El entretenimiento! Pero en el fondo era así como lo consideraba la gente. Le dio la vuelta a la libreta y se acomodó en la silla. Lo mejor sería que se pusiera manos a la obra inmediatamente. También había que elaborar unos gráficos para que la gente pudiera hacerse una idea de la ruta; pero de eso se encargarían

en maquetación, en la tercera planta.

Louise se metió el último trozo en la boca. Peter estaba en el dormitorio, poniéndose unos tejanos y un jersey. Nunca llevaba traje fuera del trabajo y a Louise le parecía perfecto. Hacía tiempo que Peter había dejado de cargar con ropa de un apartamento para otro. Disponía de tres estantes en el gran ropero y las camisas colgaban en uno de los extremos del colgador.

–Me lleva Henning, tenemos pista entre las siete y las ocho –le gritó desde el dormitorio.

–Me pasaré por el parque de Østre Anlæg mientras estás fuera.

–¿Crees que podrás encontrar algo más? ¿Vuestros técnicos no lo han peinado todo ya?

–Solo quiero echar un vistazo por mi cuenta.

Louise no tenía ganas de empezar a explicarle que a veces pensaba mejor cuando se encontraba en el lugar de los hechos, después de que la agitación y el ambiente febril del principio se hubieran atenuado.

–Cariño, tienes la tarde libre. No hay nadie que te obligue a ir hasta allí. ¿Por qué no te quedas en casa y te relajas hasta que yo vuelva?

Louise suspiró. Nunca lo entendería.

–No se trata de que alguien me obligue o no. Se trata de que se me ocurra algo que pueda ser útil si estoy en el lugar de los hechos. A veces las cosas se vuelven más lógicas estando allí.

–¿Y no hay nadie más que tenga ese don?

Louise no contestó. Ya lo habían discutido muchas veces.

–Nos vemos cuando vuelvas –dijo, en su lugar.

–Tengo que pasar por casa a recoger unos documentos que debo repasar para mañana. Así que si vas en coche podrías recogerme a la vuelta –propuso Peter, y sacó la llave de su coche del bolsillo del abrigo.

–Te llamo a eso de las ocho y media para ver si estás listo.

Louise fue hasta la entrada y se quedó en la puerta mientras él bajaba las escaleras.

Le sonrió y se preguntó si el día a día sería más aburrido cuando finalmente decidieran irse a vivir juntos. También podía pasar al revés. Sin embargo, había algo que la detenía. De vez en cuando sospechaba que, en realidad, eran las expectativas y la presión de la gente que los rodeaba lo que le impedía crear una verdadera familia. Pero eso es una tontería, pensó, y entró y se puso el abrigo.

Louise aparcó el coche frente al colegio de Krebs. Se había llevado el paraguas por si acaso: había dejado de llover, pero el cielo seguía teniendo un aspecto amenazante.

Entró por la verja central y tomó el sendero de gravilla del parque. A esa distancia y en medio del crepúsculo apenas conseguía divisar los matorrales entre los que estuvo oculta Karoline. Los árboles y los arbustos estaban desnudos, pero las tupidas ramas formaban

una especie de gruta alrededor del lugar donde fue encontrado el cadáver. El cordón policial rojo y blanco contrastaba fuertemente con las ramas desnudas. Sintió una pequeña punzada en el pecho cuando vio las llamas oscilantes. Había pequeñas velas metidas en farolillos para resguardarlas de la lluvia.

Se detuvo y contempló el escenario. Respiró hondo e intentó grabar para sí los alrededores, los detalles: los meandros del sendero, los árboles altos y los arbustos bajos. El banco donde tal vez se había sentado Karoline antes de ser estrangulada.

Louise se había detenido en medio del sendero. Amusgó los ojos e intentó apartar todo pensamiento de su cabeza. Fue aquí donde la joven había perdido la vida. Entonces volvió a abrir los ojos, asustada, temerosa de que alguien la hubiera visto. No tenía poderes de clarividencia y tampoco tenía intención de cargar con esa fama. Simplemente intentaba percibir esa atmósfera.

Como tantas veces antes, se preguntó si quienes acudían al lugar regularmente para cambiar las velas consumidas serían también los que se encargaban de mantener vivas las pequeñas llamas.

Había varias fotografías de Karoline depositadas en el suelo, envueltas en plástico. Louise supuso que eran de antiguos compañeros de clase y amigos. Las flores estaban dispuestas en varias hileras. Se agachó para leer las cartas metidas en fundas de plástico que acompañaban algunos ramos.

Te recordamos. Te echamos de menos. Te queremos. Las mismas frases se repetían en la mayoría de ellas. Louise sintió que se le hacía un nudo en la garganta, pero intentó ignorarlo. En su lugar se concentró con todas sus fuerzas en mantener las distancias.

De pronto su mirada cayó sobre una tarjeta blanca.

«Hágase tu voluntad», rezaba con tinta corrida. Estaba escrito con caracteres de imprenta y se distinguía claramente de las demás.

No podía llevar mucho tiempo allí, porque de otra forma la lluvia ya habría borrado la tinta por completo.

Se inclinó para ver si la tarjeta estaba sujeta a un ramo de flores, pero no lo estaba. Metió la mano en el bolsillo para coger el par de guantes de goma fina que utilizaban en la escena del crimen, pero no llevaba ninguno, justo ahora, cuando más lo necesitaba.

Con mucho cuidado cogió la tarjeta por el borde y la levantó con la ingenua esperanza de que pusiera algo más en el dorso que pudiera decirle de dónde venía, pero estaba en blanco.

Sacó su agenda del bolso y dejó caer la tarjeta entre dos páginas. Luego encontró su móvil y marcó el número del departamento de Criminalística en Slotsherrensvej. No había ninguna razón para esperar hasta mañana. Lo mejor sería que se la llevara hoy mismo.

–Soy Louise Rick, del departamento A. ¿Está Niels Frandsen o alguien que esté trabajando en el asesinato de Karoline Wissinge?

Louise sabía que el jefe del departamento de Criminalística solía estar allí ininterrumpidamente cuando una investigación se hallaba en su punto más álgido. Sin duda, la gente de allí estaría muy atareada con las pruebas que habían encontrado en el

parque y las que se habían hallado cerca del hotel donde Frank Sørensen fue asesinado.

–Hola, Rick, ¿tú también trabajas hasta tarde?

A Louise le gustaba su cálida y profunda voz. Se imaginó a Frandsen. Tenía cerca de sesenta años y casi siempre llevaba una pipa colgando de la comisura de los labios. Pocas veces estaba encendida, pero eso no parecía molestarle. Cuando se encontraron por primera vez, Louise pensó que era un hombre al que le costaba un poco ponerse en marcha. Lo vio como alguien que hubiese preferido quedarse en casa con la mujer y los nietos, tomando café mientras chupaba su pipa. Pero pronto tuvo que reconocer que también tenía otra cara. Era un hombre muy agudo, trabajaba como una mula, y la paciencia y meticulosidad que demostraba en todo lo que hacía Louise nunca las había visto antes en nadie.

–Hola. Ya sabía yo que te encontraría –dijo Louise, satisfecha.

Hizo una pequeña pausa y miró el reloj. Las ocho y cuarto. Pronto tendría que ir a recoger a Peter.

–Estoy en el parque de Østre Anlæg y acabo de recoger una tarjeta que alguien dejó en el lugar donde fue encontrado el cadáver de Karoline Wissinge. Si no te importa, me pasaré un momento.

–¡Vaya! Tiene que ser una tarjeta interesante si te empuja a venir hasta aquí.

–Seguramente se trate de algún imbécil con un sentido del humor algo raro, pero es distinta a las demás.

Le leyó el breve texto y estuvieron de acuerdo en que tendrían que examinarla para ver si había huellas dactilares, y también habría que echarle un vistazo a la caligrafía.

Cuando se hubo despedido, llamó a Peter y le explicó que se retrasaría un poco porque antes quería dejar la tarjeta en el departamento de Criminalística, pero que pasaría a recogerlo en el camino de vuelta.

Se dio cuenta de que Peter se mostraba algo taciturno y presintió que estaba irritado porque ella todavía estuviera trabajando.

Sintió cómo la tristeza se ceñía como una membrana alrededor de la línea de teléfono que los unía. Louise propuso pasar por casa para recoger algo de ropa después de entregar la tarjeta y luego ir a su piso.

–Será muy tarde –la interrumpió él. Quería irse a dormir temprano o ver una buena película. Louise se rindió. Cuando Peter estaba de ese humor no había nada que hacer.

–De acuerdo –dijo Louise–. ¿Qué hacemos con el coche?

Acordaron que ella se lo quedaría. Peter estaría reunido en el centro todo el día, así que no lo necesitaba.

–Entonces que duermas bien. ¿Sigue en pie la cena con Camilla y Markus mañana?

Louise intentaba no sonar ofendida.

–Sí, por supuesto –dijo Peter, aunque Louise no fue capaz de interpretar del todo su tono de voz.

–¿Lo tomas con leche? –gritó Frandsen desde el antedespacho cuando se disponía a llevarles el café.

–Sí, gracias; si tienes, sí.

El pasillo estaba en silencio, pero Louise sabía que detrás de algunas de aquellas puertas cerradas había gente trabajando. Había aparcado detrás del edificio gris en Slotsherrensvej y había pasado por delante de cuatro furgonetas azules frente a los edificios bajos de ladrillo rojo que ocupaban los pequeños departamentos especiales, listas para que los técnicos criminalistas pudieran salir a toda prisa.

Revisaban ropa en busca de sangre y manchas de semen antes de enviarla al Instituto Anatómico Forense, donde el departamento de Genética Forense realizaba sus análisis de ADN. Las huellas dactilares pasaban por la AFIS, la gran base de datos con cerca de 250.000 huellas, con la esperanza de encontrar alguna concordancia. Se comparaban moldes de yeso de suelas y todas las muestras diminutas de fibras y de pelos que se recogían en el lugar del crimen eran examinadas minuciosamente. Louise estaba profundamente fascinada por las muestras que el departamento de Criminalística estudiaba y durante un tiempo estuvo considerando la posibilidad de presentarse al examen de admisión para convertirse en parte del equipo técnico.

–Bueno, déjame ver lo que tienes.

Se habían sentado a la mesa cuadrada de reuniones.

Louise sacó su agenda y la sacudió hasta que la tarjeta cayó sobre la mesa. Aterrizó boca abajo. Frandsen cogió unas pinzas, un instrumento corriente cuando trabajas en el departamento de Criminalística. Cuando le hubo dado la vuelta se quedó un rato examinando la breve frase.

–¿Has dicho imbécil?

Louise asintió con la cabeza.

–No creo que el asesino de la chica dejase una tarjeta así. ¿Tú qué dices? –preguntó Louise, y frunció el ceño—. Sería estúpido llamar la atención de esta manera.

–Nunca se sabe. ¡Tampoco hubiera creído nunca que un asesino fuera tan estúpido como para dejar semen en una chica que acabaría matando!

–No, en eso tienes razón. Pero me cuesta creer que pueda ser tan burro como para dejar una pista voluntariamente.

Frandsen sacudió la cabeza.

–Me cuesta imaginármelo.

Louise se frotó la frente, le pesaba la cabeza, y descubrió que el cansancio estaba a punto de apoderarse de su cuerpo.

–Será interesante ver si hay huellas dactilares en la tarjeta –dijo Frandsen, al tiempo que la levantaba con las pinzas y la acercaba a la luz.

–¿Habéis encontrado huellas dactilares en su cuerpo?

Louise todavía no había recibido los resultados de Criminalística.

Frandsen sacudió la cabeza.

–A ver si encuentras algo, casi no puedo esperar. Pero también es posible que la tarjeta sea completamente inocente. Alguien a quien le pareció la ocasión idónea para hacer una confesión.

Se levantó y se puso el abrigo.

–Ya veremos.

Frandsen la acompañó hasta la planta baja y le dio una palmadita paternal en el hombro cuando Louise le dio las gracias por el café. Acordaron llamarse al día siguiente.

Cuando volvía en el coche hacia el barrio de Frederiksberg eran ya las diez y media y en realidad estaba contenta de que Peter no estuviera en casa. Se tomaría una copa del vino que había quedado de la cena y luego se iría de cabeza a la cama.

–¿A qué demonios dedicáis el tiempo? Parece que os paséis el día tomando café en lugar de trabajar. ¿Acaso creéis que es una casa de reposo para monjas embarazadas? – tronó el jefe de Homicidios.

Louise suspiró. Se le pasaría. De vez en cuando, Hans Suhr se subía por las paredes, pero solía tranquilizarse bastante rápido. Ocurría cuando los casos se encallaban de tal forma que parecía que nunca volverían a sacar nada en claro. Cuando todas las pistas estaban frías y nadie había visto nada. Louise supuso que él tampoco habría descansado demasiado durante las últimas cuarenta y ocho horas y no había nada en los dos casos que llevaba que presagara un avance. Así que tal vez no fuera de extrañar que la frustración le hiciera saltar. Sin embargo, mientras siguiera subido a la parra no dejaría de resultar tremendamente irritante. Miró de reojo a los demás que estaban sentados alrededor de la mesa. Henny Heilmann miraba al jefe fijamente y se comía la bronca. Es increíble que esté dispuesta a soportarlo, pensó Louise.

Tras volver a su despacho, Louise dejó el bolso debajo del escritorio. De pronto el intercomunicador empezó a hacer ruido y Louise reaccionó tan rápido que se golpeó la cabeza contra la mesa del escritorio.

–Soy Heilmann. ¡Nos vemos en mi despacho dentro de media hora!

La voz chirriaba y Lars Jørgensen se levantó para bajar el volumen del aparato.

Se acababan de sentar en el despacho de Heilmann y se disponían a iniciar una ronda para hacer un balance de la situación, cuando el jefe de Homicidios abrió la puerta de golpe. Ni siquiera le había dado tiempo a entrar del todo en la sala cuando les espetó si no les parecía que ya estaban tardando mucho en presentarle a un inculpado. Todos reaccionaron callando. Realmente no había nada que decir.

Louise se dio cuenta de que había enderezado la espalda automáticamente, preparándose para lo que estaba por llegar. Vio cómo los labios de Michael Stig, que estaba sentado frente a ella, se apretaban.

–Tenemos un par de pistas que esperamos que nos den algo a lo largo del día –dijo Heilmann, aparentemente impasible–. Anoche Rick encontró una tarjeta en el lugar del crimen que entregó en el departamento de Criminalística.

Todas las miradas se volvieron hacia Louise. En realidad había contado con explicarlo ella misma, en cuanto empezaran el repaso de las últimas novedades, aunque había puesto a Heilmann al día al término de la reunión matinal.

Así pues, contó a los demás lo que ponía en la tarjeta y lo que había acordado con Frandsen. En cuanto tuviera algo, les informaría. Miró su reloj de reojo. Debía de estar a punto de llamar.

–Muy interesante –dijo Suhr, y le dirigió un gesto de aprobación con la cabeza.

–¿Y qué me decís de los interrogatorios? –preguntó, y paseó la vista por el grupo que se había reunido en el despacho de la jefa de investigación.

Heilmann abrió su carpeta.

–Según la Policía Judicial, ningún testigo en la zona ha reconocido a la víctima. Han recorrido los mismos edificios por segunda vez y han ampliado el radio en dirección a los de Gammeltoftgade, así como a los que dan a Nørre Farimagsgade. O bien no había nadie en las calles cuando Karoline Wissinge hizo el trayecto, o bien no llamó la atención de nadie –dijo, y levantó la mirada de sus papeles.

Los agentes de la Policía Judicial no participaban en las reuniones que celebraban regularmente. Los mantenían informados y eran reclamados para misiones concretas que no requerían su presencia en el departamento de Homicidios de la segunda planta.

Suhr volvió a deslizar la mirada alrededor de la mesa. La insatisfacción relucía en su cara, y Louise se fijó en que Michael Stig se retorció cuando la mirada del jefe pasó de largo, sin vacilar ni una décima de segundo. Todos querían contribuir con algo que motivase un gesto de aprobación del jefe de Homicidios, pensó Louise.

–Lasse Møller –gritó Suhr, exageradamente alto, teniendo en cuenta que todos los que estaban reunidos en el despacho permanecían callados, esperando su próximo exabrupto.

El único que no se sobresaltó fue Toft. Se acomodó impertérrito las gafas y sonrió.

–Lo tuve aquí gran parte del día de ayer y, francamente, me cuesta creer que esté ocultando algo. Dice que él y Karoline salieron juntos de Baren. Un testigo lo vio en el café de Sankt Hans Torv. Los técnicos de Criminalística han registrado su apartamento de arriba abajo y no hay ni un solo rastro en su ropa que pueda vincularle con la víctima.

Suhr gruñó mientras Toft proseguía su exposición.

–Nos ha llegado un informe de Slotsherrensvej sobre las prendas de vestir que llevaba el sábado por la noche y encajan perfectamente con que estuviera paseando alrededor de media hora en medio de la lluvia. Su abrigo no estaba empapado y lo habría estado si hubiera pasado más de una hora en la calle.

–¿Los testigos?

El jefe de Homicidios seguía sin estar satisfecho.

Louise había elegido una silla pegada a la pared. De camino a la reunión había cogido una libreta y un bolígrafo y ahora estaba sentada con la libreta sobre la rodilla.

Escribió Lasse con letras torcidas y luego las tachó con dos líneas cuando hubo terminado de perfilarlas. Fuera.

–Volveré a ir al Pussy Galore esta noche –contestó Toft–. El testigo que confirmó la hora de su visita está muy seguro de lo que dice, pero vamos a ver si conseguimos que alguien más corrobore su declaración; y luego está lo del recibo de su tarjeta de crédito, que no aparece.

Heilmann le lanzó una sonrisa. Toft no soltaba su presa mientras todavía tuviera el más mínimo atisbo de duda. Era su rasgo distintivo y todo el mundo respetaba que de vez en cuando se agarrara a algo que, a simple vista, parecía poco plausible, incluso cuando sus recursos hubieran estado mejor aprovechados simplemente tirando hacia delante.

–Muy bien –dijo Suhr. Llevaba trabajando con Toft tantos años que nunca cuestionaba sus prioridades.

Luego miró con aire severo a los demás.

–Ya llevamos cuatro días –dijo en tono grave–. Todo parece indicar que va a ser un hueso duro de roer.

¡Oh, no!, pensó Louise, de repente irritada al advertir que ya habían llegado a este punto.

–El sábado realizaremos la toma de declaraciones semanal. Nos asistirá la Brigada Criminal y nos pondremos en marcha a las 22:00 horas. Pararemos a todo lo que se mueva en la zona alrededor de la plaza de Sølvtorvet, de la casa de la víctima y del parque de Østre Anslg, que deben de ser las calles por las que con mayor probabilidad entró el asesino en el parque. Pero también apostaremos agentes a lo largo de todo el trayecto entre el Baren y el lugar del crimen.

Louise resopló.

Esta clase de interrogatorios resultaba mortífera. El objetivo era entrar en contacto con personas que hubieran pasado por el mismo lugar a la misma hora la semana anterior, cuando se cometió el crimen. Tal vez gente que volvía a casa después del trabajo. Si tenían suerte, podrían contactar con nuevos testigos. Karoline fue estrangulada entre la medianoche y las siete de la mañana, así que pasarían toda la noche de guardia. Louise se hizo a la idea de que se quedaría sin fin de semana. Una noche así siempre dejaba secuelas.

–Lo sé –dijo Suhr–. Pero estamos apurados.

Todos asintieron con la cabeza.

Heilmann se hizo cargo de la reunión.

–¿Hay alguien que haya pedido un extracto de las llamadas de su teléfono móvil? Supongo que tenía uno.

Nadie contestó.

–¡Todos los jóvenes tienen un teléfono móvil, maldita sea! –gruñó Suhr.

Heilmann lo ignoró y se volvió hacia Louise.

–Averigua qué compañía utilizaba. Procúrate una orden de registro en el juzgado de guardia y encárgate de que las compañías de telefonía se pongan las pilas.

Louise lo anotó todo en su libreta.

–Rick ha propuesto que le echemos un vistazo al amigo de Martin Dahl en Frederikshavn –Heilmann se volvió hacia Lars Jørgensen–. Me gustaría que investigáramos hasta qué punto el novio de Karoline está involucrado en lo que anda vendiendo su amigo de la infancia y con quién más se ve –hizo un gesto con la cabeza hacia él–. Si te ayudan un par de agentes de la Policía Judicial tal vez podrías averiguar a quién se le olvidaba pagar.

Una vez tuvieron el día estructurado, se oyó el sonido de las patas de las sillas rascando el suelo del despacho.

–¿Tienes un momento? –le preguntó el jefe de Homicidios cuando Louise se disponía a volver a su despacho.

Louise lo siguió a través del pequeño antedespacho donde su secretaria estaba concentrada frente a la pantalla del ordenador. Ni siquiera levantó la mirada cuando pasaron por delante de ella.

Hans Suhr cerró la puerta y le pidió que se sentara.

–¿Cómo te va? ¿Estás a gusto aquí?

Louise se aturulló un poco. En los tres años que llevaba en el departamento de Homicidios, Suhr nunca le había preguntado cómo estaba.

–Bien, gracias –dijo, y carraspeó, mientras se preguntaba febrilmente qué le estaría esperando.

–¿Te tratan bien?

Suhr la examinaba como si quisiera grabarse cualquier reacción que pudieran provocar sus palabras en su rostro.

Louise sintió cómo su inseguridad crecía. ¿De qué iba todo esto? Había dos grandes casos en marcha, todo el mundo estaba más que ocupado ¡y aun así, él se tomaba su tiempo para preguntar por su estado de ánimo!

–¿A qué te refieres?

Apartó la inseguridad de su voz.

–A los demás del departamento. Los tíos. ¿Te resulta difícil ser mujer entre tantos hombres? Al fin y al cabo, solo estáis tú y Heilmann. ¿Lo soportas bien?

Muy bien. Louise sonrió.

–¿Quieres saber si me estoy ahogando entre tanta fuerza bruta masculina?

–Bueno, no tenía pensado formularlo de esta manera –dijo Suhr, y le devolvió la sonrisa–. Simplemente me preguntaba si tienes la sensación de que es difícil hacerte respetar como mujer en este departamento. A fin de cuentas, no podemos decir que tengamos la costumbre de atraer a demasiadas mujeres.

Error. No tenéis la costumbre de dejar entrar a las mujeres, y eso es algo muy distinto, pensó Louise.

Seguía abrigando la sospecha de que solo la había contratado para mostrar su buena voluntad hacia fuera, para así librarse del sambenito de que excluía a las mujeres. El debate surgía regularmente y cada vez que parecía volver a cobrar fuerza, Suhr sacaba a Louise de la chistera y se defendía afirmando que desde luego en su departamento las cosas no eran así.

–La verdad es que no pienso demasiado en ello, pero si se trata de que piensas contratar a más mujeres, solo puedo adherirme. Siempre me parecerá una buena idea procurar una distribución proporcional entre los sexos.

Louise se daba cuenta de que su tono sonaba un tanto reivindicativo y repelente, y se avergonzó un poco. Se sentía cómoda con el movimiento feminista, con las redes de mujeres y con todo aquel que defendiera que las mujeres debían gozar de los mismos derechos que los hombres. Todo eso le parecía bien, siempre y cuando no se viera obligada a participar en ello. Estaba harta de ver a las mismas escritoras saltar a la palestra cada vez que había que defender la causa feminista.

Louise suspiró. Era algo que solo se atrevía a decir en voz alta en compañía de

Camilla.

–¿Tienes problemas con el tono o el trato en el trabajo? –le preguntó su jefe, interrumpiendo así sus pensamientos.

–Nunca he ocultado que me siento cómoda trabajando con hombres. No sirvo para demasiado cacareo femenino. Pero ¿adónde quieres llegar?

Hans Suhr se reclinó con tal ímpetu que su silla de oficina se balanceó.

–Seguramente seas más hombre que muchos otros en este departamento –dijo con una sonrisa en los labios.

Louise se preguntó rápidamente si debería tomárselo como un halago o como una ofensa.

Decidió adoptar una actitud expectante.

–Me han pedido que escriba un artículo para la revista internacional de la Policía acerca de la situación de las mujeres en el departamento de Homicidios de Copenhague.

Ya estaba todo dicho. Qué típico. Su jefe podría haberse limitado a decir gracias, pero no, y aducir que no tenía demasiada experiencia con mujeres en su departamento, pero su vanidad no le permitía dejar pasar la ocasión de firmar un artículo en una revista de ámbito internacional.

–Bueno, pues entonces en ese caso podrías escribir que es recomendable instalar aseos separados para hombres y mujeres. Sin duda reducirá de forma considerable la irritación que inevitablemente surge a lo largo de la jornada laboral.

Suhr asintió con la cabeza y tomó nota.

–¿Cómo piensas abordar el tema? ¿Tomando como punto de partida el modo en que se defiende una mujer en un ambiente en el que a veces se discute quién es capaz de mear más lejos, o en qué medida puede costarle más a una mujer enfrentarse al lugar de un crimen? –preguntó Louise, para avanzar.

–Supongo que trataré ambas problemáticas. ¿Alguna vez has experimentado que a tus colegas masculinos les resulte más fácil manejarse en los casos a los que os enfrentáis?

–No, pero es posible que estén más entrenados a la hora de refrenar sus sentimientos. Yo simplemente no considero una deshonra reaccionar ante lo que experimento –contestó Louise, combativa.

–No, claro, es que no lo es –se apresuró a afirmar Suhr.

–Naturalmente, hay veces en que puede resultar muy violento, pero si no eres capaz de soportarlo no te recomiendo trabajar aquí –constató Louise, y ya no supo qué más decir. Era un trabajo y uno tenía que enfrentarse a todos los pormenores porque sirven para avanzar en la investigación.

–Pero ¿esto funcionaría con mujeres jóvenes que no tienen la misma experiencia que tú? –insistió Suhr.

–No sé qué decirte. Se trata de tu actitud frente al trabajo. Si fuera así, ¿tampoco deberían trabajar en un quirófano? ¿Es eso? –dejó la pregunta suspendida en el aire y añadió–: Además, gran parte de nuestro trabajo se reduce a mero papeleo.

No perdió de vista en ningún momento que Suhr intentaba tirarle de la lengua para que hablara del colapso que había sufrido, pero Louise no picó. Si su jefe quería sacar el

tema tendría que desenterrarlo él.

–Tampoco tengo la impresión de que sufras ningún tipo de discriminación, ni por parte del Instituto Anatómico Forense ni de Criminalística –dijo Suhr, y la miró expectante.

–No, no la he sufrido.

Suhr se inclinó hacia delante y Louise atisbó un leve destello en su mirada.

–De hecho, Flemming Larsen, del Anatómico Forense, y Niels Frandsen, de Criminalística, afirman que acabarás siendo la primera jefa del departamento de Homicidios.

Suhr le guiñó un ojo.

Louise sonrió y asintió burlescamente con la cabeza.

–Sí, ya verás, ándate con cuidado.

Louise supuso que su jefe ya estaría redactando la introducción de su artículo en la cabeza, así que se levantó y se dirigió hacia la puerta.

Karoline Wissinge tenía un contrato de telefonía móvil con la compañía TDC. Louise mantenía una buena relación con su jefe de seguridad y deseaba con todas sus fuerzas que estuviera en las oficinas. No conocía personalmente a los miembros del grupo de seguridad de la TDC, pero la experiencia le decía que las cosas iban más rápidas si antes pasabas por el jefe.

Marcó su número de teléfono directo y se alegró de que a estas alturas los teléfonos móviles estuvieran al alcance de todo el mundo. Suponía una gran ayuda que fuera tan fácil establecer los movimientos de la gente. Aunque estaban bastante convencidos de saber ya dónde había estado Karoline el sábado por la noche, siempre podía surgir algo imprevisto, una vez hubieran revisado sus conversaciones y sus SMS. A Louise le fastidiaba que no se le hubiera ocurrido a ella pedir un extracto de las llamadas de la víctima.

Lars Jørgensen le lanzó una sonrisa alentadora desde el otro lado del escritorio y Louise cayó en la cuenta de que estaba haciendo muecas mientras sonaba una melodía pop desesperantemente antigua en su oído.

–¡Hola! –dijo en voz alta cuando se oyó un clic en el auricular, pero se puso en marcha una nueva melodía y Louise supuso que todavía la tenían en espera.

Louise tamborileó con los dedos contra la mesa.

¡Por fin!

–Louise Rick –dijo, pero antes de que le diera tiempo a añadir nada más, el jefe de seguridad se le adelantó.

–¡La chica del parque! Supongo que estarás interesada en ella. Necesitarás un histórico y un *online*, ¿verdad?

Louise tuvo que reírse al oír que lo llamaban un histórico, teniendo en cuenta que el teléfono móvil no era un invento tan antiguo, pero a diferencia de una búsqueda *online*, que tenía lugar aquí y ahora y que podía utilizarse para seguir los movimientos de una persona, una búsqueda histórica se remontaba mucho más atrás en el tiempo. Así podías ver quién había contactado con el teléfono móvil en cuestión.

Louise le pidió que pusiera en marcha los dos tipos de búsqueda y decidieron que el jefe de seguridad le enviaría los extractos por fax cuando estuvieran listos. El correo electrónico no acababa de funcionar satisfactoriamente en la jefatura de Policía de Copenhague. Todos compartían una misma dirección, pero no estaban conectados individualmente, así que usaban la cuenta en contadas ocasiones.

Justo le daba tiempo a pasar por la cantina de la comisaría de la Policía Nacional. En la jefatura tenían una cantina en la planta superior, pero la oferta consistía en un surtido bastante aburrido de emparedados por el que no valía la pena subir tantas escaleras, así que solo la utilizaban en casos de emergencia. Su única ventaja era que estaba abierta hasta más tarde que la gran cantina de la Policía Nacional, al otro lado de la calle.

Cuando volvió había un mensaje sobre su mesa para que llamara al departamento de Criminalística. Llamó y pidió hablar con Frandsen.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó sin más rodeos.

—No, nada de nada. Estaba completamente limpia de huellas dactilares y fue escrita con uno de esos rotuladores que puedes comprar en cualquier lado y que, además, se encuentran en cualquier puesto de trabajo.

Louise suspiró. Tenía que haber por narices alguna rendija por la que colarse. Dio las gracias y colgó.

Lars Jørgensen había seguido la conversación. Él había empezado a buscar al amigo de la infancia, Anders Hede, pero Louise se dio cuenta rápidamente de que no tenía que darle explicaciones. Él mismo había deducido que los resultados de la tarjeta encontrada eran negativos.

—¿A quién se le puede ocurrir dejar una tarjeta en el lugar en que ha sido encontrada una joven asesinada, a no ser que se trate del asesino mismo? —preguntó.

—No lo sé. Pero por lo visto es alguien que ha tenido en cuenta que seguramente lo buscaríamos, puesto que el tipo se ha encargado de no dejar huellas dactilares.

—¿El tipo? —preguntó Lars Jørgensen, y frunció el ceño—. ¿Estás segura de que se trata de un hombre?

—Estoy segura. La caligrafía era muy angulosa y no especialmente femenina; pero claro, nunca se sabe.

Louise se levantó, dispuesta a dar cuenta de las noticias a Heilmann.

—Es un callejón sin salida, las pistas no nos llevan a ningún lado —dijo Louise, resignada, tras sentarse en una silla frente a la jefa de la investigación.

—Sí, la verdad es que hasta ahora no hemos sacado nada en claro —contestó Heilmann, y le acercó un periódico. Louise vio enseguida la esquila que estaba enmarcada con un trazo azul de bolígrafo. Karoline Wissinge. Nuestra amada hija. En la parte inferior ponía que el funeral se celebraría el sábado.

El día de los interrogatorios, pensó Louise al instante.

—Me alegro por ellos de que pueda celebrarse tan pronto —dijo, pensando en los padres. A veces, en ciertos casos de asesinato, puede pasar bastante tiempo hasta que el Anatómico Forense libera el cadáver, y entonces los familiares suelen sufrir lo suyo.

–Hace un rato Suhr me preguntó por ti –dijo Heilmann–. Sé que asistirá al funeral y supongo que querrá pedirte que lo acompañes.

En ese mismo instante, Suhr pasó por delante de la puerta y se detuvo al ver a Louise.

–¿Cómo tienes el sábado? –preguntó.

–Bien –dijo, y se disculpó con Peter en su fuero interno. Llevaba toda la semana esperando con ilusión que pudieran pasar un buen rato juntos durante el día, antes de tener que acudir al trabajo por la noche. Pero todavía les daba tiempo a salir a tomar el *brunch*.

–Creo que sería una buena idea si asistiéramos tres personas al funeral –dijo Suhr, y Louise se dio cuenta rápidamente de que la decisión ya estaba tomada–. ¿Podrías avisar a Michael Stig? –añadió, y desapareció pasillo abajo.

Louise resopló. A lo mejor debería haberle dado más caña cuando habló con él sobre el artículo.

La puerta del despacho de Michael Stig y Thomas Toft estaba cerrada. Llamó con suavidad y asomó la cabeza por el resquicio. Estaban sentados cada uno a su escritorio, absortos en unos informes. Había una pequeña radio encendida. Louise se fijó en que reinaba una atmósfera muy agradable en el despacho. Llevaban muchos años trabajando juntos. Aunque Toft era algo mayor que Michael Stig, Louise se había dado cuenta en varias ocasiones de que se respetaban mutuamente. Se apoyaban y se caían bien. Toft era una persona a la que era inevitable apreciar. Su autoridad y su calma eran contagiosas y sentías que las cosas estaban en buenas manos con él. Con Michael Stig tenía un problema, pero no estaba segura de que hubiera alguien más que se sintiera así con él.

En un tablón de anuncios a sus espaldas colgaba una ristra de medallas deportivas. Jugaban a los bolos en la Asociación Deportiva de la Policía y ganaban un primer premio detrás de otro. Al principio, Louise se había reído un poco de ellos. ¡Hombres y medallas de oro! Los bolos le sugerían amigos en alegre festejo, grandes cervezas de barril y días con nalgas y brazos doloridos, así que le costaba un poco tomarse su entusiasmo en serio.

–¿Molesto? –preguntó, y se dirigió hacia Michael Stig.

–Guapa, tú puedes molestarme siempre que quieras –dijo, y posó su mirada en ella durante un momento demasiado largo antes de invitarla a sentarse.

Louise rechazó la oferta.

–Entierran a Karoline el sábado y Suhr quiere que nosotros dos asistamos al funeral con él.

–¡Oh, vaya mierda! No puedo. Dile que tendrá que buscarse a otro.

–Acaba de meterse en su despacho. Creo que podrás pillarlo allí –dijo Louise, y se dio la vuelta antes de que le diera tiempo a decir nada a Michael Stig. ¿Quién demonios se creía que era?

Cuando Louise volvió a su despacho, se sentó e intentó concentrarse. Había puesto

todo su empeño en encontrar una pista que pudiera abrir alguna brecha, cualquiera, pero no lo había conseguido. Se dio cuenta de que había perdido la perspectiva. Y esta solo se perdía en las cosas cuando uno se involucraba. De vez en cuando era aconsejable alejarse del núcleo e intentar ver todo el caso a una cierta distancia; levantar la vista, para que no estuviera tan concentrada en una sola pista o declaración.

Sacó una nueva libreta del cajón y empezó a dibujar cajas. Encima de ellas escribió los diferentes elementos que hasta el momento habían seguido en la investigación: interrogatorios, familia, amigos, Baren, compañeros de trabajo.

Tenía que haber algo que habían pasado por alto. Se dio cuenta de que estaba enfadada. No por nada en concreto. Consideró brevemente si podía culpar a Michael Stig de su mal humor, pero abandonó la idea por estúpida. Simplemente estaba enojada y crispada. No se movían del sitio y estaba tensa. Todo el mundo trabajaba a destajo, pero cada uno en una dirección diferente. Sucedió a veces, cuando no tenían pistas concretas que seguir. En esos casos, se obsesionaban con descubrir algo nuevo y olvidaban por completo repasar los datos de los que ya disponían.

Era imposible que pudiera aparecer el cadáver de una chica en un parque sin que nadie hubiera reparado en nada.

Louise empezó a escribir nombres en las cajas que había dibujado, pero apenas le había dado tiempo a anotar los de las amigas cuando arrugó el papel y se levantó.

Henny Heilmann no estaba en su despacho. Louise se dirigió al registro de coches para ver si había alguno libre. Todos se encontraban en el garaje, así que volvió al despacho y llamó al Instituto Anatómico Forense para preguntar si Flemming Larsen estaba.

–Hola, Rick. ¿Cuándo saldremos por ahí juntos? –preguntó afablemente, cuando ella se hubo presentado.

El estado de ánimo de Louise mejoró en cuanto oyó su alegre voz. Combinaba bien con el cuerpo de casi dos metros de aquel hombre. Y tenía la facultad de mantener el equilibrio entre la jovialidad y la eficiencia. Siempre podías reírte con él, pero cuando decía algo también sabías que estaba al día de sus asuntos.

–La verdad es que pensaba pasarme dentro de un rato por tu despacho. Si tienes tiempo, claro.

–Siempre tengo tiempo para ti –contestó Flemming Larsen, aunque Louise sabía que exageraba. Solía estar tremendamente ocupado.

–¿Hay algo en especial para lo que debo prepararme antes de tu visita? –preguntó. Louise oyó su busca al fondo.

–Me basta con que tengas tiempo para tomar un café y hablar un poco de Karoline Wissinge –dijo Louise, y añadió que podía acercarse más tarde si no le iba bien verla ahora mismo. Había una cosa que quería comentar con él.

–Tú ven. Aquí siempre estamos atareados, pero también tiene que haber tiempo para tomar un café de vez en cuando.

Louise supuso que si le concedía tiempo es que ya habría acabado las autopsias del día. Una vez, Flemming Larsen le había contado que él y los demás médicos forenses

hacían una o dos autopsias al día cada uno. A menudo se había preguntado cómo lo soportaban. Eran muchos cadáveres abiertos al final de la semana. Cuando se lo comentó, él se rio y le explicó que no era él quien abría los cadáveres en canal, que tenían a gente que se ocupaba de eso. Eran los auxiliares o los técnicos forenses quienes se encargaban de ello. Como si eso fuera a cambiar nada. Claro que él tampoco lo veía como si fueran el señor y la señora Jensen que estaban dispuestos sobre la mesa, Louise lo sabía. Sin embargo, hacía relativamente poco que él le había reconocido que lo llevaba mucho peor cuando tenía que examinar a una criatura víctima de una agresión sexual que cuando tenía que sacar los órganos internos de los cuerpos inertes de personas adultas, algo que Louise podía entender perfectamente.

Habían estado juntos en la sala de autopsias del Instituto Anatómico Forense un día en que Louise llevó a un inculpado. La policía tenía que realizar una reconstrucción de una agresión muy violenta y antes había que medir, pesar y examinar al sospechoso.

Hasta entonces, Louise nunca se había fijado especialmente en la pequeña mesa que estaba colocada contra una de las paredes de la sala, pero cuando descubrió para qué se utilizaba, las náuseas se apoderaron de ella. Flemming le había explicado que el aparato que había al lado de la mesa era un colposcopio, una especie de microscopio provisto de un telescopio que permitía averiguar desde la distancia si un himen estaba roto o no. En el techo, sobre la mesa, había una figura de Disney. Louise se estremeció.

La primera vez que se había encontrado frente a esta clase de casos había llegado a considerar seriamente si el departamento de Homicidios era en realidad el lugar ideal para ella. Nunca había imaginado que precisamente las agresiones sexuales a niños fueran a ocuparle tanto tiempo.

Posteriormente se había ocupado de varios casos de agresiones a niños pequeños. Aunque eran terribles no le había costado distanciarse y mantener una actitud profesional mientras trabajaba en ellos; aunque también se dio cuenta de que le resultaba difícil dejar a un lado este tipo de casos al volver a casa.

Además, algunos de estos casos eran complicados; por ejemplo, si pasaba cierto tiempo entre la agresión y el reconocimiento del niño. Se había sorprendido cuando Flemming le contó que, en algunos casos, las lesiones menores en el himen de una niña llegaban a cicatrizar en un par de semanas y que entonces podía resultar difícil ver si este se había rasgado o no. Por eso examinaban el himen en busca de pequeñas cicatrizaciones a través del colposcopio.

Louise había acordado con Flemming que iría enseguida. Cuando hubo colgado, se quedó sentada un rato preguntándose si realmente podía permitirse robarle su tiempo solo porque sentía que había perdido la perspectiva del caso. A lo mejor, en realidad, los demás del grupo se sentían cómodos así. Y aunque de ningún modo era esa su impresión, tal vez debería haberse asegurado de que todos respaldaban su pequeña expedición. Bueno, ¡qué diablos!, estaba en su derecho de tomarse un café con un colega.

Entró en el despacho de Heilmann para recoger la llave del coche.

–Voy a dar una vuelta –dijo, y se apresuró a coger la llave para salir enseguida.

–Nos vemos –oyó que decía Heilmann a sus espaldas.

Encontró un lugar donde aparcar detrás del Rigshospitalet y se quedó un rato mirando hacia un grupo de niños que jugaba en el Fælledparken. Supuso que era una clase que había convencido a su maestro para que fueran a jugar al fútbol. Aparte de ellos, apenas había nadie. Estuvo un rato dándole vueltas a lo que le preguntaría a Flemming. ¿Qué era lo que no sabía o lo que creía que podría llegar a saber? Meneó la cabeza, lo ignoraba. A lo mejor le bastaba con alejarse de la jefatura de Policía y hablar con alguien que sin duda se habría formado su propia opinión del asunto. Abandonó la idea de trazar un plan previo.

Louise subió los cuatro peldaños y se detuvo brevemente para leer el cartel al lado de la entrada, antes de que las grandes puertas de cristal se abrieran. Instituto de Patología Molecular. Más abajo ponía Lab, que correspondía a inteligencia patológica. Se preguntó qué sería eso.

Se metió en el ascensor y pulsó el botón de la planta donde se hallaban los despachos de los médicos forenses. Aquí era donde trabajaban cuando no estaban ocupados con una autopsia. Flemming la recibió y juntos recorrieron el pasillo y se metieron en su pequeño despacho.

–Me alegro de verte –dijo Flemming cuando se hubieron sentado–. Tendremos que esperar un momento hasta que el café esté listo.

–No te preocupes –dijo Louise, y sonrió. Era una situación un poco violenta, nunca le había consultado de esta manera–. ¿Qué clase de asesino crees que tenemos entre manos?

Lo mejor sería reconocer cuanto antes que sentía que partía de cero.

Flemming la contempló un momento antes de suspirar y se pasó la mano por el pelo.

–No lo sé muy bien. No hay ninguna duda de cómo murió la muchacha. Cuando estuve con ella allí –dijo, y señaló la puerta con un gesto de la cabeza–, no tuve la sensación de que hubiera sido presa del miedo en ningún momento.

Louise asintió con la cabeza, sin interrumpirle. Había sacado su libreta del bolso.

–Naturalmente, no podemos decir que queden rasgos visibles en un cadáver que puedan demostrar que la víctima tuvo miedo antes de morir –se apresuró a añadir–. Eso solo lo dicen en las películas, todos los cadáveres tienen un aspecto apacible, es imposible detectar el miedo en sus facciones. Pero no había señales de que hubiera intentado defenderse. No tenía ninguna uña rota ni ningún otro signo que indique que luchó por su vida. También lo he mencionado en el informe de la autopsia.

Se quedaron mirándose un rato. Flemming había entregado el informe de la autopsia aquella misma mañana y antes de pasárselo a la policía el perito forense debía revisarlo.

El silencio se había instalado en la sala.

–Me han dicho que estaba embarazada –dijo Louise de pronto.

Flemming asintió con la cabeza y frunció las cejas levemente.

–Su novio no dijo nada al respecto cuando hablé con él, pero a lo mejor no lo sabía, claro. Intentaré ponerme en contacto con su médico de cabecera. ¿Has descartado ya que el asesino la violara?

Normalmente, el detective que asistía a la autopsia solía informar a los demás acerca de lo que el médico forense iba explicando mientras examinaba el cadáver, pero Suhr solo les había trasladado algunos detalles insignificantes. Tendrían que leer el resto cuando el informe estuviera listo.

–Sí. Solo le causó las brutales lesiones en el cuello.

–¿Es algo de lo que se pueda sacar el ADN? –preguntó Louise, y descubrió para su sorpresa que en algún lugar recóndito de su cabeza confiaba en que el perfil de ADN acabaría condenando al asesino de Karoline. No creía que de pronto un transeúnte cualquiera hubiera salido de la nada para estrangular a una completa desconocida. Una vez estuviera listo el ADN, este encajaría con una de las personas con las que ya habían contactado.

–El sábado por la noche estuvo lloviendo a cántaros y prácticamente todo el domingo también. Casi todas las pistas se borraron. No tenemos nada que podamos utilizar –dijo Flemming, e hizo un gesto con la mano, como disculpándose.

–¡Pero el autor del crimen tiene por narices que haber dejado alguna huella!

Louise se negaba a aceptar que la mayor oportunidad de abrir una brecha en la investigación se había perdido, mientras todo lo demás parecía infructuoso.

–¿Quieres verla? –preguntó Flemming de repente, e interrumpió así sus pensamientos.

Louise se lo pensó un rato antes de asentir.

Se levantaron. Louise recogió sus cosas para llevárselas abajo. Mientras esperaban el ascensor Flemming le contó que los padres de Karoline vendrían más tarde para verla por última vez, así que la habían subido a la sala de exposición que estaba en la planta baja.

Bien, así se librarían del sótano. Louise ya había estado allí unas cuantas veces. Nunca se negaba a bajar, pero cuando enfilaba el largo pasillo cubierto de azulejos, con su fuerte luz y el insistente zumbido del equipo de refrigeración, siempre la invadía un pesado y metálico estado de ánimo.

Una vez en la planta baja, atravesaron una puerta de cristal que daba a la sala de espera: a un lado se hallaban las salas de exposición y de reconocimiento, y al otro, una hilera de despachos. Estaba desierta cuando entraron, pero Louise reconoció el olor a colillas y supuso que poco antes habría habido gente esperando en aquellos sofás azules.

Flemming asomó la cabeza por la puerta del último despacho e informó a sus ocupantes de que Louise Rick del departamento de Homicidios había venido para echarle un vistazo al cadáver de Karoline Wissinge. Louise oyó que se aseguraba de que la hubieran subido.

–Perfecto –dijo, así que Louise supuso que el cuerpo de Karoline estaba detrás de la

puerta, en la esquina más alejada.

–¿Cuándo vendrán sus padres? –preguntó mientras se dirigían hacia la puerta. Echó un vistazo a su reloj. Eran casi las cinco. No tenía ganas de encontrarse con Hans y Lise.

–A eso de las cinco y media. Antes de venir, el padre tenía que pasar por casa después del trabajo.

Claro, Louise no había pensado en que seguramente habría vuelto a trabajar.

Karoline Wissinge yacía sobre la camilla, cubierta con una colcha blanca. A Louise no le costó reconocerla, a pesar de que solo había visto su rostro en fotos. Tenía el pelo dorado y ensortijado, su rostro transmitía paz y dulzura. Louise entendió inmediatamente lo que le había querido decir Flemming antes: no había nada que llevara a pensar que había luchado por su vida. Louise se fijó en las pronunciadas marcas en el cuello de la muchacha.

Flemming siguió su mirada y se encogió de hombros. Aquello de que maquillaban a los cadáveres para cubrir las lesiones no era más que una simple patraña.

–Su madre traerá algo de ropa para vestirla.

Louise asintió con la cabeza.

–También tienen algunos objetos que quieren que se lleve a la tumba. Hay que arreglarlo todo ahora. Al fin y al cabo, la enterrarán el sábado.

–Lo sé. Suhr me ha ordenado que lo acompañe al funeral –le informó Louise brevemente.

Volvió a mirar su reloj, consciente de que tenía que irse si quería evitar el encuentro con los padres en la salida. Se compadecía de ellos. Iban a enterrar a un hijo por segunda vez. No quería recordarles con su presencia que la policía aún no tenía nada que pudiera arrojar un poco de luz sobre el caso.

Sonrió a Flemming.

–Gracias por dejarme verla. Será mejor que vuelva al despacho.

Louise oyó voces y cruzó los dedos para que no fueran los padres.

En la sala de espera había un hombre de espaldas fumando. Se volvió cuando salieron. Tenía un aspecto ajado, pero había algo en él que le decía a Louise que debería reconocerlo.

Una vez en el vestíbulo, se lo preguntó a Flemming.

El forense esbozó una sonrisa.

–Es Søren Holm, del *Morgenavisen*. Lleva casi todo el día peleándose con los auxiliares del laboratorio porque quiere ver a Frank Sørensen. Tardó un rato en comprender que solo la policía puede conceder esta clase de permisos, así que no se lo hemos permitido hasta que Willumsen no nos dio su visto bueno.

Louise no había caído en la cuenta de que el cadáver de Frank Sørensen también estaría allí.

–¿Cuándo lo entierran?

–Puede pasar un tiempo aún. Antes tenemos que ver si somos capaces de averiguar qué tipo de cuchillo le clavaron en la nuca.

De pronto la sola idea de todos los cadáveres que había en aquel lugar se le hizo

insoportable. La sangre abandonó su cabeza y sintió que se quedaba sin oxígeno y que el vestíbulo se estrechaba, a pesar de que el techo era alto y que había mucha distancia entre las paredes. Flemming la agarró del codo con fuerza y se la llevó rápidamente hacia la salida.

–¿Quiere decir que estáis esperando a encontrar el arma con la que fue asesinado Frank Sørensen? –dijo, una vez hubieron salido.

Flemming asintió con la cabeza.

–También queremos estar seguros de lo que utilizaron para sedarlo antes de clavarle el cuchillo.

–Ya veo. Entonces el entierro puede retrasarse un tiempo –concedió.

–Es un desgaste para su mujer, pero se lo está tomando bastante bien. Parece que reposa en sí misma y que es de la clase de personas que cree en el destino.

Se despidieron, y Louise volvió a darle las gracias antes de salir corriendo hacia el coche.

¿Cómo puedes creer en el destino si han asesinado a tu marido y tu hijo de dos años ha perdido a su padre? Louise no salía de su asombro al ver las reacciones de la gente ante la muerte de un ser querido.

Cuando volvió al despacho, Lars Jørgensen se había ido. Llamó a Martin Dahl, que le contó que el médico de cabecera de Karoline se llamaba Madsen y tenía la consulta en Østerbrogade. No quería enfrentar al novio con el embarazo hasta que no hubiera hablado con el médico. Aunque era muy tarde para llamar por teléfono, decidió hacerlo por si había suerte y Madsen tenía la consulta abierta el miércoles por la tarde, tal como solía hacer su propio médico.

–Estuvo aquí la semana pasada –dijo Madsen, cuando Louise le hubo explicado el motivo de su llamada.

–¿O sea que sabía que estaba embarazada? –preguntó Louise.

–Por supuesto. Ya había pasado por ello antes, así que conocía los síntomas. Pero es terrible lo que le ha pasado a la pobre chica –prosiguió el médico, antes de que le diera tiempo a Louise a decir nada.

–Disculpa. ¿Quieres decir que ya había estado embarazada antes?

Madsen gruñó un poco, como si acabara de caer en la cuenta de que tal vez había roto el secreto profesional, pero enseguida recordó que estaba hablando con la policía y que se trataba de un caso de asesinato.

–Le practicaron un aborto hace dos o tres años. No lo recuerdo con exactitud, pero puedo buscarlo en el ordenador. Un momento.

Louise sacó la libreta de tamaño A4 entre un montón de papeles dispersos sobre el escritorio, preparada para tomar nota. Oyó cómo el médico aporreaba el teclado.

–Pues no –dijo el médico. Louise presentía que estaba leyendo la historia clínica de Karoline por encima–. Hace cuatro años. El tiempo vuela.

–¿Dice algo de quién pudo ser el padre entonces? –preguntó Louise, curiosa.

–No. Padre desconocido. Recuerdo que estaba muy triste cuando vino. El embarazo

fue un accidente y tenía miedo de que sus padres se enteraran. Me dio pena. Siempre es preferible tener a alguien con quien hablar en una situación así, para poder procesar la experiencia desde un principio.

Louise tomó nota y le dio la razón. No estaba segura de que el aborto importara demasiado para la investigación, pero al menos ahora constaría en el expediente. Dio las gracias al médico antes de despedirse.

El extracto de las llamadas del móvil de Karoline había llegado con nombres y números de teléfono. De la lista se desprendía que se repetían prácticamente los mismos cinco números. El de los padres, el de Martin, el del trabajo y los de las dos amigas con las que Karoline había salido el sábado por la noche. La dejó a un lado y se fue al despacho de Heilmann. Quería hablarle del embarazo, pero Heilmann no estaba. Louise se detuvo indecisa en el pasillo, hasta que finalmente se acercó a la puerta de Michael Stig y llamó para preguntar si había hablado con Suhr acerca del entierro de Karoline.

–Hola –dijo.

Michael Stig estaba leyendo con las piernas sobre la mesa. Sonrió al verla.

–¿Has avisado a Suhr? –preguntó Louise, sin más preámbulos.

–¿Si lo he avisado? –Michael Stig parecía confuso–. ¿De qué?

–De lo del sábado. Que no puedes asistir al entierro. Creo que sería muy útil para él si tuviera tiempo de buscar a otro acompañante.

–¡Pero si voy a ir! He acordado con él que nos encontraremos aquí y que iremos juntos en coche.

Louise se quedó un rato preguntándose si debería hacer como si nada. Con ella se atrevía a poner el grito en el cielo, pero por lo visto a la hora de enfrentarse al jefe todo cambiaba.

–Bueno, pues ya está todo en orden –dijo Louise secamente, y se fue. De pronto cayó en la cuenta de que lo que le resultaba irritante de Michael Stig era que nunca sabía a qué atenerse con él. Primero decía una cosa para en el instante siguiente decir lo contrario. Además, era arrogante y un machista empedernido.

Decidió que no gastaría más pólvora con él, y se dio cuenta también de que lo mejor que podía hacer era mantenerse al margen. Lo más terrible de todo era, sin embargo, que se trataba de un tío que de pronto se podía convertir en su jefe. Y entonces no sería divertido ir a trabajar cada día.

Apenas había introducido la llave en la cerradura cuando oyó unos pies de niño corriendo por el pasillo.

–Hola, Louise –gritó Markus–. Peter me ha regalado una camiseta de *skater* superguay.

–Sí que es guay.

Louise admiró la sudadera roja demasiado grande, y agarró la capucha y lo atrajo hacia sí en un abrazo cariñoso.

Entró en la cocina y abrazó a Camilla. Peter se había levantado y la rodeó con sus brazos y le plantó un beso en la frente. Louise sintió cómo aquella atmósfera sosegada y

acogedora se cerraba a su alrededor.

Peter le sirvió una copa de vino tinto y rellenó la suya y la de Camilla. Se acercó a la mesa de la cocina y empezó a aderezar su plato.

–¿Qué tal por aquí? –preguntó Louise, y miró a Camilla.

–Pues la verdad es que muy bien. Mi madre acaba de llegar y deberíamos irnos a casa para pasar un rato con ella, pero tal como le he contado a Peter, ha resultado un día muy raro.

Louise la interrogó con la mirada y lanzó una sonrisa a Peter cuando este dejó el plato frente a ella.

–¿Has encontrado un nuevo trabajo? –preguntó.

–No, no. Ya lo hemos arreglado. Abandonaron la idea de incluir una foto del niño en el reportaje.

–Perfecto; entonces todo está bien –constató Louise secamente.

–He tenido una reunión con la subinspectora de la Brigada Criminal, Birte Jensen, del departamento de Estupefacientes –prosiguió Camilla sin inmutarse, ignorando el tono irónico de Louise–. ¿La conoces?

Louise sacudió levemente la cabeza.

–Un poco, pero solo de oídas. Es una mujer muy elegante, ¿verdad?

–Sí, lo cierto es que no parece una mujer policía, más bien una señora del barrio burgués de Hellerup.

Louise intentó evocar su imagen mientras Camilla seguía hablando.

–Ni siquiera reaccioné cuando fue a mi encuentro en el pasillo. Nunca imaginé que alguien así se pudiera dedicar a reventar los grandes carteles internacionales de la droga, pero por lo visto no hay que dejarse engañar por las apariencias.

–Está casada con un miembro del Tribunal Supremo y me parece que viven en el barrio de Klampenborg. ¿Qué hacías tú con ella?

–Willumsen me pidió que la llamara.

Louise se sorprendió. No ocurría demasiado a menudo que los jefes invitaran a los periodistas a llamar de esta manera.

–Si quieres que te sea sincera, a mí también me sorprendió.

Camilla dio un sorbo al vino.

–Su despacho era amplio y cómodo, con las paredes cubiertas de diplomas y cuadros elegantemente enmarcados y unos grandes y profundos sillones.

–Venga, avanza un poco –la interrumpió Louise.

–Yo diría que fue como si me hubieran concedido una audiencia. Muy solemne y un poco artificioso. Me irritó. Al fin y al cabo fue ella la que quiso hablar conmigo.

Louise sonrió y miró a Camilla. Era muy guapa, con su brillante cabellera rubia que le colgaba sobre los hombros y sus grandes ojos de un azul profundo. La mayoría de la gente solía equivocarse con ella cuando la veía por primera vez. Aunque soltara tacos en cuanto podía, también era aguda. Nunca daba su brazo a torcer. Si la gente intentaba escabullirse, ella los miraba a los ojos y les sostenía la mirada hasta que le ofrecían una respuesta satisfactoria. Louise se había avergonzado más de una vez en estas situaciones,

pero se regocijaba cada vez que la gente se veía obligada a reconsiderar la concepción que, a primera vista, se habían formado de su amiga. Camilla no era pusilánime y su encanto físico no casaba demasiado con su manera de ser.

–Le conté que había hablado con Willumsen y dije que tenía entendido que había recibido la visita de Frank Sørensen el sábado por la noche.

Louise apartó el plato y bebió de su copa de vino.

–¿En la jefatura de Policía? –preguntó, sorprendida.

Camilla asintió con la cabeza.

–Por lo visto, había pensado ponerme al día de una parte de lo que ella y Frank habían hablado. Tal vez hubiera sido más justo decirle que, en realidad, es Søren Holm quien lleva el caso –prosiguió Camilla–. Pero ya estaba allí, así que pensé que sería mejor escuchar lo que tenía que decirme.

Peter y Markus se habían ido al salón. Louise advirtió que estaba en silencio y supuso que el hombrecito había caído redondo. No le sorprendería que también le hubiera ocurrido lo mismo al hombretón.

–Por lo visto, hacía tiempo que tenían organizada la vigilancia del Royal Hotel con relación al caso de narcotráfico en el que trabajaba Frank. Birte Jensen me contó que esperaban la llegada de un envío de lo que por alguna ridícula razón llaman nieve verde; a mí me suena a cómic total. ¿Por qué no lo llaman heroína sin más, o cocaína, o como sea que se llame la droga?

–Porque precisamente esta droga tiene un color ligeramente verdoso que hace que sea fácilmente reconocible en el mercado.

Camilla levantó las cejas, como si le sorprendiera que su amiga supiera algo sobre este tipo de asuntos.

–Dijo que Frank pasó por su despacho el sábado por la noche porque habían autorizado su presencia cuando la policía entrara en acción. Se había oído lo que se preparaba y parece que Birte Jensen estaba bastante irritada por su insistencia. Sin embargo, acordaron dónde y con quién se colocaría él cuando iniciaran la operación. La policía disponía de dos habitaciones en el hotel. Desde una de ellas mantendrían bajo vigilancia otras tres habitaciones simultáneamente. Además, habían distribuido a unos cuantos agentes de paisano por las instalaciones, tanto en el restaurante de la planta superior como en el bar y en el vestíbulo.

Louise intentó imaginárselo.

–La segunda estancia era una habitación a la que podían acudir los agentes cuando necesitaban una pausa, o si su presencia se tornaba demasiado llamativa.

Louise conocía perfectamente este tipo de operaciones, pero estaba contenta de que no formaran parte de su día a día. Podías pasarte varios días esperando sin que ocurriera nada.

–Birte Jensen había acordado con Frank que fuera sin más. Ella estaría en la sala de vigilancia. ¿Es normal que cerréis este tipo de tratos con periodistas? –preguntó Camilla.

–Supongo que depende de quién seas y con quién cierres el trato. Lo que me cuentas no es normal. Pero suena como si Frank supiera algo de antemano que tal vez utilizó

para presionarla.

Louise reflexionó. No sabía gran cosa acerca del trabajo de la Brigada de Estupefacientes. Probablemente, trabajar estrechamente con la prensa conllevaba unas ventajas que ella desconocía. Sabía que ocurría con cierta frecuencia que los periodistas solicitaran permiso para acompañar a la policía a la escena del crimen y seguir la investigación cuando se ponía en marcha, aunque nunca había oído hablar de nadie a quien permitieran acercarse tanto.

–Si no se ha filtrado es porque Estupefacientes mantiene en secreto los lugares que someten a vigilancia, y se entiende. Habían acordado que Frank aparecería al final de la tarde y se instalaría en el bar. Luego le harían una seña si sucedía algo. Pero acordaron que él no podría dirigirse directamente a los agentes de policía.

–¿Y ocurrió algo? –preguntó Louise, con curiosidad. No había oído hablar de ninguna acción.

–Pues la hubo, de hecho. Pero Birte Jensen no quiso decirme gran cosa. Detuvieron a un par de personas y parece ser que confiscaron una cantidad considerable de heroína.

–¿Y Frank estuvo presente durante las detenciones?

Camilla sacudió la cabeza.

–Nadie lo vio en el hotel.

–Si Birte Jensen había cerrado un trato con Frank, ¿no te parece extraño que no apareciera?

Se quedaron un rato sin decir nada.

–Su teoría es que Frank probablemente llegara al hotel, pero se encontró con un par de hombres, o bien dentro del hotel o bien en el exterior, que la policía andaba buscando. Era más que evidente que se traía algo entre manos.

Camilla se quedó un poco traspuesta antes de proseguir.

–Algo que tenía cierto peso para Birte Jensen, pues de no ser así, no le habría permitido estar presente. Pero también algo que los jefes de la trama no querían que se supiera. Tal vez decidieron detenerlo. Con eso no quiero decir que alguno de los inculpados se encargara de ello personalmente. Este tipo de cosas puede organizarse en un plazo de tiempo bastante corto.

Louise se sorprendió un poco ante esta posibilidad. Se levantó y puso agua a hervir para el café.

–¿Por qué te lo contó? –preguntó, una vez se hubo sentado de nuevo—. Si saben quiénes asesinaron a Frank Sørensen, supongo que querrán tener las manos libres para dar con ellos.

–Quería cerrar un trato de colaboración. Ella me daría algo si yo le daba algo.

–¿Qué demonios tienes tú que puedas darle?

Louise echó la silla hacia atrás y se apoyó en la pared. Se quedó mirando con insistencia a su amiga con los brazos cruzados sobre el pecho.

–Ahora mismo, nada. Pero me dio el nombre de uno de sus informadores y me pidió que me pusiera en contacto con él y lo apretara un poco.

–¿Te dio el nombre de uno de sus informadores? –preguntó Louise, incrédula, y vertió

el agua hirviendo en la cafetera—. ¿Por qué iba él a contarte a ti algo antes que a la policía?

Louise sacó dos tazas del armario y lo dejó todo dispuesto sobre la mesa.

—Birte Jensen piensa que es capaz de ocultarles algo a ellos porque lo que sabe podría dejarlo en mal lugar. Al fin y al cabo, la información que pueda filtrar anónimamente a una periodista nunca manchará su expediente y, además, los informadores suelen querer contar lo que saben.

—¿Qué parte de lo que descubras te dejarán utilizar en el periódico? —preguntó Louise, curiosa.

—Me dijo que podía escribir lo que me diera la gana. Simplemente quiere estar al tanto de lo que se habla en el ambiente.

—Hazme el favor de andarte con cuidado. No puedes entrar en ese mundillo como un elefante en una cacharrería. No encajas entre esa chusma.

Louise se dio cuenta demasiado tarde de que acababa de agitar la muleta.

—Escúchame bien —dijo, implorante—. Se tardan años en conseguir las fuentes adecuadas. No puedes entrar al trapo sin más en cualquier antro y esperar convertirte de buenas a primeras en parte del entorno. Las cosas no funcionan así. Si de pronto a alguien le parece que figas innecesariamente, te fundirán en un bloque de hormigón y te arrojarán al mar desde algún punto de la costa de la península de Jutlandia —se produjo una pequeña pausa, hasta que Louise finalmente añadió—: ¡Pero no te preocupes, nos haremos cargo de Markus!

—Cálmate, ¿quieres? Nada de eso va a ocurrir. Dejaré que Søren Holm se encargue de todo. Pero eso no significa que no pueda investigar para intentar encontrar al informador del que me habló.

—¿Cómo se llama?

Louise se dio cuenta de que Camilla titubeaba, como si estuviera considerando si se atrevía a revelarlo o no.

—El Finlandés. ¿Lo conoces? —dijo, y de pronto Camilla parecía cansada.

Louise sacudió la cabeza.

—¿Hasta qué punto piensas involucrarte en todo esto?

Louise confiaba en que no fuera el nuevo caballo de batalla de su amiga, aunque detectó cierta chispa, y cuando esta saltaba, Camilla solía empecinarse y tirarse de cabeza al vacío.

—Tengo pensado hablar con ese tal Finlandés, si es que lo encuentro, y luego supongo que Søren se hará cargo del caso. El juicio por tráfico de drogas se inicia mañana. Hay un holandés y unos intermediarios daneses que mañana comparecerán ante el juez. Y los que fueron detenidos el sábado han sido inculcados y están en prisión provisional. Parece ser que todavía no han dado con el jefe danés en la sombra —dijo Camilla, y se quedó pensativa.

Empezó a sonar su móvil.

—Hola. No, no, no ha pasado nada. Seguimos en casa de Louise y Peter. Ahora mismo vamos para allá.

Camilla dejó el teléfono sobre la mesa.

–Mi madre, que estaba empezando a preocuparse.

Louise miró su reloj y descubrió que eran más de las once.

–Es hora de volver a casa –dijo, y entró en el salón donde Markus estaba echado en el sofá, profundamente enterrado entre los brazos de Peter. Llamó a un taxi mientras Camilla se ponía el abrigo y recogía las cosas de Markus en una bolsa de plástico.

–¿Cuánto tiempo se quedará tu madre?

–Hasta el domingo.

–Me gustaría verla.

–El viernes se va al campo, pero por lo demás parece que solo piensa estar con sus amigos espirituales y con Markus.

–La echo de menos. Siempre me pongo de buen humor cuando estoy con ella. A lo mejor ha conocido a unos nuevos espíritus de los que quiera hablarnos –dijo Louise mientras cogía a Markus y se lo ponía entre los brazos a Camilla. Se despidieron en la puerta, y Louise se quedó allí, siguiéndolos con la mirada mientras bajaban las escaleras.

En el salón, Peter se había levantado.

–¡Vaya por Dios, me he quedado frito!

Louise asintió con la cabeza y sonrió.

–Es casi imposible no hacerlo cuando te echas al lado de un niño y lo arrullas. Qué sudadera tan bonita le has comprado –dijo, al tiempo que sentía que la había dejado un poco de lado.

–La encontré en Skindergade, cuando volvía a casa de la reunión. Era tan guay que no pude resistirme.

–¡Estás loco!

Louise se rio, y Peter la estrechó entre sus brazos y le dijo que así sería mientras no le diera sus propios hijos a los que mimar.

–Pues entonces tendrás que hacerte con unos hijos –dijo Louise, y se fue al baño para lavarse la cara y cepillarse los dientes.

–Sí, pero supongo que aún tardaré un tiempo si la oferta que me han hecho es realmente tan buena como parece.

Louise se detuvo en seco y se volvió hacia él con la boca llena de pasta de dientes.

–¿Qué oferta? –preguntó, y atrapó la espuma que empezaba a salirle por la comisura de sus labios.

–La de nuestra delegación escocesa.

Entonces Louise cayó en la cuenta de que le estaba hablando de la solicitud que había recibido con motivo de la reunión en Finlandia.

–Haces que suene como si no fueras a tener tiempo para nada que no sea trabajar si la aceptas.

Peter entró en el baño.

–Si me implica significará que tendré que trasladarme a Aberdeen durante seis meses.

Louise escupió y se enjuagó la boca.

–Y si lo hago espero que me acompañes.

–Procederemos a la antigua usanza –dijo Suhr el jueves por la mañana cuando estaban reunidos en el despacho de Heilmann. Esa misma mañana había llegado el informe del Instituto Anatómico Forense. Como Louise ya sabía, no habían encontrado rastros biológicos en el cuerpo de Karoline Wissinge, y así pues había quedado descartada la posibilidad de sacar el perfil de ADN del asesino.

Louise les informó del aborto que se le había practicado a Karoline.

Suhr ni siquiera pestañeó mientras hablaba, sino que se quedó mirándola sin decir nada. Una vez hubo terminado, asintió con la cabeza.

–¿Quiere decir que has hablado con su médico?

Louise sintió que le insinuaba que había actuado a sus espaldas al no informarle previamente. Se disponía a defenderse, pero se contuvo.

–¡Sí!

La palabra provocó una embarazosa tensión entre ellos.

–Bien –dijo él, y asintió con la cabeza.

Louise luchaba por bajar las pulsaciones.

–Mantengamos este pequeño detalle oculto –dijo el jefe de Homicidios, y miró con insistencia alrededor de la mesa, como para recalcar que en ningún caso debía filtrarse a la prensa–. Espero tener el informe de la autopsia este mediodía.

–¿El novio no ha comentado nada al respecto? –preguntó Michael Stig.

Louise negó con la cabeza, irritada porque había sonado como si fuera su culpa que la familia no hubiera mencionado ni el embarazo ni el aborto.

–Pero naturalmente tengo pensado preguntárselo –contestó Louise.

Suhr los interrumpió.

–Después del almuerzo vendrán algunos miembros del departamento de Criminalística. Nos reuniremos en mi despacho y dedicaremos el resto del día a repasar las pistas que tenemos junto con los agentes de la Policía Judicial que están vinculados al caso.

Los reunidos asintieron con la cabeza. Nadie parecía arder de entusiasmo y Louise reparó en que Henny Heilmann no reaccionó en absoluto a la orden del jefe de Homicidios, sino que parecía sumida en sus propias cavilaciones.

–Cuando nos volvamos a ver, cada uno de vosotros habrá anotado los hechos de los que disponga y luego celebraremos una sesión de lluvia de ideas. Vamos a seguir adelante hasta que obtengamos una imagen de lo sucedido –dijo hoscamente, antes de levantarse y abandonar el despacho.

–Bueno, pues entonces será mejor que nos pongamos en marcha –dijo Toft, y echó la silla hacia atrás para levantarse.

–Quédate un momento –le pidió Heilmann con un gesto de la mano que le hizo sentarse inmediatamente–. Hay algo que tenéis que saber antes de la próxima reunión con Suhr –dijo la jefa del grupo de investigación.

Louise pensó que debía de ser en un momento así cuando se podía oír caer el célebre alfiler, tan denso era el silencio.

–Me acaban de conceder una excedencia por tiempo indefinido –dijo Heilmann, sin más preámbulos.

–¡Pero por Dios, Henny! –dijo Toft.

Muy pocas veces dejaban que trasluciera el tono privado que regía entre ellos.

–Tal vez ya sepáis que mi marido ha estado enfermo –dijo.

Solo Toft reaccionó asintiendo con la cabeza.

–Mejoró y esperábamos que ya hubiera pasado lo peor. Pero el miércoles pasado fue ingresado de nuevo y el viernes encontraron un gran tumor en el lado izquierdo de su cabeza.

Las lágrimas fueron inundando sus ojos mientras hablaba y finalmente se desbordaron. Pasó un tiempo hasta que las retiró con el dedo índice.

Louise suspiró profundamente.

–¿Se puede operar? –preguntó.

Heilmann la miró y sacudió la cabeza.

–No. Dejo de trabajar hoy. De hecho, ahora mismo. No asistiré a la reunión con Suhr. No sé si la dirección planea ponerme un sustituto, o si Suhr se hará cargo personalmente de la dirección –dijo.

–Si hay algo que yo pueda hacer, avísame –dijo Louise cuando se hubieron levantado.

–Gracias. Si no vuelvo al departamento, cuídate.

Louise la miró, sorprendida.

–¿Por qué no ibas a volver? –preguntó.

–Cuento con que volveré, pero no sabemos cuánto tiempo estaré fuera y es obvio que no pueden prometerme que me guardarán el puesto si pasa demasiado tiempo.

–Estoy convencida de que no querrán prescindir de ti. A lo sumo pondrán a un sustituto temporal, hasta que vuelvas a estar en activo.

Heilmann esbozó una débil sonrisa.

–Gracias, pero en realidad ahora mismo es una de mis menores preocupaciones –reconoció–. Ni siquiera soy capaz de imaginar que tenga que trabajar. Espero que cambie pronto, pero ahora mismo necesito dejarlo todo y concentrarme en lo más inmediato.

Louise asintió con la cabeza mientras visualizaba a Peter. Cuando se acostaron la noche anterior, él le había propuesto solicitar una excedencia y seguirlo a Aberdeen. Antes de que le diera tiempo a acabar su discurso, Louise lo interrumpió y le dejó claro que en ningún caso aceptaría convertirse en ama de casa en una ciudad escocesa.

Las palabras de Heilmann acerca de la cercanía y la inmediatez todavía flotaban en el aire mientras Louise recreaba la conversación con Peter. La apartó de su cabeza con determinación. Aunque la situación de Henny Heilmann la había impresionado, no podía permitir que le asaltara la mala conciencia por negarse a vivir una vida en espera mientras

Peter vivía la suya plenamente.

Durante todo el trayecto en el metro hasta el trabajo, Camilla estuvo considerando si debería contarle a Terkel su reunión con la subinspectora de Estupefacientes. También estaba ansiosa por saber si Søren Holm había podido participar en la redada del miércoles y qué había sacado en claro. Tal vez debería preguntarle si sabía algo del Finlandés. Pero decidió informarse un poco antes de implicarlo en el asunto.

El pasillo de la redacción estaba en silencio. Las puertas de los despachos estaban cerradas. La pantalla del ordenador crepitó al encenderse. Empezaría buscando en Infomedia, una base de datos con todos los artículos publicados en los grandes diarios. Tal vez podría informarse leyendo acerca de lo que pasaba en el mundo de la droga y averiguar si había nombres que se repetían.

Escribió «narcotráfico» en el buscador, dispuesta a repasar todos los artículos escritos sobre el tema. Le salieron 8.194 resultados.

Camilla suspiró y limitó la búsqueda a los últimos años. Consiguió reducir el número a 1.236 que, sin embargo, seguían siendo demasiados. Tendría que realizar una búsqueda más específica y escribió en su lugar «capos de la droga». Treinta y nueve. Eso ya era más abaricable.

Los releyó por encima y vio que había once que podían ser interesantes. Luego buscó «redadas de narcóticos» y aparecieron dieciséis artículos, de los cuales cinco parecían poder aportar algo a su investigación. Los abrió en la pantalla en toda su extensión y se puso a leerlos. Tomó buena nota de los artículos en los que aparecían los nombres de los detenidos y los imprimió. Hizo lo mismo con los artículos que versaban sobre el mundo de la droga en Copenhague.

Se fijó en que gran parte de los artículos que tenía delante estaban escritos por Søren Holm y Frank Sørensen. Sintió cierto desconuelo cuando se puso a releer, marcador en mano, un artículo titulado: «Las familias de los reclusos amenazadas por los capos de la droga».

Casi había dado cuenta del montón cuando llamaron a la puerta. Terkel Høyer entró y preguntó si había visto a Søren. Camilla negó con la cabeza.

–Ni siquiera sé qué ha sacado en limpio de la redada de la policía de ayer. ¿Le permitieron participar? –preguntó.

El jefe de redacción se encogió de hombros.

–No lo sé. Me prometió que me mantendría informado, pero no he tenido noticias tuyas desde el martes por la noche.

Camilla se quedó helada.

–No hay manera de dar con él a través del móvil –prosiguió Terkel Høyer.

Camilla estaba inquieta, pero intentó buscar una explicación razonable a la desaparición de su colega.

–A lo mejor se ha ido a casa a dormir. La verdad es que ha estado trabajando día y noche. Cuando lo vi el martes por la tarde parecía un cadáver andante.

Camilla se quedó muda, pero no le dio tiempo a retener las últimas palabras antes de

que estas hubieran salido de su boca.

Terkel no reaccionó. Camilla suspiró, consciente de que iba enfilada a un estado de excitación descontrolada, de que lo que ocurría a su alrededor la estaba sobrepasando poco a poco, y de que le costaba cada vez más conducirse de un modo razonable. Tendría que intentar centrarse y dejar de ver fantasmas por todos lados. A lo mejor, a fin de cuentas, sería una buena idea dejarlo todo en manos de Søren en cuanto volviera a la redacción. Así podría concentrarse en el asesinato de Karoline y no tendría que enseñar los dientes a los tipos duros.

Respiró hondo y se reclinó en la silla.

–¿No podríamos llamar a su casa y hablar con su mujer? –preguntó, y siguió respirando con vehemencia hasta que le abandonó el desasosiego y volvió a asentarse de nuevo.

–Sí, lo haré enseguida. Aunque no le gusta que lo molestemos en casa. Pero quiero saber dónde demonios está –dijo Terkel–. Hay que mantener las tropas bajo control.

Sonrió tímidamente antes de retomar el camino hacia su despacho.

Camilla se dio cuenta de que estaba afectado por su mismo desasosiego.

Decidió llamar a Hans Suhr y preguntar si había novedades en el caso de Karoline Wissinge y luego concentrarse en él hasta que volviera a aparecer Søren. Sintió que la tensión se relajaba solo con pensar en iniciar a su compañero de trabajo, mucho más experimentado, en la charla que había mantenido con Birte Jensen y ponerle al corriente del trato que había cerrado con la subinspectora de la Brigada Criminal. Estaba impaciente por saber qué opinaba.

Marcó el número de la jefatura de Policía y preguntó por el jefe de Homicidios. Mientras esperaba que cogiera el teléfono, cayó en la cuenta de que no sabía si habían obtenido algún resultado del artículo que había escrito para Willumsen acerca de los movimientos de Frank Sørensen. Luego lo averiguaría.

–Hans Suhr está reunido.

–¿Y Willumsen? –se apresuró a preguntar.

–No está.

Camilla colgó, irritada. Siempre te pedían que volvieras a llamar. Muy pocas veces conseguías dar con ellos a la primera.

Quince, contó Louise, al mirar a su alrededor. La reunión había sido trasladada del despacho del jefe de Homicidios a la sala de reuniones.

–Primero los técnicos de Criminalística –decidió Suhr, e hizo un gesto en dirección al inspector Niels Frandsen.

Louise Rick era la única mujer en la sala. Al igual que en el departamento de Homicidios, había muy pocas mujeres en el departamento de Criminalística y, por lo visto, ninguna había sido incorporada al caso.

Frandsen había encendido su pipa antes de levantarse y acercarse al gran televisor situado en una de las esquinas de la sala de reuniones.

–Empezaré enseñándoos lo que grabamos cuando nos emplazaron en el lugar de los

hechos.

Varios de los agentes reunidos se dieron la vuelta para ver mejor. Louise alargó la mano para coger su libreta de la mesa, lista para tomar notas, aunque sabía que luego lo repasarían todo, detalle por detalle.

Lo primero que vieron fue la cinta roja y blanca de la policía. Un par de técnicos estaban ampliando el cordón policial que habían montado cuando llegaron los primeros agentes de policía al lugar de los hechos.

El ángulo de la cámara cambió y el plano se abrió hasta abarcar el lugar de los hechos. No se veía el cadáver, pero al fondo se movían un par de hombres que estaban montando una especie de mampara para que los curiosos que se habían apostado en los alrededores no pudieran ver lo que había detrás.

–No hay duda de que la lluvia ha jugado a favor del autor del crimen –dijo Frandsen, y dejó la pipa sobre la mesa.

Louise asintió para sí con la cabeza. Flemming ya se lo había comentado.

Lo siguiente que apareció en la pantalla fue un primer plano de Karoline Wissinge. Hicieron un zoom a las marcas del cuello. Louise observó que la cabellera dorada estaba húmeda y se pegaba a su bello rostro.

Tragó saliva. Karoline parecía tremendamente frágil. Le habían arrebatado la vida y, por alguna extraña razón, Louise lo encontraba aún más absurdo al pensar en el pequeño feto que albergaba el vientre de la mujer.

Vio que habían colocado pequeñas marcas en el suelo alrededor del arbusto y luego unos planos cortos de un par de pisadas, colillas y papel de envoltorio de chokolinas. Algunas de las cosas marcadas eran tan pequeñas que Louise no podía distinguir de qué se trataba. Varios técnicos se paseaban con unos pequeños focos que emitían una luz fuerte porque estaba oscureciendo. Le sorprendió ver que todavía no habían iluminado toda la zona.

Sobre esto, Frandsen explicó que se habían concentrado en buscar pisadas. La lluvia podía resultar útil en un aspecto: cabía la posibilidad de que el autor del crimen hubiera dejado un par de pisadas contundentes. Por eso, en un primer momento, se concentraron en hacer improntas de las pisadas que habían encontrado. Si empezaba a llover de nuevo corrían el riesgo de perder varias pisadas aprovechables. Siguió explicando que habían esperado a que apareciera protección civil con una gran tienda con la que cubrir el cadáver.

Louise se balanceaba en la silla. No le habían pedido que consiguiera los zapatos de Martin Dahl, el exnovio de Karoline, para que pudieran compararlos con las pisadas encontradas en el lugar de los hechos, así que supuso que no habían descubierto nada que les resultara útil. Pero evidentemente debían registrar todas las pisadas y luego ya se vería si servían de algo.

–Encontramos dos colillas. Los exámenes demuestran que fueron arrojadas por dos personas diferentes. Una estaba completamente deshecha. Pero de la otra quedaba suficiente material genético para que el departamento de Genética Forense pudiera sacar el ADN; así que eso fue lo que hicimos –dijo Frandsen, y miró a su alrededor, como si

esperara los aplausos de la gente.

–Muy bien –dijo Toft, y unos cuantos más asintieron con la cabeza en reconocimiento de su pericia. Había tan pocas pistas que seguir que esta podía llegar a ser decisiva.

Louise también sonrió. Siempre le había impresionado lo poco que hacía falta para obtener el perfil de ADN de una persona. No había ADN ni en la saliva ni en el sudor, sino en las pequeñas células cutáneas que el sudor arrastra al ser segregado por el cuerpo y en las pequeñas células de la mucosa contenidas en la saliva. Si se estornuda expulsando saliva por la boca, se deja una muestra suficientemente grande para realizar un perfil de ADN.

–Si alguna vez hubo huellas dactilares en el cuerpo de Karoline, el agua las borró.

Los semblantes de los reunidos alrededor de la mesa volvieron a estar serios. Apagaron el televisor y rebobinaron la cinta de vídeo.

Hans Suhr se levantó y se colocó al lado de Niels Frandsen.

–La lluvia es nuestro enemigo –dijo, sin escatimar en dramatismo. No tenían nada.

Louise tomaba notas. No porque fuera incapaz de recordar lo que se decía. Pero algo tenía que hacer para que pasara algo.

Había prometido a los padres de Karoline que harían todo lo que estuviera en sus manos, pero no tenían ninguna pista que seguir. Se dio cuenta de cómo la ira se iba apoderando de ella poco a poco, y hasta se sorprendió al experimentar cierto placer de que aquel sentimiento agresivo se propagase por su cuerpo. Evocó el cuerpo de Karoline echado en el parque, pero entonces borró la imagen y en su lugar se la imaginó en la sala del Anatómico Forense, delicada y preciosa. La ira sustituyó en parte al desaliento que llevaba sintiendo los dos últimos días. No se había abierto ni la más diminuta brecha en el caso y temía no haber prestado la suficiente atención, ni a las cosas que le habían contado ni a las personas con las que había hablado. A lo mejor había estado sentada frente a frente con el asesino sin abrigar la más mínima sospecha. Esperaba que no fuera así. Pero le parecía que le estaba costando demasiado centrarse, y eso no era propio de ella.

El jefe de Homicidios pidió que cada uno de ellos expusiera brevemente ante los demás con quiénes habían estado en contacto. Una hora más tarde, todos habían hablado. Louise había contado lo del aborto y su visita a Flemming, que le había comentado que, aparentemente, Louise no había intentado defenderse.

–Es probable que no tuviera miedo. Tal vez no le dio tiempo a reaccionar, o a lo mejor no esperaba que la agredieran –dijo Louise.

Hicieron una pequeña pausa que la mayoría aprovechó para abastecerse de café. Louise siguió a los demás a paso lento, llenó su taza y volvió a toda prisa a la sala de reuniones. Necesitaba un poco de calma antes de pasar propiamente a la lluvia de ideas.

En la sala de reuniones, Suhr se había apostado frente a la gran pizarra blanca. Sostenía el informe de autopsia de Flemming en la mano. En el lado derecho de la pizarra había anotado la hora aproximada de la muerte de Karoline. En algún momento entre la medianoche y las siete de la mañana. A la izquierda aparecía la hora, las 01.00, en que había abandonado Baren el sábado por la noche. Entre los dos puntos todo estaba

en blanco.

–¿Qué pasó en este intervalo de tiempo? –preguntó, y dejó vagar la mirada por la sala cuando todos hubieron tomado asiento–. ¿Qué demonios sucedió desde que dejó a sus amigas hasta que acabó asesinada en el parque?

–Su novio pasó a recogerla. Al verla con Lasse Møller, se puso celoso ¡y la estranguló! Louise había dibujado a una niña de palitos en su libreta y cada vez que alguien exponía su teoría acerca de la secuencia de los hechos, trazaba una línea desde una de sus extremidades y anotaba la propuesta.

–El amigo de infancia de Frederikshavn de su novio le dio alcance antes de que llegara a casa. A lo mejor Karoline se había opuesto a que su novio le volviera a prestar dinero.

La cabeza le daba vueltas cuando dieron por concluida la reunión. Cuando celebraban esta clase de sesiones, nada resultaba estúpido ni inoportuno. Todos prestaban atención a cualquier propuesta, aunque algunas pudieran parecer un completo despropósito.

–Tendremos que citar a todas las personas que hemos mencionado a lo largo de las últimas horas para un interrogatorio, hayan sido interrogadas o no anteriormente. En el caso de los desconocidos, tendremos que confiar en obtener algún resultado tras nuestro interrogatorio semanal del sábado; en encontrar un testigo que viese algo el sábado por la noche y no lo hubiera asociado con el asesinato.

–Sí –se oyó decir a la mayoría de los congregados en la gran sala de reuniones. A lo largo de la tarde, y a medida que se sucedían las propuestas, el espíritu de lucha se fue colando y propagándose entre todos los presentes. Era del todo impensable que aquello no fuera a dar sus frutos. Solo requería que acometieran el caso con todas sus fuerzas.

En realidad, es increíble lo importante que resulta la interacción, pensó Louise, y miró a su alrededor. Cada vez que alguien había hecho una nueva propuesta que, aunque pudiera parecer disparatada, abría una brecha en la investigación ignorada hasta entonces, se habían oído gritos de alegría.

–¿Vamos? –preguntó Suhr, y se puso en pie–. ¿Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer?

Todos asintieron con la cabeza.

–¡Eh! –exclamó después de que unos cuantos ya hubieran salido al pasillo–. ¿Podéis volver a entrar?

Volieron sobre sus pasos y se apelotonaron en la puerta.

–Casi olvidaba decirles que habrá unos cuantos cambios en la estructura del departamento.

Todos escucharon atentamente.

–Veréis, vamos a tener que prescindir de Henny Heilmann durante un tiempo.

Louise oyó que varios compañeros soltaban exclamaciones de sorpresa.

–Ha solicitado y se le ha concedido una excedencia por tiempo indefinido.

Más murmullos.

–Todavía no hemos acabado de decidir si alguien deberá ocupar su puesto mientras esté fuera, pero ya os informaremos, naturalmente. De momento, yo me haré cargo del grupo.

Una vez en el pasillo, Louise oyó a varios compañeros hablando de Heilmann. ¿Qué había sucedido para que diera este paso, la habría presionado la dirección? Louise captó algunos fragmentos antes de meterse figuradamente los dedos en los oídos. No quería oír lo que decían y desde luego no pensaba tomar parte en las habladurías acerca de su posible sustituto. Entró en su despacho y empezó a elaborar una lista de las personas con las que tenía que ponerse en contacto. A Lars Jorgensen le habían adjudicado a Martin Dahl y al exnovio. Ella, por su parte, debería encargarse de las dos amigas con las que Karoline había cenado y de las tres compañeras de trabajo. No esperaba gran cosa de estas últimas, pero había que volverlas a interrogar partiendo de la teoría de que Karoline hubiera tenido un rollo secreto y se lo hubiera confiado. ¡Vaya desatino!, concluyó Louise, antes de que la interrumpiera el teléfono.

–Departamento A, Louise Rick.

–Buenos días, soy Hans Wissinge, el padre de Karoline –dijo una voz profunda de hombre–. Siento mucho molestarla.

–No molesta –dijo Louise, esta vez en serio.

–Quizá debería haber llamado directamente al jefe de Homicidios. Pero las veces que lo he hecho me han dicho que estaba reunido, así que le ha tocado a usted.

Sonaba afligido.

Louise lo compadecía.

–¿Qué puedo hacer por usted? –preguntó.

–Ni siquiera sé si puede hacer algo. Simplemente necesito oír si hay alguna novedad. Nadie nos dice nada, y el jefe de Homicidios no para de hacer declaraciones a la prensa acerca del asesinato del periodista. Seguramente sea injusto, pero no nos parece que muestre el mismo interés por descubrir quién asesinó a nuestra hija.

Su voz se quebró.

Louise sintió un nudo en la garganta.

–Le juro que le dedicamos todo nuestro tiempo a buscar al asesino. El jefe de Homicidios ha estado reunido con nosotros todo el día. Con nosotros, la Policía Judicial y gente del departamento de Criminalística. Hemos vuelto a repasar el caso y citaremos a un montón de gente para una nueva rueda de interrogatorios.

Louise hizo una breve pausa para detectar si sus palabras realmente habían tenido un efecto atenuante en el padre de Karoline, pero él no contestó.

–El sábado por la noche hablaremos con todo aquel que pase por la zona próxima al lugar del crimen durante el mismo intervalo de tiempo en que pudo ocurrir este, con la esperanza de que lo hubiera hecho también el sábado pasado –prosiguió–. Para nosotros, esta investigación es igualmente importante.

El padre de Karoline se sonó la nariz y Louise sintió que la mala conciencia se abría paso a través de su garganta como hiel ardiente. Era evidente que se destinaban más recursos a la resolución de casos que ocupaban las portadas de los diarios un día sí y otro también. No era algo que estuvieran dispuestos a reconocer, pero para el gran público no debería ser demasiado difícil adivinarlo si echaba sus cuentas. Louise lo había discutido varias veces con sus compañeros de trabajo, y también con Heilmann.

–Gracias –dijo Hans Wissinge.

Louise se preguntó si serían conscientes de que su hija estaba embarazada. Temía que le tocaría a ella comunicárselo.

–De hecho, me disponía a llamarles para preguntar si puedo pasarme mañana y ponerles al día del caso. ¿Les va bien?

Louise se rascó un poco la frente. En realidad no tenía tiempo, pero se compadecía de esos pobres padres. Tendría que trabajar hasta más tarde.

–Nos va perfecto. Al fin y al cabo, el funeral es pasado mañana y tenemos algunos preparativos pendientes.

Su voz era débil, pero sonaba un poco más alegre.

–Llamaré mañana por la mañana, para que podamos concertar una cita.

Cuando hubo colgado, Louise empezó a buscar los números de teléfono de los testigos que tenía que citar. Todos aceptaron acudir a la comisaría al día siguiente, y Louise se sintió muy satisfecha cuando consiguió marcar por fin el último nombre de la lista, que empezaba por uve.

Louise llamó a Peter para decirle que salía en ese momento del trabajo. No sabía qué planes tendría él y estaba un poco avergonzada por haberse olvidado de preguntar por ellos.

De pronto sintió una profunda decepción cuando Peter le recordó que tenía que salir con dos contactos de negocios. Ella renunció a acompañarlo. Muy pocas veces tenía ganas de encontrarse con extraños porque solían intentar tirarle de la lengua, sin ningún tipo de vergüenza, sobre aspectos de su trabajo que tan solo contaba a Peter y a Camilla.

Cuando hubo colgado llamó a Camilla a su móvil. De pronto se sentía muy sola. Solía venirle de perillas, pero precisamente hoy se daba cuenta de que tenía ganas de compañía. Se acordó de que la madre de Camilla estaba de visita y se arrepintió, pero antes de que le diera tiempo a colgar Camilla contestó.

–Hola.

Su amiga parecía triste y Louise decidió que no le impondría su compañía.

–Hola, solo quería saber qué tal te va todo –preguntó en su lugar.

–Parece que la tierra se ha tragado a Soren Holm, y la verdad es que es muy desagradable. Hay mucha tensión en la redacción.

–Lo vi ayer –dijo Louise, y le contó que se lo había encontrado en el Instituto Anatómico Forense.

–¡Vaya! ¿Te dijo algo?

Camilla pareció animarse.

–Pues no, a nosotros no. Pero me dijeron que llevaba todo el día peleándose con los chicos, es decir, con los auxiliares –corrigió–, porque no le dejaban ver el cadáver de Frank Sorensen.

–¿Qué aspecto tenía? –preguntó Camilla, curiosa y manifiestamente aliviada.

–Extenuado. Yo lo recordaba como un hombre apuesto y arreglado, pero esa no fue precisamente la impresión que me dio ayer. Más bien parecía un vagabundo.

–¡Un vagabundo! ¿Estás segura de que era él? Me parece poco probable.

–Se lo pregunté a Flemming Larsen, el médico forense que realizó la autopsia de Karoline –explicó–. Me dijo que era Soren Holm. Se conocen. O sea que era él, sin lugar a dudas. Montó un enorme jaleo.

–¡De acuerdo! –Camilla no parecía convencida–. Tendré que bajar y contárselo a Terkel.

–Será lo mejor. Pero ya hablaremos –dijo Louise, dispuesta a colgar.

–¿Sigues en el trabajo?

–Sí, pero estoy a punto de salir.

–¿Tienes planes?

–No, la verdad es que no. Había olvidado que Peter salía esta noche. Pero en realidad me va de perlas quedarme en casa: tengo que hacer la colada y ordenar mi ropa. Tendré que trabajar todo el sábado –dijo, y le contó que todavía tenían pendiente el interrogatorio semanal.

–Mi madre se ha llevado a Markus al McDonald's. Hemos quedado en que me reuniré con ellos en cuanto pueda salir de aquí. ¿Te vienes? A ellos les encantará.

Louise se lo pensó un momento. La verdad es que sonaba como un buen plan, pero entonces la colada tendría que esperar, ¿y no era un poco estúpido por su parte cuando por fin disponía de un poco de tiempo para quitársela de encima?

–No sé.

–Venga, ámate. Siempre puedes hacer la colada en otro momento. Si te quedas sin ropa, yo te puedo prestar –la tentó Camilla–. Podrían pasar meses hasta que mi madre vuelva. Por Pascua o por ahí.

Camilla sabía que era un argumento con el que podía tentar a Louise con bastantes garantías de éxito.

–De acuerdo, iré. ¿Dónde quieres que nos encontremos?

Louise recordó que había cogido la bicicleta.

–Están en el McDonald's de Falkoner Allé. ¿Te parece bien si quedamos allí directamente? Solo tengo que contarle a Terkel que viste a Søren sano y salvo. O al menos con vida –se corrigió.

Louise llamó y le contó sus planes a Peter. Recorrió el pasillo con el bolso colgado del hombro. La puerta del despacho de Heilmann estaba abierta. Su mirada se dirigió instintivamente hacia su interior y sus pasos se detuvieron bruscamente. El despacho había sido desalojado. Todo lo que solía cubrir el escritorio había desaparecido. El portacelo y el portaclips estaban dispuestos uno al lado del otro sobre el calendario de sobremesa verde, pero no quedaba ningún objeto personal. Louise consultó su reloj. Hacía cuatro horas que se había despedido de Heilmann y de pronto era como si nunca hubiera estado allí. De repente se sintió triste. La echaría de menos.

El estado de ánimo de Louise mejoró cuando hubo devorado un McFeast y varios McNuggets de pollo. Markus apenas le había dado dos bocados a su comida cuando saltó de la silla y salió corriendo hacia el parque de las bolitas. Les costó Dios y ayuda convencerlo para que lo abandonara. Tras un par de comentarios airados de dos madres de niños pequeños se dieron cuenta de que, en realidad, Markus era demasiado mayor para retozar entre bolas de plástico de colores. Era para niños de menos de ciento diez centímetros de altura y él los superaba con creces. Así pues, decidieron que sería la última vez, y Markus decidió que había que despedirse con todos los honores. Finalmente aceptó volver a casa a cambio de la firme promesa de helados y película de vídeo. Louise sentó a Markus en el sillín de su bicicleta y empezó a andar.

–¿Qué tal por Jutlandia? –preguntó por encima del hombro.

–Gracias a Dios, todo va como de costumbre. Tranquilo –contestó la madre de Camilla, satisfecha–. Tengo tiempo para mí, a diferencia de vosotras.

Hasta entonces, toda la charla había girado alrededor de las dos chicas. La madre de Camilla nunca ocultaba que, en su opinión, trabajaban demasiado y se cuidaban poco. A su vez, las dos amigas habían puesto todo su empeño en convencerla de que no era así, pero ella seguía sin creerlas.

–Pues yo suelo disponer de bastante tiempo para mí y para él –dijo Camilla, y lanzó una mirada cariñosa al monstruo de las bolas–. Pero si no trabajara, ¿cuánta diversión crees que podríamos permitirnos?

Su madre suspiró.

–Más bien estaba pensando en que tal vez podrías dedicarle más tiempo a contactar con otros adultos, aunque solo fuera de vez en cuando.

Camilla torció el gesto.

–¿Y con quién te habías imaginado que podría ser, si se puede saber?

–¿Qué tal un hombre maravilloso? Pero te has vuelto tan independiente y exigente que ni siquiera eres capaz de ver las posibilidades que tienes ante tus ojos, cariño –contestó su madre.

–No creo que haya nada malo en ser exigente –mordió Camilla.

–No, por supuesto que no. Pero eso no quita para que puedas mostrarte más receptiva y complaciente con los demás –le devolvió su madre.

Louise se mantuvo en silencio. Esta misma charla solía aflorar antes o después, cada vez que se veían.

–Tiene que haber hombres en tu trabajo. Tu lugar de trabajo es muy interesante –prosiguió la madre de Camilla, impasible.

Louise la admiraba porque nunca se rendía. No conducía a ningún lado, pero ella persistía, probablemente con la esperanza de que alguien, algún día, picase el anzuelo de su hija.

–Es curioso, pero no hay ningún candidato interesante. Además, liarte con un compañero de trabajo no es lo más recomendable.

–¿Desde cuándo te has vuelto tú tan tiquismiquis? –deslizó Louise, y se rio.

El rostro de la madre de Camilla se iluminó.

–¿Me he perdido algo? –preguntó, de repente curiosa.

–¡No! –Camilla hizo un gesto de resignación–. Escúchame, si aparece alguien en mi vida os lo haré saber, y si topáis con mi futuro marido prometo que me mostraré solícita y lo saludaré. ¿Quedamos así? –dijo, y dio el tema por zanjado.

–De acuerdo –dijeron al unísono, mientras Camilla abría la puerta de la calle.

–¡Estáis locas! –dijo Markus, y retorció el índice en la sien antes de salir corriendo escaleras arriba.

Le dieron la razón y lo siguieron.

A las nueve Markus se iba a la cama, y la madre de Camilla también había empezado a bostezar.

Louise se dirigió a la cocina, decidida a encontrar un paquete de galletas que pudiera atacar.

–Había pensado salir un rato esta noche –gritó Camilla mientras Louise rebuscaba en sus armarios.

–¿Tienes una cita? –preguntó Louise, sorprendida. Encontró un paquete de galletas María detrás de una caja de copos de maíz y volvió al salón.

–No, la verdad es que tenía pensado ir a un bar sin cita previa.

Louise la miró, sorprendida.

–¿Estás diciendo que vas a salir para levantarte a un tío cualquiera?

La había cogido completamente desprevenida. A Camilla no solía gustarle salir por ahí sola.

–No, no estoy tan desesperada –la tranquilizó su amiga–. Había pensado intentar descubrir quién es ese tal Finlandés.

Louise se quedó mirándola un rato.

–¿Por qué lo haces? –preguntó–. ¿Qué es lo que de pronto se ha vuelto tan importante para que tú, que no conoces ese ambiente, decidas invertir una noche de jueves en los antros de drogas de la ciudad?

–Es importante descubrir quién mató a Frank –contestó Camilla, con indignación en la voz.

–¿Y te has propuesto hacerlo tú?

A veces sucedían cosas en el cerebro de Camilla que Louise simplemente era incapaz de comprender.

–No creo que sea tan extraño que quiera hacerlo cuando la mismísima jefa de Estupefacientes me lo ha pedido –dijo Camilla. Desde un principio sabía que se produciría una discusión si le contaba sus planes a Louise, así que había decidido no

decir nada. Sin embargo, había acabado haciéndolo, a pesar de todo.

–Te acompaño –dijo Louise. Apenas podía soportar la idea de acostarse tarde cuando tenía que trabajar al día siguiente, pero pensar en Camilla mariposeando por ahí sola le parecía aún peor.

–No hace falta. Me las puedo apañar yo sola. No tengo intención de tentar a la suerte.

Louise hizo ver que no la había oído.

–¿Adónde vamos?

Camilla se quedó pensativa mientras consideraba si sería mejor ir sola o si, por el contrario, sería preferible ir acompañada de alguien.

–¿No crees que esos tipos se darán cuenta de que eres de la policía? –preguntó, al tiempo que examinaba detenidamente a Louise.

–¿Qué te has creído? –Louise alzó la voz–. ¿De veras piensas que parezco una agente de policía?

–No, no –reconoció Camilla.

Louise vestía un jersey blanco y ajustado, unos tejanos de la marca Diesel gastados y un par de botas con punteras, y llevaba suelta la melena rizada que caía libremente sobre sus hombros.

–La discoteca está cerca de la plaza de Kongens Nytorv. No abre hasta las doce, pero al lado hay un bar donde creo que es muy posible que averigüemos algo. Si es que alguien está dispuesto a hablar.

–¿De qué conoces esos lugares? –preguntó Louise, sorprendida.

–Birte Jensen me habló de la discoteca. Y luego saqué un montón de artículos de nuestra base de datos, y el Kongens Bar aparece continuamente en ellos. Así que solo estoy conjeturando.

–¿Estamos de acuerdo en que solo se trata de encontrar a ese informador?

Camilla asintió con la cabeza.

–Entonces hagámoslo. Pero... –Louise lanzó una mirada severa a su amiga– no empieces a preguntar por nada más. Esta clase de tíos son muy duros y no suelen dejarse llevar por una melena rubia y unos ojos azules, no si sospechan que intentas sacarles información al tiempo que brindas con ellos.

–No, no, ya lo sé, ¡maldita sea! –Camilla suspiró, y salió al vestíbulo y se puso el abrigo–. Venga, vámonos ya.

Louise miró a su alrededor cuando entraron en el Kongens Bar. Se colgó el abrigo del brazo y siguió a Camilla hasta una de las mesas. Era un lugar bonito. No había mucha gente, teniendo en cuenta que era jueves por la noche, cuando el centro solía estar a rebosar.

–Supongo que tendremos que tomar algo.

Camilla buscó su monedero en el bolso.

–Yo solo quiero tomar una cola –dijo Louise, cuando Camilla se dirigió a la barra.

La camarera parecía aburrida. No daba la impresión de estar demasiado dispuesta a atender a Camilla, aún menos cuando esta le pidió dos colas.

Cuando Camilla volvió estaba manifiestamente decepcionada.

–Aquí no hay nadie que sepa nada de drogas –dijo.

–Eso no lo puedes saber.

–Echa un vistazo, hazme el favor. Solo hay gente adulta y decente. Aquí no hay nadie que trafique con nada.

Un señor de cierta edad apareció en la puerta de la trastienda. Se metió detrás de la barra con la chica. Parecía estar colocando botellas en los estantes. Se llevó una caja de botellas vacías y volvió a salir con una carpeta en la mano. Louise lo observaba todo. Se sorprendió a sí misma examinando al hombre como solía hacerlo en su trabajo, intentando detectar si parecía nervioso, si se sentía observado, si había señales de que estuviese pasando algo fuera de lo normal. Se contuvo. El encargado simplemente estaba haciendo su trabajo.

Un tipo joven entró. Se acercó a la barra y se sentó en uno de los taburetes altos. Louise vio que el señor sacaba una cerveza de la caja y se la abría. Empezaron a charlar.

La camarera antipática dio una vuelta para recoger los cascotes vacíos. Cuando pasó por delante de la mesa de Camilla y Louise lanzó una mirada fría en dirección a sus botellas de cola medio vacías. Era evidente que no eran la clase de clientes de la que podía esperar que dejara propina al irse, así que no valía la pena esforzarse con ellas.

Entró más gente por la puerta. Algunos se sentaron alrededor de las mesas redondas, otros se acercaron a la barra.

–A veces me pregunto cómo pueden saber los que venden droga si hay alguien interesado en comprar –dijo Camilla. Estaban sentadas en dos butacas bajas de gruesos reposabrazos que invitaban a charlar amistosamente en voz baja, pero que no resultaban demasiado cómodas si lo que te proponías era seguir lo que pasaba a tu alrededor.

–A lo mejor es lo mismo que dicen sobre los gays. Parece ser que siempre son capaces de señalar a otros gays entre la gente –propuso Louise, a sabiendas de que la

comparación no era políticamente correcta.

Se oyó cierto alboroto que provenía de la puerta. Entraron tres hombres con cazadoras de cuero y el cabello peinado hacia atrás.

–Estos de allí podrían encajar –dijo Camilla nada más verlos.

Louise asintió con la cabeza. Todo era posible, al fin y al cabo todos tenemos nuestros prejuicios. Dos de ellos se sentaron a una mesa cercana a la de Louise y Camilla mientras que el tercero se fue directamente a la barra.

–Ahora habrá que abrir bien las orejas –susurró Camilla.

Louise se dio cuenta de que se estaba poniendo tensa.

–¡Maldita sea! –exclamó Camilla cuando dos hombres elegantes de unos cincuenta años se sentaron a la mesa vecina tapando así a los tres tipos de las cazadoras de cuero e impidiendo, sobre todo, que pudieran oír de qué hablaban.

Las dos amigas se miraron. Eran las once menos cuarto. Faltaba más de una hora para que abriera la discoteca. Louise constató que el bar estaba casi lleno. Apenas quedaban un par de mesas libres.

–A lo mejor deberíamos preguntar por él sin más –propuso Camilla.

–¿A quién quieres preguntar?

–Al hombre de la barra. Tiene que conocerlo si realmente frecuenta este lugar.

–Sí, pero será mejor que esperes a que nos vayamos –dijo Louise.

Ojalá hubiera estado Peter con ellas, así no habrían llamado tanto la atención. Dos chicas solas siempre atraían las miradas de la gente. A estas alturas, varios de los clientes masculinos ya las habían repasado de arriba abajo. Louise se sentía expuesta. Uno de los hombres de la mesa vecina se levantó y se dirigió a la barra. Cuando llegó a la altura de su mesa, se detuvo y preguntó si podía invitarlas a una copa.

Louise se quedó mirándolo fijamente, pero Camilla sonrió y dijo:

–Mil gracias, encantada.

–¿Champán? –propuso el hombre.

Louise lanzó una rápida mirada a su amiga. El hombre que se había quedado sentado a la mesa tenía el pelo completamente blanco. Sonrió al tiempo que se levantaba y se acercaba para presentarse.

–Hola, me llamo Michael.

Acercó su butaca a la mesa de las chicas. Con el rabillo del ojo Louise percibió que varios clientes del bar seguían el curso de los acontecimientos con interés. Se retorció en la silla, y la cosa no mejoró cuando la camarera malhumorada llegó con una botella de champán en una gran enfriadora y cuatro copas de tallo largo. Cuando saltó el corcho de la botella aquello se convirtió en poco menos que un espectáculo y Louise estaba convencida de que la gente a su alrededor pensaría lo suyo.

–Klaus –dijo el hombre del champán, y le dio la mano–. ¿Qué hacen dos mujeres bellas como vosotras aquí solas?

Louise se contuvo para no responder con alguna impertinencia. Mientras escuchaba los trinos de Camilla intentaba sonreír. Una vez las copas estuvieron llenas, brindaron. Louise tan solo dio un sorbito a su copa. Se levantó balbuceando una excusa y huyó al

baño, y cuando la puerta que daba al estrecho distribuidor entre los lavabos de caballeros y señoras se hubo cerrado detrás de ella se apoyó contra una de las paredes.

–¡Vaya! Veo que ya tenéis compañía, ¿eh?

Uno de los tres hombres que habían encontrado interesantes acababa de entrar por la puerta.

Louise sintió que se sonrojaba y no le costó adivinar en qué estaba pensando el tipo de la cazadora.

–Disculpa, ¿me permites? –preguntó, e intentó colarse por detrás de él.

El hombre retrocedió hacia los baños y siguió cerrándole el paso.

–Tranquila, no tienes por qué mosquearte así. Con una botella de agua con burbujas caras sobre la mesa no hay ninguna razón para refunfuñar.

–¿Serías tan amable de moverte para que pueda pasar? –pidió Louise en un tono de voz angelical.

El hombre la miró de arriba abajo brevemente, pero no se movió. En su lugar amusgó los ojos y asintió pensativo con la cabeza, como si acabara de caer en la cuenta de algo.

–La verdad es que parece alguien que necesita urgentemente que le suban la moral, así que podríamos decir que has aterrizado en el lugar adecuado. Tú vuelve con tus tipos elegantes. Pero ándate con cuidado, porque a lo mejor no solo hay champán en las copas.

Louise se dio cuenta de que sus cejas se levantaban.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó, y se quedó mirándolo. Así, a bote pronto, habría creído que era a él a quien se le podía haber ocurrido meter un poco de todo en su copa. O en su nariz. Sin embargo, había algo en él que le decía que tal vez se equivocaba.

–Nada.

El hombre se echó a un lado y la dejó pasar.

Louise no se movió.

–¿Conoces a un tipo al que llaman el Finlandés? –preguntó, llevada por una repentina corazonada.

El tipo se quedó mirándola.

Louise no dijo nada más, pero notó que el desconocido había reaccionado al oír el nombre.

–¿Quién lo pregunta?

Louise decidió poner las cartas sobre la mesa.

–A mi amiga le gustaría dar con él. Pero no sabemos quién es. A lo mejor tú podrías ayudarnos.

–Pues no creo que pueda. Pero sobre todo deberías procurar escapar de la compañía que os habéis buscado, porque esos no son, desde luego, unos tipos que faciliten que la gente sienta ganas de hablar con vosotras.

Louise parecía confusa.

–¿Por qué no?

Se dio cuenta de que el hombre volvía a mirarla de arriba abajo, como preguntándose

si se hacía la tonta o si realmente lo era.

–¿No sabes con quién estáis brindando? –preguntó con una mezcla de sarcasmo y sorpresa en la voz.

–No –contestó Louise, contando con que recibiría una respuesta–. ¿Qué es lo que intentas decirme?

–Vienes aquí preguntando por un tío que se supone que conoce a un par de los tipos menos respetables de la ciudad. Si te interesa esta clase de gente, sabrás algo de una redada que tuvo lugar ayer, ¿no?

Louise asintió con la cabeza. Se habían retirado a una de las esquinas. El hombre se disponía a seguir hablando cuando la puerta se abrió y una mujer entró y se dirigió hacia el lavabo de señoras. Su mirada se cruzó con la de Louise. Ese mismo intercambio de miradas se había producido cuando estaba sentada a la mesa del bar. Seguramente, la mujer estaría pensando que Louise no perdía el tiempo si ya se estaba haciendo su segundo tío de la noche. La puerta se cerró detrás de ella.

–Esa redada que dices salió en todos los medios –dijo Louise, con la esperanza de que al tipo no se le hubieran pasado las ganas de seguir charlando.

El hombre asintió con la cabeza.

–El que fue a la barra por el champán para ti y tu amiga se llama Klaus West y es propietario del piso en el que se hizo la redada ayer. No estaba presente en ese momento. Pero la policía confiscó un buen cargamento de nieve verde. ¿Sabes lo que es?

Nieve verde, pensó Louise, y asintió con la cabeza.

–Me has preguntado por el Finlandés. Está muy por debajo de tu dignidad. Te estás moviendo entre la élite.

Louise estaba perpleja. Se quedó mirándolo boquiabierto mientras la información se asentaba.

–¿Qué quiere tu amiga de él? –preguntó el hombre.

El tono de su voz había cambiado. Ya no parecía un chulo, simplemente un tipo normal. Louise cayó en la cuenta de que sería mejor volver cuanto antes al lado de Camilla. Se imaginó a la policía asaltando el local y deteniendo a su amiga junto con los dos capos de la droga. Louise supuso que el otro hombre del champán era un socio.

–Hay algo que le gustaría preguntarle al Finlandés, pero no puedo contarte qué es.

–Escúchame. Creo que ha llegado la hora de que vosotras dos, señoras, recojáis vuestros bártulos, los metáis en vuestros bolsos y os despedáis amablemente. No sabéis con quién os habéis metido.

Louise se disponía a decir algo, pero el tipo siguió hablando.

–Es una mala idea andar por ahí figoneando cuando estás sentada a la misma mesa que los pesos pesados. Créeme, será mejor que os esfuméis ahora mismo.

En ese mismo instante se abrió la puerta y entró Camilla.

–¿Qué demonios estás haciendo? Creía que te habías escapado sin tus cosas y sin despedirte.

Se detuvo al ver al tipo de pelo oscuro que estaba medio oculto detrás del marco de la puerta.

Interrogó a Louise con la mirada.

–Camilla, tenemos que irnos.

–Ni hablar. Acaban de pedir una botella más y me lo estoy pasando genial. ¿Qué haces todavía aquí?

–Nos vamos ahora mismo. Diles que me encuentro mal.

Camilla la ignoró.

–¿Y tú quién eres? –preguntó, dirigiéndose al tipo con el que estaba charlando Louise.

Él la miró de arriba abajo.

–Supongo que eres tú la que anda buscando al Finlandés –dijo, en lugar de responder a la pregunta–. Tu amiga –señaló a Louise– es una chica demasiado decente para conocer a esta clase de tipos. Son más de tu cuerda.

Louise se dio cuenta de que Camilla boqueaba y sabía que estaba considerando si valía la pena darle estopa al tipo impertinente. Sin embargo se reprimió.

–¿A lo mejor son amigos tuyos? –preguntó en su lugar.

El tipo sonrió.

–No me apetece quedarme aquí charlando con vosotras. No tengo ganas de hacerme notar ante vuestros generosos halagadores. Recoged vuestras cosas y luego nos encontraremos fuera.

Se dio la vuelta y entró en el lavabo de caballeros.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó Camilla, confusa, cuando el tipo se hubo ido.

–Vas a ir a recoger nuestros abrigos. Les dirás que me encuentro mal y que desgraciadamente tenemos que irnos.

Camilla la miró fijamente, pero al final asintió con la cabeza.

–Pues es una pena, son bastante simpáticos. Es una estupidez no quedarnos. Siempre podemos buscar al Finlandés mañana.

–¡Ya basta!

–No me importaría cenar con uno de ellos.

–Sí, sí que te importaría. Vete ya y no acuerdes una cita. Date prisa, venga.

Volvieron a la sala. Louise siguió andando lentamente hacia la puerta mientras Camilla se acercaba a los hombres para disculparse porque tenían que irse. Louise vio que la señalaba mientras hablaba. Les lanzó una sonrisita y los saludó con un gesto de la mano mientras se esforzaba por parecer enferma y pálida.

No se pusieron los abrigos hasta que estuvieron de nuevo en la calle.

–Me debes una –refunfuñó Camilla cuando empezaron a andar calle abajo.

–No te debo una mierda.

Louise estaba a punto de estallar.

–Salimos para encontrarte una fuente de información y en cuanto aparecen un par de tíos y te invitan a unas copas te olvidas de todo lo demás. Vas a tener que ponerte las pilas, ¡maldita sea!

Louise se dio cuenta de la aspereza de sus palabras y vio que el semblante de Camilla se endurecía.

–Perdona –dijo tras una breve pausa–. Pero acabas de tomar champán con dos de los

mayores capos de la droga de la ciudad.

–¿De qué estás hablando?

–Klaus West es el propietario del piso que fue registrado ayer y no hace mucho requisaron un kilo de heroína en otro inmueble de su propiedad.

–No es verdad.

Louise advirtió que Camilla estaba consternada, pero en ese mismo instante apareció una sombra. Louise no estaba completamente segura de que fuera el tipo del bar. Se había subido el cuello de la cazadora y se había calado una gorra de lana hasta las orejas.

–Seguidme –dijo al pasar por su lado.

Las dos amigas esperaron a que avanzara un poco para seguirlo. Doblaron la esquina, cruzaron una de las pequeñas calles de sentido único y siguieron avanzando hasta doblar otra esquina.

El tipo se detuvo frente a un portal.

–Dame tu número de teléfono y veré si convengo al Finlandés para que te llame –le dijo a Camilla–. Pero no te prometo nada. Y aún menos cuando te niegas a contarme quién eres y qué pretendes. Simplemente creo que es mejor que yo lo intente a que las dos intentéis encontrarlo por vuestra cuenta y acabéis con compañías poco saludables.

Louise se dio cuenta de que Camilla estaba reflexionando. Entonces sacó su monedero. Por un instante creyó que su amiga le daría su tarjeta de visita con el número de teléfono del trabajo y su dirección particular, pero en su lugar sacó un viejo recibo y anotó su nombre y su número de teléfono en él.

–Dile que alguien a quien conoce me ha recomendado hablar con él porque puede ayudarme –dijo Camilla, y le dio la nota–. ¿Cómo te llamas?

El tipo sonrió.

–Tú llámame amigo –dijo, y se despidió de ellas con un gesto de la cabeza antes de desaparecer al abrigo de la oscuridad.

–¡Qué fuerte! –exclamó Camilla.

Empezaron a caminar en dirección a la plaza de Kongens Nytorv. Todavía no eran las doce, pero decidieron suspender la visita a la discoteca: a estas alturas, ya habían sucedido muchas cosas y a lo mejor la noche había dado sus frutos. En cualquier caso, no había motivo alguno para seguir figoneando hasta que supieran si habían conseguido algo o no.

–Pues yo he leído que son los moteros quienes están detrás del narcotráfico en Copenhague. Y el artículo también decía que los moteros estaban involucrados en la droga que acaban de confiscar –dijo Camilla, una vez entraron en el vagón del metro.

Louise asintió con la cabeza.

–Sí, parece que así es. Pero también hay algo sobre unos tipos un tanto dudosos de algún lugar del este de Europa. No recuerdo de dónde procedían exactamente. Al fin y al cabo, no estoy metida en esta clase de casos.

–Pues estos eran daneses. –Sí.

Louise se inclinó hacia delante. El vagón estaba prácticamente vacío, pero aun así bajó la voz.

–Cuando ese nuevo amigo nuestro dijo su nombre recordé que lo había oído antes, y ahora estoy bastante segura de que Klaus West, el que fue por champán –aclaró–, presidió en su día uno de los grandes clubs de moteros, creo que a principios de los años ochenta; aunque tal vez haga más tiempo.

–¡Pero si ese tío no era ningún motero!

Al principio Camilla pareció indignarse, pero luego empezó a reír.

–No, ya no, claro. Yo tampoco lo reconocí. Hace mucho tiempo que no sale nada en la prensa sobre él.

–Muy bien, pero ¿te fijaste en la pareja que estaba sentada frente a nosotros?

Camilla sacudió la cabeza.

–Ahora escúchame: estoy segura de que eran agentes de policía de paisano. Lo descubrí cuando ya nos íbamos.

–¡Joder! ¡Imagínate si creen que conozco a esos tipos! –exclamó Camilla.

–Exacto. Mala cosa, ¿verdad?

Louise se perdió en cavilaciones mientras veía las muchas señales verdes que indicaban las salidas de emergencia y que pasaban volando a breves intervalos al otro lado del cristal.

–Si realmente es un duro capo de la droga entonces también sabrá reconocer a un par de agentes de policía de paisano. No creo que sea tan ingenuo –dijo Camilla, después de reflexionar un rato.

–Seguramente los reconoció –contestó Louise–. Por eso nosotras dos hicimos de pantallas perfectas para justificar su presencia en el bar.

–A mí me suena completamente ridículo –dijo Camilla, y sacudió la cabeza–. Yo he salido millones de veces por ahí sin encontrarme con ningún barón de la droga. ¿Por qué iba a ocurrirme precisamente hoy? Seguro que es algo que te ha hecho creer tu nuevo amigo.

Louise vaciló ligeramente antes de sacudir la cabeza.

–Pues la verdad es que no lo creo. Además, tú tampoco habías frecuentado esta clase de establecimientos antes, ¿verdad?

Habían llegado a la estación de Frederiksberg y habían subido las escaleras desde las profundidades del metro cuando Camilla se volvió hacia Louise y dijo:

–Sea lo que fuere lo que se traían entre manos, a nosotras nunca nos alcanzaría.

–No, por supuesto que no. Solo que no es la mejor compañía con la que podrían verte y estoy bastante segura de que la policía estaba allí. Pero tal vez simplemente los siguieran para ver qué hacían.

–Entonces supongo que irán por los dos.

Louise asintió con la cabeza.

–Es muy posible que hubiera más agentes allí dentro.

Louise reflexionó un poco antes de proseguir:

–También puede ser que estén esperando que tus dos nuevos amigos los conduzcan a quien realmente maneja el cotarro. Al fin y al cabo, parece que esa droga verde sigue estando en el mercado.

Louise desencadenó su bicicleta cuando llegaron al portal de Camilla.

–Tu móvil es un teléfono de trabajo, ¿verdad? –preguntó cuando se disponía a marcharse.

–Sí –dijo Camilla, y asintió con la cabeza.

–¿Te dan la dirección del diario si buscas por el número?

Camilla volvió a asentir con la cabeza, pero se detuvo en mitad de la afirmación.

–¿Por qué lo preguntas?

–Porque acabas de darle tu número a alguien que no conoces de nada. No creo que te guste si de pronto algún desconocido llama a tu puerta.

–¿Por qué demonios iba a hacerlo? –preguntó Camilla.

–Camilla, escúchame bien. Es por eso por lo que debes mantenerte alejada de todo esto. Todavía no has entendido de qué va la cosa. Si quieren hablar contigo ten por seguro que te irán a buscar. Y no lo dudes, entrarán, incluso si no tienes ganas de recibir visitas. Ese mundo se rige por otras reglas de conducta –le explicó Louise, con la esperanza de que la gravedad de sus palabras quedase grabada en la cabeza de su amiga–. Pero mientras no sepan dónde vives no pasará nada. Solo le diste el número de tu móvil, ¿verdad?

–Así es, y no me pueden encontrar a través de la guía de teléfonos. Desde que un idiota me estuvo llamando insistentemente por algo que escribí tengo número y dirección secretos.

–Perfecto, aunque corres el riesgo, claro, de que el Finlandés se eche atrás cuando vea que es la dirección del *Morgenavisen* la que aparece. En el caso de que decida investigarte. Esperemos que sea tan decente como afirma Birte Jensen. Que simplemente te llame y ya está.

–¿Realmente crees que es necesario ponerte en lo peor?

–Mientras no hayas dado tu número de teléfono a los chicos del champán todo irá bien. No molaría nada que descubrieran que eres una enviada de la policía –respondió Louise, y sonrió al tiempo que se subía a la bicicleta. Se detuvo en mitad del impulso al detectar una contracción en el rostro de su amiga–. No lo has hecho, ¿verdad?

Sostuvo la mirada de Camilla, pero ya conocía la respuesta.

–¿Lo hiciste?

Camilla asintió lentamente con la cabeza.

Louise intentaba mantener el equilibrio con dos tazas de café en las manos. A estas alturas ya había aprendido que Lars Jørgensen lo prefería solo con dos cucharadas de azúcar. Abrió la puerta del despacho con el pie.

Durante la reunión matinal Suhr les había comunicado que todos los miembros del departamento tendrían que participar en el gran interrogatorio semanal del próximo día. Un poco tarde para darles una orden así, había pensado Louise, si los compañeros que trabajaban en otros casos habían contado con librarse.

Dejó la taza de café de Lars Jørgensen sobre su escritorio.

–Muchas gracias.

Louise se fue a su mesa y se sentó.

–¿Estuviste en Estupefacientes o en la antigua brigada antidisturbios? –preguntó.

–He estado en ambos departamentos.

–¿Coincidiste alguna vez con un tal Klaus West?

Lars Jørgensen la miró sorprendido y sacudió la cabeza.

–No, no lo he visto nunca. Pero sé quién es. Dicen que es quien mueve la mayoría de los hilos a la hora de repartir los distritos. Es uno de los grandes tiburones, pero nunca hemos conseguido atraparlo.

–Ayer me lo encontré en el centro con una amiga.

–Vaya, ¿es uno de tus colegas?

Lars Jørgensen se rio sorprendido.

Louise lo secundó por haber podido tan solo pensar tal disparate.

–No lo conozco. Estábamos en un bar y de pronto él y un amigo suyo se sentaron con nosotras y nos invitaron a champán.

Lars Jørgensen la miró durante un rato sin decir nada.

–¿Dónde fue?

–En el Kongens Bar. Cerca de Kongens Nytorv.

Parecía reflexionar. De pronto dijo:

–Suena probable.

Louise lo miró sorprendida.

–Creo que es el propietario del local. Hemos estado allí un montón de veces pero nunca encontramos ni un mísero gramo; aunque estamos bastante seguros de que es allí donde guardan la droga. Es la clase de delincuente que avanza poco a poco, sin inmutarse. Descubre a todo aquel que va a por él a una milla.

Lars Jørgensen se quedó un momento en silencio y luego añadió con sorna:

–Ese debió de ser el motivo por el que os invitó a champán. Supongo que quería

averiguar qué os traíais entre manos.

Louise se arrepintió de no haber convencido a Camilla para que lo dejara correr.

–No me sorprendería si a estas horas ya supiera que eres policía.

Louise se quedó boquiabierta.

–¿Cómo quieres que lo sepa?

–Él sabe estas cosas.

–Hay dos mil agentes de policía en Copenhague. Dudo mucho que él pueda saber que soy uno de ellos –dijo Louise en un tono un poco cáustico.

–Bueno, si tú lo dices –añadió Lars Jørgensen–. Pero te aseguro que sabe exactamente quiénes son las cerca de trescientas ochenta personas que trabajan en la Brigada Criminal. Él tiene estas cosas bajo control y esa es una de las razones por las que siempre sale impune. Siempre va un paso por delante de los demás y no hace nada cuando hay alguien cerca de quien sospeche.

–¡No me lo creo! –exclamó Louise.

–Pues créetelo, conoce a todo el mundo. Hubo un momento en que se llegó a sospechar que había alguien en el departamento que le filtraba información, y la verdad es que es una teoría bastante plausible. Al fin y al cabo, él se puede permitir pagarlo. Pero resulta condenadamente desagradable sospechar que tus compañeros de trabajo filtran información. Y ya que estamos, ser uno mismo sospechoso.

–¿Encontraron al informador?

–No lo creo. Al menos nunca salió a la luz –dijo él, y se volvió para seguir leyendo los documentos que tenía entre las manos.

Louise se reclinó en la silla. Daba igual. En ese mismo instante sonó su teléfono.

–Departamento A, Louise Rick.

–Era él –dijo Camilla desde el otro lado de la línea–. Y el del pelo blanco se llama Michael Danielsen, aunque lo llaman Nieve.

Sin duda había más de un motivo para que fuera así, pensó Louise.

–Pues sí que has estado investigando.

–Sí, pero tuve que retroceder mucho para encontrarlos. No se ha escrito nada sobre ellos en los últimos diez años, así que creo que ayer exageramos un poco –dijo Camilla.

–No lo creo. Me acaban de contar que seguramente ya supieran quiénes éramos cuando se sentaron a nuestra mesa. Es probable que intentaran descubrir qué pretendíamos. De hecho, creo que fuimos demasiado temerarias.

–Cálmate, ¿quieres? Te estás volviendo paranoica de tanto trabajar con asesinos y atacadores. Es imposible que sepan quiénes somos.

Louise se dio cuenta de que no lograría que su amiga la escuchara y renunció de antemano a convencerla. También tenía que prepararse para los interrogatorios que había concertado.

Intentó dar por concluida la conversación, pero Camilla prosiguió.

–Por cierto, tengo que cubrir el entierro de mañana.

–Entonces nos vemos.

–Terkel Høyer me está presionando para que haga una entrevista a los padres de

Karoline Wissinge. ¿Podrías interceder por mí? –preguntó Camilla.

–Sabes perfectamente que no puedo. Y tampoco me parece que sea una buena idea que los persigas. Espera a que lo hayan podido digerir todo un poco.

–Ya, pero es ahora cuando necesitamos una portada. A poder ser, tanto mañana como el domingo. El entierro de su hija atrae lectores.

–Déjalos en paz. No sé si les apetece exponerse a los medios, pero no quiero, en ninguno de los casos, verme mezclada en ello.

Louise estaba irritada. No le gustaba nada esa faceta de Camilla.

Oyó que llamaban a la puerta del despacho de Camilla y se dispuso a colgar.

–¡Joder! –oyó que decía Camilla.

–¿Qué pasa? –preguntó Louise, con una mezcla de curiosidad e irritación.

–Acaban de traerme toda una floristería a mi despacho.

–¿De parte de quién?

Louise empezaba a notar un nudo en el estómago.

–No lo sé. Y deja de sonar como si no se le pudiera ocurrir a nadie enviarme flores. Que sepas que sucede con cierta frecuencia –repuso Camilla, ofendida–. Hay una tarjeta. «Para la reportera más bella del *Morgenavisen*» –leyó.

Se produjo una larga pausa.

–¿De parte de quién vienen?

–No lo pone –contestó Camilla.

–¿Qué pone en el sobre?

–Camilla Lind. Está escrito con un ordenador, o eso creo. La tarjeta también.

–¿Puedes ver desde dónde han enviado las flores? ¿Hay alguna pegatina sobre la cinta o un logo en el sobre?

–Pues no, es un sobre blanco sin más, y las flores están envueltas en celofán, pero no hay ningún logo.

–Deshazte de esa mierda –propuso Louise, sin titubear.

–Ni hablar. Las flores son geniales, y ya he recibido flores otras veces sin saber quién las había enviado.

–Estoy harta de ti. Tengo mucho trabajo esperándome. Te agradecería mucho que me prometieras que tendrás cuidado. Pero déjame al margen. Ya no puedo hacer nada más por ti si no te das cuenta de lo que está ocurriendo a tu alrededor.

–Pues no lo hagas –contestó Camilla, malhumorada–. Fuiste tú quien insistió en acompañarme ayer.

–Nos vemos.

Louise colgó. Se quedó un rato mirando a la nada.

Lars Jørgensen levantó la vista.

–¿Problemas?

–Era mi amiga. Con la que estuve ayer por la noche. Acaba de recibir un enorme ramo de flores sin remitente. Tengo la sensación de que vienen del hombre del champán.

Lars Jørgensen se quedó pensativo.

–Es posible que tengas razón. Sería buena idea mantener un perfil bajo.

–¡Díselo tú!

Louise empezaba a estar agobiada. Le costaba concentrarse y se sobresaltó cuando sonó el teléfono y el vigilante le anunció su primera visita.

Louise estaba agotada cuando terminó de interrogar a las dos amigas con las que Karoline había salido el sábado por la noche. No había conseguido sacarles más de lo que Toft ya había escrito en su informe, pero era el procedimiento habitual. Todos los testigos debían someterse a nuevos interrogatorios, pues a veces uno de los interrogadores tenía suerte y destapaba algo nuevo.

Luego había cogido el coche para hacer una visita a los padres de Karoline. Se lo tomó como una especie de recreo, a pesar de que le había costado lo suyo abordar la cuestión del embarazo.

–¡Pero Dios mío! –había dicho Lise, antes de levantarse e ir a la cocina para poner agua a hervir. El padre de Karoline había dejado el periódico a un lado y se había quedado sentado con la mirada perdida mientras digería las últimas noticias. Ninguno de los padres reaccionó de manera especialmente emocional.

–Un nieto –dijo la madre en voz baja, cuando hubo dejado la bandeja con el café sobre la mesa de centro.

Louise había llegado a la conclusión de que no había ningún motivo para hablarles del aborto, teniendo en cuenta que su hija había elegido mantenerlo en secreto. Su reacción ante las últimas noticias la llevó a pensar que no serían capaces de asimilar más dolor.

Cuando volvió al despacho se encontró un mensaje de Peter solicitando que lo llamara.

Louise tenía ganas de volver a casa. Los dos se habían mostrado un poco tensos desde que Peter le propuso que pidiera una excedencia y se trasladara con él a Aberdeen. Pero todavía le faltaba un interrogatorio y se dio cuenta de que, como muy pronto, terminaría a las ocho.

–Hola, cariño.

Louise se dio cuenta de que Peter estaba en el coche, pero antes de que pudiera decir nada más, él la interrumpió.

–Ahora mismo estoy yendo a comprar entradas para ir al cine esta noche, y no te atrevas a decirme que no te da tiempo a venir.

La alegría y la irritación la asaltaron por igual.

–¿Habíamos quedado? –preguntó, y rebuscó en su memoria, pero no recordaba que tuvieran una cita.

Peter resopló indignado.

–No hemos quedado, es una sorpresa –dijo.

–Muy bien, qué atrevido –dijo Louise, en serio, aunque intentó ocultarlo tras un tono de voz alegre–. Entonces, ¿a lo mejor le has pedido permiso a Suhr para que me deje salir temprano?

Se hizo el silencio. Louise percibió que Peter se estaba poniendo serio.

–No, no lo he hecho.

Louise volvió a sentir la misma presión en el pecho. Aparecía cada vez que se

enfrentaba a la evidencia de lo difícil que resultaba llevar una vida normal cuando se hallaban en medio de una investigación.

–Tenemos que hablar y pensé que un cine sería un buen preámbulo –prosiguió Peter, arrancándola así de sus cavilaciones.

Louise se retiró el pelo de la cara, desesperada.

–Con suerte, saldré de aquí a las ocho –dijo.

–Bueno, yo recojo las entradas y ya veremos –dijo Peter. Parecía triste.

Louise también estaba triste. Sentía mucho respeto por las ambiciones que abrigaba Peter de poder hacer carrera en el ámbito internacional, pero le hería profundamente que se le hubiera ocurrido proponerle que dejara su trabajo para seguirlo, aunque solo fuera por seis meses.

Algunas chicas son decentes y respetables. Pero, madre mía, también las hay aburridísimas, pensó Louise cuando cerró la puerta tras la última de las compañeras de trabajo de Karoline. Signe Jensen no podía comprender que a Karoline se le hubiera ocurrido siquiera salir por ahí cuando su novio estaba en casa.

A lo mejor es por eso por lo que no tienes novio, le pasó malévolamente por la cabeza a Louise.

Se puso su jersey y salió al pasillo en busca de Lars Jørgensen. No sabía cómo habían ido los demás interrogatorios. Solo pudo constatar que ella no tenía nada nuevo que aportar a la investigación.

En el comedor se encontró con Toft.

–¿Qué tal va?

Toft levantó sorprendido la cabeza. Louise lo había asustado.

–Menos mal que ya no soy joven –dijo, y por un instante pareció abatido–. No tienen más que fiestas y mujeres en la cabeza y apenas son capaces de distinguir una noche de la otra.

Louise supuso que o bien había dedicado el día a los testigos que habían citado del Baren, donde Karoline había estado con sus amigas, o bien a los del Pussy Galore, donde Lasse Møller afirmaba haber estado después de separarse de Karoline.

Louise sonrió y le preguntó si todavía les quedaban muchos interrogatorios, porque ella había terminado y podía echarles una mano si lo necesitaban.

–Acaba de presentarse el último testigo. Pero muchas gracias.

Toft siguió su camino hacia la cocina para abastecerse de café recién hecho.

Peter recibió a Louise en la entrada. Habían renunciado al cine. Le dio un fuerte abrazo y Louise se dio cuenta enseguida de que había velas encendidas y una botella de vino tinto sobre la mesa. Colgó el abrigo y se quitó las botas antes de salir corriendo al baño para ganar un poco de tiempo. Se sentó en la taza y apoyó la cabeza en las manos. Permaneció así hasta que Peter gritó si se había quedado dormida.

–Ahora voy –contestó.

Se levantó y puso la mano bajo el agua caliente, hizo espumar el jabón de mano y las enjuagó. Lo repitió tres veces antes de cerrar el grifo y secarse las manos. Ahora mismo,

lo que más le apetecía era meterse debajo del edredón y huir de las exigencias que él sin duda le plantearía. Hacía tres años que le habían concedido por fin un puesto en el departamento por el que llevaba mucho tiempo luchando, y este era un hecho que no tenía un efecto especialmente conciliador para la vida familiar. Pero Peter tenía treinta y ocho años y su reloj biológico sonaba con más fuerza que el suyo, pues el marco familiar significaba mucho para él.

Louise salió del baño y entró en el salón donde Peter la esperaba sentado en el sofá. La rodeó con un brazo. Se quedaron así un rato, hasta que él la soltó para servir vino en las copas.

–Solo media para mí –dijo Louise, y levantó la mano para detenerlo.

Peter se contuvo y luego se sirvió una copa. Le pasó la copa a Louise y brindaron. Louise siempre se sentía violenta cuando brindaba de esta manera; se sentía más cómoda brindando en sociedad, cuando tras cruzar la mirada por obligación con los que, copa en alto, estaban reunidos alrededor de la mesa, podía bajar los ojos. En estos casos se aturullaba, pues no podía permitirse bajar la mirada.

–Salud, cariño –dijo Peter con una sonrisa.

–Salud –dijo Louise, y se sonrojó.

–Te echo de menos –prosiguió él.

Louise no dijo nada. Se limitó a mirarlo.

–Creo que deberías ir a Escocia –empezó a decir Louise, pero Peter la interrumpió.

–No me iré si tú no piensas acompañarme.

Louise estuvo a punto de perder los papeles. ¿Ahora pretendía que ella tomara la decisión por él?

–¡Déjate de tonterías! –refunfuñó–. Seguro que hay vuelos baratos para que podamos vernos cuando queramos.

–Ya sabes que no se trata de eso. Se trata de nosotros y de nuestra vida en común.

Louise sentía que Peter se estaba precipitando.

–Se trata de sacrificarse y de renunciar a cosas por el otro. Yo estaría dispuesto a retirarme a un segundo plano durante un tiempo por ti y por tu trabajo. De hecho, me parece que ya lo hago. Ahora soy yo quien por fin tiene la posibilidad de alcanzar nuevas metas.

Louise se dio cuenta de que había olvidado respirar.

–¿Tú no estás dispuesta a renunciar a nada por mí?

–Sí, por supuesto que sí –se apresuró a decir Louise–. Solo que no entiendo por qué tengo que pedir una excedencia para seguirte en tus sueños. No veo por qué no puedes ir solo; podríamos vernos un par de veces al mes e irnos juntos de vacaciones. Y, además, dentro de medio año estarás de vuelta.

–Tengo la sensación de que te veo muy poco. Me gustaría despertarme contigo cada día.

–Pues de hecho es lo que hacemos.

Peter se quedó pensativo.

–Es tan fácil huir. No hay ningún compromiso en todo esto. Caí en la cuenta el otro

día, cuando me irrité porque no te daba tiempo a volver a casa. Me quedé en mi casa para castigarte; no quería verte; y no me apetece que las cosas sean así. No quiero tener esa posibilidad. Estamos juntos y no tiene que haber vías de escape en nuestra relación.

Louise frunció el ceño, pero no dijo nada.

–Necesito una vida en familia de verdad –dijo Peter.

Louise sintió que su cuerpo se tensaba. ¿Era eso?

–No quiero tener hijos ahora mismo, si es a eso a lo que te refieres –dijo Louise en un tono de voz combativo.

–Lo sé –dijo Peter, y le acarició el pelo–. Eres tú con quien, en primer lugar, quiero formar una familia.

–Dime una cosa, ¿no estarás pidiéndome matrimonio? –dijo Louise, que no pudo reprimir la risa.

Peter se aturdió un poco y esbozó una sonrisa.

–No tenía pensado ir tan lejos, pero no me importa sumar si es lo que hace falta para convencerte de que me acompañes –dijo.

–No, no –se apresuró a decir Louise.

–¿Qué es lo que hace falta para convencerte?

–No tienes que convencerme. Y ahora mismo estoy demasiado cansada para seguir hablando de esto.

Peter se quedó sentado en el sofá y la siguió con la mirada cuando ella se levantó. Por esta vez, la discusión había concluido.

Camilla se avergonzaba un poco, pero disfrutaba de los fines de semana que Markus pasaba en casa de su padre. Había vuelto a tener un encontronazo con Terkel Høyer, así que cuando varios tipos de la redacción de deportes le preguntaron si quería salir a tomar una cerveza con ellos, soltó todo lo que se traía entre manos y se fue con ellos. No es que hubiera bebido mucho, pero eran más de las once cuando finalmente los dejó.

Casi había llegado a casa, y estaba revolviendo su bolso en busca de las llaves cuando sintió la presencia de una persona a sus espaldas. Se acercó a la puerta y metió la llave en la cerradura, sin mirar atrás, intentando parecer relajada. Quizá no fuera más que pura imaginación. No había oído pasos.

Empujó la puerta de la calle, se apresuró a entrar y empezó a subir las escaleras a toda prisa. Antes de que la puerta se cerrara del todo oyó que entraba alguien. Subió un peldaño más antes de darse la vuelta y encararse con un hombre en cazadora de cuero negro y pantalones oscuros. Había subido las escaleras de tres en tres y estaba justo detrás de ella.

–Me han dicho que quieres hablar conmigo. ¿Subimos?

A Camilla no le dio tiempo a reaccionar cuando de pronto él la cogió del brazo con fuerza y empezó a arrastrarla escaleras arriba. Nunca había imaginado que se encontrarían de esa manera. Le dolía el brazo por donde él la había agarrado. Quería evitar que entrara en el piso, pero no sabía cómo evitarlo.

–Entonces, ¿tú eres el Finlandés? –constató Camilla.

–Ya lo hablaremos cuando hayamos subido –contestó él, y volvió a empujarla para que siguiera subiendo.

Camilla se dio cuenta de que su corazón se había desbocado. Le sorprendió, porque en realidad no tenía miedo. ¿Qué podía hacerle? Su mano temblaba cuando giró la llave en la cerradura. Intentó ocultarlo y se congratuló de que su madre estuviera de visita en casa de una amiga y no fuera testigo de esto. Abrió la puerta y justo le dio tiempo a pensar si el piso estaría muy desordenado cuando él cerró de golpe. Daba lo mismo. Al fin y al cabo no tenía que impresionarle.

–Pasa –dijo Camilla amablemente, esperando que él captase la ironía.

–Gracias –contestó él, y la obligó a avanzar por el pasillo a empujones.

Camilla se volvió, colérica.

–Para ya. Me estás incomodando. Intentas asustarme, pero no te permito que me empujes en mi propia casa. Si quieres que hablemos tendrás que comportarte.

Mientras le soltaba su discurso se tomó su tiempo para examinar al hombre que tenía enfrente. Estimó que tendría más o menos su edad, unos treinta y cinco años, tal vez

alguno más. Rubio, ojos azules, guapo; se fijó sobre todo en la expresión amable de sus ojos. No cuadraba en absoluto con su comportamiento.

–¿Quieres una cerveza, ya que estás aquí?

Camilla sintió la adrenalina bombeando por su cuerpo, pero intentó mantener el control de la situación.

El hombre asintió con la cabeza y Camilla se dirigió a la cocina. Mientras sacaba unos vasos del armario se preguntó si habría hecho bien en quedarse a solas con él. Pero si esas eran las condiciones para que se vieran, tendría que aceptarlas. Camilla seguía sin sentir miedo, tan solo se sentía «apresada».

–Me gustaría hablar contigo del asesinato de Frank Sørensen.

Él la miró sorprendido.

–Al principio supuse que serías una de las amigas de mi hermana, pero luego descubrí que eras periodista. Eso despertó mi curiosidad.

Se quedaron un rato en silencio. El hombre dio un sorbo a su cerveza.

–¿Quién sabe que tú y yo íbamos a hablar? –preguntó él.

–Nadie.

Camilla confiaba en que la pregunta significara que estaba dispuesto a hablar con ella.

Cogió su cerveza y se sirvió un poco más en el vaso.

–¿Qué ha sido de Søren Holm? Pensaba que sería él quien escarbaría en el asunto.

–Y lo hace, desde luego. Llevábamos varios días sin verlo, pero entonces apareció de repente esta tarde y nos contó que había dedicado las últimas cuarenta y ocho horas a hablar con cualquiera que pudiera saber algo. Por lo visto, también pasó por Næstved –añadió, como para subrayar que Søren Holm realmente estaba escarbando.

–¡Ja! –exclamó el Finlandés secamente–. Desde luego que ha sido concienzudo, si intentó sacarles algo a los hermanos Billing.

Meneó la cabeza levemente.

–¿Y ha averiguado algo?

Su mirada se clavó en los ojos de Camilla.

–No lo sé.

Camilla bajó la mirada para romper la rigidez que la había asaltado.

–Tuve algunos problemas con mi jefe, así que no le presté demasiada atención. Pero cuando me fui estaba escribiendo a toda marcha.

Eso pareció divertir al Finlandés. Se reclinó en la silla y sonrió.

–¿Qué es lo que quieres saber?

–¿Sabes quién lo hizo? –preguntó Camilla sin ambages, y volvió a sentir la adrenalina bombeando por su cuerpo.

El Finlandés se echó a reír.

–No, claro que no; y además, ¿realmente crees que tú serías la primera a quien se lo contaría si lo supiera?

Camilla sacudió la cabeza. Posiblemente no.

–¿Tú qué sabes? –preguntó el Finlandés.

–Nada.

Camilla abrió los brazos, había decidido ser sincera.

–La verdad es que no conozco el ambiente de la droga. Pero tengo la impresión de que el asesinato de Frank Sørensen está vinculado con su trabajo. Es decir, con algo que escribió.

–No creo que andes muy desencaminada, seguramente tenga que ver con sus artículos –dijo él.

–Con el caso de narcotráfico –le interrumpió ella.

El Finlandés asintió con la cabeza.

–No sé exactamente qué pasó, pero él nunca se cortaba. Cuando descubría algo lo escribía.

Camilla podía corroborar que Frank Sørensen era así.

–Pero ¿realmente escribió algo que pudo llevar a alguien a quitarle la vida? –preguntó, con extrañeza.

Camilla había leído la mayoría de los artículos que Frank Sørensen había dedicado al caso de narcotráfico y no se había topado con nada que resultara especialmente revelador. Se trataba, sobre todo, de descripciones de los registros de la policía y de los típicos reportajes que suelen publicarse sobre estos casos. En varias ocasiones había ofrecido su opinión acerca de quién podía estar involucrado y también había insinuado quién estaba detrás de todo. Sin embargo, no había dado nombres, así que Camilla se lo había tomado como la mayoría de la gente podía intuir a simple vista.

–Digamos que había mucha gente en el ambiente a quien no caía bien –el Finlandés hizo una pequeña pausa–. Y dicen por ahí que tenía historias que de vez en cuando amenazaba con publicar si la gente no se avenía a hablar con él.

A Camilla no le resultó difícil imaginárselo.

–¿Se habla de quién puede estar detrás?

El Finlandés asintió con la cabeza, pensativo.

–La policía sí. Supongo que también es por eso por lo que han detenido a uno esta noche.

Dejó la frase suspendida en el aire.

Camilla lo miró, extrañada.

–¿A quién?

El Finlandés se bebió el resto de su cerveza y dejó con cuidado el vaso en la mesa.

–¿A quién han detenido? –volvió a intentarlo Camilla.

–Tú deberías saberlo. Al fin y al cabo sois amigos –contestó él, y esbozó una sonrisa irónica.

Camilla lo miró desconcertada, aunque finalmente cayó en la cuenta de a quién podía referirse.

–De acuerdo. ¿Crees que fue él?

El Finlandés se quedó pensativo.

–Eso es lo que dicen –dijo tras una pausa, y prosiguió–: Hace tiempo que la policía va detrás de Klaus West por lo del narcotráfico. Pero no tenían suficiente contra él para detenerlo: solo un montón de indicios, pero ninguna prueba.

Camilla asintió con la cabeza, hasta aquí llegaban sus conocimientos.

–¿No estábamos hablando del asesinato? –preguntó, súbitamente confundida.

–Sí, y de hecho lo han detenido por su posible vinculación con el asesinato de Frank Sørensen.

–¿De qué lo acusan?

–Supongo que de asesinato. No sé nada más –se apresuró a decir el Finlandés, antes de que Camilla pudiera insistir con más preguntas.

Camilla descubrió que estaba conteniendo la respiración y soltó el aire pesadamente. ¿Había estado camelandando al Finlandés para nada?

–¿Por qué demonios no me contaste desde un principio que había sido detenido? –preguntó, irritada.

–Porque creía que querías hablar conmigo –dijo él, y sonrió.

Camilla se levantó y empezó a pasearse de un lado a otro del salón.

–¿Realmente crees que ha sido él?

Evocó el rostro de Klaus West cuando brindaron con las copas de champán de tallo largo. Si era así, ella había flirteado con él cuatro días después de que asesinara a Frank. De pronto Camilla sintió náuseas.

–Es muy posible –contestó el Finlandés–. En Copenhague, casi todo lo que tenga que ver con la droga puede vincularse con West de una u otra manera. Es decir, mientras dure –añadió, y se quedó pensativo un rato–. Si Frank Sørensen tenía algo capaz de debilitar a West y a su gente, y que pudiera obligarlos a ceder espacio a otros, es bastante probable que pensara en ponerle freno. Se ha visto antes.

Camilla volvió a sentarse. De pronto tuvo la sensación de que el Finlandés estaba bastante satisfecho con que West desapareciera por un tiempo. Sin embargo, no era capaz de determinar de qué manera estaba él involucrado.

Apoyó la cabeza en las manos. Se sentía a un tiempo inquieta y aliviada. Consideró por un instante llamar a Terkel, pero eran más de las doce y a lo mejor ya se había enterado. Decidió que telefonaría a la redacción en cuanto el Finlandés se hubiera ido.

–¿Ya se ha hecho público? –preguntó.

–Dudo mucho que la policía vacile a la hora de mostrarle al mundo lo eficaces que son. Su tono de voz era despectivo.

Camilla se levantó, dispuesta a acompañarlo hasta la puerta.

Él también se había levantado y se había detenido frente a ella. La examinó un momento antes de decir:

–No vayas por ahí preguntando por mí. Mi compañero solo reaccionó porque sentía curiosidad por saber qué clase de tías erais estando en esa compañía. Cuando tu amiga preguntó por mí, creyó, erróneamente, que conocíais a mi hermana. Ahora mismo están pasando muchas cosas ahí afuera y la gente está muy sensible. Llama mucho la atención cuando de pronto aparece una nueva periodista que se pasea por ahí preguntando por mí, y eso no me interesa.

Camilla se irritó porque la llamara nueva.

–Entendido –dijo.

Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de él y oyó sus pasos desaparecer escaleras abajo, Camilla volvió al salón.

Llamó al teléfono directo de la redacción. Antes de que alguien descolgara llegó a preguntarse qué diría si finalmente resultaba que no sabían nada. ¿Cómo explicaría que, de pronto, a las doce y media de la noche, hubiera obtenido esta clase de información? Colgó y dejó el teléfono en su sitio. Si todavía no lo sabían, se enterarían mañana.

El sábado por la mañana, Louise y Peter durmieron hasta tarde. El entierro de Karoline se celebraría a las dos, así que tenían tiempo de sobra para tomar el *brunch* y hacer la compra antes de que Louise tuviera que marcharse. Tácitamente habían acordado que, de momento, dejarían descansar el proyecto de Aberdeen.

A Louise le había dado tiempo a sentarse y pedir café cuando vio la portada del *Morgenavisen*. Aparecía una enorme fotografía de Karoline y justo al lado otra, casi tan grande como la primera: «El hermano pequeño también fue asesinado», rezaba con letra grande debajo de las dos fotografías. Louise se levantó y fue por el periódico que colgaba de un soporte en la pared. Las piernas le temblaban. Incluso antes de que tuviera el diario en la mano supo qué nombre aparecería en el pie de autor del artículo. Peter había ido al baño y cuando volvió la encontró enfrascada en la lectura del texto. Cualquier rastro de color había abandonado su rostro.

–¿Qué te pasa, cariño? –preguntó él al sentarse.

–Esta vez esa maldita zorra se ha pasado.

Louise sintió cómo su caja torácica se contraía. Camilla había escrito, a pesar de todo, el artículo sobre el hermano de Karoline y el accidente de tráfico que había sufrido un año atrás. Se reclinó en la silla y miró a Peter.

–Ya no la aguanto más.

Peter se quedó un rato en silencio, hasta que finalmente dijo:

–Es su trabajo, ya lo sabes.

Louise lo miró fijamente y sacudió la cabeza.

–Es algo que yo le he contado. Ha utilizado algo que le dije confidencialmente. Algo que encima le pedí que no escribiera. Todo el mundo adivinará que se lo he contado yo.

Louise había perdido el apetito cuando el camarero dejó un enorme plato delante de ella.

–Déjalo ya. ¿Quién crees que lo adivinará? –preguntó Peter, para que se relajara.

–Todo el mundo: sus padres, mis colegas, el jefe de Homicidios. Saben perfectamente que la conozco.

–También saben que es una buena periodista y que en cualquier momento saldría esta historia a la luz –replicó Peter–. Alguien la habría escrito antes o después.

–¡Y justo hoy! No es precisamente lo que más necesitan los padres ahora mismo.

Louise dobló el periódico y lo arrojó sobre el sofá que tenía al lado. Mientras corría aún por el aire decidió que sería la última vez que se iba de la lengua con Camilla. Tendría que cortarlo de cuajo, y se maldijo a sí misma porque ya le había contado demasiado.

Empezó a pinchar los huevos revueltos con el tenedor, pero acabó apartando el plato y en su lugar cogió un trozo de melón.

Michael Stig conducía, el jefe de Homicidios se había sentado en el asiento del copiloto y Louise iba detrás. A lo lejos vio la bandera a media asta frente a la iglesia. El rojo y el blanco destacaban contra el cielo azul primaveral. El aire era frío, pero brillaba el sol.

Michael Stig aparcó en la acera y juntos tomaron el camino de grava. Habían procurado llegar en el último momento para evitar llamar demasiado la atención. Los padres ya habían entrado. Todavía quedaban un par de jóvenes frente a la iglesia, seguramente amigos de la víctima, supuso Louise, y cuando se acercaron, descubrió que Camilla estaba a la derecha del pórtico junto con el fotógrafo y un par de periodistas más.

Advirtió que Camilla la había visto y que la saludaba con una sonrisa en los labios, pero Louise clavó la mirada en la grava, sin pestañear. Avanzó entre Michael Stig y Suhr e hizo todo lo posible por ignorar a la gente a su alrededor. Una vez en el interior de la iglesia, tomaron asiento en una de las últimas filas, detrás de los demás asistentes al funeral. La iglesia estaba casi llena.

–Ahora se trata de usar bien los ojos –dijo Suhr, y apenas se hubieron sentado propuso que Michael Stig se adelantara unas filas para que pudiera registrar cualquier reacción extraña entre los asistentes.

–Sí, ¿y qué más? Lo único que pretendes es quedarte con la bella Rick para ti solo –susurró Michael Stig a media voz dirigiéndose a Suhr, antes de avanzar por el pasillo de la iglesia en busca de un nuevo asiento unas filas más adelante.

Louise lo hubiera podido matar, pero afortunadamente Suhr ignoró el comentario.

–Justo antes de que se lleven el ataúd, sales y te colocas de manera que puedas ver a todos los que salgan –le dijo Suhr en voz baja, antes de que el órgano ahogara su voz.

Louise renunció a contestar, pero asintió con la cabeza.

Durante el funeral estuvo preguntándose cómo comportarse si Camilla se le acercaba para charlar cuando estuviera sola allí fuera. Se esforzó por centrarse en sus pensamientos para no dejarse llevar por el ambiente del interior de la iglesia, pero era difícil hacer caso omiso cuando los asistentes se sonaban la nariz y su quedo llanto perturbaba sus cavilaciones.

Las palabras del pastor penetraban a pedacitos. Antes de que consiguiera aislarse por fin de su plática, Louise le oyó decir que Dios había reclamado a Karoline para llevarla a casa. Sabía que era incapaz de reprimir las lágrimas si empezaba a prestarle oídos, pero también sentía que se entrometía si participaba de su dolor. No había conocido a Karoline. No sería correcto llorar su muerte.

Justo antes de que la familia y los más allegados se levantaran para portar el ataúd, Louise salió escurriéndose a lo largo de los bancos y se dirigió con el mayor sigilo hacia la pesada puerta que daba al pórtico. Simplemente la entreabrió y se apresuró a salir.

Los fotógrafos se habían apostado frente a la iglesia. Durante la semana, el asesinato de Karoline Wissinge no había ocupado las portadas de los medios de comunicación, pero Louise suponía que había sido la muerte del hermano la que finalmente le había dado a la historia esa dimensión extraordinaria que llevaba a los jefes de las redacciones a divisar una portada. Camilla estaba un poco retirada de los demás, pegada a un alto seto que discurría a lo largo del sendero que conducía a las sepulturas. Louise no miró a su alrededor. Sin embargo, sondeó el terreno inadvertidamente y avanzó hasta que estuvo frente a la iglesia, aunque detrás de los fotógrafos. Cayó en la cuenta de que alguien podría creer que también ella pertenecía al cuerpo de prensa. Esperaba que no fuera así. Empezaron a doblar las campanas. Dentro de un momento saldrían cargando con el ataúd.

Hans y Lise Wissinge precedían al grupo de portadores, ella con el rostro hinchado por el llanto y él con el semblante petrificado. Detrás del padre venía Martin Dahl, Louise no reconoció al resto.

Justo detrás del ataúd iban los abuelos, que se apoyaban entre sí. Luego venía el resto en una mansa riada. Louise presintió la atmósfera angustiada que los acompañaba desde el interior de la iglesia.

El silencio se había instalado entre los presentes. Louise oyó el crujido de la grava mientras transportaban el ataúd hasta el coche fúnebre. Cuando lo hubieron depositado en el interior, la gente se congregó alrededor del coche y empezó a cantar: «Pronto se hará el silencio». La canción de Kim Larsen sobre una princesa de circo le puso la piel de gallina. El llanto y los sollozos volvieron a abrumarla.

Se había alejado un poco más. Había llegado el momento de mantener los ojos bien abiertos y observar si había alguien que destacaba por su presencia o su comportamiento, o que no acababa de encajar en el grupo. Empezó a caminar en dirección a un tipo que estaba apoyado contra el muro de la iglesia. También había dos que no participaban en los cánticos, pero Suhr ya se había encargado de ellos. Un poco más lejos, sentado en un banco, un anciano observaba el séquito fúnebre. Le indicó a Michael Stig con gestos que luego se acercaría a él. Con el rabillo del ojo vio que Camilla se le acercaba, pero antes de que la alcanzara, Louise dijo secamente, sin apartar la mirada:

–Estoy trabajando. No tengo tiempo para hablar contigo. Tampoco tengo ganas de hacerlo –añadió.

Pero para entonces, Camilla ya se había retirado y no la oyó.

Después de los cánticos, la gente se dispersó y se juntó en pequeños grupos para charlar. La madre de Karoline se acercó a ella.

–Gracias por venir –dijo.

Louise se guardó de decirle que solo estaba haciendo su trabajo y en su lugar le ofreció una sonrisa.

–¿Os gustaría acompañarnos a casa y tomar un café con nosotros? –preguntó Lise Wissinge.

Louise consideró por un momento si resultaría muy impertinente rechazar el ofrecimiento.

–Lo siento. Nos espera una gran sesión de interrogatorios esta noche –le recordó a la madre–. Así que tendré que rechazar la invitación.

–Por supuesto –la madre de Karoline asintió con la cabeza–. ¡Oh, de verdad espero que lo encontréis!

Cogió a Louise por el codo y se apretó contra ella.

–Lo peor es saber que está allí fuera, en algún lugar, y que tal vez viva el resto de su vida sin que lo atrapéis. Es como una pesadilla. Estoy a punto de romperme por dentro. Y encima ahora los diarios vuelven a remover lo de Mikkel.

Louise se volvió y se colocó frente a la madre.

–La entiendo perfectamente, y le prometo que haremos todo lo que podamos –dijo, en un intento de consolarla.

Lise Wissinge asintió con la cabeza.

–Lo sé.

Dio media vuelta y volvió con su familia. Los asistentes al funeral charlaban entre ellos, hasta que el padre de Karoline alzó la voz, carraspeó un par de veces y dijo que le gustaría verlos a todos en su casa para un café.

Media hora más tarde volvían a estar sentados en el coche, de vuelta a la jefatura de Policía.

–¿Habéis conseguido descubrir algo? –preguntó Suhr, y siguió hablando antes de que les hubiera dado tiempo a contestar–: Tengo a un tal Olsen que vamos a tener que investigar, y luego había otros dos a los que les costó un poco recordar de dónde conocían a Karoline.

Louise tomó la palabra.

–El tipo que estaba apoyado contra el muro de la iglesia me contó que le había dado clases a Karoline en la escuela primaria. Tengo su nombre y su número de teléfono. El anciano del banco ni siquiera sabía a quién estaban enterrando.

No habían conseguido nada con su asistencia, y Louise mucho se temía que obtendrían el mismo pobre resultado de la acción policial programada para aquella misma noche.

No se respiraba demasiado ambiente de fin de semana en el departamento de Homicidios de la segunda planta. Prácticamente todos los despachos estaban ocupados. Lars Jørgensen la saludó brevemente con un gesto de la cabeza cuando Louise entró y se sentó frente a su escritorio.

Había un montón de mensajes sobre su mesa y Louise miró sorprendida a su compañero.

–Camilla Lind ha llamado siete veces a lo largo de la mañana –le comunicó su compañero.

Louise cogió los mensajes, los arrugó y los lanzó a la papelera. También había borrado cuatro mensajes de su móvil antes de apagarlo.

Se quedó pensando un rato en Camilla. Claro que volverían a hablar, solo que ahora

mismo no. Dio un respingo cuando de pronto se abrió la puerta del despacho y el comisario de la Brigada Criminal asomó la cabeza.

–¿Os apetece comer algo? Dentro de un cuarto de hora iremos a la cantina a por algo de comer –dijo, y se quedó esperando en la puerta.

Louise no reaccionó, pero Lars Jørgensen dijo que sí, gracias, por los dos.

El comedor estaba atestado de gente. Louise casi se sintió abrumada por el eufórico y festivo ambiente que allí reinaba.

Cuando se hubo repuesto un poco, cayó en la cuenta de que no se había interesado ni lo más mínimo por cómo avanzaban los demás casos en el departamento. Apenas se había enterado de que habían detenido a alguien por el asesinato de Frank Sørensen.

Tenía curiosidad por saber más y se sentó al lado de uno del grupo de Willumsen.

–Felicidades. ¿Qué ha pasado? –preguntó, mientras se llenaba el plato de comida.

La pusieron al día rápidamente y le contaron que habían detenido a uno de los grandes capos. Lo habían llevado ante el juzgado de guardia y permanecería en prisión preventiva durante al menos una semana.

–No estamos seguros al cien por cien de que fuera él el autor del crimen. Pero lo vieron en el hotel el sábado por la noche.

Louise se olvidó de comer mientras su colega le seguía contando.

–¿De quién se trata? –preguntó, a pesar de que casi podía adivinar la respuesta.

–Klaus West.

Louise asintió con la cabeza.

–¿Qué tenéis?

Su colega suspiró y dejó los cubiertos sobre el plato.

–No mucho. Los compañeros del departamento de Estupefacientes esperan poder vincularlo con las tres habitaciones que fueron registradas en el Royal Hotel el sábado por la noche, y están trabajando para relacionarlo con el caso que ya está en marcha.

–Pero supongo que habrá algo más, si no, no podréis retenerlo.

–De momento lo retendremos por sospechas fundadas.

–No basta con que alguien haya dicho que lo vio –afirmó Louise, sorprendida por que él mismo no se diera cuenta de que aquello no se sostenía.

–Se trata de un testigo de peso que lo vio en el lugar del crimen –dijo su colega con gran énfasis–. Por lo visto, Frank Sørensen insinuó públicamente que Klaus West estaba detrás de todos los negocios importantes, y Birte Jensen, de Estupefacientes, está convencida de que esa acusación bastó para enfadarlo.

–Está cogido por los pelos, ¿no te parece? –preguntó Louise.

–Naturalmente, confiamos en que aparecerá el arma asesina. Ahora mismo estamos buscando el domicilio privado de Klaus West. La Brigada de Estupefacientes ha registrado varios inmuebles de su propiedad, pero no vivía en ninguno de ellos.

Louise asintió con la cabeza. Ya lo había oído antes.

Le contó a su compañero que había visto a Klaus en el centro el jueves por la noche, y se sintió un poco incómoda cuando él se echó a reír.

–¡Ah, así que eras tú! ¡La tía buena!

Louise lo miró desconcertada y se dio cuenta de que se ruborizaba.

–Más bien mi amiga –dijo, y bajó la mirada hasta su plato.

Su compañero seguía riéndose.

–En el informe dice que seguramente os habían pagado –dijo, e intentó contener la risa.

Louise se volvió hacia él, colérica.

–Pues ya puedes ir añadiendo que no era así –contestó con vehemencia, y puso sus esperanzas en que Camilla no se hubiera pavoneado demasiado mientras ella estaba en el baño.

–¿Y él qué dice? –preguntó.

–Nada. Ha contratado a John Bro como abogado que, como es habitual, le ha aconsejado que no abra la boca.

–¡Pobres, va a ser duro!

Louise apartó el plato y suspiró.

Camilla volvió a intentarlo, pero Louise seguía sin contestar en su número directo. Había escrito el artículo sobre el funeral y estaba considerando salir pitando antes de que aterrizara más trabajo sobre su mesa.

Estaba pensando en el trabajo. Había dedicado la mayor parte de la noche a preguntarse si en realidad encajaba en la redacción de sucesos. Dos episodios desagradables con el jefe en una misma semana. No podía ser, concluyó, mientras daba vueltas en la cama. Además, todavía sentía los efectos de la visita del Finlandés.

El viernes por la tarde, el jefe de grafismo había irrumpido en su despacho y le había exigido que le explicara por qué no le había comentado que el hermano pequeño de Karoline había muerto en un accidente de tráfico.

Antes de que le diera tiempo a defenderse siquiera, Holck había golpeado su mesa con el puño y le había gritado que no estaba dispuesto a tolerar que estas cosas salieran a la luz solo porque uno de sus competidores le había querido comprar una fotografía de su archivo.

Camilla descubrió que el jefe de grafismo llevaba unos papeles en la mano y cuando los lanzó sobre su mesa vio que eran los artículos que ella misma había escrito sobre el accidente de tráfico.

–¿En qué demonios estabas pensando?

Holck le lanzó una mirada gélida.

Louise consideró por un momento si serviría de algo defenderse, pero finalmente desistió y en su lugar suspiró hondo.

–Es evidente que no pienso –consiguió decir, a pesar del nudo que se le había formado en la garganta.

En ese mismo instante se fijó en que Terkel Høyer también había aparecido en su despacho. Se dio cuenta de que él también estaba al tanto de lo que pasaba.

–Es que no pensé que los casos estuvieran relacionados –dijo, y miró a uno y a otro.

Las lágrimas se agolpaban en sus ojos, pero no estaba dispuesta a concederles ese placer. Podían irse a tomar por culo.

–Pues Wissinge no es precisamente un apellido corriente –prosiguió el jefe de grafismo, colérico.

–No.

Le dio la razón, pero levantó la mirada con rebeldía y añadió:

–No creo que sea precisamente lo que más necesitan los padres ahora mismo.

Camilla supo inmediatamente lo que vendría a continuación.

–¿Y alguien te ha pedido que tomaras eso en consideración? –escupió el jefe de grafismo, y se volvió hacia Terkel antes de proseguir–: ¡No sabía que teníamos una jefa nueva!

No se dignó a dirigirle ni una mirada cuando salió por la puerta, pero Camilla le oyó decir que era increíble lo entrometida que estaba resultando esa mocosa.

–Necesitamos esa historia –dijo Terkel, después de cerrar la puerta y sentarse frente a ella–. Es evidente que tiene que aparecer en la portada de mañana, el día del funeral de Karoline Wissinge.

–No me parece bien. Al menos deberíamos avisar a los padres de que saldrá en portada.

Terkel sostuvo que había que escribir el artículo basándose en los que Camilla ya había escrito en su día sobre el accidente, poniendo el acento en que ya habían descrito la tragedia en el diario con anterioridad.

–Pues yo creo que precisamente por eso no deberíamos molestar a los padres el día antes de enterrar a su hija, cuando ya tenemos todos los datos en el archivo –dijo Terkel enérgicamente.

Camilla estaba lo suficientemente curtida para saber que eso significaba que su jefe no quería arriesgarse a que los padres detuvieran el artículo. Había tenido ganas de levantarse y largarse, pero al ver el semblante del jefe de redacción se dio cuenta de que sería un acto imprudente.

–¿No podrías pedirle a otro que lo escriba? –propuso Camilla, cuando tuvo claro adónde conducía todo aquello–. Acabo de pedirles a los padres que me concedan una entrevista. No puedo embaucarlos sacando esta historia ahora.

Terkel sacudió la cabeza.

–Quiero que lo escribas tú. Tú sabes escribir estas cosas de la manera correcta. Tiene que conmover a nuestros lectores. Tienen que percibir la pérdida y el dolor. Tenemos que estar con ellos en el pensamiento y compartir su dolor cuando la chica sea enterrada. Tú sabes hacerlo.

Camilla sintió cómo las náuseas se agolpaban en su garganta. Nunca se había imaginado que aquello que sabía hacer tan bien fuera a golpearla a traición.

–Preferiría no tener que escribirlo.

–Tienes que hacerlo.

Terkel se había levantado y se había acercado a la puerta. Camilla no estaba segura de que fuera capaz de reprimir las lágrimas por más tiempo.

–Cuento con que lo tendrás listo dentro de una hora –dijo, y salió del despacho sin volverse.

Camilla se había quedado mirando cómo se cerraba la puerta detrás de él.

Hijo de puta, pensó, y había considerado por un momento si debería montar otra escena y jugarse su puesto de trabajo. Sin embargo, llegó a la conclusión de que tal vez debería buscarse un nuevo trabajo tranquilamente y dejar de hacer tonterías. A la postre, tendría mayor efecto.

Entonces se puso a releer los artículos sobre el accidente de tráfico.

Lo supo en cuanto vio a Louise frente a la iglesia. Debería haberla llamado para prepararla, pero había salido con los chicos de la redacción de deportes y luego había aparecido el Finlandés y no le había dado tiempo. El sábado por la mañana había intentado dar con su amiga, pero no había contestado a sus llamadas, ni en la jefatura de Policía ni en casa. Cuando llamó a su móvil, saltó el contestador, y de todos modos ya era demasiado tarde.

A las 20.00 horas había entre treinta y cuarenta agentes de policía reunidos en el comedor. Suhr había dibujado un croquis de la zona por la que deberían moverse.

–Quiero a cuatro agentes en el Baren y a otros cuatro en el Pussy Galore. Tenemos que encontrar a los clientes que estuvieron en los dos locales el sábado por la noche de la semana pasada. Luego se trata de dar con aquellos que atravesaron o se encontraban en la zona durante el tiempo en que Karoline Wissinge abandonó el Baren y fue asesinada –explicó–. Es importante hablar con ellos. Pueden haber observado algo que se nos ha pasado por alto. La cosa se pondrá realmente interesante después de medianoche. Una vez nos hayamos puesto en marcha, nos comunicaremos regularmente. Habrá tres hombres en el autobús que se encargarán de la coordinación. Dos controlarán lo que pasa en la calle y el tercero se concentrará en la gente emplazada en el parque.

Se rascó la frente levemente antes de proseguir:

–Naturalmente, no cuento con que haya mucha gente en el parque después de medianoche, pero no se cierra por la noche y, ¿quién sabe?, a lo mejor hay gente que se ha acostumbrado a levantarse a esa hora para pasear al perro.

Abrió los brazos.

Louise estaba en el grupo que Suhr había emplazado en Stockholmsgade, la calle que bordeaba el parque de Østre Anlæg. Los demás grupos cubrirían el tramo desde la plaza de Sølvtorvet hasta la casa de Karoline. Todos los que circularan por las calles adyacentes también serían abordados.

Abandonaron la jefatura de Policía en uno de los autobuses verdes de la policía y aparcaron en Stockholmsgade. Sería su base, de manera que pudieran subirse a él a lo largo de la noche para descansar un poco y tomarse un café con el que calentarse.

Louise se aseguró de tener sus dos libretas a mano. Estaba contenta de haberse puesto los guantes y el gorro porque la noche prometía ser muy fría.

–Bueno, ya casi estamos listos –dijo Lars Jørgensen. Él estaría con Louise en el extremo de Stockholmsgade que tenía salida a la plaza de Sølvtorvet. Louise tomó nota

de que había varias ventanas abiertas en las casas que daban a la calle. La gran presencia policial no escapaba a la atención de la gente y sin duda habría más de uno que bajaría a preguntar qué estaba pasando.

Había que parar a todo el mundo. Tenían que preguntar a la gente si había estado en el mismo lugar a la misma hora hacía exactamente una semana. Si así era, se les preguntaría, naturalmente, si habían observado algo anormal. Si no habían estado cerca del parque dejarían que se fueran.

Louise estaba preparada para encontrarse con muchos a lo largo de la tarde y noche que seguramente ya habrían sido interrogados en las pesquisas rutinarias efectuadas por la Brigada Criminal en los edificios colindantes. Allí donde ella estaba, la mayoría de los transeúntes serían también vecinos de esa calle. Pero además podía darse el caso de personas que habían estado de visita de fin de semana y de las que quizá podrían salir unos cuantos testimonios interesantes: novios de fin de semana, hijos compartidos. Gente que había estado fuera durante la semana y que acababa de volver.

Se enderezó. Allí venía el primero.

Louise bostezó y se acurrucó debajo del edredón. Eran las ocho menos diez de la mañana y lo primero que había hecho al llegar a casa había sido desconectar el teléfono para que nadie pudiera llamarla y despertarla.

Tenía los pies doloridos de andar en pequeños círculos. Había hablado con una veintena de transeúntes, más o menos, aunque no había consultado la libreta para comprobarlo. Solo cinco de ellos vivían en el barrio, y ya habían sido interrogados previamente. Los demás que había parado eran todas personas que no frecuentaban la zona y ninguno había estado allí el sábado anterior. Louise fue perdiendo el entusiasmo inicial lentamente y el frío había penetrado cada vez más hondo por debajo de su gruesa chaqueta de policía.

Stockholmsgade había estado relativamente en calma comparada con Sølvgade, donde los coches y las bicicletas circulaban durante toda la noche. Algunos lo habían hecho incluso bien entrada la madrugada, con el índice de alcoholemia en la sangre disparado. En total, habían hablado con alrededor de doscientas personas, según el jefe de Homicidios. En los segundos previos a que el sueño se apoderara de Louise y paralizara sus pensamientos, se permitió arrancar todo el domingo del calendario. Si tenía ganas de quedarse en la cama lo haría.

Cuando Louise llegó a su despacho el lunes, después de la reunión matinal, la esperaba otro mensaje de Camilla pidiéndole que la llamase. Lo apartó a un lado y encendió su ordenador.

Suhr había dedicado el domingo a repasar los resultados de los interrogatorios del sábado por la noche. No habían conseguido, ni por asomo, los resultados que el jefe de Homicidios esperaba.

Louise no había hablado con Camilla desde el viernes por la tarde, cuando le pidió a su amiga que se deshiciera del ramo de flores. Durante todo el fin de semana se había jurado a sí misma que pasaría mucho tiempo hasta que estuviera lista para reanudar el contacto. Pero era absurdo. Además, estaba interesada en saber lo que diría Camilla con respecto a la detención de Klaus West. Cogió el teléfono y marcó su número de móvil.

–Me alegra que hayas decidido llamarme –dijo Camilla–. Han pasado tantas cosas, y me gustaría explicarte por qué escribí el artículo sobre el hermano de Karoline.

Camilla se disponía a ofrecerle una disculpa a su amiga, pero se interrumpió y le preguntó si podían quedar.

Se hizo el silencio un breve instante, hasta que finalmente Louise contestó:

–Todavía estoy enfadada por el artículo, fue una mezquindad –empezó diciendo–. Estas cosas simplemente quieren decir que tendré que mantener la boca cerrada cuando estemos juntas. Y así debería ser, desde luego, pero yo también necesito hablar de vez en cuando, y contaba con que podía confiar en ti.

Camilla se mantuvo callada, no había ninguna razón para interrumpirla antes de que Louise lo hubiera sacado todo. Sin embargo, su amiga no añadió nada más.

–¿Podemos vernos? –repitió Camilla, en lugar de empezar a defenderse.

–No tengo tiempo. Tenemos un montón de papeleo que debemos quitarnos de encima cuanto antes.

Louise oyó la decepción en la voz de su amiga.

–El viernes vino a verme el Finlandés –dijo Camilla.

Louise se quedó helada.

–¿Cómo que vino a verte?

–Me abordó en la calle cuando estaba llegando a casa. Markus estará con su padre hasta pasado mañana, así que llegué a casa pasadas las once de la noche. Nos tomamos una cerveza mientras charlábamos.

Louise se sintió irritada porque Camilla hizo que pareciera que había recibido la visita de un amigo.

–Me contó que Klaus West había sido detenido.

El corazón de Louise empezó a latir con fuerza.

–¿Le dejaste entrar en tu casa y te tomaste una cerveza con él? Dime una cosa, ¿estás completamente loca? ¿Todavía no te has dado cuenta de qué clase de gente es?

El miedo empezaba a mordisquearla por debajo de la piel.

–No tuve elección –se defendió Camilla.

–¿Qué te dijo?

–Me contó que es notorio que Klaus West estaba harto de Frank. Algo de que Frank amenazaba con escribir no sé qué.

Louise escuchaba atentamente.

–¿Has hablado con la policía?

–Llamé a Birte Jensen. Hemos quedado dentro de una hora.

–Está bien. ¿Descubriste quién te envió las flores?

–No, pero todavía están frescas.

Un intento de relajar el ambiente.

–Algo es algo. ¡Ahora puede que pase mucho tiempo hasta que te lleguen más! –le devolvió Louise.

–¿No podrías pasarte esta noche, para que pueda contarte cómo me ha ido con Birte Jensen? También me gustaría explicarte qué fue lo que pasó con ese artículo.

Louise asintió con la cabeza.

–Sí, quedemos. Te llamaré en cuanto sepa cómo tengo la tarde.

Camilla se puso el chubasquero y quitó la cadena de su bicicleta. Por un instante estuvo tentada de coger un taxi hasta la jefatura de Policía, pero al final se despidió y abandonó la idea. Faltaban veinte minutos para su reunión con Birte Jensen. La lluvia caía insistentemente, y se caló bien la capucha y se puso en marcha. Cuando llegó a su destino, dejó la bicicleta en el aparcamiento de bicicletas de la plaza de Politortvet y se dirigió a la puerta para anunciar su llegada.

–No contestan en el despacho de Birte Jensen. Voy a intentar dar con otro miembro del grupo de Estupefacientes –dijo el guardia.

Camilla le sonrió y se bajó la capucha.

–Vendrá otra persona para recibirte. Puedes subir –dijo el guardia, mientras tomaba nota de su nombre y de la hora de la visita y le daba una tarjeta de visitante.

Camilla le dio las gracias y entró en el enorme patio redondo. Sus pasos retumbaron cuando subió las escaleras. Antes de llegar al pasillo de la Brigada de Estupefacientes se quitó el chubasquero, se alisó la falda y se atusó el pelo. La recibió un joven que fue a su encuentro con la mano tendida y, una vez se hubieron saludado, Camilla lo siguió hasta el antedespacho de la subinspectora.

–Birte Jensen ha bajado un momento al sótano –dijo el joven.

–Está bien, esperaré.

Camilla se sentó en la silla que él le retiró. Aceptó el café que le ofreció y se dispuso a esperar un buen rato.

Un cuarto de hora más tarde Birte Jensen entró por la puerta con una enorme carpeta

debajo del brazo. Lanzó una mirada a su reloj de pulsera cuando vio a Camilla y lamentó que hubiera tenido que esperar.

–Estaré lista en un momento –dijo, disculpándose con la mirada.

Camilla se tomó el resto del café.

Cinco minutos más tarde se abrió la puerta y Birte Jensen le hizo un gesto con la mano indicándole que entrara.

–¿Quieres otro café, o tal vez un agua? –preguntó Birte Jensen.

–Me tomaría otro café –dijo Camilla, y se arrepintió de haber arrojado la taza de plástico a la papelera.

Birte Jensen abrió la puerta y le pidió al joven agente que trajera una cafetera.

–Bueno –dijo cuando se hubieron sentado frente a frente a la pesada mesa de reuniones–. ¿Dices que has recibido una visita?

–Sí –Camilla le contó lo que el Finlandés le había dicho acerca de Klaus West–. Por lo visto es notorio que es él quien está detrás del asesinato y que probablemente fuera él, en persona, quien asestó un navajazo a Frank en la nuca.

Mientras Camilla hablaba, Birte Jensen iba asintiendo con la cabeza desde el otro lado de la mesa.

–¿Te dijo algo sobre el domicilio del detenido? –preguntó la subinspectora.

Camilla negó con la cabeza.

–Posee un par de inmuebles en los que ya hemos estado. No con relación al asesinato, sino para buscar droga, y no había ni el más pequeño indicio de que pudiera vivir en alguno de ellos. Estuvo en el Royal Hotel, aunque no estaba registrado.

Camilla le narró el encuentro con Klaus West y el hombre del pelo blanco, y subrayó que no tenía ni idea de quiénes eran mientras estuvo sentada a la mesa con ellos.

–Nieve –observó Birte Jensen, y anotó el nombre en la libreta que tenía delante–. No me extraña. Tampoco está registrado en ningún domicilio fijo. Sería de gran ayuda si pudieras sacarle al Finlandés dónde viven esos dos. Deben de tener un piso que no conocemos.

La subinspectora torció el gesto, airada.

–¿No soléis montar un dispositivo de escuchas en estos casos? –preguntó Camilla.

Era un tema sobre el que había escrito anteriormente.

–No tiene ningún teléfono registrado. Sin duda tendrá un teléfono móvil, pero lo más probable es que utilice una tarjeta de prepago y, por lo tanto, no podemos rastrearlo.

–¿Cómo disteis con él el viernes?

–Fue visto en Kongens Nytorv por un agente de la guardia urbana. En realidad, no es que intente ocultarse.

Birte Jensen se inclinó hacia Camilla.

–Pero solo se deja ver cuando no le importa que lo vean.

Camilla asintió con la cabeza.

–Intenta averiguar si existe un piso que utilice como base. Naturalmente, seguimos trabajando en el caso. Pero sin duda a ti te resultará más fácil fisgonear por ahí. A cambio, tengo algo para ti.

Camilla sacó su libreta y retiró la capucha de su bolígrafo con los dientes.

–Estamos seguros de que Klaus West está detrás del asesinato de Frank Sørensen.

La boca de Camilla se llenó de un sabor metálico y cayó en la cuenta de que se había mordido con tal fuerza el interior de la mejilla mientras Birte Jensen hablaba que se había hecho sangre.

–Estuvo en el hotel y sabemos que bajó al patio.

–¿Tenéis testigos? –preguntó Camilla, y levantó la mirada de la libreta.

Birte Jensen se quedó mirándola un rato.

–Yo lo vi –dijo, finalmente.

–¿Puedo escribirlo? –preguntó Camilla, y sintió que la adrenalina empezaba a circular por sus venas.

La subinspectora asintió con la cabeza.

–¿Está acusado de asesinato?

–Sí, pero vamos cortos de tiempo, porque no podemos retenerle si no encontramos más pruebas concretas.

Camilla había fruncido el ceño, pensativa. Era consciente de que un hombre al que ni siquiera podían seguir y que se movía libremente por el centro de la ciudad aunque la policía le pisara los talones era alguien que dominaba la situación por completo. Y las cosas no mejorarían si finalmente salía libre y podía borrar su rastro. Si es que, a estas alturas, no lo había hecho ya.

–¿Qué posibilidades hay de que se prolongue la prisión preventiva?

–Nuestro fiscal no es demasiado optimista. Klaus West ha cogido a John Bro como abogado y es un hombre de trato difícil. Lo sabemos por experiencia.

Se hizo el silencio entre ellas.

–¿Lo intentarás? –preguntó Birte Jensen, y la miró con insistencia.

Camilla asintió con la cabeza. En realidad no le apetecía volver a encontrarse con el Finlandés. No quería arriesgarse a que llegara un momento en que estuviese en deuda con él.

Se dieron la mano y la subinspectora la acompañó hasta el final del pasillo.

–Llámanos cuando hayas dado con él –dijo Birte Jensen cuando se separaron.

Camilla bajó hasta la puerta y entregó su tarjeta de visitante. Su cabeza bullía cuando cogió la bicicleta para dirigirse al diario. Le inundaron las náuseas solo con pensar que había estado tomando champán con el hombre que había asesinado a Frank. ¡Maldita sea!, pensó mientras, tras dejar la bicicleta, subía las escaleras.

Cuando Camilla entró en su despacho cogió el periódico del día y se puso a leer lo que Søren Holm había escrito acerca de la detención de Klaus West. Debido a la prohibición de publicar nombres, se había limitado a escribir que la policía había detenido a un hombre muy conocido en el mundo de la droga. No decía nada de lo que la policía tenía contra él.

Camilla se había levantado, dudando de si debía ir a ver a Søren para contarle su reunión con Birte Jensen, cuando alguien llamó a la puerta. Se abrió antes de que le diera

tiempo a decir adelante.

Camilla esperaba ver al jefe de grafismo, que era el único que solía presentarse de esta manera, así que se alegró al comprobar que se trataba de Søren Holm.

–Hola –le dio tiempo a decir antes de fijarse en su semblante.

–Siéntate –le ordenó él, y se acercó a ella mientras hacía un gesto con la cabeza en dirección a la silla. Camilla tomó asiento automáticamente con movimientos rígidos. El tono de voz de su compañero hizo que sus músculos se contrajeran y le obedecieran con tirones mecánicos.

Søren Holm se inclinó sobre la mesa.

–Acabo de estar con un tipo que me ha contado que andas buscando a un informador de la policía.

Su torso se estiró aún más sobre la mesa.

–Deja de hacerlo –dijo.

Camilla se había quedado sin palabras y lo miraba fijamente. Se disponía a decir algo cuando Søren Holm prosiguió:

–También sé que el jueves tomaste champán con Klaus West. ¿En qué demonios estabas pensando? ¿Hay algo que debería saber?

Camilla no dudaba de que su compañero estuviera furioso. Se hundió en la silla. Su cuerpo tembló levemente, antes de capitular. Søren Holm se había quedado mirándola y Camilla consideró si debería empezar con las explicaciones, aunque sospechaba que había algo más en camino.

Søren Holm suspiró y se sentó en la silla de las visitas.

–Además, he oído que acabas de volver de una reunión con la subinspectora Birte Jensen.

Søren Holm cogió un bolígrafo de su escritorio y se lo pasó de una mano a otra.

–Camilla, están pasando muchas cosas últimamente. Y créeme, es un mal momento para entrar en escena.

Camilla tomó resuello y sintió que la ira se agolpaba en su garganta, pero contuvo el estallido.

–Puedo entender que quieras hacerte con algunas fuentes cuando trabajas en un lugar como este. Pero déjame a Birte Jensen a mí. Las cosas no son tan sencillas como parecen.

Camilla se disponía a protestar de nuevo. Søren Holm la hacía sentirse como una becaria y algo le decía que su ira tenía que ver con que, ahora mismo, ella sabía más acerca del caso que él. Era normal que le irritara, pensó Camilla, y sintió que un poco de su autoestima estaba volviendo a su flácido cuerpo. Se enderezó en la silla y se esforzó por parecer indiferente ante la terrible reprimenda a la que acababa de someterla su colega.

–La policía no duda de que fuera Klaus West –dijo Camilla, y lo miró sin parpadear–. Un testigo lo vio en el lugar del crimen, y Birte Jensen me pidió que los ayude a encontrar su piso franco.

Ella misma reparó en el tono arrogante de su voz y lamentó que no le hubiera dado

tiempo a reprimirlo.

Søren Holm la miró, pero no dijo nada.

–No he escrito ni una sola línea acerca del caso, así que no entiendo que haya podido molestarte –dijo, en un tono de voz menos mordaz.

–Camilla, vas a tener que retirarte. Dame un poco de tiempo y ya te contaré por qué. Y deja que yo busque ese piso.

Camilla abrió la boca para protestar.

–No es una casualidad que Frank fuera asesinado –la interrumpió él.

Se produjo una breve pausa.

–Es demasiado peligroso –dijo él, finalmente–. Tengo la palabra de Terkel de que estás apartada del caso.

Camilla estaba a punto de estallar. ¿Por qué demonios no la echaban y se dejaban de tonterías de una vez por todas? Parecía increíble, pero siempre había algo que hacía mal. Sintió cómo su ira estaba a punto de desbordarse.

Søren Holm se había dado cuenta, Camilla lo vio en su mirada: su semblante se había suavizado.

–Camilla, no te digo esto para hacerte daño. Están sucediendo cosas muy desagradables y es preferible que no te veas involucrada en ellas antes de que salga todo a la luz.

Camilla no pestañeó cuando él se levantó para irse. Søren Holm se detuvo con la mano en el pomo de la puerta.

–Si le has prometido algo a Birte Jensen, te desdices.

De nuevo, su tono de voz se había tornado duro.

–Dile que te han retirado del caso y que si quiere algo que me llame a mí.

–Que te den –dijo Camilla cuando Søren Holm se hubo marchado. Se levantó y se puso a pasear de un lado a otro, mientras inspiraba, arrancando el aire desde el fondo de su diafragma.

Eran más de las siete cuando Louise llegó a casa de Camilla. Parecía vacía sin Markus, y el ambiente estuvo un poco tenso hasta que Louise se acabó de convencer de que, de hecho, a su amiga no le había gustado nada escribir el artículo sobre el hermano de Karoline. Se habían instalado en el sofá con una tetera sobre la mesa cuando Camilla empezó a contarle su último encuentro con Birte Jensen y la bronca que había tenido con Søren Holm.

–No consigo adivinar qué demonios se trae entre manos –dijo.

Louise reflexionó.

–¿Por qué crees que tiene necesariamente que traerse algo entre manos, más allá de lo que te ha contado? Me parece que suena todo muy razonable –dijo finalmente.

Camilla la miraba, pero Louise se dio cuenta enseguida de que sus palabras le entraban por un oído y le salían por el otro.

–Sencillamente me parece que está irritado porque sea yo quien haya conseguido el contacto con Birte Jensen, y me fastidia si es eso lo que está intentando destruir –dijo.

–Lo vi en la jefatura de Policía cuando me fui –dijo Louise–. Así que lo más seguro es

que tenga sus propios contactos, ¿no crees? Por cierto, tenía mucho mejor aspecto que el otro día, cuando me lo encontré en el Anatómico Forense.

Camilla se había subido la manta gruesa del sofá hasta el cuello. Estaba envuelta en una especie de crisálida, apenas asomaba su cabeza.

–Tal vez debería limitarme a hacer lo que me ha dicho y dejarlo todo en sus manos. Y dedicarme exclusivamente al caso de Karoline. Por lo que me dijo Suhr, los últimos interrogatorios os han proporcionado nuevas pistas.

Louise la miró sorprendida, dispuesta a protestar, pero finalmente se reprimió.

–No quiso contarnos de qué se trataba –prosiguió Camilla.

Louise se dio cuenta de la lucha que su amiga sostenía consigo misma para no sonsacarle, al tiempo que ella se esforzaba por no revelar que no tenían nada. Solo se trataba de las habituales tonterías que Suhr solía soltar a la prensa.

Camilla cerró los ojos y posó la cabeza en el respaldo del sofá.

–No tengo ganas de ir a trabajar cuando estoy rodeada de idiotas que no paran de abroncarme.

–Para ya –Louise se inclinó hacia ella–. Te lo tomas como algo demasiado personal.

Camilla parpadeó un par de veces y respiró pesadamente.

–Es posible –dijo.

Louise cambió de tema.

–Es curioso que un día sea capaz de parecer un padre de familia y al día siguiente un vagabundo. Eso sí que es un cambio –dijo.

–Se parece sobre todo a un padre de familia –dijo Camilla. Se incorporó en el sofá y arrojó la manta al suelo.

La crisis había pasado.

–Pero no le dio tiempo siquiera a pasar por casa los primeros días después de que encontraran a Frank. Suele ser bastante elegante. Su mujer es maestra y cuando lo ves con toda la familia resulta difícil imaginarse que sea tan duro como dicen.

Louise asintió con la cabeza, mientras Camilla le contaba que se había encontrado con Søren Holm, su mujer y sus dos hijas en una fiesta de Navidad en el diario. La mayor era una chica guapa y alta de dieciocho años, la pequeña recibiría la confirmación en un par de meses.

–En realidad, ¿por qué quiere Birte Jensen que vuelvas a hablar con el Finlandés? –preguntó Louise.

–Para que descubra dónde vive Klaus West. Por lo visto les está costando averiguarlo.

Louise arrugó la frente.

–¿Y se supone que a ti te resultará más fácil que a su gente?

La pregunta se quedó colgada en el aire, mientras Louise se iba al baño.

Las dos habían recogido las piernas y la tetera volvía a estar llena cuando Louise le contó la oferta de trabajo que Peter había recibido de Escocia.

–¡Qué interesante! Escocia es fantástica, seguramente también se pueda ir de pubs allí.

Louise había dejado la taza de té sobre la mesa y miraba a su amiga boquiabierta.

–¿Pub?

Tal vez fuera un error iniciar a Camilla en sus especulaciones, pensó Louise.

–Claro que se puede ir a un pub. ¡También puedes hacerlo en Copenhague! Pero Peter quiere que pida una excedencia y me traslade a Aberdeen con él durante seis meses, y no puedo.

–¿Por qué no? Puedes pedir una excedencia del cuerpo de policía. A Heilmann se la acaban de conceder.

–Sí, pero no puedo estar tanto tiempo sin hacer nada.

–¿No puedes o no quieres?

Louise la miró de reojo.

–No me apetece. No me imagino quedándome en casa mientras Peter está trabajando.

–Pues entonces tendrá que irse sin ti.

–No quiere. Solo se irá si yo lo acompaño.

Camilla dejó su taza de té sobre la mesa de golpe.

–¡Entonces te irás con él, maldita sea! ¿Cómo te atreves? Tienes un marido que hace muy bien su trabajo. Y resulta que alguien se ha dado cuenta, necesitan lo que él les puede dar y lo reclaman, y luego vas tú, la señorita solo-estoy-interesada-en-mí-misma, y no quieres ofrecerle esa oportunidad. ¡Muy bien, Louise Rick!

De no haber sido porque se conocían tan bien, Louise le habría dado un bofetón, pero esto era lo que cabía esperar cuando discutía sobre la familia con su amiga.

Camilla volvió a hundirse en el sofá.

–En la vida también se trata de apreciar los valores cotidianos –dijo, esta vez en un tono de voz más contenido.

Las palabras de Heilmann se mezclaron con la voz de Camilla.

Louise echó la cabeza hacia atrás y la apoyó contra el respaldo del sofá.

–Y yo valoro a Peter. Lo amo, y precisamente por eso puede irse perfectamente durante seis meses sin que deje de amarle por ello.

–En los últimos tres años ha estado muy pendiente de ti, y antes de que entraras en el departamento de Homicidios él te apoyó cuando dudabas de si alguna vez alcanzarías tu meta.

Louise escuchó sin objetar nada.

–Te arriesgas a perderlo.

Cuando, una hora más tarde, bajaba las escaleras, las dudas empezaron a hacer mella en ella. No quería perder a Peter y se obligó a sí misma a considerar la posibilidad de pedir una excedencia. Al tiempo sintió cómo una soga se cerraba alrededor de su cuello. Nunca funcionaría.

–A las 05.52 fue encontrado el cadáver del periodista Søren Holm en un patio de Vestergade, cerca de la plaza del Ayuntamiento –dijo el jefe de Homicidios cuando abrió la reunión matinal del martes en el comedor–. Estaba tirado en el hueco de las escaleras de un sótano y lo asesinaron de la misma manera que a Frank Sørensen. Al menos, de momento, es lo que parece.

Louise había salido tarde de casa. Ella y Peter habían estado charlando hasta altas horas de la noche. Había intentado hacerle entender que no era por falta de amor por lo que no quería acompañarlo a Escocia. No sabía si había logrado convencerlo, pero cuando comentó que disponía de tres semanas de vacaciones en compensación por horas extraordinarias que pensaba utilizar para viajar a Escocia, finalmente Peter decidió que se iría aunque ella se quedara en Copenhague.

Apenas le dio tiempo a sentarse cuando empezó la reunión. Se dio cuenta enseguida de que no había tanta gente como de costumbre y se quedó helada al oír a quién habían encontrado muerto.

–Los basureros lo encontraron cuando pasaron para recoger los contenedores –explicó Suhr, y se sentó en el borde de la mesa. Parecía cansado–. Me llamaron a las seis y cuarto. Para entonces, el médico ya había acudido al lugar y había certificado la muerte de la víctima. Llegué justo después de la gente del departamento de Criminalística y ni ellos ni yo dudamos de que el método para asesinarlo fuera el mismo. El médico forense examinó la herida de arma blanca en la nuca, pero no se atrevió a decir nada. No había visto la herida de la primera víctima, tan solo pudo constatar que se trataba de una herida parecida. Dos de los técnicos de Criminalística que se hallaban en el lugar de los hechos presenciaron la autopsia de Frank Sørensen y estaban bastante seguros de que la puñalada se hallaba en el mismo sitio.

Su mirada se paseó por el grupo de detectives que estaban sentados alrededor de las dos mesas. Su rostro no denotaba ningún tipo de emoción.

–Han pasado nueve días desde el último asesinato. Tenemos al autor del primer asesinato y, sin embargo, ha aparecido un segundo cadáver.

Empezó a pasear de un lado a otro.

–No daremos a conocer el nombre de la víctima hasta más tarde. Jugaremos con ventaja mientras podamos mantener su identidad oculta, aunque me imagino que será difícil hacerlo durante mucho tiempo.

Alzó la mirada hacia los fluorescentes que iluminaban el comedor en dos largas hileras que atravesaban el local.

–No me extrañaría nada que los periodistas sepan ya lo que ha ocurrido. Había cuatro

fotógrafos en la calle en que encontraron al cadáver cuando estuve allí.

–¿El lugar donde lo encontraron es el mismo que el del crimen? –preguntó Toft, después de levantar la mano.

Suhr lo miró y se pasó una mano por la frente.

–Eso creemos, pero es demasiado pronto para asegurarlo. Pueden haberlo asesinado en un piso y luego haber arrastrado el cadáver hasta el patio. Frandsen vendrá desde Slotsherrensvej a las diez. Entonces repasaremos los datos que tenemos hasta el momento.

Louise levantó la mano para atrapar la mirada del jefe. Él asintió con la cabeza y Louise propuso que tal vez Søren Holm anduviera detrás del piso clandestino de Klaus West. Los demás la miraron y Louise se dio cuenta de que se preguntaban por qué sabía ella eso.

–¿Es algo que sabes o que supones? –preguntó el jefe de Homicidios.

–Sé que estaba al tanto de que ese piso existía y sé que quería intentar encontrarlo. Así que sencillamente supongo que podría haberlo encontrado.

Suhr asintió con la cabeza.

–Ya estamos en los portales que dan a la calle, pero no hemos pedido a los agentes que están allí que averigüen si Klaus West vivía allí. Estamos investigando sobre todo quién puede haber visto u oído algo.

Se detuvo y se quedó un momento mirando la pared, pensativo.

–Tenemos que mostrarles una fotografía de West –resopló, y miró a Louise como si hubiera sido ella la que había cargado sus hombros, a estas alturas sobrecargados, con más peso. Luego le pidió a Willumsen que se ocupara de que llevaran unas fotos de Klaus West a los agentes que estuvieran todavía por Vestergade.

–Necesito más gente para los dos asesinatos, así que tendremos que hacer algunos cambios –dijo el jefe de Homicidios, dirigiéndose a la sala–. Los detectives de Willumsen seguirán, naturalmente, y he decidido trasladar a Rick y a Lars Jørgensen a su grupo como refuerzo.

Suhr prosiguió antes de que le hubiera dado tiempo a interpretar sus reacciones.

–Toft y Michael Stig seguirán trabajando en el caso de Karoline Wissinge. Parece que podría dilatarse en el tiempo. Los demás nos pondremos con los asesinatos de los periodistas. Ya nos podemos ir preparando, porque todos los ojos estarán puestos en nosotros como nunca antes –y añadió–: Dios no lo quiera.

Louise hervía por dentro por su manera injusta de priorizar los casos, pero de cara al exterior hizo como si nada porque presentía que Michael Stig la estaba mirando. No dudaba ni un segundo de que él estaba tan furioso como ella, pero en su caso, porque no lo habían trasladado al nuevo caso. Todos los recursos y toda la concentración se dedicarían en los próximos días a los asesinatos de los dos periodistas.

–He pedido a los que tengan posibilidad que se reúnan con los técnicos a las diez. Y en esa reunión tendréis que participar vosotros dos –dijo el jefe de Homicidios, y señaló a Louise y a Lars Jørgensen con la cabeza. Luego dio por concluida la reunión y abandonó rápidamente el comedor.

Louise puso agua a hervir para el té. Intentó encontrar un termo que no oliera demasiado a café, pero desistió y sacó la tetera de cerámica del armario. El sabor amargo que habían dejado las dos tazas de café de la mañana seguía en su boca. Una vez en el despacho, llamó a Peter para ponerle al día de la nueva situación y prevenirlo para que no contara con ella en los próximos días.

Cuando hubo colgado descubrió que Suhr estaba en la puerta.

–¿Puedo hablar contigo un momento? –dijo, y le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

Louise se levantó y lo siguió por el pasillo hasta su despacho.

–¿Te parece bien cambiar de caso? –preguntó, una vez estuvieron sentados.

El jefe de Homicidios no solía preguntar este tipo de cosas.

–Necesito a alguien capaz de hacer que la gente hable –prosiguió, antes de que le diera tiempo a Louise a contestar.

–Ya sabes que pienso que es injusto que recortes en el grupo que se ocupa del caso de Karoline solo porque los otros casos gozan de mayor atención por parte de los medios de comunicación.

–Yo soy quien toma las decisiones aquí –la interrumpió su jefe.

–Lo sé, y por supuesto que quiero trabajar en el otro caso –dijo Louise, a sabiendas de que no valía la pena oponerse a sus órdenes–. Solo es una cuestión de principios.

Claro que quería el traslado. A estas alturas, ya sentía que estaba metida en el caso y sería un placer aportar algo que pudiera meter al hombre del champán entre rejas. Pensó en el ramo de flores que Camilla había recibido en la redacción.

–¡Perfecto! Entonces estamos de acuerdo.

Louise reflexionó brevemente antes de decidirse a hablarle de su encuentro con Klaus West. Mientras se lo contaba, Suhr tomaba notas, y de vez en cuando levantaba la mirada para evaluar hasta dónde había llegado Louise en su relato.

–¿Sabemos cómo se llama el Finlandés en realidad? –preguntó, cuando Louise lo hubo puesto al día de su visita al piso de Camilla.

Louise negó con la cabeza, pero de pronto recordó que tal vez era algo que Birte Jensen podía saber. Ella lo conocía.

–Tendremos que llamar a tu amiga para someterla a un interrogatorio; pero podemos poner a Lars Jørgensen para que hable con ella.

Louise asintió agradecida con la cabeza. Sería demasiado violento si tenía que encargarse ella personalmente.

–Había pensado que tú y Lars Jørgensen siguierais como pareja. Tengo la impresión de que funcionáis muy bien juntos.

El jefe de Homicidios se quedó pensativo un rato.

–También es posible que le retire las vacaciones a Søren Velin, y entonces tú podrías seguir con él, si así lo prefieres. Pero seremos muchos trabajando en estos dos casos. No nos podemos permitir ningún fallo ahora mismo.

Durante la última semana, Louise apenas había pensado en su pareja. Ya se había acostumbrado a Lars Jørgensen.

–Había pensado que tú te podrías encargar de la familia –prosiguió Suhr–. Tenemos que citar a la esposa y a las hijas para el interrogatorio. ¿Sabes cuántos hijos tienen y en qué edades nos movemos?

–La mayor tiene dieciocho años y la pequeña está a punto de recibir la confirmación –contestó Louise.

Suhr tomó nota.

–Me gustaron las observaciones que hicisteis tú y Flemming Larsen del Instituto Anatómico Forense con relación a Karoline Wissinge. Se pondrán con la autopsia de Søren Holm entre las once y las doce, y me gustaría que estuvieras presente. Así que había pensado que Lars Jørgensen se podría llevar a un agente a casa de la esposa y las hijas para una charla preliminar. Cuando vengan para el interrogatorio oficial te harás cargo tú.

Louise asintió con la cabeza, ningún problema. Raras veces la enviaban al Instituto Anatómico Forense para presenciar una autopsia, pero se lo tomó como una palmada en el hombro. Era muy normal que cada uno tuviera su punto fuerte: algunos eran especialmente buenos en el lugar de los hechos, a ella solían enviarla para que visitara a los familiares, y otros presenciaban las autopsias. La gente era hábil en su campo y por lo visto el suyo se había ampliado.

–¿Quién ha informado a la esposa? –preguntó.

–La policía de Glostrup –contestó Suhr–. Estuvieron allí esta mañana temprano. No he hablado con ella personalmente, pero supongo que llamará para que le demos más detalles. Si no te da tiempo a estar presente durante toda la reunión con los técnicos de Criminalística te vas sin más. Es importante que estés en el Anatómico Forense cuando empiecen.

Louise miró el reloj. Faltaba una hora para la reunión.

–¿Sabemos qué estuvo haciendo Søren Holm ayer?

Se habían levantado y Louise casi había llegado a la puerta cuando el jefe de Homicidios lo preguntó.

–Todavía no sabemos nada. Los agentes locales se limitaron a comunicarle la muerte a su esposa, no empezaron a interrogarla.

Louise se dirigió hacia su despacho, pero antes de que le hubiera dado tiempo a llegar se encontró con Michael Stig.

–Vaya, ¿así que ya has pasado a un nuevo caso? –dijo, y se detuvo delante de ella, obligándola así a pararse. Louise se dio cuenta de que Michael Stig intentaba refrenar su irritación.

–Sí, así es, ya lo sabes. No es algo que decida yo –dijo sin pestañear. No era su problema si él se sentía despreciado.

–No –Michael Stig la miró de arriba abajo–. Y tal vez sea mejor así. Al fin y al cabo es importante que avancemos. Si hay que resolver este caso no basta con la cháchara. Ha llegado el momento de montar el puzle.

Hizo una pausa.

Louise dio un paso atrás.

–¿Y en tu opinión yo no sirvo para eso?

Michael Stig sonrió e hizo un gesto de rechazo con la mano.

–Sí, pero las diligencias preliminares son tu fuerte, ¿verdad? Es obvio que el jefe tiene que distribuir sus recursos de la manera que él considere mejor.

Sonrió con autosuficiencia.

Louise notó que su estómago se contraía hasta convertirse en una masa hirviente y burbujeante, pero se esforzó sobremanera por sonreír con dulzura.

–Entonces es una suerte que tenga a alguien como tú.

Louise intentó pasar, pero él seguía cerrándole el paso.

–Pues yo creo que piensa en mí en otro contexto y por eso ha optado por dejar que yo tire del carro.

Louise chasqueó la lengua.

–Bueno, pues entonces seguramente te nombrarán nuevo jefe de investigación –dijo, y justo cuando acababa de pronunciar las palabras cayó en la cuenta de que era precisamente lo que Michael Stig le había insinuado. Louise palideció.

–Bueno, veo que lo has pillado. Sí, supongo que es bastante obvio –dijo Michael Stig, satisfecho de sí mismo, y cruzó los brazos.

–No sabía que hubieras hecho el curso de dirección policial.

Hubo un tiempo en que la misma Louise llegó a considerar la posibilidad de solicitar un curso de dirección para que en algún momento la pudieran ascender a subinspectora, aunque pronto tuvo que reconocer que seguramente estaría mejor en la posición que ya ocupaba. No abrigaba ninguna ambición de llegar a ser jefa.

–Todavía no lo he hecho, pero están citando a gente para un grupo y Suhr me ha citado para hoy mismo, un poco más tarde, así que supongo que tengo derecho a atar cabos.

–Yo espero, sin embargo, que vuelva Heilmann –dijo Louise, y se abrió paso de un empujón.

Se dirigió a paso firme a su despacho, a pesar de que su cabeza bullía. Cerró la puerta con tal fuerza que Lars Jørgensen dio un respingo. Esbozó una sonrisa al ver la expresión adusta en el rostro de Louise.

–¡Vaya por Dios! ¿Qué ha pasado? –preguntó. Era evidente que se estaba divirtiendo.

–Acabo de tener el placer de soportar a Michael Stig en el pasillo. Aspira a convertirse en nuestro nuevo jefe de investigación. Si eso ocurre, pediré que me trasladen a la policía de tráfico –dijo Louise, y se dejó caer en la silla, al tiempo que soltaba un profundo suspiro.

Lars Jørgensen había dejado de reír, y Louise notó, satisfecha, que a él tampoco parecía hacerle demasiada gracia.

–Pues yo creía que vosotros dos os llevabais bien –dijo–. No se atreve a decir nada cuando tú abres la boca.

Louise lo miró boquiabierta.

–¿Por qué dices eso?

–Solo digo que parece que te respeta. Siempre lo pones en su sitio.

–Pues yo no creo que me tenga respeto, y de vez en cuando es tremendamente irritante.

Louise se sirvió una taza de té.

–Ha solicitado una plaza en el próximo curso de dirección policial –dijo Lars Jørgensen, y echó una mirada por la ventana–. Yo también lo he hecho. Espero realmente que me acepten.

Louise se quedó pensativa antes de asentir con la cabeza. Se lo podía imaginar perfectamente. El callado Lars Jørgensen tendría buena mano para coordinar y dirigir equipos.

–Entonces yo apuesto todo lo que tengo por que le birles la última plaza en sus narices.

–Gracias.

Lars Jørgensen le lanzó una sonrisa.

–Suhr me ha pedido que vaya al Instituto Anatómico Forense cuando termine la reunión. ¿A ti te han dicho algo?

Louise esperaba que lo hubieran puesto al día de la distribución de los agentes, pero Lars Jørgensen sacudió la cabeza, así que le contó lo que había dispuesto Suhr para ellos.

–Muy bien. Voy a ver a quién me tengo que llevar a ver a la familia y luego nos llamamos para decidir cuándo nos vemos para el interrogatorio oficial.

Louise asintió con la cabeza, contenta de que Lars Jørgensen lo aceptara sin comentarios, convencido de que era un buen plan.

–De acuerdo –dijo.

Louise llamó al Instituto Anatómico Forense para preguntar quién realizaría la autopsia y cuándo calculaban que empezaría.

Pidió que le pusieran con Flemming Larsen con la esperanza de que fuera él quien tuviera que realizarla, a pesar de que no había estado en Vestergade aquella mañana. El martes era el día de mayor agitación en cuanto a autopsias. Los lunes se realizaba el levantamiento de todos los cadáveres que habían entrado el viernes y a lo largo del fin de semana y los martes se iniciaban las autopsias. Algunas serían trasladadas a otro día de la semana, pero nunca se postergaba un caso de homicidio, y este, además, empezaba a tener visos de ser obra de un asesino en serie.

–Flemming Larsen.

–Hola, soy Louise Rick. ¿Eres tú quien se encargará de Søren Holm?

–Sí, eso pensaba hacer –dijo en un tono jovial.

–Supongo que serás capaz de determinar si se trata del mismo asesino y del mismo método o si esta vez nos enfrentamos a un imitador.

Flemming Larsen se quedó pensativo.

–Podría ser una posibilidad –dijo–. No lo había pensado, pero naturalmente no podemos descartar que se trate de un psicópata que pretende subirse a la ola.

En realidad, Louise tampoco había considerado si podía tratarse de alguien que había copiado el modo de actuar. Si se trataba de un acto absolutamente desvinculado con el otro caso, o bien tenía que ser alguien que estaba extraordinariamente furioso con Søren

Holm o bien era alguien realmente retorcido. Anotó la hipótesis en su libreta y preguntó cuándo empezarían la autopsia.

–Bajaremos a las doce y media. Es cuando llegarán los técnicos de Criminalística.

–Perfecto, entonces nos vemos allí. Hasta luego.

Faltaban cinco minutos para la reunión. Louise y Lars Jørgensen cogieron cada uno su libreta y se dirigieron al comedor. El jefe del departamento de Criminalística, Niels Frandsen, estaba preparando el vídeo. Louise le sonrió y tomó asiento. La sala se fue llenando poco a poco de los detectives de Homicidios que volvían de Vestergade. Sus voces se entremezclaban en un murmullo continuado mientras se sentaban. Todos, salvo Louise y Lars Jørgensen, habían trabajado intensamente durante las últimas horas y pronto tendrían que volver a ponerse en marcha.

–No tenemos gran cosa que contar todavía –empezó diciendo Frandsen, una vez estuvieron todos reunidos–, pero voy a aprovechar para mostraros hasta dónde hemos llegado.

Se acercó al vídeo y le dio al *play*. Unos diez técnicos de Criminalística aparecieron en la pantalla vestidos con sus monos blancos. El hueco de la escalera del sótano estaba en la esquina izquierda, al fondo. Habían montado focos en varios puntos a lo largo del muro del edificio que arrojaban una fuerte luz sobre el patio y lo convertían en un escenario alejado de la realidad. Varios técnicos daban vueltas con la mirada concentrada en el suelo, sosteniendo en una mano un pequeño aparato con una pequeña lámpara láser incorporada. Louise sabía que estaban buscando sangre. La luz del láser resaltaba los rastros de sangre. Había varios puntos en el asfalto marcados con un círculo de tiza. La cámara se acercó a dos técnicos que estaban agachados sobre algo que había en el suelo. Cuando acabó de acercarse pudieron ver que tenían una de esas tiritas de papel que utilizaban para verificar si una mancha era de sangre o de semen.

Cada vez que Louise veía trabajar a los técnicos de Criminalística con las tiritas largas pensaba inevitablemente en las veces que había sudado tinta en las clases de Física. Las tiritas funcionaban de la misma manera que el papel de tornasol que el maestro solía distribuir entre los alumnos cuando quería que determinaran el carácter ácido o básico de alguna solución. En este caso, las soluciones simplemente habían sido sustituidas por la sangre y el esperma. La tirita se tornaba violeta si la mancha era de sangre y verde si era de esperma.

Louise vio cómo el color del papel se tornaba lentamente violeta. Dedujo que aquí debía de haber más sangre de la que encontraron en el cobertizo para bicicletas detrás del Royal Hotel, y supuso que era porque el asesino había movido a su víctima.

Había siete escaleras que daban al patio y prácticamente delante del portal había un largo cobertizo para bicicletas. Tres técnicos de Criminalística estaban asegurando las huellas, pero no parecía que hubieran encontrado nada.

Frandsen apagó el vídeo y repasó las pistas que habían trazado.

–Como habréis podido ver, esta vez hemos encontrado sangre de la víctima. También lo hicimos la última vez, pero no en la misma cantidad. Estamos trabajando a partir de la hipótesis de que fuera asesinado en otro punto del patio y arrastrado hasta el hueco de la

escalera del sótano.

Los bolígrafos rasgaban el papel mientras los asistentes a la reunión tomaban nota de todos los detalles.

–En principio, no creemos que el asesinato tuviera lugar en un piso, pero estamos examinando las escaleras de servicio de los edificios colindantes.

Hizo una breve pausa.

–Parece que el arma del crimen es la misma, o al menos del mismo tipo que la anterior, probablemente una navaja de tipo mariposa. Todavía no la hemos encontrado. Pero las heridas son muy parecidas.

Suhr indicó que tenía algo que decir.

–El médico forense que estuvo en el lugar de los hechos esta mañana está seguro de que Søren Holm no llevaba muerto más de seis horas cuando lo encontraron. Es decir, que todavía estaba con vida a medianoche.

Frandsen se sentó en una silla que estaba apoyada contra la pared y Suhr se hizo con los mandos de la reunión.

–Todavía no hemos hablado con nadie que nos pueda decir cuándo Søren Holm fue visto con vida por última vez, pero creo que podremos despejar esta incógnita a lo largo del día. La comisaría de la City nos asistirá en los interrogatorios de posibles testigos en las diferentes escaleras que dan al patio. Dimos con la mayoría esta mañana –respiró hondo–; nadie ha visto ni oído nada, salvo un joven matrimonio que llegó a casa a eso de las dos de la noche. Metieron sus bicicletas en el cobertizo y se fijaron en una pareja que estaba abrazada. O al menos creen que se trataba de una pareja muy acaramelada. No quisieron molestarlos y se apresuraron a subir por la escalera de servicio de su edificio. No presintieron ningún tipo de turbulencia en el aire, al contrario, les parecieron muy cariñosos, eso fue lo que nos dijeron. Por lo visto, todos los demás inquilinos dormían plácidamente. Nadie sabía nada de un tal Søren Holm ni asoció el nombre con alguien que viva en la zona, lo cual tampoco es de extrañar.

Louise echó un vistazo a su reloj y descubrió que eran las once y cuarto.

Retiró la silla con mucho cuidado, se levantó y se dirigió sigilosamente hacia la puerta.

Los demás salieron del comedor cuando ella se dirigía al cobertizo para coger su bicicleta. Detuvo a Lars Jørgensen y le recordó que, como pronto, podría estar de vuelta hacia las tres de la tarde y que esperaba que pudiera coincidir con la hora de citación de la esposa y las dos hijas de Søren Holm.

–Acordé con Suhr que él las llamaría –dijo Lars Jørgensen–. Al fin y al cabo es él quien tiene que mantenerlas informadas regularmente. Les preguntará si nos podemos pasar ahora para registrar la casa. A lo mejor, Søren Holm tenía su despacho en casa. Sería fantástico que apareciera cualquier cosa que demuestre que estaba trabajando en algo que tal vez nos pueda servir para esclarecer el caso.

–No creo que debas hacerte ilusiones –dijo Louise, y le contó que Søren Holm era el tipo de periodista que o bien trabajaba o bien estaba con su familia.

–Bueno, pero de todos modos tendremos que revisar sus cosas, y luego su mujer y sus

hijas podrían acercarse aquí o nosotros podríamos llevárnoslas de vuelta. Es posible que les apetezca salir un poco de casa. No nos engañemos, lo más probable es que su casa esté asediada por los periodistas.

Louise asintió con la cabeza. Era fácilmente imaginable. Pensó en Camilla.

–Por cierto, Suhr quiere que te encargues tú del interrogatorio de Camilla Lind –dijo Louise.

Lars Jørgensen echó un vistazo a su libreta y asintió con la cabeza.

–Te agradecería mucho que no me involucraras en ese interrogatorio –prosiguió.

–Por supuesto –dijo Lars Jørgensen–. En realidad quería haberla llamado enseguida, pero ahora tendrá que esperar hasta que vuelva de visitar a la familia.

Louise asintió con la cabeza.

–Me voy –dijo, y se colgó el bolso del hombro. Lars Jørgensen la despidió agitando la mano.

Louise se encontró con un hombre del departamento de Criminalística y con una joven frente al Instituto Anatómico Forense. Reconoció al hombre, pero no recordaba su nombre. A la mujer, que llevaba una enorme bolsa en la mano, no la había visto antes. Louise se acercó a ellos y se presentó. El hombre la saludó jovialmente, por lo visto se conocían mejor de lo que ella recordaba a bote pronto.

–Ase –dijo la joven, y le tendió la mano.

Louise le adjudicó unos veinticinco años y le sorprendió que estuviera allí, aunque supuso que acompañaba al experimentado técnico de Criminalística como ayudante. La compadecía un poco. Era una tarea dura hasta que lo habías probado un par de veces. Ase era de constitución delicada y muy pálida. Louise se sentó a su lado y le preguntó si era nueva.

–He trabajado para el departamento en Alborg durante tres años, pero llegué a Copenhague el mes pasado –dijo.

Louise se sorprendió de la firmeza y la fuerza de su voz. No parecía nada frágil, una vez abrió la boca. Se quedaron hablando hasta que se abrió la puerta de cristal y apareció Flemming.

–Bueno, ya está todo listo –dijo el médico forense, y saludó a los tres rápidamente. Lo siguieron escaleras arriba hasta el pasillo de las salas de autopsia. En el distribuidor estaban los vestidores, donde se pusieron los trajes de protección, los chanclos y las mascarillas. Louise también se caló una redecilla sobre su pelo oscuro antes de salir, libreta en mano.

En el mismo instante en que se abrió la puerta del largo pasillo con los boxes de autopsia abiertos, reconoció los olores, tanto el olor clínico como el olor a muerte. Y a contenido estomacal. Respiró hondo un par de veces antes de seguir a los demás hasta la última sala, que era el doble de grande que las demás y que llamaban la sala de homicidios.

Søren Holm estaba tendido sobre la mesa de acero en el centro de la sala, listo para que le realizaran todos los exámenes externos. No lo abrirían hasta que estos hubieran concluido. Louise evitó mirar su rostro, procuró concentrarse en el cuerpo inerte.

Ase desenvolvió una cámara y empezó a fotografiar el cadáver. Mientras tanto, Flemming hacía constar con frases breves los pasos que iba dando y sus conclusiones.

No había nada que saltara a la vista en la parte anterior del cadáver. No había señales de lucha ni de violencia. Ninguna marca extraña, ni tampoco señales de que hubiera intentado defenderse. Se tomaron muestras con bastoncillos y le cortaron las uñas. Cuando finalmente el ayudante le dio la vuelta al cadáver apareció la herida de arma

blanca. A Louise le pareció que era más pronunciada que la que había visto en las fotografías de la nuca de Frank Sørensen. Se acercó para ver mejor. Cuando hubieron repasado todo el cuerpo hasta el más mínimo detalle, lavaron el cadáver con una alcahofa de ducha y una esponja.

–Vamos a hacer una pausa –dijo Flemming, cuando hubo terminado, y avisó de que ya podían abrir el cadáver.

Louise los acompañó hasta el despacho del ayudante. Cayó en la cuenta de que no había reparado en cómo se había manejado Ase allí dentro, pero no parecía, ni mucho menos, afectada.

–Ahora se está poniendo interesante –dijo Flemming–. En cierto modo, la última vez nos lo perdimos.

Louise no sabía muy bien a qué se refería.

–¿Qué quieres decir? –preguntó.

–Hubo varias cosas que salieron mal cuando encontramos a Frank Sørensen –dijo, y les sirvió café a todos–. Al principio creímos que su muerte había sido natural. Supusimos que las lesiones que se había infligido en el cuerpo se debían a caídas sufridas en estado de embriaguez, es decir, que se trataba del tipo de marcas que a menudo encontramos en los alcohólicos cuando caen redondos. Es cierto que las de Frank Sørensen no eran muy pronunciadas, pero olía a alcohol y se había mordido la lengua. Se da a menudo en estos casos. Hasta que encontramos la herida de arma blanca y recibimos los resultados de los análisis no supimos que no tenía ni una sola gota de alcohol en sangre.

–Entonces, ¿por qué olía a alcohol? –preguntó Louise, sorprendida.

Flemming se encogió de hombros.

–Solo su abrigo; por lo visto alguien echó una botella de whisky sobre su abrigo para despistarnos. En cambio, las pruebas demostraron que lo sedaron con GHB, *fantasy* o *easy lay*, como también suelen llamarlo. Es una sustancia que vuelve a la gente muy maleable. Hay tipos que cuando quieren llevarse a una chica a casa contra su voluntad la introducen en su bebida. La víctima pierde sus instintos de defensa.

Todo aquello era nuevo para Louise. Le habían contado que habían drogado a Frank Sørensen, pero no sabía que había sido con esa sustancia.

–Hemos tomado muestras análogas esta mañana y los resultados están en camino –dijo Flemming–. No cabe duda de que la sedación le facilitó el trabajo al asesino. Al fin y al cabo, Frank Sørensen no era precisamente un muñequito, ni tampoco Søren Holm.

A Louise le admiraba que Flemming fuera capaz de guardar las distancias con las personas de las que hablaba. No hacía ni una semana que habían coincidido con Søren al otro lado de la puerta. Entonces, el periodista había insistido en ver a su amigo y ahora era él quien yacía sobre la mesa de autopsia. Louise sintió cómo le subía el ácido gástrico por el tubo digestivo y se apresuró a tomar un sorbo de café al tiempo que se obligaba a pensar en otra cosa.

Se quedaron un rato sin decir nada. Louise contempló el único adorno de la sala, una gran reproducción enmarcada de un mar embravecido. No podía ver a quién pertenecía

la obra, pero sin duda había sido elegida porque los matices del cuadro hacían juego con las cortinas que colgaban a ambos lados de la ventana apaisada.

Cuando volvieron a la primera planta, el cadáver había sido abierto mediante una incisión larga y recta. Ase volvió a sacar su cámara y Louise acercó una silla de oficina alta con ruedas y se sentó de espaldas a la pared. Flemming levantó lentamente los órganos que habían separado en un gran bloque. Los auxiliares habían abierto la región cervical de manera que pudieran apreciar la lesión desde el lateral y medir la profundidad de la herida.

–En la parte superior de la nuca se aprecia una lesión transversal por arma blanca de 2 por 0,5 centímetros –indicó Flemming al técnico de Criminalística.

Louise tomó nota.

–No hay duda de que el asesino utilizó el mismo cuchillo afilado u otro idéntico. Es el mismo tipo de incisión que ha originado una grave lesión en la médula espinal –prosiguió, después de haber examinado la herida minuciosamente. Revisó la incisión con el técnico detalladamente. Todo fue fotografiado y anotado.

Louise pensó que examinando la trayectoria y el ángulo de la incisión podrían deducir la altura aproximada del asesino. También sentía curiosidad por conocer la fuerza empleada en la agresión. Eso les diría algo acerca de la complexión del asesino.

–El arma entró justo por debajo del cráneo, entre la base y la primera vértebra cervical. Si el autor era más bajo que su víctima tuvo que ser una estocada complicada –explicó Flemming finalmente, y los miró–. Pensé lo mismo en el caso de Frank Sørensen, pero presumí que posiblemente ya estaba echado en el suelo cuando lo apuñalaron.

Una vez más, un dato que Louise desconocía, pero supuso que simplemente no la habían puesto al día.

Una hora más tarde habían terminado. Flemming tenía que ponerse con el informe de la autopsia para que estuviera listo cuando su jefe quisiera repasarlo.

–Supuestamente, la causa de la muerte es la lesión producida por arma blanca en la región cervical con sección de la médula espinal –dijo, cuando hubieron echado los monos en un gran saco.

Louise se disponía a irse cuando una señora en bata blanca entró y le pasó una nota a Flemming. El médico forense se apoyó contra la pared y la leyó de refilón. Luego levantó la mirada sin decir nada, mientras reflexionaba.

–Tenemos que volver a entrar –dijo entonces.

Los dos técnicos intercambiaron miradas y lo siguieron.

–¿Qué pasa? –preguntó Louise, mientras pescaba el mono del saco de tela blanca y cogía una nueva mascarilla.

–Lo pincharon –dijo Flemming con los dientes apretados.

Louise lo miró, sorprendida. Era obvio. Era la conclusión de lo que acababan de ver. Esperaba una explicación, pero él la ignoró y volvió junto al cadáver. Los dos ayudantes casi habían terminado de coserlo.

–Tenemos que darle la vuelta –ordenó el médico forense.

El clic resonó en la sala cuando el médico forense encendió la fuerte lámpara sobre la

mesa de acero y la bajó sobre la parte posterior de la cabeza de Søren Holm. Se inclinó sobre él y examinó la herida.

Los demás se acercaron para ver, pero no se atrevieron a arrimarse demasiado por temor a molestar.

–No logro verlo, ¡maldita sea! –dijo, y se incorporó. Se volvió hacia ellos–. El asesino se tomó la molestia de inyectarle una sobredosis.

Louise se dio cuenta de que sus hombros se alzaron hasta las orejas cuando un escalofrío recorrió su cuerpo.

–¿Le puedes clavar una jeringuilla a alguien sin que se resista?

A Louise le costaba imaginárselo.

Flemming se quedó un rato pensando.

–Tal vez. Si la víctima está completamente desprevenida no reacciona instintivamente. Pero si está en guardia, y es bastante plausible creer que Søren Holm lo estuviera, tal vez no exactamente contra esto, pero en guardia en general, resulta difícil.

Los demás asintieron con la cabeza.

–¿Me pregunto si también estaba echado en el suelo cuando le seccionaron la médula espinal? –preguntó Louise, y se acercó a la mesa.

Flemming se frotó la frente antes de contestar.

–Supongo que sí –dijo, y se colocó a su lado–. También es posible que la sustancia fuera inyectada en otro lugar de su cuerpo. Es una posibilidad, desde luego. Pero es probable que el asesino camuflara la marca del pinchazo con la herida profunda, puesto que no la hemos encontrado en otro lugar del cuerpo.

Louise empezó a pasearse por la sala. Pronto tendría que salir a respirar aire fresco.

–Hay que buscar una punzada en la ropa –dijo Flemming a los dos técnicos. No le habían retirado la ropa hasta un momento antes de la autopsia y ahora el departamento de Criminalística tendría que examinarla. Los asistentes asintieron con la cabeza, ya habían envuelto las prendas una por una en bolsas de papel y estaban listas para que se las llevaran.

Cuando se separaron, quedaron en que Ase llamaría a Louise en cuanto hubieran examinado la ropa, para que no tuviera que esperar la llegada del informe oficial.

El sol brillaba cuando Louise le quitó la cadena a la bicicleta y cogió el camino que discurría a lo largo del Fslledparken. Lamentaba no haberse llevado las gafas de sol, pues los fuertes rayos del sol primaveral le herían los ojos tras las últimas horas sometida a una potente luz artificial. Dejó la bicicleta apoyada en el muro trasero de la jefatura de Policía y se apresuró a subir las escaleras. Eran las tres y pocos minutos cuando entró en el departamento. Fue al baño para asegurarse de no estar demasiado despeinada y sofocada. Luego se preparó para hablar durante el resto de la jornada con una familia sumida en un mar de lágrimas.

Llamó a la puerta suavemente antes de entrar en su despacho. Estaba vacío. Le venía de perillas. Así podría prepararse para recibir a los familiares. Se acercó al teléfono para ver si tenía algún mensaje, pero no había ninguno, así que dejó el bolso y el abrigo y

salió en busca de una bebida.

En la cocina estuvo a punto de chocar con la secretaria del jefe de Homicidios.

–La mujer y las dos hijas están en el despacho de Suhr –dijo la secretaria mientras Louise se servía un vaso de agua.

–¿Crees que se alargará mucho? –preguntó.

–No lo creo. Llegaron hace un cuarto de hora.

Lars Jørgensen estaba sentado en el despacho cuando volvió.

–Contraórdenes –dijo cuando Louise se hubo sentado.

Louise se quedó mirándolo, sorprendida.

–Nos vamos a la sede del *Morgenavisen*.

–Pero si la familia ya ha llegado –dijo Louise. No entendía nada.

–Sí, pero Willumsen acaba de pasar por aquí. Quiere realizar el interrogatorio personalmente y no estaba precisamente de humor para aceptar objeciones.

–¿Cuál es el plan? –preguntó Louise, y se acabó el resto del agua de un trago.

–Acabo de hablar con el jefe de redacción, Terkel Høyer. Se encargará de que todo el personal de la redacción de sucesos esté presente cuando lleguemos.

Louise asintió con la cabeza. Eso quería decir que ya no podría evitar a Camilla. Sería una situación de lo más extraña.

–Pondrán una sala a nuestra disposición para interrogar al personal. Por cierto, también acudirán un par de técnicos de Criminalística para registrar el despacho de Søren Holm.

Louise volvió a asentir.

–Es posible que ya se hayan puesto manos a la obra –añadió Lars Jørgensen.

–¿Qué tal estaba el redactor jefe cuando hablaste con él? –preguntó Louise, y recordó lo que Camilla le había contado acerca de su reacción cuando conoció la muerte de Frank Sørensen. Ahora se había producido otra.

–Estaba triste, pero relativamente sereno.

–Tiene que reinar una atmósfera condenadamente tensa en el periódico –dijo Louise–. Dos no son una casualidad.

–No, supongo que no –dijo Lars Jørgensen, preocupado–. ¿Vamos? Nos he conseguido un coche.

Louise se levantó, cogió su bolso y dejó la carpeta con las notas de la autopsia sobre la mesa. Esta noche llegaría tarde a casa. Antes tendría que pasar el examen de Flemming a limpio y luego le esperaban los informes de los interrogatorios que se disponían a realizar en el *Morgenavisen*. Suspiró y cogió su abrigo, que había dejado en la silla de las visitas al llegar.

Enfilaron el pasillo.

–¿Cuánta gente hay en la redacción?

–Hay dos periodistas, Camilla Lind y Ole Kvist, un becario que se llama Jakob y el redactor jefe. Luego está el jefe de grafismo y tres fotógrafos, pero solo dos de ellos están fijos, el tercero es autónomo. No sé si también deberíamos hablar con él –dijo Lars Jørgensen, y le sostuvo la puerta que daba a la calle.

–Me imagino que solo tendremos que hablar con él si resulta que ha trabajado con

Søren Holm después del asesinato de Frank Sørensen.

Aparcaron en Gothersgade y tomaron el camino que bordeaba el parque de Kongens Have. Louise cayó en la cuenta de que no había pensado en comida mientras estuvo en el Anatómico Forense, pero de pronto tenía hambre. Le asombraba que pudiera siquiera tener hambre tan poco tiempo después de una autopsia.

–¿Prefieres tomar notas o hablar? –preguntó Lars Jørgensen mientras esperaban que llegara el ascensor.

Louise se encogió de hombros.

–Turnémonos –propuso–, es duro escribir tanto tan seguido.

Lars Jørgensen asintió con la cabeza.

Al llegar a la segunda planta fueron recibidos por Terkel Høyer. Su rostro estaba ceniciento y reconcentrado cuando les tendió la mano y se presentó.

–Hemos dispuesto la sala de reuniones para vosotros, última puerta de la izquierda –dijo, y señaló.

Le dieron las gracias y se pusieron en marcha. Louise se fijó en que la puerta del despacho de Camilla estaba cerrada. Había estado en la redacción un par de veces antes, pero nunca había coincidido con los compañeros de trabajo de su amiga.

En la sala de reuniones habían dispuesto una caja de refrescos en el suelo y sobre un pequeño aparador había tazas y vasos.

–Nuestra secretaria traerá café y té y solo tenéis que avisar si os apetece cualquier otra cosa. Hemos encargado emparedados para todos, pero no llegarán hasta las cinco.

El redactor jefe retiró una silla de debajo de la mesa elíptica blanca y se hundió un poco al sentarse.

–Es condenadamente difícil –dijo, y suspiró hondo–. Tenemos un montón de páginas por escribir, pero nadie tiene ganas de hacerlo realmente. Es imposible reunir las ganas de escribir cuando tienes que hacerlo sobre un compañero de trabajo.

Louise y Lars Jørgensen asintieron con la cabeza y se sentaron frente a él.

–Hemos dedicado la mayor parte del día a charlar, así que apenas hace una hora que nos hemos puesto a trabajar, y ahora llegáis vosotros.

Abrió los brazos en un gesto de desesperación.

–También tenemos que enviarle flores a su mujer –añadió, sin dirigirse a nadie en especial.

Dejaron que hablara.

Les lanzó una sonrisa de disculpa.

–Naturalmente, quiero que todo el mundo se tome su tiempo para hablar con vosotros, solo que andamos un poco apurados. Uno de los reporteros de noticias de la cuarta planta nos echará una mano hoy, hasta que nos recuperemos un poco. Todos los empleados del diario nos reunimos después del almuerzo y el redactor jefe en funciones nos puso al corriente del asesinato. Es normal que necesitémos hablar después. Aunque también es cierto que todavía no conocemos los detalles.

Louise se preguntó si en realidad no se pondrían a entrevistarse entre ellos, pero se

reprimió y no dijo nada. No era el momento para comentarios sarcásticos.

–Es normal que estéis conmocionados –dijo en su lugar.

–¿Tú eres la amiga de Camilla Lind? –preguntó.

Louise asintió con la cabeza.

–No se encuentra bien. Le hemos ofrecido hablar con un psicólogo –dijo Terkel Høyer, y añadió que se lo habían ofrecido a todo el mundo.

Louise cogió su bolso y sacó papel y bolígrafo. Lo dejó todo sobre la mesa con la esperanza de que su gesto dejara bien claro que estaba allí para trabajar y no para hablar de su amiga. Al tiempo sintió una punzada de mala conciencia. ¿No debería ir al despacho de Camilla y darle un abrazo? No podía ser demasiado divertido para ella aterrizar en medio de todo este lío, especialmente después de la discusión que había mantenido con Søren Holm el día anterior. Y, qué demonios, al fin y al cabo, todo el mundo sabía que eran amigas. Apartó la idea de su cabeza. Debían empezar con los interrogatorios. De momento, tendría que relegar la amistad a un segundo plano.

–¿Por quién queréis empezar? –preguntó Terkel Høyer.

–¿Qué te parece si empezamos por ti? –propuso Lars Jørgensen.

No les había dado tiempo a planteárselo antes de empezar, pero Louise se apresuró a asentir con la cabeza.

–Muy bien, permitidme que antes avise a los demás –dijo el redactor jefe, y salió al pasillo. Cuando volvió, se acomodó en una silla y los miró, expectante.

Camilla volvió a borrar la introducción y emprendió el tercer intento. Tenía la cara hinchada por el llanto. Tenía que hacer un retrato de Søren Holm, pero cada vez que se ponía manos a la obra le parecía que sonaba como un párrafo sacado del libro oficial de biografías y necrológicas de Krak. Quería imprimirle más vitalidad, pero ¿cómo? Tenía los datos fácticos delante: cuándo se licenció en la Facultad de Periodismo, dónde había estado empleado y cuándo se casó y tuvo a su primera hija. Sin embargo, no era capaz de reconocer a su compañero en lo que escribía.

Descansó la cabeza en las manos e intentó evocar una imagen de su compañero, pero en vano. Había encontrado un artículo en la revista del personal y había pensado tirar un poco de él, pero no funcionaría mientras no fuera capaz de sentirlo. Cada vez que lo intentaba, revivía su encontronazo. Le inundaban los sentimientos negativos y le sobrevenía inmediatamente la mala conciencia. Sintió cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Había estado furiosa con él, convencida de que toda su cháchara acerca del peligro que la acechaba estribaba simplemente en que quería quedarse con la historia en lugar de compartirla con ella. Lo primero que pensó cuando supo que había muerto fue que lo había dicho en serio.

Lo volvió a intentar: El periodista Søren Holm trabajó durante más de diecisiete años en el *Morgenavisen*, escribió. Se quedó mirando un rato esa única línea, completamente desalentada. Amusgó los ojos y sacudió la cabeza. No podía, no tenía fuerzas para una última tentativa, y en su lugar cerró el documento y salió para hablar con Terkel Høyer y decirle que tendría que encargarle el artículo a otro compañero. Prefería escribir algo concreto sobre lo sucedido. Le resultaba más fácil abordarlo desde ese ángulo.

La puerta de su despacho estaba cerrada. Camilla llamó y esperó, pero al ver que no contestaba la abrió con cautela y descubrió que el despacho estaba vacío. En ese mismo momento apareció Ole Kvist.

–Está reunido con la policía –dijo.

Camilla se sorprendió al ver que su colega parecía completamente impasible. También lo había parecido durante la reunión que habían celebrado unas horas antes. Camilla conjeturó que tal vez él y Søren Holm habían competido en algún momento por convertirse en la estrella del diario y que Søren había salido vencedor. Quizá la pérdida no fuera tan grande para Ole Kvist.

–¿Qué te traes entre manos? –preguntó Camilla, antes de que Ole Kvist se metiera en su despacho.

–Estoy intentando encontrar a alguien que viera a Søren ayer por la noche. La policía no suelta prenda, así que no es fácil cuando tienes que quedarte aquí encerrado –dijo,

malhumorado—. Sin duda me ayudaría poder acercarme a Vestergade y hablar un poco con los vecinos.

Camilla le dio la razón. Volvió a su despacho para ver si tenía una moneda de diez coronas para una cola. Luego chequeó si había aparecido algún nuevo dato acerca del asesinato en la página de la agencia de noticias Ritzau. Habían contado con que el jefe de Homicidios convocaría una rueda de prensa, pero cuando Terkel Høyer habló con él a primera hora de la tarde le dijo que no había tiempo para ello. Así pues, tendrían que tener los ojos bien puestos en la página de la agencia de noticias. Iría sacando notas de prensa regularmente, a medida que hubiera noticias sobre el caso.

Estaba mirando por la ventana cuando llamaron a la puerta. Había repasado mentalmente todo lo que Søren Holm le había dicho el día anterior. Había intentado dar con Birte Jensen. Necesitaba hablar con alguien, preguntar qué demonios estaba pasando y saber si Søren la había llamado. Sin embargo, Birte Jensen no le había devuelto la llamada.

Miró hacia la puerta cuando volvieron a llamar y dijo:

—¡Adelante!

Un hombre alto asomó la cabeza y se presentó como Lars Jørgensen, del departamento de Homicidios de la Policía.

—Nos gustaría hablar contigo —dijo, y esbozó una sonrisa.

Camilla sintió un cosquilleo en el estómago al levantarse. Nunca la habían interrogado. Había escrito sobre interrogatorios un montón de veces, pero ahora le había tocado a ella. Lo acompañó hasta la sala de reuniones, pero se detuvo en seco al ver a Louise.

—Hola —dijo con voz insegura, y la saludó con un gesto de la cabeza. Verla fue una sensación al tiempo familiar y extraña.

—Hola.

Louise sonrió y le indicó que se sentara.

—¿Me dejáis que antes le diga una cosa a mi jefe? —preguntó Camilla, y se sonrojó al darse cuenta de que sonaba raro. En lo más profundo de su estómago sintió cómo se propagaba la sensación de inseguridad. Le sorprendió su propia reacción. De momento, no había nada desagradable en la situación y, sin embargo, se sentía incómoda.

—Adelante —dijo Lars Jørgensen.

En cierto modo, estaba preparada para que él la siguiera, pero no lo hizo.

—¡Maldita sea! —dijo Louise cuando su amiga hubo salido—. Está a punto de derrumbarse.

Lars Jørgensen asintió pensativo con la cabeza, como si estuviera interiorizando el aspecto de Camilla Lind.

—Ayer tuvo un encontronazo con Søren Holm, solo quiero que lo sepas, por si ella misma lo saca a colación —dijo Louise—. Evidentemente, ella no lo hizo, pero puedo imaginarme que es por eso por lo que está destrozada —se apresuró a añadir, aunque su comentario sobraba.

Camilla volvió a la sala y se sentó frente a ellos.

—Ayer Søren Holm me echó un rapapolvo —empezó diciendo, antes de que le diera

tiempo a Lars Jørgensen a preguntarle su nombre y su número de identificación personal.

Louise le sonrió. No podía evitar regodearse por la manera directa que tenía su amiga de atacar las cosas; y además le resultaba reconfortante que se dirigiera a Lars Jørgensen y no a ella.

Cuando Camilla hubo terminado de contarles lo que Søren Holm le había dicho, las lágrimas corrían por sus mejillas. Las retiró y se disculpó.

–Me resulta condenadamente extraño. Ayer estaba furiosa con él porque me parecía que estaba exagerando. Bueno, tú ya lo sabes.

Volvió la mirada hacia Louise.

–Me desperté en mitad de la noche porque seguía furiosa por lo injusto que estaba siendo conmigo al pretender promocionarse a sí mismo. Y mientras yo estaba echada en mi cama maldiciéndole, lo asesinaron.

Camilla se derrumbó. El llanto provenía de algún lugar profundo de su cuerpo y se abría camino con hondos sollozos.

Louise se levantó y cogió su bolso. Sacó unos pañuelos de papel y los dejó frente a Camilla, al tiempo que le daba una palmadita cariñosa en el hombro.

–Tenía razón –farfulló su amiga, a la vez que luchaba por reprimir el llanto–. ¿Qué demonios está pasando?

Los miró con los ojos enrojecidos, sacó un pañuelo del paquete y se sonó la nariz.

Louise y Lars Jørgensen esperaron hasta que Camilla volvió a estar lista para seguir.

–Suenan como una frase de una mala película de serie B, pero me podían haber seccionado el nervio central a mí.

Sus lágrimas volvieron a correr.

Louise sintió un nudo en el pecho. Esa posibilidad también se le había pasado por la cabeza.

–No creo que se deba ver de esa manera –dijo Lars Jørgensen, en un intento de consolarla. Luego le pidió que repitiera todo lo que Søren Holm le había dicho. Camilla no recordaba nada, más allá de que su compañero consideraba que era demasiado peligroso para ella andar fisgoneando por ahí.

–Lo único que pretendía era que me mantuviera al margen –dijo Camilla finalmente.

Louise apartó la mirada. Esto era demasiado personal.

–Tu jefe acaba de contarnos que Søren Holm disponía de buenas fuentes en la policía, también entre los altos cargos del cuerpo, pero parece que tú sospechabas que estaba irritado porque habías conseguido una nueva fuente, una subinspectora de la Brigada Criminal. No creo que le pudiera molestar si él mismo estaba en contacto con la subinspectora, ¿no te parece?

Lars Jørgensen hablaba pausadamente, como si temiera que, de no hacerlo, ella no sería capaz de seguirlo.

–Pues sí, así es, yo tampoco lo entiendo –dijo Camilla, y sacudió la cabeza.

–¿Te dijo qué era eso tan peligroso para que no quisiera que te entrometieras? –preguntó Lars Jørgensen.

–La verdad es que no. Simplemente me dijo que estaban sucediendo cosas cuyo

alcance nadie conocía.

Camilla intentó recordar.

–Tenía que ver con el caso de narcotráfico que estaba siguiendo.

Camilla parecía haberse perdido en cavilaciones. Lars Jørgensen esperó pacientemente a que ella estuviera lista para seguir.

–Cuando supe lo que había ocurrido fue como si alguien presionara el botón de *delete*. No consigo recordar lo que me dijo. Y eso que estuve dándole vueltas en mi cabeza desde la bronca, pero de pronto me pareció todo muy lejano.

–¿Qué te contó la subinspectora Birte Jensen ayer, cuando te reuniste con ella? –preguntó Lars Jørgensen.

–Quería que la ayudara a averiguar dónde vive Klaus West.

Lars Jørgensen y Louise intercambiaron miradas.

–¿Tienes idea de cómo sabía Søren Holm que habías estado en la jefatura de Policía? –preguntó Lars Jørgensen.

Camilla negó con la cabeza.

–No, no tengo ni idea. Fue muy desagradable. Me sentí espiada y me lo tomé como un rapapolvo por haber invadido su terreno.

Louise lo comprendía, pero también sabía que estas cosas solían provocar tremendamente a Camilla.

Tomó notas mientras su amiga les hablaba de su visita al Kongens Bar, donde se habían encontrado con Klaus West y Nieve. Camilla también mencionó el ramo de flores y contó cómo la había abordado el Finlandés.

Lars Jørgensen levantó la mano para que se detuviera un momento.

–¿Por qué te andaba buscando? –preguntó–. Le habías facilitado tu número de teléfono, ¿no hubiera sido mucho más sencillo llamarte?

Se quedaron un rato sin decir nada.

–Sí –dijo Camilla–, pero no se lo pregunté. A lo mejor pretendía asustarme. No quería que fuera por ahí preguntando por él, eso fue lo que me dijo.

Camilla se encogió de hombros y meneó cansada la cabeza.

–Es posible –dijo Lars Jørgensen, y le pidió que prosiguiera.

Cuando hubieron repasado una última vez el curso de acontecimientos relacionados con Søren Holm acordaron que Camilla acudiría a la jefatura de Policía al día siguiente para firmar el informe. Una vez que todo quedó claro se quedaron un rato sin decir nada.

–¿Quién escribirá sobre el nuevo asesinato? –preguntó Louise, y miró a su amiga.

–Todos haremos un poco. Pero me siento completamente vacía.

Se pasó las manos por el pelo. Parecía exhausta e infeliz.

–Estoy pensando más a largo plazo –prosiguió Louise–. Espero que seáis lo bastante sensatos para tomároslo como una advertencia.

Camilla volvió a encogerse de hombros.

–No lo hemos hablado –se enderezó un poco–. Pero supongo que no debemos permitir que nos cierren la boca por miedo. No hay que tolerar que asesinen a la gente solo porque quiera contar lo que está pasando.

Asomó una expresión porfiada en su rostro.

–Sería absurdo.

–Lo que sí que es absurdo... –intentó decirle Louise, pero su amiga la interrumpió.

–No vivimos en una república bananera donde te pueden cortar la cabeza si rompes el silencio. Me parece que si hay alguien que tiene tanto en juego como para estar dispuesto a asesinar para mantenerlo en secreto, es importante investigarlo.

Louise vio con el rabillo del ojo que Lars Jørgensen se disponía a decir algo. Se apresuró a adelantarse para que no dijera nada capaz de provocar a Camilla y que pasase a considerar los dos homicidios como un asunto personal que debía investigar a fondo.

–Muy bien, creo que esto es todo –dijo, y se levantó. Lanzó una mirada a Lars Jørgensen queriendo decirle que hiciera lo mismo. Cuando llegaron a la puerta, rodeó los hombros de Camilla con el brazo y le prometió que la llamaría aquella misma noche.

–Calculo que acabaré tarde –dijo, cuando Camilla le preguntó si no podía pasarse en lugar de llamarla.

–De acuerdo, pero pasa por mi despacho a decirme adiós cuando os vayáis. Y si me voy antes que vosotros, nos llamamos.

Camilla volvió a su despacho.

Louise y Lars Jørgensen cerraron la puerta de la sala de reuniones.

–Perdona que te haya interrumpido.

Louise se sirvió un agua mineral con gas.

–Pero tenía miedo de que de pronto empezara a considerarlo su caso personal y quisiera averiguar por qué han sido asesinados los dos periodistas.

Lanzó una leve sonrisa a su compañero.

–Es terrible cuando se obceca, porque es incapaz de detenerse.

–Me lo puedo imaginar –dijo Lars Jørgensen–. Os parecéis.

Louise lo miró un instante. Nunca lo había pensado, al menos no de aquella manera.

Se quedaron charlando un rato antes de llamar al siguiente.

–La cuestión es si esto seguirá. Me imagino que tampoco debe de haber tantos reporteros de sucesos a los que quitarles la vida para detener una investigación periodística –dijo Lars Jørgensen.

Louise se encogió de hombros.

–No cabe duda, desde luego, de que el caso de narcotráfico constituye el meollo del asunto –dijo Louise, pensativa–. Los narcotraficantes no acostumbran a mostrarse demasiado escrupulosos y delicados, así que nos podemos esperar cualquier cosa. Pero West no puede haber perpetrado el último asesinato personalmente, porque cuando se cometió, estaba encerrado en la prisión de Vestre. Deben de haber descubierto que Søren Holm sabía algo. ¿Qué diablos puede ser lo que sabían esos dos? Al fin y al cabo, hay más periodistas que cubrían el juicio, y ellos no han sufrido amenazas. Estoy convencida de que sabían algo.

Lars Jørgensen asintió con la cabeza.

–Parece muy probable.

–¿No deberíamos convocar a todos los periodistas que escriban o hayan escrito sobre

el caso, ya fuera en un reportaje o porque cubrían el juicio? A lo mejor tienen alguna idea de lo que esos dos pueden haber averiguado que resulte tan amenazante para los capos.

Louise lo miró expectante.

Lars Jørgensen volvió a asentir con la cabeza, pero Louise se dio cuenta de que no estaba del todo por la labor.

–¿No crees que ya habrá hablado alguien con ellos? –contestó.

–Es posible.

Louise se preguntó si podía esperar a la reunión de la tarde, pero no estaba segura de que les diera tiempo a volver para participar en ella, y si todavía no disponían de una lista, a lo mejor Terkel Høyer podía echarles una mano. Seguramente conocía a la competencia, al menos en los dos grandes periódicos.

Louise se levantó y se acercó al teléfono que había sobre el aparador, al lado de la bandeja con café y tazas.

Llamó a la centralita de la jefatura de Policía y preguntó por el comisario Willumsen.

–Espera un momento. Voy a ver si han elaborado una lista con los demás periodistas – dijo Louise, dirigiéndose a Lars Jørgensen–. Aquí Louise Rick –dijo cuando el comisario se puso al teléfono.

–Buenos días.

–Lars Jørgensen y yo estamos en la sede del *Morgenavisen*.

–Lo sé –la interrumpió Willumsen.

Louise lo ignoró.

–Se nos ha ocurrido que tal vez habíais elaborado una lista con los demás periodistas que han trabajado en el caso de narcotráfico, es decir, una lista de todos los que cubren la misma temática que Søren Holm y Frank Sørensen.

Louise sabía que se arriesgaba a que Willumsen se enojara: era tan fácil venir de la calle y decirle a los demás cómo deberían haber manejado las cosas.

–Hemos hablado con un par de ellos. Pero es una buena idea elaborar una lista con todos los que están involucrados en el caso. Hasta ahora, habíamos trabajado a partir de la premisa de que el móvil del crimen residía en algo en lo que estaba trabajando Frank Sørensen. Pero ahora parece que las cosas se han concretado un poco más. Con dos cadáveres no podemos decir que se trate de una cuestión personal. Es más probable que haya que buscar el motivo en el caso en el que ambos estaban trabajando, el de narcotráfico.

Acordaron que Louise le pediría a Terkel Høyer que elaborara una lista con los nombres y Willumsen pondría a alguien a llamar a los periódicos, y tal vez también a las televisiones, añadió. A estas alturas, estas cubrían casi tantos sucesos como los diarios.

Eran las ocho y media cuando terminaron los interrogatorios en el periódico. Terkel Høyer les había entregado una lista con los nombres de algunos colegas. No era demasiado larga. Al fin y al cabo, no había tantos que escribieran regularmente sobre sucesos, tal como habían hecho Søren Holm y Frank Sørensen. Naturalmente, había unos cuantos diarios locales que enviaban a gente si el caso estaba relacionado con su

comarca, les explicó Terkel al darles la lista. Pero también había muchos diarios que simplemente se bajaban resúmenes de la agencia de noticias Ritzau cuando escribían sobre un juicio.

–¿Qué haréis ahora? –preguntó Louise, cuando se hubieron sentado en el despacho del jefe de redacción.

–Ahora mismo nos centraremos en que uno de nuestros periodistas ha sido asesinado, naturalmente –contestó Terkel.

Louise se sorprendió pensando si a él le pasaría lo mismo con una historia que a ella cuando estaba inclinada sobre un cadáver. Al fin y al cabo, en eso consistía su trabajo. ¿Seguiría siendo una buena portada, aun tratándose de un colega? Sin embargo, de su semblante dedujo que no era así.

–Estuve reunido con la dirección hace un par de horas y discutimos si deberíamos dejar de escribir sobre este caso por respeto a los familiares de Frank y Søren. Pero todos estuvimos de acuerdo en que mostraríamos más respeto si seguíamos adelante. Ellos nunca se habrían detenido, así que nosotros tampoco lo haremos. Pero sabe Dios lo difícil que es pedirle a la gente que escriba con el corazón.

Louise lo compadecía.

–Fue difícil escribir sobre Frank Sørensen, y no me resulta más fácil al tratarse de un colega estimado que llevaba en el periódico diecisiete años.

Levantó las manos y se frotó la cara varias veces, hasta que sus mejillas enrojecieron.

–¿A quién pondrás a escribir sobre el caso a partir de ahora? –preguntó Lars Jørgensen. Louise sintió cómo se tensaban sus músculos.

–Yo mismo lo haré –contestó Terkel–. No puedo pedírselo a nadie más. Tanto Frank como Søren eran amigos míos, y la verdad es que no puedo permitirme perder a nadie más de la redacción –dijo, y se obligó a sí mismo a sonreír.

Louise le devolvió la sonrisa para aligerar la tensión.

Terkel Høyer se quedó mirándola con insistencia.

–Tienes que ayudarme con Camilla. Tenemos que conseguir que se mantenga al margen del caso.

El redactor jefe había vuelto a ponerse serio.

–Ella sigue sus instintos. Cuando vislumbra una buena historia, va a por ella –dijo Terkel Høyer, preocupado.

Louise estaba de acuerdo, pero aun así sentía que tenía que defender un poco a su amiga.

–De todos modos, parece que esta vez se ha llevado un buen susto –dijo.

Terkel Høyer asintió con la cabeza.

–En cierto modo, espero que así sea.

–¿Conoces a la subinspectora Birte Jensen? –preguntó Louise.

–Solo un poco.

–Fue ella quien le pidió a Camilla que se metiera en el caso. A lo mejor deberías contarle que Camilla ya no trabaja en él. Solo para que quede claro entre los dos.

–Tienes razón. Hablaré con ella –dijo.

Cuando se metieron en el coche, Louise sacó su móvil y le envió un SMS a Camilla en el que le decía que la llamaría en cuanto estuviera de vuelta en el despacho. No tenía ganas de hablar con ella mientras Lars Jørgensen estuviera tan cerca.

–Por cierto, ¿tienes hijos? –preguntó Louise en el camino de vuelta.

Se había fijado en que su compañero llevaba alianza, pero nunca le había preguntado por su familia.

–Dos niños –dijo, y sonrió–. Gemelos. Tienen tres años.

Louise lo miró, sorprendida. Nunca se le había ocurrido que pudiera tener hijos tan pequeños. En realidad, no se había imaginado nada que tuviera que ver con la vida privada de su compañero.

–¿Cómo conseguís conciliarlo con tus horarios de trabajo? –preguntó, curiosa, mientras lo contemplaba de perfil.

–Mi mujer es ama de casa –contestó él, y se quedó un rato pensando si le apetecía contarle algo más a su compañera–. Nuestros hijos son de Bolivia. Ella dejó su trabajo cuando viajamos allí para recoger a los niños y desde entonces se encarga de ellos.

Louise reprimió una exclamación. Le parecía muy exótico que tuviera niños sudamericanos y estaba sorprendida de que fuera padre adoptivo. No sabía por qué, pero la noticia la cogió por sorpresa.

–Vaya –dijo, mientras intentaba imaginarse cómo una familia de cuatro miembros podía vivir del sueldo de un policía. Pero fue lo bastante discreta para callárselo–. Fantástico –dijo, en su lugar.

Lars Jørgensen asintió con la cabeza y sonrió.

–Voy a parar un momento para comprar provisiones para más tarde. No podemos sentarnos a pasar todo esto a limpio sin tener nada para endulzar las horas.

Lars Jørgensen aparcó frente a un quiosco y entró. Louise se perdió en cavilaciones. Dio un respingo cuando de pronto empezó a sonar su móvil.

–Louise Rick –dijo sin mirar la pantalla.

–Cuando volví a casa me encontré un mensaje –dijo Camilla, sin más rodeos.

–¿De quién?

Louise se inclinó hacia delante y revolvió el bolso buscando su libreta en un acto reflejo.

–Del Finlandés. Quiere que nos reunamos a las once en el Café Svejik.

Su voz sonaba estridente de pura excitación. El Svejik era el bar que Louise y Camilla solían frecuentar cuando tenían ganas de tomar una cerveza. Con el tiempo, el propietario se había convertido en su amigo. Se preocupaba de que reinara un ambiente desenfadado en su local y además su cerveza checa sabía a gloria.

–¿Cómo demonios sabe que me gusta ese lugar? –resonó la voz chillona de Camilla a través del teléfono.

–No lo sabe, pero es lógico que proponga ese bar si vives en Frederiksberg –contestó Louise, aunque sabía que era un argumento un tanto frágil–. ¿Cuándo recibiste el mensaje?

Eso le interesaba más.

Lars Jørgensen volvió, pero presintió que había sucedido algo, así que esperó a poner el coche en marcha hasta que Louise acabara de hablar.

–Lo había deslizado por el buzón de mi puerta.

–No piensas reunirte con él, ¿verdad? –preguntó Louise.

Se hizo el silencio.

–¿Verdad? –repitió Louise, esta vez más alto.

–La gente cae como moscas a mi alrededor –contestó su amiga–. Ahora por fin hay alguien que tal vez sepa qué es lo que está pasando. No me queda más remedio que enterarme de lo que tiene que decirme.

Louise resopló. Se lo había temido. Cuando Camilla se encaprichaba con una buena historia, primero se volvía completamente loca y ponía todos los sentimientos en juego, pero en cuanto conseguía abrir una brecha se tornaba fría como el hielo y la perseguía con determinación.

–Ya hay dos muertos, tal vez sería una buena idea mantener un perfil bajo, ¿no te parece? –le espetó.

Lars Jørgensen la miraba con curiosidad.

–Un momento –dijo Louise a Camilla.

Le contó brevemente a Lars Jørgensen de qué se trataba. Primero, su compañero sacudió la cabeza con fuerza y trazó una línea en el aire con el dedo para subrayar que ni hablar, que Camilla no podía acudir a la cita. Pero luego recapacitó. Louise se dio cuenta de que se arrepentía. Sintió cómo se le erizaba el vello.

–¿Hola? –gritó Camilla.

–Un momento.

–¿No crees que deberíamos valorarlo en el departamento? Tal vez sea una buena idea enterarnos de lo que tiene que decir ese tal Finlandés –propuso Lars Jørgensen.

Louise lo miró encolerizada, consciente de que Camilla había oído lo que acababa de decir su compañero.

–Entenderás que tengo que saber qué quiere –dijo Camilla con énfasis, antes de que Louise pudiera decir nada–. No creo que pase nada por hablar con él.

–Ya hablaremos. Te llamaré cuando hayamos tenido tiempo de comentarlo. Y tú no irás a ninguna parte sin que antes te hayamos dado el visto bueno.

Louise esperaba que sus palabras no hubieran caído en saco roto.

Había gente en todos los despachos cuando volvieron a la jefatura. Eran las nueve y media y todavía había muchos informes que escribir. Tres agentes de la comisaría de la City habían tomado su despacho, pero se levantaron en cuanto Louise y Lars Jørgensen entraron por la puerta. El departamento no tenía capacidad para albergar a tanta gente a la vez. No había suficientes ordenadores.

–Hay bocadillos en el comedor –dijo uno de ellos, mientras recogía sus carpetas.

Louise sonrió y le dio las gracias, le parecía que estaba demasiado cansada para comer, pero decidió, a pesar de todo, proveerse de bocadillos. Pasarían muchas horas hasta que pudiera volver a casa, y tal vez así recuperaría un poco de energía.

Cogió un bocadillo para cada uno y dejó un plato frente a Lars Jørgensen.

–¿Dónde está Willumsen? –preguntó a un agente de la Policía Judicial.

–Vendrá pronto. Han traído a Klaus West para interrogarlo.

–¿Qué dice?

Louise dio un mordisco al bocadillo y se dispuso a escuchar lo que tenía que decirle el agente.

–Niega cualquier implicación en los dos asesinatos. Su abogado sigue sin permitir que hable, y no tenemos nada más que imputarle. Solo las mismas sospechas de siempre. Es muy probable que tenga algo que ver con el caso de narcotráfico, pero no tenemos nada que lo vincule con los dos asesinatos, más allá del testimonio que confirma que estuvo en el hotel el día del asesinato de Frank Sørensen.

–Un solo testimonio no es mucho –dijo Louise, abatida.

–No sé qué decirte. Cuando el testimonio proviene de un miembro del cuerpo de policía tiene más fuerza en un juicio que si es el de un testigo civil.

–Obviamente, pero es imposible que haya cometido el último asesinato, y si ambos fueron perpetrados por la misma persona es muy probable que tampoco sea el autor del primero.

–Es precisamente el argumento que su abogado defensor ha utilizado para asustar a Suhr que, por lo visto, a estas alturas, está dispuesto a soltarlo.

Louise se bajó las cremalleras de las botas y se las quitó. Se sentó en una silla de oficina y recogió las piernas sobre el asiento.

–Tiene que haber algo que se nos escapa. ¿Qué hay de su socio, Nieve, o mejor dicho, Michael Danielsen, que es como se llama en realidad? ¿Podría ser él el autor de los asesinatos?

–Lleva aquí casi todo el día. Tiene una coartada. Pero claro, pueden haber pagado a alguien para que cometiera los asesinatos.

–Tiene que haber alguien dispuesto a hablar, ¡maldita sea!

El Finlandés, se le ocurrió. Tenían que traerlo a comisaría para someterlo a un interrogatorio. Si realmente sabía tanto, tenían que saber qué era.

Louise intentó concentrarse. Descubrió que Willumsen había aparecido en la puerta y lo saludó con un gesto de la cabeza.

–¿Qué ha dicho West cuando le habéis contado que fue visto en el hotel aquella noche? –preguntó.

Willumsen entró en el despacho y se sentó en la estantería baja que había al lado de la puerta.

–Que no estuvo. Sostiene que ni siquiera estaba en el país, que no volvió hasta el lunes. Pero por lo demás no dice nada. John Bro teme que se le ocurra decir algo y que empiece a cambiar su declaración; porque de hacerlo lo pillaríamos, no lo dudes.

El comisario de la Brigada Criminal parecía exasperado y estaba manifiestamente irritado porque tuvieran que enfrentarse precisamente a ese abogado. Los casos de asesinato ya eran de por sí complicados.

Louise se quedó pensativa.

–¿Cómo sabemos que es cierto que no estaba en el país?

–Tiene un billete de avión de ida y vuelta a Londres. Hemos consultado con SAS y ellos confirman que hay un pasajero que embarcó con ese nombre. Nadie recuerda su aspecto, pero dicen que no había nadie que destacara entre los pasajeros.

Eso excluye a Nieve, pensó Louise, y recordó el pelo blanco del hombre.

–Parece que la coartada es buena –prosiguió el comisario–. También tiene un recibo de un taxi desde el aeropuerto hasta Kongens Nytorv.

–Si no, lo ha planificado a las mil maravillas –comentó Lars Jørgensen desde el otro lado de la mesa–. Si tuvo en cuenta de antemano que necesitaba a alguien que le cubriera las espaldas para que su coartada colara.

Los demás estuvieron de acuerdo con él.

–Birte Jensen dice que acordó con Frank Sørensen que podría acudir al Royal Hotel aquella misma noche.

–¿Es posible que Klaus West se asegurara una coartada porque estaba involucrado en la entrega que tuvo lugar en el hotel? –preguntó Louise.

–Es muy posible.

Willumsen asintió con la cabeza con un gesto de aprobación hacia ella.

–Birte Jensen se lo encontró en el hotel el sábado por la noche, mientras dirigía la operación. No hablaron, pero estuvieron a punto de chocar en la planta baja, cerca de la salida al patio.

Se hizo el silencio en el despacho, cada uno estaba concentrado en sus propios pensamientos. Louise decidió que lo mejor sería hablarles de Camilla y del mensaje que había recibido del Finlandés. El encuentro tendría lugar en menos de una hora.

–Un momento, voy a buscar a Suhr –se apresuró a decir Willumsen.

La bola de nieve empezaba a rodar. Por un lado, se arrepentía de involucrar a su amiga aún más en el caso, pero por otro no tenía más remedio que hacerlo. Si no, Camilla

seguiría adelante por su cuenta y eso era demasiado arriesgado.

Suhr entró en el despacho con la cara roja como un tomate. Saludó brevemente a todos y se colocó detrás de Louise, que tuvo que volverse para mirarlo.

–¿De qué va todo esto? –preguntó el jefe de Homicidios, y fijó la mirada en su frente.

Louise volvió a contarle todo desde el principio mientras él rezongaba.

–Tenemos que ir –dijo, y empezó a mecerse de un lado a otro. De no haberlo conocido, Louise habría jurado que estaba a punto de desplomarse, pero no era más que una muestra de que estaba concentrado.

–No podemos revelar que Camilla ha hablado con la policía –dijo Louise, e intentó atrapar la mirada de Suhr.

–Pero lo ha hecho –contestó él, todavía con la mirada clavada en la frente de Louise.

Louise giró la silla de manera que le diera la espalda.

–No, me lo ha contado a mí porque soy su amiga.

–Hummm –volvió a gruñir Suhr–. Entraremos y lo cogemos en cuanto se hayan sentado.

–No –dijo Louise con rotundidad–. ¿Estás loco?

Volvió a girar la silla y lo miró, encolerizada.

Por fin él la miró directamente a los ojos.

–También es demasiado peligroso si no hacemos nada –contestó.

Louise le dio la razón.

–Birte Jensen lo conoce, por lo que tengo entendido. ¿Por qué no le pedimos a ella que hable con él? –interrumpió Lars Jørgensen.

Louise sabía que Suhr no estaba dispuesto a esperar hasta que hubieran podido organizar una reunión entre Birte Jensen y el confidente.

–O si no, podríamos ponerle un micrófono a Camilla y esperar a cogerle hasta que ella se haya ido –propuso Louise, y se ofreció para encargarse de la escucha.

Suhr posó una mano sobre su hombro.

–Eso es lo que haremos.

La decisión fue tomada con tal rapidez que Louise tuvo la sensación de que ese había sido su plan desde un principio. Simplemente había esperado a que ella misma lo propusiera para así asegurarse su conformidad. Muy hábil, pensó, pero no tenía ganas de sentirse engañada. Ella también quería oír qué tenía que decir el Finlandés.

–Pongámonos en marcha. Llama a Camilla Lind –le dijo a Louise–. Tiene que llevar el micrófono antes de salir de casa.

–¿Y qué pasa si se niega? –preguntó Lars Jørgensen, cuando los demás se hubieron marchado.

–No lo hará.

Louise asintió convencida con la cabeza y levantó el auricular.

–No le va a gustar, pero tampoco está dispuesta a perderse nada –explicó Louise.

Lars Jørgensen sonrió y sacudió la cabeza.

–¡Una mujer curiosa!

–Hola, Camilla, soy yo. Te acompaño.

Louise intentaba ponerse las botas al tiempo que hablaba.

–¿Qué quieres decir? ¡No puedes acompañarme, joder!

–No estaré físicamente allí. Te pondremos un micrófono y escucharemos lo que quiere decirte –dijo, con la esperanza de que Camilla sentiría tal alivio al ver que Louise no insistía en cogerla de la mano que, al final, aceptaría la otra alternativa.

Se hizo el silencio mientras su amiga se lo pensaba.

–¿Dónde piensas estar mientras tanto? –preguntó.

–No lo sé, tal vez detrás o afuera, en una furgoneta.

–Se dará cuenta –exclamó Camilla.

Louise presintió que su amiga se estaba poniendo nerviosa. Tenía que convencerla de que estas cosas no se descubren.

–¿Cómo quieres que lo descubra? –replicó.

–Seguro que la mierda esa empieza a crujir o algo así.

–Eso solo pasa en las películas. No se dará cuenta de nada. No podrá ver ni oír el micrófono. Pero tenemos prisa. Iré a tu casa ahora mismo y te lo pondremos.

Decidió que lo mejor sería decir cuanto menos mejor, para que Camilla no se pusiera demasiado nerviosa.

–¿Y qué pasará si te ve? Nunca se sabe. A lo mejor está esperando en la calle.

–Iré sola. Me llevaré un par de revistas, podría perfectamente ir a tu casa para devolvértelas, y luego me marcharé enseguida. Nos vemos en un rato –dijo, y colgó.

–Muy bien –dijo Lars Jørgensen–. Coge el coche –le lanzó las llaves–. Suhr ha enviado dos hombres al Café Svejk para ver dónde os podéis colocar. Llámalos cuando salgas de casa de Camilla.

Louise se detuvo en Gammel Kongevej para comprar dos revistas femeninas que dejó en el asiento de delante. Luego se dirigió a casa de Camilla y aparcó frente a su escalera. Cogió las revistas de manera que estuvieran a la vista de todo el mundo y se abstuvo de mirar a su alrededor. Se fue directamente hacia la puerta y llamó, y cuando apenas había puesto el dedo en el timbre se oyó el zumbido de la cerradura. Subió las escaleras de dos en dos y notó cómo la cajita con el micrófono saltaba en su bolsillo.

–Hola –gritó Camilla al verla.

–Hola. Entra. Tenemos prisa.

Louise se había quedado sin aliento cuando entró en el vestíbulo, no solo porque había subido las escaleras corriendo sino también porque el nivel de adrenalina había aumentado considerablemente.

Se apresuró a retirar el precinto amarillo del pequeño micrófono y lo pegó en el pecho de Camilla. Era del tamaño de una moneda de dos coronas y no mucho más grueso. Luego fijó el pequeño transmisor en la parte interior de la pretina de su falda.

–¿Es eso todo? –preguntó Camilla, sorprendida–. ¿Nada de cables?

–No –dijo Louise, y sacudió la cabeza. Aprovechó para garantizarle a su amiga que el micrófono no se despegaría–. Y acuérdate de hacer todas las preguntas pertinentes.

Camilla alzó los ojos.

–¿Qué demonios te has creído? –se rio, y meneó la cabeza–. Todavía no me he vuelto

estúpida del todo.

–Muy bien –dijo Louise, y le dio un abrazo antes de cerrar la puerta de golpe tras de sí y bajar las escaleras a toda prisa.

Puso en marcha el coche y miró rápidamente a su alrededor mientras daba marcha atrás, pero no vio a nadie. También le habría sorprendido, pero en teoría podría estar allí, en algún lugar. Cuando tomó Falkoner Allé sacó el móvil y llamó para avisar que estaba en camino. Acababa de colgar el teléfono cuando dobló por Smallegade. Habían acordado que estacionaría en el gran aparcamiento detrás del ayuntamiento. Ellos, por su lado, se meterían en la puerta cochera del Café Svejk, pero antes la recogerían a ella.

Louise se quedó sentada en el coche. A esa hora no había demasiados coches, así que llamaría la atención si salía a esperarlos.

Los descubrió en cuanto llegaron. No había gran cosa que pudiera revelar que el vehículo pertenecía a la policía. Era una furgoneta completamente normal, aunque con los cristales tintados; sin embargo, había muchos vehículos del mismo tipo que los tenían. Saltó al interior por la puerta trasera cuando aparcaron a su lado.

–Disponemos de diez minutos –dijo el técnico encargado del equipo de escucha.

Louise asintió con la cabeza y tomó asiento.

–¿Tenéis conectado el sonido? –preguntó.

–Sí, pero tu amiga no dice nada.

Louise había olvidado pedirle a Camilla que hablara un poco consigo misma para que pudieran corregir el sonido.

–Estamos conectados, puedo oír que está andando –dijo el técnico, y le pasó unos auriculares a Louise. Cuando se levantó para cogerlos dio un respingo. En el asiento de atrás estaba echado Hans Suhr, con los ojos cerrados. No había reparado en él al entrar.

–¿Qué hace? –dijo con gestos, y lo señaló con el dedo.

–Duerme –le dijo el técnico, también con gestos.

Eso ya lo sabía. Se refería más bien a qué hacía allí.

El conductor sacó el vehículo del aparcamiento. Se metieron por la puerta cochera justo detrás del bar y aparcaron. Suhr se levantó en cuanto se apagó el motor del coche.

–Ya estamos listos –dijo, y miró a los demás como un niño que esperaba ansioso que empezara la función de circo.

–Casi –dijo Louise, y le sonrió–. Solo faltan los protagonistas.

Suhr la miró, extrañado.

–Todavía no han llegado –añadió Louise.

Suhr aún no había despertado del todo, lo que, por otro lado, no se le podía reprochar. No había podido descansar mucho en los últimos días.

–¿Sabemos qué aspecto tiene el Finlandés? –preguntó.

Dos hombres se acercaron a la puerta del establecimiento.

–Rubio, guapo y de treinta y pocos años –contestó Louise.

–Entonces no puede ser ninguno de esos dos –dijo Suhr, refiriéndose a los dos tipos que en ese mismo instante entraban al bar.

El conductor había sacado un termo y les ofreció café. Se quedaron un rato charlando

mientras esperaban. Reinaba un ambiente distendido en el interior de la furgoneta, aunque toda la concentración estaba dirigida a la puerta.

–Allí viene Camilla –dijo Louise, y señaló hacia el semáforo más próximo.

Camilla llevaba un grueso abrigo y una bufanda alrededor del cuello. Louise presintió que estaba mirando hacia la furgoneta, como si estuviera preguntándose si sería aquel el vehículo desde el que realizarían la escucha. El semáforo se puso en verde y empezó a andar. Cuando hubo cruzado la calle, la perdieron de vista. Louise dio un sorbo a su café y se puso los cascos. Mientras charlaban solo los había pegado contra un oído, pero ahora se los caló para dejar fuera todo lo que no procediera del micrófono.

Estaba esperando que Camilla llegara a la puerta cuando de pronto cayó en la cuenta de que había olvidado preguntarle si habría música en vivo en el bar. Era poco probable en días laborables, pero el reproductor de CD siempre estaba en marcha. De repente su oído atrapó el frenazo de una bicicleta. Oyó que Camilla soltaba un pequeño grito, muy débil, ahogado por el abrigo y la bufanda.

–Camina –dijo una voz.

Louise se volvió rápidamente y vio a Camilla y a un tipo con una bicicleta pasar por detrás del coche. Él la había rodeado con el brazo y de no haberlo sabido, podría fácilmente haber creído que eran una pareja de enamorados.

–¡Maldita sea! –exclamó Suhr–. ¿Qué demonios está pasando?

Se inclinó hacia delante y pegó el rostro contra la luna trasera, pero el coche estaba aparcado de tal manera que era imposible verlos.

–Da marcha atrás –ordenó.

–¡Espera! –advirtió Louise–. Solo avanza porque teme que estemos por aquí. Si empezamos a movernos ahora se lo confirmaremos.

Se hizo el silencio.

–Tienes razón, pero ¿adónde demonios van? –dijo Suhr.

–Hay un café al otro lado de la calle. ¿Quieres que los siga? –preguntó Louise.

Había vuelto a bajarse los cascos de un lado. Pero sabía perfectamente que su idea era tan estúpida como la de sacar el coche del patio.

–Claro que no.

De pronto les llegó un sonido. Era un susurro, la voz de Camilla sonaba lejana y extraña.

–Sokke –interpretó Louise que decía.

–Uhhh, todavía hace frío, ¿verdad?

De pronto la voz de Camilla sonaba atronadora a través de los cascos. El técnico se apresuró a bajar el sonido. Los tres llevaban los cascos puestos. Louise señaló hacia Smallegade y dijo Sokkelund. Suhr se deshizo de los cables y de los cascos y se quedó mirando de soslayo al técnico. Hablaron entre ellos y Louise vio que metían al conductor en la conversación. Supuso que estarían discutiendo si debían acercarse más o no. Oyó que Camilla y el Finlandés estaban tomando asiento y se lo comunicó a los demás.

El conductor puso el coche en marcha y salió marcha atrás. Avanzaron lentamente los cien metros que los separaban del otro café al que el Finlandés se había llevado a

Camilla. El conductor aparcó frente a una verdulería. Las dos voces se distinguían perfectamente. Por lo visto, no había mucha gente en el café. Solo la música se mezclaba con su charla.

–¿Qué quieres tomar? –preguntó el Finlandés.

–Café.

–¿Con algo?

–No, gracias.

La voz de Camilla sonaba tensa. La del Finlandés era más relajada.

–Estamos sentados a una mesa en una de las esquinas de Sokkelund.

La voz volvía a ser como un susurro. Louise se imaginó a Camilla sentada a una mesa del café.

–Aquí tienes –dijo el Finlandés.

Oyeron que dejaba algo sobre la mesa.

–¿Qué es lo que quieres?

Louise se sobresaltó. Había esperado que Camilla se condujera de manera más pausada y que, sobre todo, evitara provocar al otro. Sin embargo, tampoco le cogió de sorpresa. Deberían haber hablado previamente del modo de proceder.

Se había hecho el silencio entre Camilla y el Finlandés.

–¿De qué tenemos que hablar, tú y yo? –insistió Camilla.

Louise estaba tensa. También lo estaban Suhr y el técnico. Camilla se habría alegrado si hubiera podido ver lo concentrado que estaba su público.

–Tengo algunas noticias para ti que creo que te pueden servir.

Su voz era serena. Louise reparó en que sonaba amable.

–En marcha –dijo Suhr, y le hizo una señal al técnico que, a su vez, levantó el pulgar. La cinta ya había empezado a grabar.

–Interesante. ¿Se trata de los asesinatos o de las drogas? –preguntó Camilla.

–Eso dejaré que lo decidas tú. Pero antes tendremos que cerrar un trato –dijo el Finlandés.

–¿Qué clase de trato? –preguntó Camilla, como si estuviera acostumbrada a cerrar este tipo de tratos.

Se produjo una pausa. La tensión en el vehículo era manifiesta.

–Tienes que prometerme que escribirás lo que te cuente.

–No te lo puedo prometer –le interrumpió Camilla, antes de que le diera tiempo al Finlandés a acabar de hablar.

Louise se quedó helada y maldijo para sus adentros la falta de experiencia de su amiga. El Finlandés podría interpretar su comentario como un rechazo. Sin embargo, mientras Louise estaba a punto de desesperar, la voz de Camilla volvió a penetrar en su oído.

–Entenderás que no te puedo garantizar nada hasta que no sepa lo que me quieres contar. No creo que sea tan raro.

–Antes de que sigamos quiero saber si piensas utilizar mi soplo. Si no, se lo daré a otro.

Era evidente que Camilla se lo estaba pensando. Mientras tanto, sus cavilaciones colmaban de ansiedad a los que estaban en el interior del coche.

–No te aseguro nada.

–Muy bien.

La voz del Finlandés era fría. Parecía que se estaba poniendo en pie.

Louise y Suhr intercambiaron rápidas miradas. El conductor se enderezó en el asiento, listo para poner el coche en marcha. La cabeza de Louise ya no era capaz de asimilar más. Suhr tendría que decidir qué quería hacer si finalmente el Finlandés daba por terminada la charla y se largaba.

–Relájate –dijo Camilla en un tono de voz tranquilizador–. Si no es una barbaridad y estás seguro de que es algo que puedo utilizar lo escribiré, por supuesto. Faltaría más.

Louise se imaginó el rostro de Terkel Høyer y esperó que estuviera de acuerdo con la promesa que acababa de hacerle Camilla al informador.

Oyeron un profundo suspiro cuando el Finlandés volvió a tomar asiento.

–Klaus West se ocupó de Søren Holm, de la misma manera que se ocupó de Frank Sørensen.

Hablaba rápido y en voz baja.

–Muy bien, pero ¿por qué lo hizo?

De nuevo se produjo una larga pausa.

–West lleva años haciendo mucho dinero. Últimamente ha sembrado prácticamente todo el centro de la ciudad de nieve verde. Aquellos que todavía no estaban enganchados a estas alturas lo estarán. Es de las mejores drogas que ha habido nunca en el mercado. Es evidente que no estaba dispuesto a tolerar que esos dos payasos le destrozaran el negocio.

Camilla no dijo nada.

–¿Se te ha olvidado que ahora mismo está en marcha uno de los juicios más importantes contra el narcotráfico?

Ahora su voz había adoptado un tono irónico.

–No, pero entonces intenta explicarme cómo es posible que no esté procesado junto con los demás, si es tan evidente.

Louise sonrió a Suhr. Ahora Camilla estaba haciendo todo lo que estaba en sus manos para conseguir que el Finlandés hablara.

–¿Quieres decir que Frank Sørensen y Søren Holm habían dado con algo que podría probar que es Klaus West quien está detrás de todo esto y que los demás no son más que hombres de paja?

Camilla luchaba, pero la sensación predominante en el interior del vehículo era que le costaría sacarle algo al Finlandés que este no hubiera decidido contarle de antemano.

–No tienes ni puñetera idea de qué va todo esto, ¿verdad? –exclamó el Finlandés, en lugar de contestar.

Antes de que le diera tiempo a Camilla a decir nada, este prosiguió:

–Tampoco tienes por qué saber nada más. Lo único que debes comprender es que Klaus West es condenadamente bueno a la hora de borrar pistas. Tiene un piso en el centro de la ciudad. La policía no lo ha encontrado todavía, pero yo sé dónde está.

Oxígeno. El tiempo y el espacio fueron succionados del interior del vehículo,

desapareció todo lo que rodeaba a sus tres ocupantes, que tenían toda su atención puesta en lo que se estaba diciendo en el café. Sus miradas estaban clavadas en el suelo y se habían quedado inmóviles.

–Antes de contarte dónde está ese piso quiero que me prometas que tu diario publicará una fotografía de Klaus West y que pediréis que se pongan en contacto con vosotros las personas que puedan conocer la existencia del piso.

El Finlandés hablaba muy despacio.

–¿Por qué?

La voz de Camilla sonó como un susurro.

–No quiero que parezca que alguien les ha informado directamente acerca del piso. Tiene que parecer que ha sido un vecino el que se ha dirigido a vosotros después de haber visto su fotografía publicada en el diario. ¿Lo has entendido?

Louise supuso que Camilla asentía con la cabeza.

–Por lo que a mí respecta, puedes llamar a la policía y contarles lo del piso cuando me haya ido. Me va de perlas que la policía le eche un vistazo de cerca. Lo único que no quiero es que me relacionen con el soplo.

–De acuerdo.

Seguían teniendo que esforzarse para oír la voz de Camilla.

–¿Estamos de acuerdo? –preguntó el Finlandés.

–Sí –contestó Camilla, esta vez un poco más alto.

–Vestergade, número veintiséis. Pone Sanne Hansen en la puerta.

De pronto el sonido de las patas de una silla resonó en sus oídos. Poco después vieron al Finlandés salir por la puerta y desaparecer calle abajo, montado en su bicicleta.

Louise lo siguió con la mirada hasta que desapareció.

–Ya se ha ido –comunicó a los demás.

La furgoneta de la policía avanzó un poco, hasta detenerse frente al Café Sokkelund. Louise recorrió la puerta para que Camilla pudiera entrar.

–Fantástico –dijo, y alargó la mano para darle un apretón al brazo de su amiga–. Y eso que habíamos decidido entrar a por él.

Camilla pareció asustarse.

–Ya, eso sí que os hubiera gustado, ¿eh? ¿Estáis locos? –exclamó.

Louise se dio cuenta de que su amiga había empezado a temblar. Quizá fuera porque estaba abandonando su estado de concentración total.

–Te llevaremos a casa –dijo Louise, y se inclinó hacia delante para retirarle el micrófono. El coche dio media vuelta y enfiló la calle en dirección a Falkoner Allé.

–Muy buen trabajo, Camilla Lind –dijo Hans Suhr, y le tendió la mano–. Creo que no nos conocemos.

Camilla aceptó su mano y la apretó.

–No entendí todo lo que me contó –dijo, manifiestamente agotada–. Espero que vosotros saquéis más provecho a lo que ha dicho.

–Tenemos una dirección y eso era lo que nos faltaba.

El jefe de Homicidios parecía muy satisfecho.

–Ya hay gente en camino para averiguar si hay algo de cierto en todo esto.

–Habéis oído lo que le prometí –Camilla sonaba nerviosa–. Espero que no me esté arriesgando a que salga que habéis encontrado el piso antes de que nos dé tiempo a publicar el artículo.

Hans Suhr posó una mano tranquilizadora sobre su brazo, se inclinó hacia ella y le habló en voz baja.

–En este mundo se actúa con celeridad –dijo, con calma–. Cuando llevas en la profesión lo bastante aprendes lo que valen la información y los conocimientos.

Camilla se había quedado mirándolo con interés, pero no dijo nada. El mentor estaba iniciando a su alumna.

–La policía negocia con informadores, como por ejemplo el Finlandés. A lo mejor, un día lo pillamos con un poco de droga encima, pero dejamos que se marche a cambio de que nos cuente algo que pueda interesarnos. Supongo que es así como él y Birte Jensen se conocieron en su día. La policía negocia con la prensa. Tú nos echas una mano. Se convierte en una colaboración. Tú tienes tu historia.

Louise sabía que su amiga devoraba las palabras del jefe de Homicidios con avidez.

–¿Qué pasará si, a pesar de todo, lo del piso sale a la luz antes de que lo hayamos podido publicar en el diario?

–Entonces habrá sido gracias a un interrogatorio rutinario. El piso se encuentra en el inmueble contiguo al patio en el que encontramos a Søren Holm. Parecerá de lo más normal que nuestros hombres hayan interrogado a varios testigos de los edificios colindantes al lugar de los hechos.

Camilla asintió con la cabeza, pero Louise se daba cuenta de que no estaba del todo convencida.

–¿Qué interés puede tener el Finlandés en que se encuentre este piso? –preguntó Camilla al rato.

–No sabría qué decirte, pero creo que no voy mal encaminado si digo que probablemente haya tratado con Klaus West en algún momento. Y que haya surgido algo que haga que quiera verlo entre rejas durante muchos años. Tal vez intente entrar en el mercado y necesite un poco de espacio para moverse.

El jefe de Homicidios se quedó un rato observando el tráfico antes de volverse hacia Camilla de nuevo.

–Por cierto, ¿qué pasó para que finalmente no entrarais en el Café Svejk?

Louise se inclinó hacia delante para escuchar lo que tenía que decir su amiga.

–Simplemente me dijo que había cambiado de opinión. Que prefería tomar un café.

–No estoy tan seguro de que sea tan insignificante como creí al principio –dijo Suhr, dirigido más a Louise que a Camilla–. Tendré que hablar con Birte Jensen mañana para averiguar quién es este tipo. Seguramente ella también querrá echarle un vistazo de cerca al piso. Si es que realmente existe, claro.

El conductor se acercó a la acera frente a la escalera de Camilla.

–¿Y la cinta? –preguntó Louise–. ¿Hay que transcribirla ahora mismo?

Eran las doce y media.

–Se lo encargaré a otro. Será mejor que acompañes a tu amiga. Luego puedes recoger el coche en el aparcamiento y quedártelo hasta mañana.

Antes de que Louise bajara de la furgoneta recordó que todavía tenían que decidir con Camilla cómo debía manejar la situación cuando volviera al trabajo.

Suhr se frotó la barbilla mientras pensaba.

–Tal vez deberíamos vernos mañana a eso de las nueve y media, si resulta que el soplo se sostiene. Entonces decidiremos qué decir y qué retener.

–Puedo pasarme por la jefatura antes de ir a la redacción –se ofreció Camilla–. Así también podré enterarme de lo que habéis descubierto.

–De acuerdo –dijo Suhr, y se despidió de ella agitando la mano.

Camilla llevó dos cervezas al salón y las dos amigas se sentaron en el sofá.

–Hubo un momento en que estaba segura de que se iría. Cuando le dije que no le podía asegurar que escribiera algo en el periódico –dijo Camilla.

Se sirvió la cerveza mientras hablaba y la espuma se derramó por el borde antes de que le diera tiempo a dejar el vaso sobre la mesa.

–¡Maldita sea!

Camilla se quedó con el vaso en la mano mientras Louise salía corriendo a coger un trapo de cocina.

–Me puse muy nerviosa cuando vi que dejabais el Café Svejek atrás –dijo Louise al volver–. ¿Tú no?

–Pues no. Al fin y al cabo fue muy amable y simplemente me propuso que tomáramos un café en lugar de una cerveza.

Louise volvió a sentarse.

–No creo que lo hiciera porque sospechara que alguien nos estaba escuchando.

–Me dio tiempo a ponerme en lo peor –reconoció Louise, y bebió.

–Ya me lo imagino, pero no pude decir nada hasta que me quité el abrigo y él se alejó un instante.

–Estuvo muy bien. Pero estaba convencida de que nos había descubierto, y nunca se sabe de lo que es capaz una persona así si se siente acorralada.

Las dos se sumergieron cada una en su mundo por un rato.

–Me sorprendió que tu jefe me iniciara en la manera de intercambiar favores. Me siento una completa novata cuando oigo estas cosas. Sé que pasa, pero simplemente no había participado nunca en ello –dijo Camilla.

–No, pero ahora te has significado positivamente y te has convertido en una de las personas de las que nos fiamos. Supongo que te vendrá estupendamente, ¿verdad?

–Bueno, sí. Haces que suene como si tuviera línea directa con los servicios secretos de la Policía.

Camilla se rio, pero Louise se daba cuenta de que estaba orgullosa de la confianza que el jefe de Homicidios le había mostrado.

–Me gustaría saber si ese piso realmente existe.

–Sí, y si es así, será muy interesante ver lo que encuentran. Nos iría muy bien una

pista de verdad –contestó Louise, y miró el reloj–. Tengo que irme a casa.

–Llamaré a un taxi.

Camilla saltó del sofá.

–Tengo que recoger el coche en el aparcamiento.

–No deberías ir sola por la calle a estas horas y después de lo que hemos pasado. El taxi puede llevarte a donde está el coche.

A Louise le pareció una magnífica idea. Sentía que los acontecimientos del día se habían instalado bajo su piel. Mientras oía cómo Camilla pedía un taxi salió al vestíbulo y se puso el abrigo. Bostezó mientras se lo abrochaba. El cansancio le sobrevino de repente.

Peter la sacudió suavemente. Louise había notado que sonaba el despertador y que él se había levantado. Sentía su cuerpo pesado. Se acurrucó debajo del edredón y hundió la cara en la almohada.

–Venga. Sal de la cama.

Las palabras sonaron como una lejana llamada.

Silencio. Pesada, agotada. Contó... ocho, nueve, diez. Sin abrir los ojos, retiró el edredón y se estremeció al sentir el frío golpear contra su piel ardiente.

–Venga –Peter estaba de pie al lado de la cama–. Son más de las siete, tienes que salir de casa dentro de media hora.

Finalmente Louise obligó a sus ojos a abrirse.

–Ya voy.

Su voz sonaba cansada y llorosa. Se frotó la cara con las dos manos.

–Cariño, deja de mover la nariz por toda tu cara. ¡No te hace parecer precisamente atractiva!

Louise lo miró sorprendida. Hasta entonces no había sido realmente consciente de su presencia.

–Tengo que estar en el aeropuerto dentro de una hora –dijo Peter, y le retiró el pelo alborotado de la cara. Lo habían invitado a Aberdeen para que pudiera hacerse una idea de su nuevo puesto de trabajo–. Nos vemos el viernes por la tarde.

Louise asintió con la cabeza y se dejó levantar. Se dirigió a paso torpe hacia el baño. Le debía a Peter lavarse los dientes antes de despedirse de él con un beso.

–La llave del coche está sobre la mesa de la cocina –gritó Peter desde las escaleras.

Louise sacó unos tejanos limpios del armario y mientras se los ponía pensó en la conversación que habían mantenido el Finlandés y Camilla. Quizás el piso fuera otra pista falsa. Acabó de vestirse y atravesó el pasillo sin mirarse al espejo. Llevaba una máscara de ojos en el bolso, así que eso podía esperar hasta que llegara a la jefatura. En ese aspecto, ella y su amiga eran muy diferentes. Camilla jamás salía de casa sin maquillarse.

Louise aparcó en Otto Mønstedsgade. Cuando llegó a su despacho, Lars Jørgensen todavía no había aparecido, a pesar de que eran las ocho y cinco. Encendió el ordenador, así probablemente el sistema ya estuviera listo cuando volviera de la reunión matinal.

Entró en el comedor y se sentó a una de las mesas largas. Poco después entró Suhr. Tenía unas enormes ojeras y un aspecto ajado y desaseado.

Louise supuso que habían encontrado el piso.

–Buenos días. Ahora por fin parece que está pasando algo.
Su voz sonaba sorprendentemente despierta.
–Buenos días –se oyó desde diferentes lados.

Louise miró a su alrededor. Todo el mundo tenía un aspecto zarrapastroso. Sin embargo, percibió energía tras las miradas cansadas de sus compañeros. Aunque la mayoría había trabajado sin parar durante las últimas veinticuatro horas, todos parecían estar muy concentrados.

Algunas veces, Peter la acusaba de ser una yonqui de la adrenalina. Solía hacerlo en los períodos en que las horas de trabajo ocupaban cuatro quintas partes del día y el sueño quedaba relegado a la última quinta parte. Recibes un soplo y entonces la falta de sueño se convierte en algo secundario, solía responderle Louise, y zanjaba así el tema.

Suhr estaba repasando los puntos principales del informe de la autopsia de Flemming.

–¡Qué asco! –exclamó el agente que estaba sentado frente a Louise cuando llegaron al punto en el que explicaba que le habían suministrado una sobredosis a Søren Holm antes de asesinarlo.

–Sí, no creemos, por supuesto, que se haya administrado el chute voluntariamente –añadió Suhr.

Estaba frente a la gran pizarra blanca que ocupaba la mayor parte de la pared del fondo. El patio trasero de Vestergade, número veintiocho, donde habían encontrado a Søren Holm, estaba marcado con un rotulador azul y los puntos donde se habían encontrado pistas relacionadas con el cadáver con uno rojo.

Durante la reunión, el jefe de Homicidios les contó que los técnicos de Criminalística habían llegado a la conclusión de que Søren Holm había sido asesinado en el patio. También les explicó que, a pesar de que el Instituto Anatómico Forense no presentaría el informe definitivo de la autopsia hasta bien entrada la tarde, Flemming Larsen estaba convencido de que se había utilizado la misma arma homicida en los dos asesinatos, posiblemente una navaja estrecha de tipo mariposa.

Louise se quedó sentada a la mesa después de que el jefe de Homicidios hubiera dado por concluida la reunión. No había dicho ni una sola palabra acerca del piso y en más de una ocasión, Louise tuvo la sensación de que evitaba mirarla conscientemente. Se levantó para volver al despacho cuando de pronto él la llamó.

–¿Podemos vernos un momento en mi despacho? –preguntó.

–Sí –dijo Louise, y sintió la distancia que de pronto se había instalado entre ellos. No la hubo cuando se separaron la noche anterior–. ¿Te llevo una taza de café? –preguntó, en un intento de suavizar el ambiente, haciendo como si nada.

–Sí, gracias, creo que me sentará bien. Pero antes permíteme que le dé un recado a Willumsen.

Louise se dirigió haciendo equilibrios a su despacho con las tazas de café en las manos.

–¿Quieres que te ayude? –preguntó Lars Jørgensen, que de pronto había aparecido en el pasillo. Cogió una de las tazas y la siguió.

–Gracias –dijo Louise–. ¿Dónde estabas? –preguntó, después de dejar las tazas sobre

la mesa.

Lars Jørgensen ahogó un bostezo antes de contestar. Louise se fijó en que su aspecto era, si cabe, aún más desastrado que el de su jefe. Tuvo cuidado de no mirarlo demasiado.

–¿Qué demonios has hecho esta noche? –exclamó.

Lars Jørgensen suspiró exageradamente y se apoyó en la mesa de reuniones.

–Primero estuve transcribiendo todos nuestros interrogatorios del periódico –dijo.

Louise ni siquiera había pensado en ello.

–Cuando finalmente los acabé –dijo, estirando la palabra finalmente para que tuviera un timbre teatral–, Suhr volvió de vuestra excursión y me pidió que lo acompañara al piso de Vestergade.

–¡Vaya! ¿Estabas aquí tan tarde? –preguntó Louise, sorprendida, y se compadeció de él al instante.

Lars Jørgensen asintió con la cabeza.

–¡Desgraciadamente!

–¡Qué pena que no hayáis encontrado nada!

Él la miró, sorprendido.

–¿Qué quieres decir?

En ese mismo instante, Suhr entró y le indicó que se sentara. Lars Jørgensen abandonó la sala antes de que le hubiera dado tiempo a explicarse.

Suhr tomó asiento frente a Louise.

–Hicimos un buen trabajo ayer noche –dijo, y alargó la mano para coger su taza.

Louise estaba desconcertada. Esperaba que él le contara lo que había pasado después de que ella se fuera a casa.

–Finalmente el piso estaba donde dijo el Finlandés –de pronto el jefe de Homicidios esbozó una amplia sonrisa–. ¿Acaso creías que quería mantenerte al margen?

Louise se encogió de hombros, sin saber muy bien qué esperaba su jefe que dijera. Su comportamiento la confundía.

–Estuvimos en el piso casi toda la noche. Opté por mantenerlo en secreto para no arriesgarnos a que se filtre antes de que estemos listos para dar la noticia. Por consideración a Camilla Lind, quiero decir.

Louise le lanzó una sonrisa.

Él mismo se dio cuenta de que no había sonado demasiado leal para con los compañeros del departamento e intentó arreglarlo diciendo que, naturalmente, nadie se hubiera ido de la lengua, pero por si acaso. Así pues, a estas alturas solo los detectives que lo habían acompañado estaban al tanto de la operación.

Louise lo interrumpió.

–Muy bien –dijo, y asintió con la cabeza para subrayar que había comprendido a qué se refería y que estaba de acuerdo.

–El piso estaba en el 26 C. Y sabíamos lo que estábamos buscando, así que no fue demasiado complicado.

–¿Encontrasteis algo?

Louise se inclinó con avidez por encima de la mesa.

Suhr se quedó meditando su respuesta.

–Es posible. Encontramos un pequeño bote de plástico con WS5 powder en la cocina.

Louise lo miró sin entender nada.

Suhr sonrió.

–Es un colorante verde que se utiliza para darle un débil tono verdoso a algo.

Louise tuvo que reírse.

–No estarás diciendo en serio que Klaus West estuvo echándole un colorante verde a la heroína pura en la mesa de su cocina.

La risa se abrió camino a través de su vientre como los cascos de un caballo al galope.

–Suenan como un absoluto disparate.

–Pues de hecho creo que es muy probable que utilizara este método para darle ese tono verdoso. Lars Jørgensen fue lo bastante agudo para descubrir que existía una relación.

Louise meneó la cabeza. No le parecía verosímil.

–¿No había nada más interesante?

–No mucho más, aparte de unos papeles que podrían contener anotaciones relativas a las ventas de droga. Habrá que revisarlos, naturalmente.

–¿Y qué me dices de Sanne Hansen? ¿Dónde estaba ella?

Era el nombre que según el Finlandés constaba en la puerta.

–No hemos llegado tan lejos.

–No puedo entender que no hayan encontrado ese piso antes.

El jefe de Homicidios la miró y meneó la cabeza lentamente.

–En realidad, nosotros tampoco. Pero no cabe duda de que West es un tipo astuto. Al fin y al cabo, es lo que hasta ahora lo ha ayudado a sobrevivir. Y sanseacabó.

Louise se quedó pensativa.

–Bueno –dijo–, supongo que si tú lo dices así será.

Estaba decepcionada, había esperado otra cosa. Algo más.

–¿No había droga?

–Cuando yo me fui, no habíamos encontrado nada. Pero eso no significa que no haya nada. Birte Jensen puso a sus hombres a peinar el piso junto con los técnicos de Criminalística. La llamamos esta mañana, temprano.

Por supuesto, pensó Louise. Si el arma homicida no estaba, ni nada que pudiera vincular a Klaus West con los asesinatos de los dos periodistas, el piso era más interesante para el departamento de Estupefacientes.

–Cuando Birte Jensen supo lo de la escucha de ayer, nos contó que hace unos cuatro años el Finlandés tuvo graves problemas con Klaus West.

Louise tenía los ojos como platos y escuchaba atentamente.

–Vendía droga para él. No solo a gente de la calle, sino también en grandes cantidades que luego se vendían en las discotecas de la ciudad y lugares similares. Un año después quiso retirarse, pero West no estaba dispuesto a permitirselo.

Suhr tenía cara de pocos amigos.

–Estamos hablando de huesos rotos y cosas de este tipo. Al ver que el Finlandés seguía empeñado en dejarlo y no quería dar su brazo a torcer, West le dio a entender la gravedad del asunto ensañándose con su hermana pequeña. La convirtió en una yonqui y la chica murió el año pasado de una sobredosis, a los veintisiete años. West negó que la conociera.

La mirada de Louise se endureció.

–El Finlandés quiere meter a ese hombre en la cárcel, y cuanto antes, mejor –concluyó Suhr.

Louise asintió con la cabeza.

–Es comprensible.

–Eso al menos explica sus motivos.

–Así también se comprende mejor para qué necesitaba a Camilla –dijo Louise, después de reflexionar un poco. En todo momento le había sorprendido que el Finlandés no hubiera hablado directamente con Birte Jensen para contarle todo lo que sabía. Pero ahora se daba cuenta de que, en cierta manera, su modo de proceder le daba una especie de coartada.

–Al pasar por Camilla resulta más complicado acusarle de haberse ido de la lengua. Es posible que Klaus West sospeche de él, pero de esta manera nunca podrá acusar al Finlandés de nada con certeza.

–Sí, hay que ser astuto para sobrevivir –convino Suhr.

–Pero ¿qué significa esto para nosotros? –preguntó Louise, en un intento de sacudirse la historia de encima.

–Birte Jensen sigue convencida de que West es nuestro hombre. Solo tenemos que seguir buscando. Está segura de que encontraremos algo. Los técnicos están revisando el sótano y las golfas, otro equipo está desmontando el piso en sí. Hablé con ella justo antes de nuestra reunión matinal y acordamos que intentaría estar aquí cuando llegue Camilla Lind.

Suhr consultó el reloj.

–Pues está a punto de llegar.

Mientras Louise se esforzaba por atar cabos, llamaron a la puerta. La secretaria del jefe de Homicidios asomó la cabeza y le dijo que Camilla Lind y Birte Jensen lo esperaban fuera. Hans Suhr salió para recibirlas.

Louise se levantó y tendió la mano a Birte Jensen, y a continuación saludó brevemente a Camilla.

La subinspectora de la Brigada de Estupefacientes tenía manchas rojas en las mejillas por la excitación y sus ojos brillaban cuando se presentó.

Se sentaron a la mesa de reuniones.

–Lo tenemos.

El jefe de Homicidios levantó sus oscuras cejas.

–¿Lo tenéis?

–Encontramos una navaja estrecha de tipo mariposa con restos de sangre, ya la tienen

en el departamento de Criminalística. Creo que podremos identificarla casi con toda seguridad como el arma homicida. La hoja coincide con la herida por arma blanca –Birte Jensen hizo una pausa dramática–. Y en el fondo del armario ropero había una pequeña caja fuerte que resulta que contenía seiscientos gramos de heroína pura. Así pues... –se dirigió a Louise y a Camilla–, ¡vuestra excursión de ayer ha sido realmente productiva!

Louise se había quedado mirando fijamente a Birte Jensen mientras sus palabras se afianzaban.

–¿Y el colorante? –exclamó, y de pronto recordó la absurda imagen que había guardado en la retina cuando Suhr le contó lo que habían encontrado en la cocina.

Camilla la miró, desorientada.

Birte Jensen asintió con la cabeza.

–¡Exacto! Su marca de fábrica –dijo–. Esta mañana me llamó un químico del departamento de Criminalística. Me contó que el Vegex Chlorophyll WS5 es un colorante alimentario. Había hecho una prueba mezclando el colorante verde con un poco de talco y de heroína pura y está bastante seguro de que es el mismo procedimiento que Klaus West utilizó para producir su nieve verde.

–¡Talco!

Camilla la miró, sorprendida.

–La heroína pura se corta con lactosa o con talco. En la calle, la heroína suele tener una pureza de entre el treinta y el cuarenta por ciento –aclaró la subinspectora, y prosiguió–: Antes de cortarla, el porcentaje de pureza de la heroína es de entre ochenta y noventa. Si la consumes así te mueres, los órganos respiratorios sencillamente se colapsan y el corazón deja de latir. Así pues, el peso de la heroína se duplica al rebajar su pureza.

Un silencio meditabundo se instaló en la sala.

–Tendréis que disculparme, pero tengo una reunión con el fiscal dentro de diez minutos. Con las nuevas pruebas tenemos de sobra para inculparlo.

Birte Jensen se disponía a concluir la reunión.

–¿Vosotros también lo procesaréis?

De pronto Hans Suhr había despertado. No había dicho ni una sola palabra desde que Birte Jensen les contó que habían encontrado la supuesta arma homicida.

A Birte Jensen no le dio tiempo a contestar cuando el jefe de Homicidios prosiguió:

–¿Cuándo estarán listos los resultados de los análisis de la navaja?

Su voz era cortante, y se había inclinado por encima de la mesa y encarando a Birte Jensen.

Louise se echó un poco hacia atrás en la silla y contempló a los dos jefes. Lanzó una rápida mirada de soslayo a Camilla y vio que su amiga había cerrado la boca y esperaba tensa que pasara algo.

–Ya te avisaré, por supuesto. Te llamaré en cuanto los reciba –contestó Birte Jensen con un tono de voz suave.

–Yo mismo llamaré al departamento. Sin duda estarás más que ocupada con tus propios asuntos.

Las palabras del jefe de Homicidios fueron pronunciadas en un tono cortante y Louise se estremeció levemente. No le gustaba presenciar una lucha de poder tan de cerca.

La subinspectora levantó las manos en un gesto tranquilizador.

–Por supuesto. Es tuyo. Ya me encargaré yo de él luego –dijo, y esbozó una sonrisa conciliadora.

Suhr asintió satisfecho con la cabeza.

–Antes de separarnos tenemos que ponernos de acuerdo en cómo procederemos ante la prensa –dijo Birte Jensen, y miró a Suhr y a Camilla, alternativamente.

–Le prometí al Finlandés que publicaríamos una fotografía de Klaus West en el periódico y un texto en el que pediríamos la colaboración de la gente para averiguar dónde vive. Saldrá mañana.

–No podemos retener su imputación hasta mañana –dijo Birte Jensen, mientras se agachaba para coger su carpeta de debajo de la mesa–. Debemos salir con lo que tenemos –levantó la ceja y miró a Hans Suhr–. ¿Tú qué opinas?

–Ayer cerramos un trato, pero me doy cuenta de que difícilmente podremos respetarlo –contestó.

–¿Qué demonios quieres decir con que será difícil respetarlo? Tenéis que respetarlo.

Camilla se había puesto de pie.

Se produjo un silencio embarazoso.

Camilla miraba implorante al jefe de Homicidios, que parecía cohibido.

–Nadie había contado con este resultado. Las pruebas ya han sido entregadas y hay que poner en marcha la acusación. Pero naturalmente no declararemos, en ningún caso, que encontramos el piso por medio de un sople.

El rostro de Camilla había palidecido alrededor de la nariz.

–No me puedes hacer esto –dijo.

Louise se dio cuenta de que su amiga se esforzaba por hablar calmadamente.

–El Finlandés se dará cuenta, y luego creerá que me he pasado el trato por el forro. ¡No me atrevo a hacerlo!

–No te preocupes, ya hablaré yo con él –interrumpió Birte Jensen, como si fuera lo más fácil del mundo–. Claro que no debes aparecer como alguien incapaz de cumplir su palabra.

Se levantó y se acercó a Camilla.

–Le contaré lo que encontramos. Comprenderá que tenemos que ponernos en marcha inmediatamente. Me ocuparé de darle algo en otra ocasión.

Camilla asintió abatida con la cabeza y se encogió de hombros, como si estuvieran hablando de algo que ya había dejado de incumbirle.

Birte Jensen se apresuró a dar la vuelta a la mesa y les dio la mano antes de abandonar la sala.

Suhr también se había levantado. Se acercó a Camilla y tomó asiento en la silla más próxima.

–Entiendo tu reacción, pero a veces la realidad se nos adelanta, y entonces no tenemos más remedio que actuar. En esta situación, no podemos hacer otra cosa. Después de

mucho trabajo, por fin hemos conseguido atrapar al asesino.

Camilla se había hundido ligeramente en la silla. Tenía la mirada fija en la mesa y no pestañeó al hablar.

Louise la compadecía.

–¡Entiendo perfectamente que tengáis que actuar!

De pronto Camilla se incorporó en la silla, inclinó el torso hacia delante en un ángulo recto y encaró al jefe de Homicidios. Apenas los separaban diez centímetros.

–Está bien, y lo comprendo. Pero ¿qué me dais a cambio?

Louise respiró aliviada. Sintió cómo los mosquetones que apresaban los músculos de su estómago se aflojaban y apretó los labios para ocultar una sonrisa. Nadie se libraba tan fácilmente después de dejar a Camilla en la estacada.

–Pues.

Al principio, Suhr pareció un poco asustado, pero de pronto se rio.

–Es evidente que tenemos que darte algo –dijo, y posó una mano sobre el hombro de Camilla al levantarse–. Déjame que lo piense un momento. Al fin y al cabo, ahora mismo no sé más de lo que tú ya sabes.

Se acercó a su escritorio.

–Calculo que sacaremos una nota de prensa y entonces te prometo que tendrás noticias mías. Pero seguramente las próximas horas serán bastante movidas.

–¿Puedo publicar lo que hemos hablado aquí? –preguntó Camilla.

Se había levantado y se había puesto el abrigo. Lo miró, expectante.

Suhr se frotó el mentón.

–Para empezar puedes escribir que hemos encontrado la presunta arma homicida. Pero antes de que me cites, me gustaría saber lo que tienen que decirnos los técnicos de Criminalística.

–¿Y qué me dices de los seiscientos gramos de heroína y del colorante?

–Escríbelo.

Camilla parecía satisfecha cuando salió. Louise la siguió y se quedó mirándola un momento mientras su amiga sacaba de un bolsillo las llaves de su bicicleta.

–Al final has conseguido algo –dijo, y sonrió.

–No me han dado nada más de lo que de todos modos tienen pensado anunciar en una próxima rueda de prensa, así que todavía me deben algo.

–Tu declaración ya está lista. ¿Tienes tiempo para releerla antes de irte?

Se metieron en el despacho de Louise y diez minutos más tarde Louise siguió a su amiga con la mirada hasta que llegó a la puerta giratoria. Sus tacones resonaban contra aquellas paredes torcidas.

Unas voces airadas que provenían del pasillo perturbaron el trabajo de Louise. Consideró por un instante levantarse y cerrar la puerta, pero permaneció sentada y en su lugar intentó dejar fuera el alboroto. Había disfrutado del despacho para ella sola durante todo el día.

Los ojos le picaban por la concentración. Había dedicado el día a escribir el informe de la noche anterior. Había transcrito la cinta de la conversación entre el Finlandés y Camilla, la había releído y había marcado las partes en las que se decía algo que podía ser de especial interés para el fiscal.

Después del almuerzo habían discutido si había que salir a buscar al Finlandés o no, pero al final resultó que Birte Jensen ya había hablado con él.

Louise trazó un grueso círculo alrededor de su dirección, que había anotado en una libreta. Su verdadero nombre era Finn Andersen y vivía cerca de la plaza de Toftegårds Plads.

Las voces volvieron a interrumpirla.

–¿Qué está pasando? –gritó irritada, y se levantó para acercarse a la puerta y cerrarla de una patada. Sin embargo, en el mismo instante en que levantaba la pierna oyó la voz de Michael Stig que decía:

–Lo llevarán al juzgado de guardia dentro de una hora.

Louise frenó el movimiento en seco y se quedó en una postura un tanto desmañada mientras su mirada se cruzaba con la de Michael Stig. Bajó el pie lentamente y salió al pasillo. Se dio cuenta de que los agentes de la Brigada Criminal que lo rodeaban se habían retirado un poco al verla salir del despacho.

No es casual que esto ocurra justo delante de mi despacho, pensó, y en ese mismo instante lamentó haber mordido el anzuelo. Pero ya era demasiado tarde.

–¿Quién comparece ante el juez?

Michael Stig volvió la mirada hacia ella, como si no la hubiera visto hasta entonces.

Sonrió.

–De hecho me disponía a contarte la brecha que hemos abierto en el caso de Karoline Wissinge. ¿Te apetece que tomemos un café?

A Louise le entraron unas tremendas ganas de propinarle una patada en la espinilla. No era verdad que estuviera a punto de entrar en su despacho. La escena estaba planificada hasta el último detalle. Se suponía que ella debía acudir a él.

En realidad había pensado rechazar la oferta, pero para su asombro se oyó a sí misma invitando a Michael Stig a entrar en su despacho.

–¿Qué ha pasado?

Louise había acercado la silla de los visitantes al escritorio y la señaló con el dedo.

Michael Stig se deslizó sobre la silla con los brazos y las piernas colgando por el borde del asiento y de los reposabrazos, como una enorme araña que hubiera caído del techo para finalmente aterrizar allí.

–Anders Hede fue detenido esta mañana temprano.

–¿Anders Hede?

El nombre no le sonaba de nada, pero ¿qué más daba?

–El amigo de la infancia de Frederikshavn. El novio de Karoline estuvo aquí ayer. Su amigo llevaba un tiempo comportándose de una manera extraña, últimamente se había vuelto muy esquivo y se aislaba de la gente. Martin Dahl lo apretó mucho para que le contara si se había metido en nuevos problemas, pero su amigo se lo negó insistentemente.

Louise jadeó. Sintió cómo se bloqueaba su tráquea. ¿Había sido asesinada una joven embarazada porque el amigo de la infancia de su novio era un mierda?

–¿Qué relación guarda una cosa con la otra? –preguntó Louise con la voz apagada.

–El viernes por la noche salieron, como ya sabes. Cuando ya estaba muy borracho, Anders Hede le reconoció que llevaba bastante tiempo amenazado. A estas alturas solo veía una posibilidad, o bien se colocaba contra la pared con los brazos en alto, o bien salía huyendo del país.

–¿Y no le dio tiempo a hacer ninguna de las dos cosas? –concluyó Louise–. ¿Volvió a olvidarse de pagar por la mercancía?

Michael Stig sacudió la cabeza.

–No, sostiene que Klaus West le envió a sus hombres para averiguar a quién le compraba droga.

–Pues yo creía que se la compraba a West. ¿No era a él a quien debía dinero entonces?

–Sí, pero ahora los hombres de West dicen que hace tiempo que Klaus West dejó de venderle y quieren que Anders Hede les cuente a quién le compra.

Louise se llevó las manos a la cabeza.

–Lleva tres meses recibiendo llamadas en las que una voz le dice que le darán donde más le duele si no suelta prenda.

–Entonces, ¿de dónde saca la mercancía? –preguntó Louise, aprovechando una pequeña pausa de Michael Stig.

–De West.

–¿Miente Anders Hede, o West y sus gorilas han perdido el control de la gente a quien venden la droga?

–Al fin y al cabo no tenemos pruebas de que Klaus West sea el principal capo de la droga. Anders Hede lleva los últimos dos años comprándole la droga a la misma fuente. Cada vez adquiere la misma cantidad y siempre encarga lo mismo.

–Nieve verde –le interrumpió Louise.

Michael Stig asintió con la cabeza.

–Hace más o menos nueve meses, con motivo de las primeras detenciones en el caso de narcotráfico, entró en escena un nuevo intermediario. Anders Hede sigue enviando un

SMS al mismo móvil cuando quiere comprar. El mismo procedimiento. Sostiene tercamente que no ha acudido a nadie más. Tampoco creo que se atreviera a hacerlo después de la tunda que le dieron cuando se retrasó en los pagos. No tiene ni idea de por qué se comportan de manera tan agresiva.

–Podría estar comprando de varios –propuso Louise–. A lo mejor no quiere reconocerlo por miedo a una nueva paliza. Entonces, ¿creéis que han hecho realidad sus amenazas, haciéndoselo pagar a la novia de su mejor amigo?

Michael Stig asintió con la cabeza.

–También es lo que Martin Dahl se teme. Vamos a acusar a Anders Hede por complicidad en homicidio.

Louise tragó un poco de saliva amarga y se imaginó a los padres de Karoline. El matrimonio que había perdido a su hijo pequeño porque uno de sus amigos había conducido por encima del límite de velocidad permitido. A lo mejor ahora también tendrían que vivir con que su hija había elegido a un novio cuyo amigo de la infancia era incapaz de proteger a su círculo más íntimo de amistades contra los tipos de los que se rodeaba.

–Las acusaciones empiezan a acumularse alrededor del bueno de Klaus West. Un caso de narcotráfico que puede llevarle a la cárcel por muchos años, los asesinatos de dos periodistas, y si resulta que podemos añadir a Karoline Wissinge a su cuenta, significará que la caída del rey de la droga está cerca.

–A mí me suena demasiado cínico y rebuscado.

–Mi pequeña Rick, el cinismo no es un insulto en esos círculos. No te reprocho que tus sentimientos femeninos se apeen. Pero así es la realidad. Desgraciadamente, no es improbable que West hubiera enviado a algunos de sus acólitos para demostrarle a Anders Hede lo que pasa cuando uno se niega a colaborar. Hubiera sido demasiado simple asesinarlo. En cambio, tendrá que vivir con esto el resto de su vida. Duele más. Hablé con Birte Jensen de Estupefacientes, la subinspectora que dirige la investigación del caso de narcotráfico...

Louise alzó la mano para detenerlo.

–Sé quién es –lo interrumpió, y contuvo la rabia que amenazaba con desbordarse y que podía llevarla a devolver al ancho y atlético cuerpo de Michael Stig todas sus opiniones machistas a golpes.

Él prosiguió, impertérrito.

–Traeremos a Klaus West para interrogarlo mañana. Primero tiene que pasar por vosotros y luego por la Brigada de Estupefacientes. Pero ni siquiera es seguro que sepa quién es Karoline Wissinge, aunque sus hombres estén detrás de su asesinato. Supongo que solo habrá oído decir que había problemas de cooperación antes de dar el visto bueno a su ejecución.

–¿A los mismos que se encargaron de Frank Sørensen y Søren Holm?

–No es impensable. Suhr acaba de crear un grupo para intentar localizar a los autores del asesinato.

Michael Stig se levantó y se dirigió hacia la puerta.

–Has mantenido un espléndido contacto con sus padres. ¿No crees que sería conveniente que te encargaras de explicarles las diferentes implicaciones?

Michael Stig se fue sin esperar su respuesta, dejando la puerta abierta.

¡Gilipollas!

La palabra apareció tras los párpados cerrados de Louise. Valía para denominar a Klaus West, que acababa despiadadamente con la vida de otras personas; valía para Anders Hede, un cobarde que no se atrevía a contar que tenía un nuevo proveedor; y, finalmente, valía para Michael Stig, que sin pestañear le pasaba la patata caliente de contar a los padres que su hija había sido víctima de un caso en el que una bofetada y un pellizco habrían tenido el mismo efecto: asustar a su destinatario.

Camilla levantó la vista cuando alguien llamó a la puerta. Se estaba peleando con su artículo sobre Klaus West y el piso franco. Hacía un rato, Terkel Høyer había estallado cuando ella le contó que tenía novedades en el caso.

–No quiero que toques ese caso –le había gritado con tal fuerza que se había podido oír por todo el pasillo.

Pero cuando finalmente Camilla pudo contarle que la policía había estado presente durante su encuentro con el Finlandés y que su charla había conducido al descubrimiento del piso franco, Terkel se calmó un poco.

–Este será, pues, el último artículo que escribas sobre este caso.

Su jefe tenía el pelo erizado y su rostro seguía mostrando un tono cenizo. Camilla había asentido con la cabeza y se lo había prometido antes de meterse en su despacho y ponerse al teclado.

Seguía sin noticias de la policía y cada vez que llamaba al jefe de Homicidios, estaba ocupado. Había decidido que si no conseguía hablar con él antes de las siete se presentaría directamente en la jefatura de Policía.

–¿Sí? –gruñó Camilla, en un tono de voz tan agresivo que dejaba bien claro que cualquier interrupción era inoportuna.

Un hombre al que Camilla se apresuró a poner unos cuarenta y muchos años entró en su despacho. Se acercó a ella con la mano tendida.

–John Bro –se presentó.

Si en algún momento percibió su rechazo, desde luego lo ignoró y tomó asiento en la silla de los visitantes sin que ella lo hubiera invitado a hacerlo.

Camilla aguardó sin decir nada a que él abriera la boca. No tenía ni idea de quién era ese hombre ni de lo que quería, pero la autoridad natural que desprendía despertó su interés e impidió que lo echara de su despacho con cajas destempladas.

–Soy abogado –dijo–. Mi cliente me ha pedido que me pusiera en contacto contigo.

Camilla meneó la cabeza, no entendía nada, y se inclinó hacia él.

–Tengo un poco de prisa –dijo, e intentó parecer amable–. Estoy en medio de un artículo que tengo que entregar. Podemos concertar una cita para más adelante.

Camilla alargó la mano para coger su agenda.

–Klaus West quiere que hable contigo.

Camilla se detuvo en mitad del movimiento. ¡Ah, ese John Bro! No lo había reconocido. Cuando aparecía en la televisión o en fotografías tomadas frente a los juzgados siempre vestía traje y corbata, pero ahora su pelo estaba alborotado y llevaba puesto un jersey de lana y unos tejanos gastados. El abogado estrella.

–Klaus West –repitió Camilla mansamente, y sintió cómo su nombre saturaba la estancia. Él sabía que Camilla se había chivado a la policía. El miedo la atravesó con tal virulencia que la llevó a boquear–. ¿Con qué motivo? –dijo Camilla, e intentó mostrarse impertérrita.

El abogado la contempló, se reclinó en la silla y paseó la mirada por su despacho. Miró las cortinas sueltas que colgaban a los lados de la ventana, las dos estanterías altas con los diccionarios, las carpetas con los viejos recortes y el material de prensa. Su mirada se detuvo en los dibujos infantiles que Markus le había hecho. Camilla los había pegado con celo de manera que colgaran formando como una orla del borde del escritorio.

–Mi cliente cree que nos puedes ayudar.

Camilla levantó las cejas, sorprendida. Sus mecanismos de defensa se habían aguzado instintivamente. Supo inmediatamente que buscaba otra cosa, porque Klaus West no tenía ningún motivo para creer que ella estaría dispuesta a ayudarlo. No era tan fácil como para dejarse comprar por un ramo de flores.

–No conozco a Klaus West, y él no me conoce a mí.

El abogado John Bro seguía observándola.

–Me fio de su capacidad de juicio –dijo, haciendo así caso omiso de las objeciones de Camilla–. Mi cliente será acusado de estar detrás de dos asesinatos. Aunque, por lo visto, ahora son tres.

Camilla quiso interrumpirlo, pero el abogado levantó la mano.

–Será acusado de estar detrás de una venta considerable de droga. Todas ellas, acusaciones muy graves. Aquí tienes –dijo, y le lanzó una carpeta de plástico–. Es un examen por escrito que rebate los cargos que aparecerán en el escrito de acusación. Hemos repasado los puntos uno por uno y estamos en condiciones de probar que se trata de crímenes que mi cliente nunca cometió.

–Me gustaría que hablaras con mi jefe. No puedo implicarme en esto.

Sin embargo, Camilla ya había cogido la carpeta y la tenía en el regazo. Él prosiguió, porfiado.

–Quiero establecer una especie de colaboración contigo. Te doy la oportunidad de escribir una historia que penetrará incluso los muros más gruesos. Si no te interesa, nos las arreglaremos solos –dijo, sin sonar ni suplicante ni ofendido.

–¿Qué es lo que arreglaréis solos?

Poco a poco, su cerebro iba cediendo a una cierta actividad.

–Hay alguien que lo está utilizando como cabeza de turco.

Camilla esbozó una leve sonrisa. Era un poco tarde para echarle la culpa a otro.

–Mi cliente está detrás del tipo de droga que suele denominarse nieve verde.

Antes de que le diera tiempo a Camilla a soltar un exabrupto, él se apresuró a añadir:

–Y está dispuesto a prestar declaración y confesar, en cuanto encontremos una

explicación al hecho de que su droga siga apareciendo una y otra vez cuando él sabe que ya no se encuentra en el mercado. La policía encontró unas anotaciones en su piso relativas a unas ventas que según él se realizaron sin su participación.

John Bro señaló los papeles que le había dado.

–Supongo que no debe de ser muy complicado seguir donde él lo dejó.

Camilla había dejado la carpeta sobre la mesa.

–Si realmente es tal como tú dices –se apresuró a añadir.

–Pues de hecho es precisamente eso lo que resulta difícil o más bien imposible. La nieve verde tiene, como me imagino que ya sabrás a estas alturas, un ligero tono verde.

–Mezclaba la heroína con colorante y luego la cortaba con talco –dijo Camilla.

John Bro asintió con la cabeza. Al menos algo había entendido.

–Imagínate cinco kilos de azúcar glas teñidos en un tono verde claro y uniforme. Puedes dar con un tono que sea casi el mismo, pero afinar de tal manera que des con el matiz exacto es imposible. Por eso sabemos que la droga que está en circulación en la calle ahora mismo procede de la entrega que mi cliente está dispuesto a reconocer como suya. Sin embargo, no entendemos de dónde demonios proviene la droga. Mi cliente sabe exactamente qué ha sido de los cinco kilos que él tiene contabilizados como nieve verde. El último kilo fue incautado hace una semana durante una redada en un piso del barrio de Østerbro. Otros dos kilos acabaron en manos de la policía este mismo año y el resto hace tiempo que abandonó los cuerpos de los yonquis que se la tomaron.

Camilla escuchaba boquiabierta, segura todavía de que el abogado había puesto en marcha un último intento de eludir la condena, pero fascinada por la información que le estaba ofreciendo.

–¡Y tú te lo crees! –exclamó.

–No se trata de que yo lo crea o no, sino de si se puede probar.

John Bro no se inmutó mientras hablaba.

Camilla cerró la boca.

–West está seguro de que la heroína verde que se está vendiendo en la calle actualmente procede de las cantidades que fueron confiscadas. Cree que son los mismos intermediarios los que la venden, porque varios de sus contactos habituales siguen creyendo que trabajan para él.

Camilla se había quedado bloqueada. Necesitaba un poco de tiempo para asimilar la información.

–¿Y eso qué significa? –preguntó.

–Significa que tenemos que descubrir cómo es posible que la droga verde siga estando en el mercado. ¡A lo mejor Frank Sørensen y Søren Holm descubrieron lo que estaba pasando!

–Es una historia condenadamente extraña. ¿En qué os habíais imaginado que yo podría contribuir?

Camilla intentó sacudirse el relato de encima. Seguía sin estar convencida, pero en algún lugar profundo de su cerebro oyó la consabida voz monótona: Esta puede ser tu historia, esta puede ser tu historia...

–Tienes que ayudarnos a descubrir quién está intentando colgarle el mochuelo a mi cliente. No puedo valorar si hay alguien que podamos utilizar en su defensa si antes no sé quién está tirando de los hilos.

–¿Cómo puedo ayudar yo?

–Supongo que tendrás tus fuentes. Podrías empezar preguntándoles si saben algo. Además, mi cliente me ha contado que os vio en acción a ti y a tu amiga policía en el Kongens Bar. A lo mejor podríais conseguir que esa misma gente hablara.

Se dieron la mano cuando él se fue.

Camilla se quedó sola, confusa, bastante impresionada porque John Bro hubiera acudido a ella para que lo ayudara. Su corazón estaba desbocado. Supuso que era así como se sentían los jugadores de fútbol la primera vez que los citaban para la selección nacional.

Cerró los ojos y se reclinó en la silla. Había reprimido por completo la advertencia de Terkel Høyer sobre que sería él quien escribiría todo lo que tuviera que ver con estos casos.

Louise se sirvió una gran copa de vino tinto. La sostenía cuidadosamente con ambas manos cuando entró en el salón y utilizó el codo para apagar la luz de la cocina.

La lluvia golpeaba contra la ventana y las gotas que corrían por el cristal distorsionaban la luz de las farolas. Había pocos coches en la calle. El sonido de las ruedas contra el asfalto mojado le recordó el frío que había agarrotado el aire últimamente. Algunos días sueltos de radiante sol habían puesto la primavera al alcance de la mano, pero las ligeras y alegres sensaciones primaverales habían sido repelidas con un violento empujón cuando el cielo volvió a encapotarse.

Louise recogió las piernas, alargó la mano para coger el teléfono inalámbrico y volvió a marcar el número del móvil de Peter; de nuevo le saltó el contestador. Tiró el teléfono al sofá, dio un sorbo al vino y se reclinó en el asiento. Descansó la cabeza en el respaldo del sofá. Los pensamientos giraban como grandes aspas de molino en su cerebro y amenazaban con reventarle el cráneo.

El examen de la navaja de tipo mariposa apenas había dado nada, pero sin duda se trataba del arma utilizada para asesinar a Frank Sørensen. Encontraron restos de sangre y tejido de la médula espinal. Flemming se había trasladado desde el Instituto Anatómico Forense hasta el departamento de Criminalística en Slotsherrensvej para hacer su evaluación y su respuesta había sido positiva, concordaba con las mediciones de la herida de arma blanca. Sin embargo, toda huella dactilar había sido borrada químicamente del mango de la navaja.

Louise obligó a sus pensamientos a mantenerse sobre la pista. Intentó intensamente formarse una idea global de todo lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas; de lo que parecía que sería la conclusión de los tres casos de asesinato, si finalmente resultaba que el de Karoline Wissinge era una demostración cínica del poder de los capos de la droga.

Llevaba tiempo luchando para reprimir la desesperación, la enorme sensación amorfa

que amenazaba con vencerla y que aquella misma tarde había provocado que la gran brecha que habían abierto en el departamento A pareciera insignificante.

Vació la copa y se deslizó entre los suaves cojines del sofá, hundió el rostro en la tela de color arena y lloró.

Se había dirigido al comedor para cenar junto con algunos compañeros de trabajo. La atmósfera que se respiraba en la jefatura de Policía había sido febril pero animada, por fin empezaban a hacer progresos en la investigación. Unos cuantos se habían pasado por su despacho para darle una palmada en el hombro y comentar con ella la excursión al Café Svejk de la noche anterior. Ella también había sentido momentáneamente la alegría y el alivio porque todo hubiera terminado, pero al tiempo las palabras de Michael Stig pendían sobre su cabeza: «¿No podrías contarles tú todas las implicaciones a los padres?».

En la puerta del comedor se habían encontrado con Toft, que les contó que el marido de Heilmann había muerto el martes por la noche.

Los colegas se habían adelantado, pero Louise se quedó en la puerta, afectada por la información que acababa de recibir. Heilmann había elegido permanecer al lado de su marido. Ella no.

Se limpió la nariz en la manga y enterró la cara en las profundidades del sofá. Peter no se estaba muriendo, no se podía comparar.

Louise había empezado a combatir los reproches contra sí misma cuando sonó el teléfono.

Miró confusa a su alrededor. Seguía lloviendo. No tenía ni idea del tiempo que llevaba llorando. Podía perfectamente ser medianoche.

–¡Hola!

–Tenemos que vernos mañana por la noche.

La voz excitada de Camilla llevó a Louise a poner los pies en el suelo. Su rodilla golpeó contra la mesita de centro y sintió un hormigueo en la pierna.

–¿Qué ha pasado?

–He recibido la visita de John Bro, el abogado, y no es Klaus West quien está detrás de los asesinatos.

Louise se revolvió el pelo y trasladó su copa de vino hacia el centro de la mesita.

–Todo parece indicar con claridad que es precisamente Klaus West quien está detrás de ellos –dijo Louise, y sintió que el desasosiego empezaba a abrirse camino a través del cansancio.

–Tengo datos que apuntan lo contrario. Alguien está intentando echarle la culpa a él.

Louise se disponía a contarle que probablemente también fuera West quien estaba detrás del asesinato de Karoline, pero se contuvo.

–Me he propuesto descubrir quién es –prosiguió Camilla en un tono de voz muy alto.

–Déjalo, Camilla. La policía lo tiene acorralado. No puedes contribuir con nada más. Es evidente que John Bro está haciendo todo lo posible por salvar a su cliente, le pagan por ello. ¿Por qué crees que ha acudido a ti en lugar de a tu jefe de redacción?

Silencio al otro lado de la línea. Louise no era capaz de frenar el torrente de palabras.

–Porque eres la más inexperta y la que resulta más fácil de convencer para que luche por la causa de su jodido cliente culpable. A eso se le llama ser ingenua. Buenas noches.

Louise colgó el teléfono irritada, pero se dio cuenta de que el desasosiego se había extendido por su interior. Las palabras de Camilla habían provocado una disonancia, de la misma manera que lo había hecho la teoría de Michael Stig sobre el asesinato de Karoline, según la cual este crimen no era más que otra pieza en el cínico juego de la droga. En ambos casos había una grieta lógica que no era capaz de definir del todo.

Bostezó y sintió que estaba demasiado exhausta para pensar con claridad. Sería mejor esperar hasta mañana. Si para entonces seguía sintiendo que había algo que chirriaba, tendría que volver a repasarlo todo una vez más.

–Es imposible hacerse con la droga incautada por la policía.

Lars Jørgensen posó ambas manos sobre el escritorio, se inclinó hacia delante y miró detenidamente a Camilla Lind para evaluar si lo que acababa de decirle había penetrado en su cabeza.

Louise suspiró y maldijo la estampa del abogado John Bro y el famoso pañuelo rojo que había agitado delante de su amiga.

Camilla estaba sentada en su despacho cuando volvieron del almuerzo y se negaba a marcharse, a pesar de que Louise y Lars Jørgensen habían intentado darle a entender, con claras muestras de rechazo, que tenían prisa.

–Pues digamos que es imposible. Entonces, ¿podríamos imaginarnos que algo pueda desaparecer entre el momento en que es encontrado hasta que se registra en vuestras dependencias?

Lars Jørgensen resopló pesadamente. Louise miraba a uno y a otra. Se había retirado de la conversación, porque no estaba lo bastante familiarizada con el procedimiento que se seguía en la confiscación de droga. Varias veces, a lo largo de la última hora, había intentado hacer entender a Camilla que estaba siendo manipulada.

–En principio, sí.

El fino vello en los brazos de Louise empezó a erizarse. Intentó atrapar la mirada de Lars Jørgensen con el fin de darle a entender que no debía contestar a más preguntas. Sería mejor que dieran por finalizada su charla y echaran a Camilla de una manera educada.

Su amiga se había levantado y se paseaba de un lado a otro del despacho, pero entonces volvió a sentarse y le hizo un gesto con la cabeza a Lars Jørgensen para que prosiguiera.

–No podemos descartar que a un agente se le pueda ocurrir meterse algo en el bolsillo mientras nadie lo vigila –dijo, y la miró–. Pero en este caso estaríamos hablando de las pequeñas cantidades que se le confisca a la gente de la calle.

Louise volvió a desplazar la mirada de uno a otra. Luego respiró hondo.

–¡Camilla, haz el favor de dejarlo de una maldita vez! ¿Sabe Terkel Høyer lo que te traes entre manos?

Camilla le lanzó una mirada irritada y levantó la mano para indicarle que se callara.

–Entonces será mejor que le llame y le cuente que estás aquí –le devolvió Louise. Estaba harta de que Camilla ignorara a todo el mundo que la rodeaba cada vez que se le metía algo entre ceja y ceja.

–No te metes un kilo de heroína en el bolsillo –oyó que decía la voz profunda de Lars

Jørgensen—. Tienes una amiga muy terca –dijo por encima de la mesa, dirigiéndose a Louise. Miró a Camilla, y sonrió—. ¡Tuvo que ser un ramo de flores muy bonito el que te envió!

Camilla se disponía a decir algo, pero en su lugar miró encolerizada a Louise y abrió los brazos en un gesto de desesperación. Sus mejillas se ruborizaron al oír la risotada que soltó Lars Jørgensen.

–No tiene nada que ver –gruñó Camilla—. Pero si resulta que es verdad que hay alguien que intenta trasladar todas las sospechas a la persona equivocada habrá que intervenir, ¡maldita sea!

Louise se sintió aliviada al registrar que Camilla no había dicho: trasladar las sospechas a un inocente, porque era algo que Klaus West nunca sería.

–Naturalmente que hay que intervenir, y no te preocupes, escucharemos la nueva versión –dijo Louise—. Sencillamente no parece haber nada que la sostenga. En cambio, hay muchos indicios que nos dicen que no se sostiene.

Louise reflexionó. Había rechazado de pleno la idea que había motivado la llamada de Camilla la noche anterior, pero un desasosiego punzante se había instalado en su interior y la había llevado a hablarle a Lars Jørgensen de la conversación con Camilla.

–Interesante –había dicho su compañero, y también había escuchado pacientemente a Camilla cuando esta sostuvo que Klaus West no era la persona en la que debían concentrarse.

–¿Cómo se custodia la droga que confiscáis? –preguntó Camilla de pronto, y puso de nuevo a Lars Jørgensen sobre la pista.

–Aquí, en el sótano, debajo de la jefatura, tenemos una gran sala donde se guardan todas las cosas que la policía decomisa o confisca. Objetos robados, de contrabando, pruebas. También hay una sala especialmente habilitada para custodiar droga decomisada. Solo el intendente del departamento de Servicios y la dirección de la Brigada de Estupefacientes disponen del código y de la llave de la sala. Pueden desaparecer objetos de la gran sala de custodia. Y también ocurre de vez en cuando que desaparezca algo de la nuestra.

Lars Jørgensen hizo un gesto con la cabeza en dirección al pasillo donde el departamento A tenía una sala cerrada con llave para los objetos que había que custodiar.

–Pero ¿es imposible retirar droga una vez que está bajo llave y es custodiada en esa sala?

La mirada de Camilla se había clavado en la boca de Lars Jørgensen mientras este hablaba.

–¿Qué hacen con ella? Me imagino que no se quedará allí para toda la eternidad.

Hablaba en voz baja, temerosa de que la más mínima alteración pudiera llevar a Lars Jørgensen a cerrar la boca.

–Es destruida como todo lo demás; salvo aquello, por supuesto, que se vende en las subastas de la policía.

Camilla había abierto la boca, pero se detuvo en mitad del movimiento, como si hubiera olvidado lo que quería decir.

–¿Destruída?

–Se la llevan a la incineradora. Normalmente, después de que se haya dictado sentencia en un caso por narcotráfico.

Su amiga tomó aire.

Louise contemplaba a Lars Jørgensen mientras hablaba, sorprendida al ver lo indiscreto que se mostraba con datos que ni siquiera ella conocía. Cruzó los dedos para que Camilla respetara que le estaba confiando asuntos confidenciales.

–Las drogas se consideran desechos de control. Es decir, que cuando se la llevan es custodiada durante todo el trayecto, desde la sala de decomisos hasta la incineradora.

–A lo mejor hay alguien ahí fuera a quien le parece una pena incinerarla y se la lleva a casa.

Camilla se inclinó hacia delante, combativa.

Lars Jørgensen meneó la cabeza.

–Los documentos también son desechos de control. Cuando hay que quemarlos, la Policía de Copenhague llama a la incineradora y entre ellos acuerdan la hora de entrega –explicó, como si fuera un maestro cualquiera hablando a sus alumnos–. Cuando se trata de droga que hay que destruir, la policía se presenta sin previo aviso. Dos empleados civiles y dos agentes de la Brigada de Estupefacientes la trasladan en un furgón de la policía. Una vez en la incineradora, la custodian hasta lo alto del edificio y están presentes cuando el personal de la planta la echa directamente a las llamas. Nadie puede acercarse a ella.

El silencio se instaló en el despacho, creando una especie de vacío que retenía las palabras que acababan de ser pronunciadas.

–De acuerdo –dijo Camilla. Su voz era ronca. Carraspeó, se quedó un rato examinando las punteras de sus botas–. ¿Cuánta gente conoce este procedimiento? –preguntó, al tiempo que se hundía un poco en la silla.

–No mucha, creo. No es algo de lo que se hable normalmente.

Camilla asintió con la cabeza y se quedó pensativa. De pronto se levantó y les dio las gracias.

–¿Estás más tranquila? –preguntó Louise, una vez hubieron salido al pasillo.

Camilla se encogió de hombros.

–La verdad es que no lo sé. Me doy cuenta de que, por lo visto, es imposible.

Empezaron a caminar. Louise la acompañó hasta las escaleras.

–¿Y si de verdad el ramo era demasiado imponente?

Camilla lo dijo con cierto tono irónico.

–¿Qué balance habéis hecho, por cierto?

–Pues tenemos la supuesta arma homicida y los seiscientos gramos de heroína que encontramos en su piso, además de un testigo que ha hecho negocios con él. Y por el otro lado, solo tenemos el testimonio del mismo West, según el cual solo había cinco kilos de nieve verde. ¡Si resulta que en realidad produjo veinte o cincuenta kilos puedo entender perfectamente que se empeñe en sostener que solo fueron cinco kilos!

Camilla se había detenido. Se acercó a la pared y se apoyó en ella.

–Me estoy mareando.

Louise alargó la mano para sostenerla y la acompañó hasta el banco que discurría a lo largo de la pared.

–Déjalo ya. No sacarás nada en claro insistiendo. No tienes dónde escribir en el periódico y el caso está en marcha. De hecho, lo tenemos bastante controlado, y si te sirve de consuelo, no podemos condenarlo por algo que no somos capaces de probar que ha hecho –dijo.

Camilla apoyó la cabeza contra su hombro.

–¡Ni siquiera había considerado la posibilidad de que haya podido producir cincuenta kilos en lugar de cinco!

Contuvo la respiración y expulsó el aire contenido lentamente.

–¡Joder, qué ingenua soy! ¡Tienes razón, maldita sea!

Louise la abrazó.

–Sí, eres un poco crédula. Pero está bien que tú misma te des cuenta, porque a los demás nos resulta casi imposible convencerte.

–¿Qué demonios le diré cuando su abogado me llame y pregunte qué tal va todo?

–Tú misma lo llamarás y le contarás que te retiras del caso –dijo Louise con énfasis–. No podemos permitirle que dirija la marcha de los acontecimientos. Renuncia o remítelo a Terkel Høyer.

–Todavía tengo que pasar por Birte Jensen. Será mejor que le cuente lo que John Bro se trae entre manos. Tengo una cita con ella en un rato.

Camilla miró su reloj, eran casi las tres.

–¿Y qué pasa con Markus?

–Luego lo recogeré, pero será mejor que llame a la redacción para decir que no pasaré por ahí hoy.

Louise le dio un abrazo antes de que su amiga se fuera.

–Me alegro de que me lo hayas contado.

Birte Jensen parecía seria mientras contemplaba el montón de documentos que se apilaban sobre su mesa.

–Hemos tardado mucho en llegar hasta aquí. West lleva en el juego muchos años y nunca le habíamos podido tocar, pero ahora se acabó; y no se le puede reprochar que haga todo lo que esté en sus manos por convencer a la gente de su inocencia.

–¿Habéis investigado si puede haber sucedido tal como John Bro afirma? –preguntó Camilla–. ¿Es posible que alguien de aquí esté vendiendo la mercancía decomisada?

–Camilla Lind.

La voz de la subinspectora había adoptado un tono gélido.

–Llevo años persiguiendo a este hombre. Es culpable, y tú simplemente eres una más entre la larga serie de personas que se ha dejado embaucar.

Camilla volvió instintivamente la cabeza, como si hubiera recibido un golpe. Su garganta se cerró, y se disponía a defenderse, cuando Birte Jensen apartó los papeles a

un lado y se inclinó hacia delante.

–Siento mucho respeto por tu trabajo, aunque nuestra colaboración apenas ha empezado. Me gusta tu manera de perseguir las historias y te debo algo a cambio de tu ayuda del otro día.

Camilla miró sorprendida a la subinspectora, no acababa de saber por dónde iban los tiros. La ira que había despertado en su interior después de la humillación que acababa de sufrir se calmó un poco.

–Esta noche acudiré con dos de mis hombres a un piso en el barrio de Østerbro. Anders Hede, un tipo que el departamento A nos ha traído con motivo del asesinato de Karoline Wissinge, encargó cincuenta gramos de heroína la semana pasada y llegan esta noche. Estaremos allí para recibirlos. Y tú puedes acompañarnos, si quieres.

Camilla sintió cómo la mirada aguda de Birte Jensen la atravesaba, la descuartizaba y la empequeñecía. No sabía si tenía ganas de acompañarlos.

–¿Es algo sobre lo que podré escribir?

Birte Jensen se lo pensó un momento antes de asentir con la cabeza.

–No quiero que hables de ello con nadie antes de que salgamos hacia allí. Nunca avisamos cuando damos un golpe. Pero luego podrás escribir el artículo.

Camilla pensó por un instante en Terkel Høyer, con la esperanza de que la perdonara cuando le quitara la portada.

–Así podrás comparar los acontecimientos de esta noche con la versión fantasiosa que West va contando por ahí.

Los hombros de Camilla se encogieron cuando un cosquilleo recorrió su nuca. Podía convertirse en su historia. Avanzaría hasta la portada e incluso la citarían en las noticias de la tele.

–De acuerdo.

–Preséntate en la plaza de Sankt Kjeld a las diez. Te colocarás frente al restaurante del sótano y nosotros te recogeremos allí.

La silla se fue hacia atrás cuando Louise se levantó. Repitió con los dientes apretados:

–¡No pienso ir a ver a sus padres!

Suhr la miró, sorprendido.

–¡Que vaya él! Pero me debéis el no decir nada hasta que estéis completamente seguros de que ese fue el motivo de su asesinato.

–Me imagino que también tenemos el deber de informarles de los avances en el caso, y ahora mismo los contactos de Anders Hede en el mundo de la droga son los únicos que tenían un móvil. Se condujeron de manera tremendamente calculadora cuando optaron por hacérselo pagar a Karoline Wissinge.

–De todos modos, espera un poco más –repitió Louise–. El móvil es demasiado dudoso.

–Quien está más cerca de Anders Hede es Martin Dahl. Y su punto más vulnerable es su novia. Martin Dahl nunca se lo perdonará –dijo Suhr.

Louise asintió con la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho. A lo largo de toda la tarde y la noche, Michael Stig le había pedido varias veces que fuera a casa de los padres para informarlos. Al final, Louise había explotado y se había dirigido al despacho de Suhr con paso firme.

–Tenemos que conseguir que la gente hable. Tiene que ser posible encontrar a los tipos que amenazaron a Anders Hede, y entonces apretarles. Creo que es preferible que los padres estén informados antes de que lo lean en los diarios –dijo Suhr.

Louise asintió lentamente con la cabeza.

–Entonces acordemos que hablaré con ellos cuando tengáis algo que nos garantice que es así. ¿Habéis descartado a Lasse Møller por completo?

Suhr levantó las cejas y la miró sorprendido.

–¡Sí! ¿No te has enterado de que el banco confirmó que Lasse Møller utilizó su tarjeta con código pin a la 01:15 en el Pussy Galore? El recibo acabó en el sobre con los cheques cuando hicieron la caja y no apareció hasta que llegó al banco. Y solo lo encontraron gracias a que Toft pidió revisarlo todo una última vez. Además, tenemos otros dos testigos que afirman que llegó justo antes de que ellos se fueran, y entonces era poco más de la una. Así pues, ya no está involucrado en el caso.

Louise suspiró. No porque le fastidiara que estuviera limpio, sino porque todo le parecía bastante desconsolador.

–¿Qué dice Martin Dahl?

–Oscila entre la rabia hacia su viejo amigo de la infancia y el sentimiento de culpa porque pueda ser su amistad la que indirectamente le quitó la vida a su novia y a su hijo

nonato. Al principio no se atrevió a compartir sus sospechas con nadie, pero finalmente se le hizo demasiado pesado. Llevamos todo el día interrogándolo y ahora le hemos administrado un sedante y nos lo hemos llevado a las urgencias del Rigshospitalet para que Jacobsen lo atienda.

Louise posó la mirada en la luz que arrojaba la lámpara PH sobre el escritorio del jefe de Homicidios. Se había encontrado a Martin Dahl en el pasillo cuando Toft se lo llevaba. Estaba completamente deshecho y no la había reconocido cuando ella lo saludó.

Se dio cuenta de que la observaba.

–No creemos que Martin sea el asesino –dijo Suhr, y esbozó una leve sonrisa para anticiparse a la siguiente pregunta. Louise cayó en la cuenta de que, de hecho, eran los pensamientos que rondaban en su cabeza.

Sacudió la cabeza. Tampoco había abrigado esa sospecha. Siempre intentaba mantenerse neutral frente a los sospechosos de un caso, aunque sin querer siempre tenía sus favoritos.

Miró su reloj y descubrió que eran las diez. Había terminado de repasar los interrogatorios de los agentes de la Brigada Criminal en los edificios de Vestergade. Los había transcrito y los había metido en carpetas. Reprimió un bostezo y se levantó.

–Pronto me iré a casa. Nos vemos mañana.

A la mañana siguiente, el grupo de investigación celebraría una reunión con el departamento de Criminalística y el fiscal. Esperaban tener suficientes pruebas e indicios para retener a Klaus West y relacionarlo con los asesinatos de los dos periodistas. Tenían un testimonio que lo vinculaba con el primer lugar de los hechos, el arma homicida, y además en su llavero habían encontrado una llave que correspondía al piso. Era el mayor triunfo del día. De no haberla tenido, su abogado no habría tardado muchos minutos en minimizar la conexión de su cliente con el piso.

Al llegar a la puerta dio media vuelta y volvió sobre sus pasos.

–¿Qué demonios haremos si no conseguimos nada más que pueda demostrar que estaba detrás de los asesinatos de Frank Sørensen y Søren Holm?

Suhr la contempló con las manos apoyadas sobre el vientre.

–Si no encontramos nada más, no tendremos nada que hacer. Así son las cosas. Pero tal vez la gente esté más dispuesta a hablar estando él entre rejas.

–No logro entender por qué han limpiado el arma homicida en lugar de deshacerse de ella.

Le había dado unas cuantas vueltas a la incógnita. O bien West y sus hombres se sentían tan seguros de su escondrijo que no lo consideraron un peligro, o bien era un completo idiota el que había perpetrado los asesinatos y, sin pensárselo bien, se había llevado la navaja de vuelta al piso franco.

–Pero al menos ahora sabemos que el asesino frecuenta a West. No se trata de un asesino a sueldo –constató Louise.

–También puede ser una expresión de la soberbia con la que se conduce esta gente frente a la policía. West se considera intocable. No creo que vea como un problema que la navaja pueda relacionarse con los asesinatos mientras no se la pueda relacionar con

quien la blandió.

Louise asintió con la cabeza y se encogió de hombros. No sería la primera vez que tenían a un asesino en sus manos y se libraba de una acusación porque había sido demasiado hábil.

Había dejado de llover y las farolas se reflejaban en los charcos de la calle. Camilla estaba apoyada contra el muro al lado del restaurante del sótano. No sabía si debía esperar un coche patrulla o si Birte Jensen aparecería en un coche civil.

Se estremeció un poco a pesar de que se había puesto tejanos y un jersey y había sacado una cazadora gruesa del armario ropero. Tenía frío en los pies, las deportivas azul claro no eran especialmente calientes. Debería haberse puesto botas, pensó. Obligó conscientemente a sus pensamientos a moverse entre temas sencillos, agradables y asequibles. Pensó un poco en Markus, que ya estaba durmiendo cuando se fue, y en Christina, que había anulado una cita en un cine para quedarse con él. Pronto sus pensamientos se trasladaron a una chaqueta que había visto en una revista de moda. Entonces se rindió. Dejó que el desasosiego se extendiera por su cuerpo. Había estado todo el tiempo allí, desde que abandonó el despacho de Birte Jensen, comprimido en un nudo en su interior que sin embargo ahora empezaba lentamente a deshacerse.

No sabía qué esperaba que pasara, pero tenía la fuerte sensación de que todos estarían presionados porque probablemente el caso tocaba a su fin.

Incluso antes de salir de casa era plenamente consciente de que los que habían salido a coger podían muy bien ser los que estaban detrás de los dos asesinatos, o los que al menos podían conducirlos al asesino material. Cabía la posibilidad de un violento enfrentamiento entre ellos y la policía. Y luego estaba la derrota sufrida por haber creído ingenuamente que... Cuando, al fin y al cabo, resultaba que todo podía redireccionarse hacia Klaus West.

Estudió las calles que daban a la rotonda. No pasaban muchos coches. Cada vez que oía el sonido de un motor se enderezaba y levantaba la vista. Camilla supuso que debían de ser ya las diez y diez. Metió la mano en el bolsillo para ver qué hora era en el reloj del móvil, rebuscó en los dos bolsillos y en el interior, pero se había dejado el teléfono; entonces recordó irritada que lo había olvidado sobre la cama al cambiarse de ropa.

Camilla empezó a andar por la acera, pero enseguida dio media vuelta, temerosa de llamar la atención. Vislumbró a una persona que avanzaba hacia ella. Clavó la mirada en ella para ver si se trataba de un hombre o de una mujer, no supo distinguirlo, solo pudo determinar que se trataba de una figura oscura. Volvió a apoyarse contra el muro.

Un par de coches se acercaron a la rotonda. Uno avanzaba a toda velocidad y pasó de largo, el otro se acercó a la acera y aparcó a veinte metros de donde se encontraba Camilla. Pasó un rato hasta que el conductor se bajó y empezó a caminar hacia ella.

Camilla se quedó inmóvil y un poco expectante, hasta que estuvo segura de que era Birte Jensen.

—Disculpa. Teníamos que atar los últimos cabos. He traído dos coches que están aparcados en el otro extremo de la calle. Vive en el número seis. El tercer edificio.

La subinspectora señaló con el dedo.

Camilla cayó en la cuenta de que, por lo visto, se trataba de una operación policial a mayor escala de lo que había supuesto por la mañana, cuando Birte Jensen le había hablado de acudir con dos de sus hombres tan solo. Respiró hondo e intentó calmar los nervios. Al fin y al cabo, ella no estaría directamente implicada, lo único que debía hacer era observar.

—Hay un patio en el que nos meteremos nosotras dos. Los demás entrarán desde la calle. Pero tenemos tiempo. No pasará nada hasta eso de las once.

—De acuerdo. ¿Cómo se procede en estos casos?

Birte Jensen le sonrió.

—Tienes frío. Ven, acerquémonos al coche. He traído café. Así también te podré dar un breve repaso del caso.

Juntas avanzaron hacia el coche. Camilla vio que la subinspectora también había pasado por casa para cambiarse. La falda había sido sustituida por unos pantalones oscuros y llevaba un plumífero corto de color negro y unos guantes también negros.

Tiene clase, pensó Camilla. O sea, que este también podía ser el aspecto de una jefa de la policía justo antes de entrar en acción. Estaba muy lejos de la deforme cazadora de policía y las pesadas botas que Louise solía ponerse.

—¿Has averiguado algo más desde la visita de John Bro?

Birte Jensen puso el coche en marcha y subió la calefacción. Se volvió y alargó la mano hacia el asiento trasero, donde guardaba una cesta con un termo y unas tazas.

Camilla negó con la cabeza, pero no estaba segura de que la subinspectora lo hubiera visto en medio de la oscuridad.

—No seguí adelante. Solo lo haré si no sale nada esta noche.

Birte Jensen le sirvió una taza de café y se la acercó con mucho cuidado antes de devolver el termo a la cesta.

—Por supuesto. También estamos abiertos a eso. Habrá que explorar todas las posibilidades.

Se hizo el silencio en el interior del coche. Las dos mujeres habían clavado la mirada en el muro del inmueble frente al aparcamiento en batería. El reloj digital del coche marcaba las 22.27 horas.

Camilla presintió que estaba siendo examinada. Sujetaba la taza de plástico con tal fuerza que se le quemaron los dedos. El vapor ascendía y calentaba su rostro. Le subía un poco a la nariz pero seguía teniendo frío. Por un instante consideró sacar su libreta del bolsillo y hacerle una pequeña entrevista a la subinspectora. A lo mejor no quedaba tiempo después de la operación.

—¿Nos encontraremos con los demás antes de que suban al piso?

Birte Jensen meneó la cabeza.

—Tómate tu café. Cuando hayas entrado en calor, nos meteremos en el patio y nos apostaremos en algún lugar seguro antes de entrar en acción. Dos agentes subirán al piso, otro se quedará en la calle y el último vendrá con nosotros y subiremos por la escalera de servicio.

Camilla asintió con la cabeza, resopló y bebió ávidamente del café caliente. Sintió cómo la adrenalina empezaba a correr por sus venas y producía un delicioso y tranquilizador hormigueo. Empezaba a tener ganas de que pasara algo. Se negaba a pensar en la bronca que Terkel Høyer sin duda le dispensaría. Sonrió para sus adentros al pensar en el jefe de grafismo, que se lamentaría a grito pelado por no haber podido enviarle un fotógrafo. Pero estaba segura de que, por una vez, el jefe de redacción estaría de acuerdo con ella en que el artículo sería fantástico a pesar de que no hubiera fotos para reforzarlo. La expectación y los grandes titulares alejaron el desasosiego y la dejaron con una agradable sensación de paz en el estómago.

Cuando Louise volvió al despacho para apagar el ordenador y recoger el bolso y el abrigo, Lars Jørgensen estaba al teléfono. Estaba muy serio y hablaba en voz muy baja.

–¡Maldita sea, para ya! –cazó Louise al vuelo, aunque intentaba mostrar de forma exagerada que no estaba escuchando.

Miró a Lars Jørgensen, que por fin había colgado. Estaba muy pálido y sus ojos miraban fijamente sin ver nada.

–¿Qué ha pasado?

–Hay follón en la Brigada de Estupefacientes.

–¿Qué tiene eso que ver contigo?

–Por lo visto se remonta al período en el que yo estuve allí.

Louise lo miró, confundida.

–A instancias del abogado John Bro, el inspector jefe ha mandado revisar todas las anotaciones relativas a la droga requisada en el último año y se ve que faltan dos números de registro.

Louise se disponía a preguntar a qué se refería, pero Lars Jørgensen se adelantó sin hacerle caso.

–Dos bolsas. Cuando se incauta droga, se traslada a comisaría para pesarla y para determinar de qué tipo de sustancia se trata: heroína, cocaína o anfetamina. Una vez pesada y establecida su naturaleza, se introduce en una bolsa y se anota el contenido de la bolsa en una etiqueta blanca.

Lars Jørgensen hizo una breve pausa para ver si Louise lo seguía.

Ella asintió con la cabeza.

–Luego se escribe el informe y se le adjudica un número de registro a la bolsa antes de depositarla en la sala de custodia junto con los demás alijos de droga.

–Y entonces, ¿qué es lo que falta?

–Han desaparecido dos bolsas, tres kilos de heroína.

Esperó un poco antes de proseguir:

–¡Mercancía por un valor de al menos 1,2 millones de coronas!

Louise respiró hondo.

–¿No acabas de contarme que eso era imposible?

Lars Jørgensen asintió lentamente con la cabeza.

–¿Voy mal encaminada si digo que el contenido de las dos bolsas tiene un tono

verdoso?

Lars Jørgensen había echado la silla un poco hacia atrás hasta tocar con la pared detrás de su escritorio y se había sentado con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos.

–El inspector jefe quiere que todos los empleados del departamento sean interrogados. El intendente y sus hombres en el departamento de Servicios también han sido citados.

–Relájate, ¿no decías que solo la dirección de la Brigada de Estupefacientes y el intendente en persona disponen del código y las llaves?

Lars Jørgensen volvió a asentir con la cabeza.

–Y eso es precisamente lo que resulta tan desagradable.

–¿Qué dice Birte Jensen?

Lars Jørgensen se encogió de hombros.

–Nadie consigue dar con ella.

Se levantó y salió del despacho.

Su cuerpo estaba relajado y sereno cuando cerró la puerta del coche tras de sí. Se apoyó ligeramente en el capó al sentir de pronto un leve mareo. El cuerpo tenía que acostumbrarse a pasar del calor al frío.

Bajaron la calle oscura. Camilla aguzó la vista para no meterse en los charcos de la acera. Se accedía al patio a través de una gran puerta cochera que estaba abierta. No había alumbrado, así que se detuvieron para orientarse.

–Ven, por aquí.

Birte Jensen iba delante y Camilla intentó seguirla. Avanzaba a tientas. Vislumbró el muro que discurría a lo largo de la estrecha franja de patio asfaltado. Distinguió la barandilla de hierro que delimitaba las escaleras que daban al sótano y un contorno oscuro que supuso sería un cobertizo.

–¿Me sigues?

–Sí.

Camilla respiró hondo y se concentró.

–¿En qué piso vive Anders Hede?

No pudo oír lo que Birte Jensen le contestó, así que repitió la pregunta, esta vez un poco más alto. La subinspectora tiró de su brazo y le gruñó que no hiciera ruido, y Camilla tropezó.

–¿Te avisarán cuando estén a punto de entrar?

Ahora Camilla susurraba.

Birte Jensen se la había llevado hasta el muro del edificio donde se suponía que estaba Anders Hede. Se encontraban frente a la pared del fondo de un cobertizo que o bien estaba destinado a las bicicletas o bien a los contenedores de basura. A juzgar por el débil olor a putrefacción Camilla supuso que se trataba del cobertizo de la basura.

–Ya me avisarán.

Camilla no podía ver su rostro y sin embargo la presentía de manera muy intensa. Le extrañaba que le resultara tan difícil mantener los ojos abiertos. Dejó que se cerraran, y

se apoyó contra el muro para descansar un poco hasta que empezara a pasar algo.

Me pregunto si le molestará que me sienta, pensó. Algo le decía que había pasado mucho más de un cuarto de hora desde que abandonaron el coche.

–¿Crees que ha podido pasar algo? Parece que los demás no vienen.

–No ha pasado nada. En ningún momento se suponía que iban a venir.

La voz provenía de algún lugar en su cabeza y Camilla no conseguía ubicarla, ni siquiera reconocerla. Era una voz fría e impersonal que sonaba como un eco que retumbaba entre los muros de los edificios. Quiso levantarse, pero sus piernas no reaccionaron.

Así era como solía hacerlo. Primero los sedaba, luego recibían un navajazo en la nuca. Los rostros pasaron bailando ante sus ojos, la saludaron sonrientes. Camilla intentó sonreír y devolverles el saludo, pero sus brazos se negaban a levantar las manos.

–Descubrieron que fuiste tú quien la había cogido.

Camilla lo dijo para sus adentros y presintió la sombra que se sumía sobre ella.

–Nadie se enterará. ¿A que es una pena?

La voz había cambiado, cualquier rastro de feminidad había desaparecido, tan solo quedaba el lenguaje grosero y soez. Camilla sintió un aliento cálido que le golpeó en la cara. Su mirada enfocó y vio el rostro borroso de la subinspectora.

–Tengo el poder. Yo decido quién paga y quién se libra. Cuando alguien se interpone e intenta detenerme es obvio que debo actuar.

Las palabras fluían de sus labios, monótonas.

–Si Frank no hubiera sospechado que había más gente detrás de la heroína verde no habría tenido que reaccionar.

Camilla captó el bufido desdeñoso de la subinspectora, al tiempo que se daba cuenta de que se iba e intentaba espasmódicamente volver en sí.

–Vosotros, los periodistas, sois muy listos. Pero no tanto como para que no se os pueda tentar con una buena historia.

Las náuseas se apoderaron de Camilla. Ya no tenía fuerzas para reprimirlas y echó la cabeza a un lado y vomitó. Se mecía hacia delante y hacia atrás como si tuviera mal de mar y se dejara llevar por las olas. La realidad desapareció envuelta en una nebulosa.

–Søren Holm se mostró muy arrogante cuando me quiso confrontar con su sospecha en Vestergade. Me vino con todas sus ridículas acusaciones y se jactó de que había conseguido encontrar el piso que nosotros no habíamos encontrado. ¡Ja!

La risotada sonó hueca en los oídos de Camilla.

–Los testigos creyeron que Holm y yo éramos una pareja de enamorados. Fue cuando vacié la jeringuilla en él. Aunque sospechaba de mí aceptó la taza de café que le ofrecí. Exactamente como hizo Frank Sørensen. ¡Idiotas!

Camilla renunció a seguirla en sus divagaciones.

Louise había empezado a recoger sus cosas cuando sonó su móvil. Era el número fijo de Camilla. Le dio tiempo a pensar muchas cosas antes de cogerlo. La peor era que el abogado se había puesto en contacto con ella una vez más.

–Hola –dijo, y se sorprendió al descubrir que no era la voz de Camilla.

–Soy Christina. Disculpa que te moleste, pero estoy en casa con Markus y no consigo dar con Camilla.

Louise se sentó, algo confusa. Los latidos de su corazón se aceleraron. Oía llanto al fondo y la voz de Christina era chillona.

–¿Ha pasado algo?

–Markus está enfermo. Está ardiendo, le he tomado la temperatura, tiene más de treinta y nueve de fiebre.

–¿Dónde está Camilla?

–En el trabajo. Me llamó esta tarde y preguntó si podía quedarme con Markus hasta que ella volviera.

El llanto que se oía al fondo se calmó.

¿Qué demonios estaría haciendo Camilla si su hijo estaba enfermo?

–¿No está en la redacción?

–No, ya he llamado, pero no contesta nadie.

–¿Lo has intentado a través de la centralita?

–Solo tengo su número directo. Y también lo he intentado a través de su móvil, pero estaba encima de la cama.

–Intentaré encontrarla –dijo Louise–, y si no lo consigo, iré a la redacción. Mientras tanto llama al médico de guardia. Hasta luego –dijo Louise.

Louise marcó el número de la centralita del diario y preguntó a la recepcionista si quedaba alguien en la redacción de sucesos.

–Todo el mundo se ha ido a casa por hoy.

–Quiero hablar con Terkel Høyer.

–Estará aquí de vuelta mañana. No puedo facilitarle su número privado.

–Llamo del departamento de Homicidios de la Policía de Copenhague. Es importante que hable con él.

Estaba a punto de colgar, llamaría directamente a la compañía de telefonía TDC y pediría que le dieran el número.

–Por supuesto –dijo la señora, para gran sorpresa de Louise. Lo anotó rápidamente y llamó enseguida.

–Hola –contestó la clara voz de una niña que sonaba demasiado joven para estar

despierta a esas horas.

–Hola, me llamo Louise Rick, ¿está tu padre?

–Hummm –dijo la niña–. Papáaa –llamó, y se oyó un golpe en el auricular cuando soltó el teléfono.

Louise no sabría decir si Terkel Høyer estaba sorprendido o no porque lo hubiera llamado a casa.

–Me llamó a eso de las cuatro para comunicarme que no volvería. Me dijo algo de una reunión en la guardería. Yo tampoco le pedí que trabajara esta noche. Es nuestro becario de periodismo quien está de guardia –dijo el jefe de redacción.

Louise se había levantado e iba cambiando el peso de una pierna a otra. Dio las gracias y colgó.

Lars Jørgensen había vuelto.

Louise se dejó caer en la silla, consciente de que estaba exagerando. Se soltó la goma del pelo e inclinó la cabeza entre las piernas y la sacudió de manera que su pelo colgara como una manta. Sintió cómo la sangre fluía hacia su cabeza y se quedó sentada así un rato.

Cuando el teléfono de su escritorio empezó a sonar, se incorporó rápidamente y se golpeó la cabeza contra la mesa. Maldijo entre dientes, pero se apresuró a coger el auricular.

–Departamento A, Louise Rick.

–Camilla Lind está tirada en el patio detrás de Nygårdsvej, número 6.

Colgaron antes de que a Louise le diese tiempo a captar si había ruido de fondo o cualquier otra cosa que pudiera ayudarla a descubrir desde dónde se había realizado la llamada. Era una voz de hombre que hablaba bajito, pero con mucha claridad.

Dio un salto y se puso en pie.

–¡Han asesinado a Camilla!

Sintió náuseas, y el miedo la hizo temblar de frío.

Lars Jørgensen levantó la mirada desorientado y la siguió cuando Louise salió corriendo por el pasillo y abrió la puerta del despacho de Suhr de un golpe.

Louise se disponía a explicarse, pero sintió un golpe en el estómago que la dejó sin aliento, y en su lugar dobló el cuerpo y emitió un sonido hueco. Sintió que la levantaban, que la cargaban cogiéndola por debajo de los brazos y que la sentaban en una silla. Intentó apartarlos de un manotazo. No había tiempo para explicaciones, tenían que salir a toda prisa, pero era incapaz de decir nada. Sintió las sacudidas que una y otra vez alcanzaban su diafragma.

–Tenemos que ir a Nygårdsvej 6. Camilla está tirada en el patio.

Las sacudidas en el estómago volvieron. Respiró hondo y dejó que llegaran, sintió el dolor propagarse hasta alcanzar todos los rincones de su cuerpo. Miró a Suhr. Lars Jørgensen estaba sentado en cuclillas al lado de su silla y había posado una mano sobre su brazo. Louise respiró hondo y soltó el aire en un largo y silencioso silbido.

Suhr estaba al lado del teléfono y lo había descolgado.

–Necesitamos una ambulancia en Nygårdsvej 6, ¡ya! Hay una mujer echada en el

patio.

–Nosotros también vamos –dijo Louise. Sentía que el ataque había cesado–. ¿Quién tiene un coche?

–Yo tengo las llaves de un coche patrulla –dijo Lars Jørgensen. Por una vez les servía de algo que a Michael Stig le diera pereza entregar el coche personalmente en el garaje y que esta vez hubiera conseguido convencer a Lars Jørgensen para que lo hiciera por él.

Salieron corriendo por el pasillo y oyeron los rápidos pasos de Suhr a sus espaldas. Louise pensó de pasada en Markus y Christina, pero los apartó de su cabeza. La niñera seguramente habría dado con el médico de guardia. De momento, tendrían que arreglárselas solos.

Lars Jørgensen puso la sirena. Parecía tranquilo cuando se apartó del bordillo y enfiló la calle a toda velocidad, pero desde el asiento de atrás Louise vio una gruesa vena que palpitaba en su sien derecha.

–¿Quién te llamó? –preguntó Suhr desde el asiento del copiloto. Se había vuelto de manera que daba la espalda a la puerta y la podía ver de frente.

–No lo sé. Era un hombre. No dijo nada más, solo que Camilla Lind estaba echada en el patio trasero del número seis de Nygårdsvej.

–Entonces debe de ser alguien que la conoce.

Louise se encogió de hombros. Sus pensamientos se negaban a asociarse entre sí. Volvió a ver a Søren Holm sobre la mesa de autopsias. Acero frío, una luz blanca y potente. Tragó saliva y sintió el fuerte sabor a agua salada que se mezclaba con su saliva. Se obligó a contener las náuseas.

–Tengo la sensación de que debería reconocer la voz.

La radio de la policía estaba encendida y emitía breves mensajes, pero Louise no escuchaba.

–¿No creéis que deberíamos pedir refuerzos?

Lars Jørgensen giró la cabeza un instante hacia el jefe de Homicidios antes de volver a concentrarse en la conducción.

Suhr gruñó ligeramente antes de coger la radio y solicitar dos coches patrulla en la escena del crimen.

Los destellos azules de la ambulancia medicalizada se vislumbraban desde la calle. Había entrado marcha atrás en el patio y bloqueaba la puerta cochera. Louise, Suhr y Lars Jørgensen se vieron obligados a deslizarse entre el capó y la pared. Una zona del estrecho patio se iluminó por el foco que el conductor de la ambulancia encendió cuando sacaron la camilla.

Louise se sacudió el brazo que la había agarrado después de bajarse del coche. Salió corriendo, pero fue detenida por alguien antes de que hubiera llegado a la esquina donde tres personas estaban inclinadas sobre una camilla. Intuía una figura que estaba completamente inmóvil.

–Espera allí.

El conductor de la ambulancia la agarró. Louise intentó soltarse, pero él la agarró con

más fuerza y se la llevó. Suhr se acercó y se colocó a su lado.

–¡Nos vamos! –gritó uno. Empezó a empujar la camilla en dirección a la ambulancia.

–¿Qué pasa? ¿Cómo está?

Suhr siguió a la camilla.

–¿Está muerta? –interrumpió Louise, irritada porque el jefe de Homicidios no lo preguntara directamente.

Lars Jørgensen se había unido a ellos y rodeó a Louise con el brazo delicadamente. Ella lo notó, pero dejó que lo hiciera.

–¡Una sí! La otra está inconsciente, nos la llevamos al Rigshospitalet ahora mismo.

Louise intentó atrapar la mirada de Suhr para ver si él había entendido a qué se refería concretamente el médico de la ambulancia.

–¡Nos vamos ya!

El médico de la ambulancia se sentó en la parte trasera del vehículo, al lado de la camilla.

En ese mismo instante, una sirena atravesó el silencio, pues otra ambulancia se acercaba al lugar.

La ambulancia medicalizada salió lentamente del patio y no puso la sirena hasta que estuvo en la calle. Se había congregado más gente en el lugar.

–¡Louise!

La voz del jefe de Homicidios irrumpió a través de la neblina.

Louise asintió con la cabeza y se concentró.

–Lars Jørgensen te llevará al Rigshospitalet.

La miró con gravedad.

–Tenemos que estar allí si Camilla Lind vuelve en sí. Esperemos que esté en disposición de contar lo que ha pasado.

¡Si vuelve en sí!

Louise volvió a asentir con la cabeza. Lars Jørgensen la cogió del brazo cuando se alejaron. Al llegar a la puerta cochera vio a Flemming Larsen hablando con un técnico de Criminalística. No se había dado cuenta de que habían llegado.

Flemming se adelantó para decirle algo, pero ella se volvió y apretó el paso. No quería oír al médico forense decir nada que pudiera tener algo que ver con Camilla.

Aparcaron frente al centro de traumatología y echaron a correr. Tuvieron que esperar un instante a que las grandes puertas de cristal se abrieran.

–Venimos con Camilla Lind, acaba de traerla una ambulancia desde Nygårdsvej –dijo Lars Jørgensen a la señora de bata blanca que fue a su encuentro.

–Sentaos –dijo, y señaló un par de sillas que había en el pasillo detrás de la puerta giratoria–. Tenemos que encontrar a sus familiares.

–Yo soy familiar suyo –se apresuró a decir Louise, y se levantó antes de caer en la cuenta de lo que implicaban sus palabras. La familia, había que avisar a su familia. Sus piernas cedieron y se volvió a sentar pesadamente.

–¿Nos puedes ayudar con el número de teléfono de sus padres? –preguntó Jørgensen.

–Puedo encontrar el número de su madre.

Louise se quedó un momento mirando hacia un punto fijo en la pared opuesta. Tenía que ponerse las pilas de una maldita vez. La voz tronaba en su cabeza y la llamada se propagó al resto de su cuerpo. Maldijo su psique, obligó a su debilidad a irse al infierno y se convenció a sí misma de que había sentido un temblor que atravesó su cuerpo cuando recuperó las fuerzas.

–¿Qué demonios ha pasado? Estoy triste, pero todavía no me he enterado de lo que ha pasado, ni de si está muy grave o no –dijo a modo de disculpa, y se volvió hacia su compañero.

–No lo sé –dijo él.

Louise descubrió que era un alivio que él supiera tan poco como ella.

Se levantó y se acercó a la señora en la pecera de cristal.

–¿Está muy grave?

La señora la miró, llena de compasión.

–Solo sé que estaba inconsciente cuando la trajeron. En cuanto el médico salga os lo enviaré.

Louise anotó el nombre y la dirección de la madre de Camilla.

–Pero vive en la península de Jutlandia.

La señora asintió con la cabeza.

Dejó que Louise hiciera una llamada. Llamó a Christina para saber qué tal estaba Markus y decirle que ni ella ni Camilla volverían a casa esa noche. El médico de guardia le había dicho a Christina que había que darle tiempo al tiempo y procurar que el niño tomara mucho líquido. La fiebre había bajado un poco y ahora el niño estaba echado en el sofá, durmiendo bajo la colcha guateada.

Esperaron. Entraron varios pacientes, pero el personal los condujo a la sala de espera para que ella y Lars Jørgensen tuvieran el pasillo para ellos. Louise cerró los ojos un instante, tal vez durante más tiempo del que creía. Los abrió al oír pasos en el corredor.

Un hombre fue a su encuentro. Louise volvió a cerrar los ojos. Llevaba el abrigo puesto, así que supuso que no era médico.

—¿Eres Louise Rick?

Lars Jørgensen se disponía a levantarse, pero Louise lo detuvo. Reconoció al Finlandés, a pesar de que solo lo había visto de lejos.

—Sí.

Y fue entonces cuando la reconoció. La voz.

—¡Fuiste tú quien me llamó!

Él la miró con el rostro inexpresivo.

—Me gustaría hablar contigo.

Louise se había levantado y asentía con la cabeza.

—Voy a buscar un sitio donde podamos hablar.

Se dirigió a la pecera y la señora. Lars Jørgensen se quedó donde estaba mientras la seguía con la mirada.

Louise les hizo un gesto desde la puerta giratoria. Podían utilizar la sala del café. Lars Jørgensen titubeó un instante antes de seguirlos, y el Finlandés tampoco lo detuvo.

Estaban sentados alrededor de la mesa alargada y habían aceptado con mucho gusto el café que les habían ofrecido.

—La maté.

El Finlandés tenía los ojos puestos en Louise mientras hablaba. Louise abrió la boca y los sentimientos que se agolpaban en su interior cambiaron con tal rapidez que apenas tuvieron tiempo para asentarse.

—¿La mataste? ¿A Camilla?

—No.

El Finlandés frunció el ceño.

—A Birte Jensen.

Lars Jørgensen intervino.

—No tenemos ni idea de lo que ha sucedido. Tenemos a una chica inconsciente allí dentro, es lo único que sabemos. ¿Empezamos desde el principio?

El Finlandés le lanzó una rápida mirada antes de volver a clavar los ojos en Louise.

—Fue ella quien asesinó a los dos periodistas.

Suspiró hondo.

—Solo que tardé demasiado tiempo en comprenderlo.

Cogió su taza y dio un sorbito a su café.

—Pensaba hacerle lo mismo a Camilla Lind.

—¿Por qué crees que la subinspectora Birte Jensen quería asesinar a Camilla Lind?

Lars Jørgensen volvió a asumir el mando.

—Supongo que Camilla, al igual que los otros dos, había empezado a sospechar lo que

en realidad estaba pasando.

–¿Y qué estaba pasando?

El Finlandés cerró los ojos y apoyó el rostro en las manos. Se quedó así un rato antes de contestar.

–Me engañó. Yo llevaba un año echándole una mano. Creía que estábamos intentando acabar con Klaus West, pero en realidad ella era Klaus West.

–¿No crees que tú y yo podríamos acercarnos a la jefatura de Policía y seguir hablando allí? –propuso Lars Jørgensen, y se dispuso a marcharse.

–No te preocupes, te acompañaré, pero antes quiero acabar de contar esto.

Louise intentaba que su cabeza siguiera lo que estaba revelándoles el Finlandés.

–Mi colaboración con Birte Jensen se remonta a varios años atrás. Ella me echa una mano de vez en cuando, yo se la echo a ella. La primavera pasada me pidió que localizara a Klaus West, y no había nada que deseara más que darle su merecido a ese hombre –hizo una pausa–. Mató a mi hermana –añadió quedamente, aunque el odio ardía en sus ojos–. Habían realizado un par de detenciones. Uno de los detenidos vendía drogas para West. Me quedé con su móvil y la llave de una taquilla que le habían quitado después de su detención.

Louise escuchaba atentamente. Se echó un poco hacia atrás en la silla e intentó que sus músculos se relajaran un poco.

–Birte Jensen me contó que la droga se entregaba a través de una taquilla en Vesterbrogade. Mi misión era cogerla y revenderla. Conseguí nombres y números de móvil de algunos clientes con los que seguir trabajando. Vendí el resto de la partida a mis viejos contactos en el mundillo. Había que depositar el dinero en la taquilla. La idea era que la gente de su departamento pudiera seguir en todo momento lo que estaba pasando y hacerse una idea de quién compraba la droga.

El Finlandés apartó la mirada.

–Al menos eso fue lo que me hizo creer, y yo piqué el anzuelo.

Su voz era ronca.

–Pero en realidad era ella quien llenaba la taquilla y enviaba los mensajes cuando la entrega estaba lista, y era ella quien más tarde recogía el dinero.

Hizo un esfuerzo y se enderezó.

–Siento lo que ha ocurrido con tu amiga.

–¿Cómo sabes que Camilla Lind es mi amiga?

El Finlandés esbozó una sonrisa deslucida.

–Resulta difícil no darse cuenta después de vuestra gran representación en el Kongens Bar. Hablaste con uno de mis amigos. Tal como le conté a tu amiga, quería saber quiénes erais, y cuando preguntaste por mí él creyó que conocíais a mi hermana. Por eso accedió a darme el teléfono de tu amiga. Cuando más tarde le conté el episodio a Birte Jensen me dijo que la morena debías de ser tú.

Llamaron a la puerta y la señora de la pecera asomó la cabeza.

–Ya hay noticias.

Louise se levantó rápidamente y la siguió.

Camilla estaba echada en la cama con un gotero en el brazo y una sonda en la nariz. Tenía los ojos cerrados cuando Louise entró y se acercó a saludar a los dos médicos que estaban hablando al lado de la cama.

Los dos sonrieron cuando se presentó. Louise se lo tomó como una buena señal.

–Está volviendo en sí –susurraron, y apartaron a Louise un poco de la cama.

–Hace un momento murmuró algo que nos sonó como «esa maldita hija de puta» –contó uno de los médicos, y miró expectante a Louise.

–Parece muy verosímil –contestó ella, y se acercó al cabecero de la cama y posó una mano en el rostro de Camilla.

–La hija de puta ha desaparecido. Ya puedes salir –dijo quedamente, y le apartó el pelo rubio de la cara. Camilla tenía un gran rasguño en una mejilla y una larga herida en el mentón–. Se acabó.

Hablaba en voz baja, mientras seguía acariciando la mejilla de su amiga.

–Ella los asesinó.

Su voz era ronca, débil y gangosa. Camilla abrió los ojos e intentó encontrar la mano de Louise.

La garganta de Louise se cerró. Su amiga parecía tan frágil, y su tono rabioso lo hacía aún más evidente.

–¿Y Markus?

Camilla parpadeó un par de veces y luchó por mantener los ojos abiertos.

–Christina está con él –la tranquilizó Louise. No había ninguna razón para hablarle de enfermedad y médicos de guardia.

Camilla suspiró pesadamente y dejó caer los párpados.

–Pasarán unas cuantas horas hasta que acabe de despertar del todo.

Uno de los médicos se acercó a la cama. Decidieron que Louise podría quedarse en la habitación.

–Tengo que salir un momento para dar un recado y luego vuelvo –dijo.

Cuando entró en la sala de café había llegado Suhr. Estaba sentado con una taza de café humeante enfrente, escuchando lo que el Finlandés tenía que contar, pero levantó la mirada cuando Louise entró.

–Me quedaré con Camilla esta noche –dijo.

El jefe de Homicidios asintió con la cabeza.

–¿Se ha despertado?

–No del todo, pero estaba lo suficientemente lúcida para describir a Birte Jensen como una hija de puta, así que parece que se está recuperando.

Suhr sonrió.

Peter arrancó las tapas de las enormes bandejas de pizzas y el vapor ascendió y se posó alrededor de la lámpara de la mesita de centro.

–¿Jamón o *pepperoni*?

–Jamón –chilló Markus desde debajo de la manta en su lado del sofá.

–*Pepperoni* para mí –dijo Camilla, que estaba echada en el otro extremo y no le quitaba ojo a su hijo. En el hospital le habían dado órdenes severas de guardar reposo absoluto, así que ella y Markus se habían instalado en la habitación de invitados de Louise durante el fin de semana.

Camilla había recibido un par de golpes fuertes en la cabeza y aunque el sedante casi había abandonado su cuerpo, la migraña se había instalado en su cabeza.

–¿Cuándo te dieron el alta? –preguntó Peter.

–Fuimos a la jefatura de Policía a eso de la una. Me ofrecieron quedarme en el hospital y declarar allí, pero preferí irme a casa.

–¿Qué demonios te llevó a acudir sola a ese patio trasero? –preguntó Peter, y se inclinó interesado hacia delante.

Louise había escuchado la historia varias veces y no tenía ganas de volverla a oír. Era repugnante, y estaba furiosa con Camilla por haberse comportado de manera tan irresponsable. Al tiempo se sentía tan aliviada que hubiera podido echarse a llorar de emoción solo con pensar que su amiga finalmente no había acabado con la médula espinal seccionada.

Markus había cogido su comida y un vaso con cola y se lo había llevado todo al dormitorio donde estaba el televisor. Ahora estaba echado en la amplia cama, mirando el Disney Show.

–No estaba sola. Ya os he dicho que precisamente acudí al lugar con ella para presenciar una operación policial y descubrir quién estaba detrás de todo esto.

Louise se daba cuenta por el tono de voz de Camilla que seguía pareciéndole que había sido un acto bien meditado.

–Pero si no había ninguna acción policial programada –dijo Peter. Todavía no le había dado tiempo a oír todos los detalles, porque acababa de volver de Aberdeen.

–Pero yo no lo sabía.

Su voz ya no sonaba tan segura, y alzó la mirada hacia el techo. Su pizza seguía intacta en el plato.

–¿Cómo te sedó?

Peter había ocupado el asiento de Markus en el sofá.

–Había metido algo en el café que tomé. No sé muy bien qué fue lo que sucedió desde

que abandonamos el coche. Recuerdo que tenía muchas ganas de estar presente cuando empezara la fiesta, pero el ambiente cambió en cuanto entramos en el patio. Me pareció que Birte Jensen empezaba a comportarse de una forma distinta. No reconocía su voz y no entendía lo que me decía, y entonces me asusté; pero eso fue porque el sedante empezó a surtir efecto, por supuesto. De pronto me di cuenta de que si había algo de verdad en lo que me había contado John Bro, ella podía ser la persona que sacó la droga de la sala de decomisos.

Se quedaron en silencio. Louise fue a la cocina y puso agua a hervir.

–¿Viste al Finlandés? –preguntó, cuando volvió para dejar tres tazas sobre la mesita.

–No, sentí cómo mi cara raspaba el asfalto, pero no oí nada. No recuerdo nada más.

Louise se sentó.

–El Finlandés nos ha contado que aquel mismo día John Bro se puso en contacto con él.

Louise explicó brevemente a Peter quién era el abogado.

–John Bro sabía que el Finlandés estaba implicado en la reventa de la droga –le dijo a Camilla–, que era él quien revendía la nieve verde. En realidad, el Finlandés era el nexo entre Birte Jensen y los clientes.

Su amiga suspiró pesadamente.

–Por lo visto, Bro convenció al Finlandés de que no era Klaus West quien dejaba la heroína en la taquilla de Vesterbrogade –prosiguió–, sino que debía proceder de una persona vinculada a la policía. De este modo, el Finlandés empezó a sospechar que Birte Jensen se había aprovechado de él, y eso lo enfureció, pues lo único que le interesaba era atrapar a West. La siguió cuando ella abandonó la jefatura de Policía. En aquel momento no sabía que se encontraría conmigo, pero se había propuesto seguirla para ver si descubría algo que pudiera corroborar sus sospechas.

Camilla se había incorporado ligeramente en el asiento.

–Debió de pasar por casa para recoger la jeringuilla y la navaja larga –señaló Peter secamente–, porque supongo que no era tan descuidada como para guardarlas en su despacho.

Louise se encogió de hombros.

–La navaja podía muy bien provenir de una de las muchas cajas con cuchillos confiscados que guardaban en la jefatura –dijo.

–Pero podríamos decir que Birte Jensen sacó tajada de los conocimientos patológicos que había acumulado a lo largo de los años. Hay que tener ciertas nociones de anatomía para saber dónde debe hacerse una incisión de este tipo, capaz de seccionar la médula espinal –dijo Louise, y pensó en las conferencias que de vez en cuando los médicos forenses les ofrecían en la jefatura de Policía–. Pero no hay duda de que fue un acto premeditado. La víctima muere durante los siguientes cinco o diez minutos, y no tiene por qué sangrar demasiado. Y si encima les administraba una sobredosis, actuaba sobre seguro.

Louise apartó el plato con los bordes secos de la pizza, se levantó y fue a la cocina a por el café. El piso estaba silencioso, salvo por las voces chillonas de los dibujos

animados que salían del dormitorio. Cuando volvió al salón, distribuyó las tazas y sirvió el café.

–¿Sabía el Finlandés que también era una asesina?

Peter miró a Louise con curiosidad.

–Cuando Birte Jensen y Camilla se bajaron del coche y empezaron a andar, él ya se había adelantado. Se metió en el patio y se escondió en el cobertizo de las basuras. Desde allí pudo oír todo lo que dijeron.

Camilla había oído al mismo Finlandés contarle, y sin embargo escuchaba concentrada.

–Oyó a Birte Jensen decir que Camilla era demasiado insignificante para poder detenerla. Y entonces fue consciente de lo que estaba a punto de producirse.

Peter no había tocado su café, sino que escuchaba concentrado el drama que se había desarrollado durante las horas posteriores a su reunión con el director de productos escocés en la que habían negociado su sueldo.

–El Finlandés salió del cobertizo a hurtadillas y vio que Birte Jensen sacaba una jeringuilla de su bolsillo. En ese momento tú ya estabas echada en el suelo.

Louise miró a Camilla brevemente, antes de proseguir:

–La atacó por la espalda, cogió la jeringuilla y se la clavó en el cuello. Murió de una sobredosis.

El silencio se posó como una calima sobre el salón.

–¿Por qué lo hizo?

La pregunta era un eco de la que se había planteado a lo largo de todo el día en la jefatura de Policía de Copenhague.

–Era una pareja muy bien situada económicamente, así que no pudo ser por el dinero – dijo Louise después de una larga pausa–. Lo más plausible es que fuera el afán de poder lo que la empujó a hacerlo. Saber que era capaz de hacerlo. Hizo malabarismos con pruebas inexistentes y con testimonios sin que nadie llegara a sospechar de ella. Manipuló al Finlandés y a Camilla. Concluyó de manera absolutamente cínica que si su realidad fantástica se revelaba a través de ellos dos, de pronto esta se tornaría verosímil. Le dio forma a la historia que quería que saliera a la luz pública.

Peter asintió con la cabeza, sin interrumpirla.

–Klaus West no estuvo en el Royal Hotel la noche en que Frank Sørensen fue asesinado. La operación era real, y se incautó una partida de droga, y precisamente porque ella declaró haberlo visto, el testimonio pasó a valer el doble. Utilizaba a la gente. Nadie hacía preguntas ni sospechaba nada cuando ella entraba en la sala de los decomisos. Era completamente legal que entrara allí.

–¡Maldita sea, menudo juego que se traía entre manos!

Camilla se pasó la mano por la frente en un gesto cansado.

–Anders Hede no fue más que un cebo. Ni siquiera había hecho ningún pedido de la heroína que supuestamente tenía que llegar ayer. Sin embargo, cuando ella dice que hay una acción policial en marcha nadie se atreve a cuestionar que así sea.

–No, supongo que no.

Peter le dio una palmadita cariñosa a Camilla en la rodilla.

Louise suspiró y pensó en todas las piezas que de pronto habían empezado a encajar a lo largo del día.

–También debió de ser ella quien colocó los seiscientos gramos de heroína en el piso que Klaus West utilizaba como base. Y la navaja de tipo mariposa que, naturalmente, estaba limpia de cualquier huella dactilar. Todo estaba planificado y escenificado por una mente astuta.

–Es una locura –dijo Camilla–. ¿Qué tenía en contra de Klaus West? Suena a odio personal.

–Él afirma que nunca mantuvo ningún contacto personal con ella. Pero con sus antecedentes penales sería fácil sospechar de él.

Los tres se estremecieron cuando sonó el telefonillo.

Peter salió al vestíbulo para contestar.

–Clase –dijo Camilla–. Recuerdo que pensé que Birte Jensen tenía mucho estilo. Debí de ser justo antes de que me derrumbara.

Louise oyó que Peter hablaba con alguien en la puerta y poco después entró con un ramo de flores que debía de ser veinte veces más grande que los que él de vez en cuando le enviaba.

–Para Camilla Lind, la empleada más guapa del *Morgenavisen*, con los mejores deseos de una pronta mejoría.

Peter lo dejó sobre la alfombra y Camilla desapareció detrás de él en el acto.

–¡Joder, qué pasada!

Camilla hundió toda la cabeza en el ramo.

–El hombre del champán –explicó Louise. Entonces recordó que le había ahorrado la historia de la noche en que las invitaron a champán–. Klaus West –se apresuró a añadir, y se arrepintió de haber informado de dónde podrían encontrar a Camilla en los próximos días.

Su amiga dejó el ramo de flores en el suelo mientras Peter buscaba un cubo en el que pudieran caber.

–Por cierto, ¿quién era el que estaba llorando hoy en el pasillo frente a tu despacho? –preguntó Camilla, curiosa–. Estabas hablando con él cuando salí de los baños.

Una sombra se deslizó por el rostro de Louise.

–Jesper Mørk. Fue novio de Karoline Wissinge cuando los dos iban a la Escuela de Enfermería.

–¡Cuéntame!

Camilla la miró, expectante.

–Lo trajeron esta mañana, temprano. Y por lo que me ha contado Suhr, confesó bastante rápido.

Peter preguntó desde la cocina si querían que abriera una botella de vino.

–Sí, pero tráele un refresco a la paciente.

–¿Cómo? –dijo Camilla.

–El día antes del asesinato de Karoline, ella y Jesper Mørk almorzaron juntos. Cuando lo detuvimos nos contó que ella se había quedado embarazada cuando ellos salían juntos,

pero que optó por abortar porque había conocido a otro. Así terminó su relación, pero él seguía enamorado de ella.

Peter dejó una copa de vino frente a Louise.

–El viernes pasado, cuando estaban sentados en la cantina del Rigshospitalet, él le volvió a suplicar que dejara a su novio y volviera con él. Esa misma charla solía surgir entre ellos con cierta frecuencia, pero ella siempre lo rechazaba. Entonces, el pasado viernes ella le contó que estaba embarazada y que tenía unas ganas locas de darle la buena noticia a su novio. Por lo visto, el anuncio despertó un gran odio en él, tan fuerte que la esperó cuando ella volvía del centro el sábado por la noche. La convenció para que dieran un paseo.

–Pero ella debió de preguntarse qué quería –la interrumpió Camilla.

–Él le ha reconocido a Michael Stig que Karoline intentó consolarlo cuando la acusó de haberle roto el corazón. Y luego sostiene obstinadamente que ella lo seguía queriendo.

–Suenas como un loco. ¿Hay algo que corrobore su versión?

–Encontraron el bolso de Karoline en su piso. Y fue él quien escribió la tarjeta que encontré junto a todas las flores en la escena del crimen. «Hágase tu voluntad.» ¡Puesto que ella no quiso tener un hijo con él, pero sí con otro hombre, él pensó que su muerte era voluntad de Dios!

–¡Joder!

–Sí, resulta inquietante. Lo van a someter a un examen psiquiátrico. No parece que le preocupe demasiado que lo hayan descubierto. Se encontraron dos colillas en el lugar del crimen y él nos ha contado que se fumó un cigarrillo mientras charlaban. Así que no me extrañaría nada que una de ellas fuera la suya.

–¿Este mundo solo está poblado por dementes, o qué? –exclamó Camilla.

Se había reclinado en el sofá y sus ojos empezaban a cerrarse.

–¿Cómo llegasteis a él?

–Anoche, cuando estaba en el hospital contemplando la pizarra sobre tu cama me acordé de que había visto una pizarra parecida, solo que más grande, que colgaba en la sala de guardia del departamento en el que trabaja Jesper Mørk. La pizarra estaba cubierta con la misma grafía impersonal y rígida que la de la tarjeta que encontré en el lugar del crimen. Esta mañana llamé a la enfermera jefe Anna Wallentin y ella consultó el listado de guardias. Jesper Mørk estuvo de guardia el día previo a nuestra visita y fue él quien apuntó el programa diario en la gran pizarra.

–¿Qué dijo Michael Stig cuando le serviste tu descubrimiento?

Camilla la miraba, impresionada.

Louise profirió un gruñido desdeñoso.

–¿Tú qué crees? Rechazó de lleno que el móvil pudiera residir en una historia de amor infeliz.

–¡Vaya, ahora resultará que tú eres la susceptible!

–¿Y lo dices tú? –exclamó Louise, indignada–. Yo al menos no he dimitido todavía por conflictos con mis compañeros de trabajo.

Sonó el teléfono y Peter se levantó para cogerlo. Miró a Camilla mientras tapaba el

auricular con la mano.

–Es un periodista de las noticias de la tele. Por lo visto, el caso sale en titulares en el noticiario de las nueve. Pregunta si es posible que conecten contigo por teléfono.

Camilla se incorporó de un salto y lo miró fijamente.

–No –dijo Louise con determinación–. No puede ser.

–Sí –gritó Camilla–, claro que sí.

–¿Qué pasará con el Finlandés? Supongo que le esperan muchos años de prisión –dijo Peter, cuando Camilla se fue al baño para refrescarse un poco antes de que su voz saliera por la televisión.

Louise se encogió de hombros.

–Es difícil saberlo. Al fin y al cabo le salvó la vida a Camilla. Y la cuestión es si será inculcado por haber hecho de intermediario para Birte Jensen. Por lo visto, no ha ganado ni una mísera corona con ello y actuó en connivencia con la policía. No sé lo que le espera.

Louise bostezó. El Disney Show había terminado y como no habían tenido más noticias de Markus supusieron que se había quedado dormido.

Peter se llevó los platos a la cocina.

–Tengo que irme a casa –dijo, y abrió el lavaplatos–. Me tengo que levantar temprano para hacer cajas.

Louise lo miró, sorprendida.

–¿Hacer cajas?

–He firmado mi incorporación a mi nuevo puesto de trabajo a partir del 1 de abril. El miércoles que viene.

–¿Empiezas el miércoles? –preguntó Louise, sorprendida–. Pero supongo que no tienes por qué irte a casa ahora para empaquetar tu ropa, y no creo que haya mucho más que tengas que llevarte ahora mismo, ¿verdad?

Peter la miró con el semblante serio.

–Pienso subarrendar mi piso. Lo he pensado en profundidad. Cuando vuelva de Aberdeen a finales del mes de septiembre me mudaré a tu casa para vivir contigo, y si no te apetece, nuestra relación tendrá que terminar.

Sus palabras penetraron lentamente.

–No dudes ni un momento de qué es lo que más me apetece –dijo él–. Pero si no estás lista para sacrificarte por mí un tiempo, es posible que nuestra relación no tenga razón de ser y que no tengamos por qué compartir el resto de nuestras vidas.

Louise se acordó de Heilmann. Ella no había dudado en ningún momento de lo que significaba más para ella.

–Tengo ganas de sacrificarme –dijo, quedamente–. Pero también necesito cuidar mi trabajo y, al fin y al cabo, pronto estarás de vuelta.

Louise alargó la mano para coger la suya.

–Exactamente –dijo Peter–. Y para entonces tendrás que haber tomado una decisión.

Peter le dio un beso en la mejilla y quedaron en que se llamarían el sábado.

La puerta de la entrada se cerró detrás de él, al tiempo que Camilla salía del baño.

–¿Adónde va? –preguntó, sorprendida.

–Tenía que ir a casa a dormir. Vuelve a Aberdeen el miércoles, así que tendrá que ocuparse de un montón de cosas durante el fin de semana. Pero te manda saludos y me ha pedido que te dé un beso en la frente.

En ese mismo instante sonó el teléfono y Camilla se apresuró a cogerlo.

Nota de la autora

Nieve verde es pura ficción. Los personajes de la novela solo existen en mi cabeza y no guardan ningún parecido con personas reales. Naturalmente, el universo que he construido alrededor de la trama guarda cierta semejanza con la realidad, pero me he valido de la libertad del autor para cambiar ligeramente los detalles, y tanto el *Morgenavisen* como el Kongens Bar han nacido en mi cabeza y no se basan en negocios concretos.

Por el camino, he hecho todo lo posible por acercarme al verdadero ambiente con el fin de crear una imagen cuanto más realista mejor y por eso quiero dar las gracias calurosamente a aquellos que de forma tan abierta y amable me han recibido y han dedicado su tiempo a ayudarme durante mis investigaciones. Sin su ayuda me hubiera resultado imposible crear el marco alrededor de Louise Rick, y los posibles errores recaen exclusivamente en mí.

Sara Blædel

Créditos

Título original: *Grønt Støv*

Edición en formato digital: junio de 2013

En cubierta: © posteriori / E+ / Getty Images

© Sara Blædel, 2004

First published by Lindhart & Ringhof, Denmark.

Published by arrangement with Nordin Agency AB, Sweden

© De la traducción, Sofía Pascual Pape, 2013

© Ediciones Siruela, S. A., 2013

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-06-7

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Dedicatoria	3
NIEVE VERDE	6
1	7
2	15
3	25
4	33
5	44
6	58
7	72
8	83
9	94
10	104
11	107
12	115
13	122
14	127
15	136
16	144
17	153
18	160
19	169
20	181
21	189
22	198
23	203
24	210
25	214
26	218
Nota de la autora	225
Créditos	226

